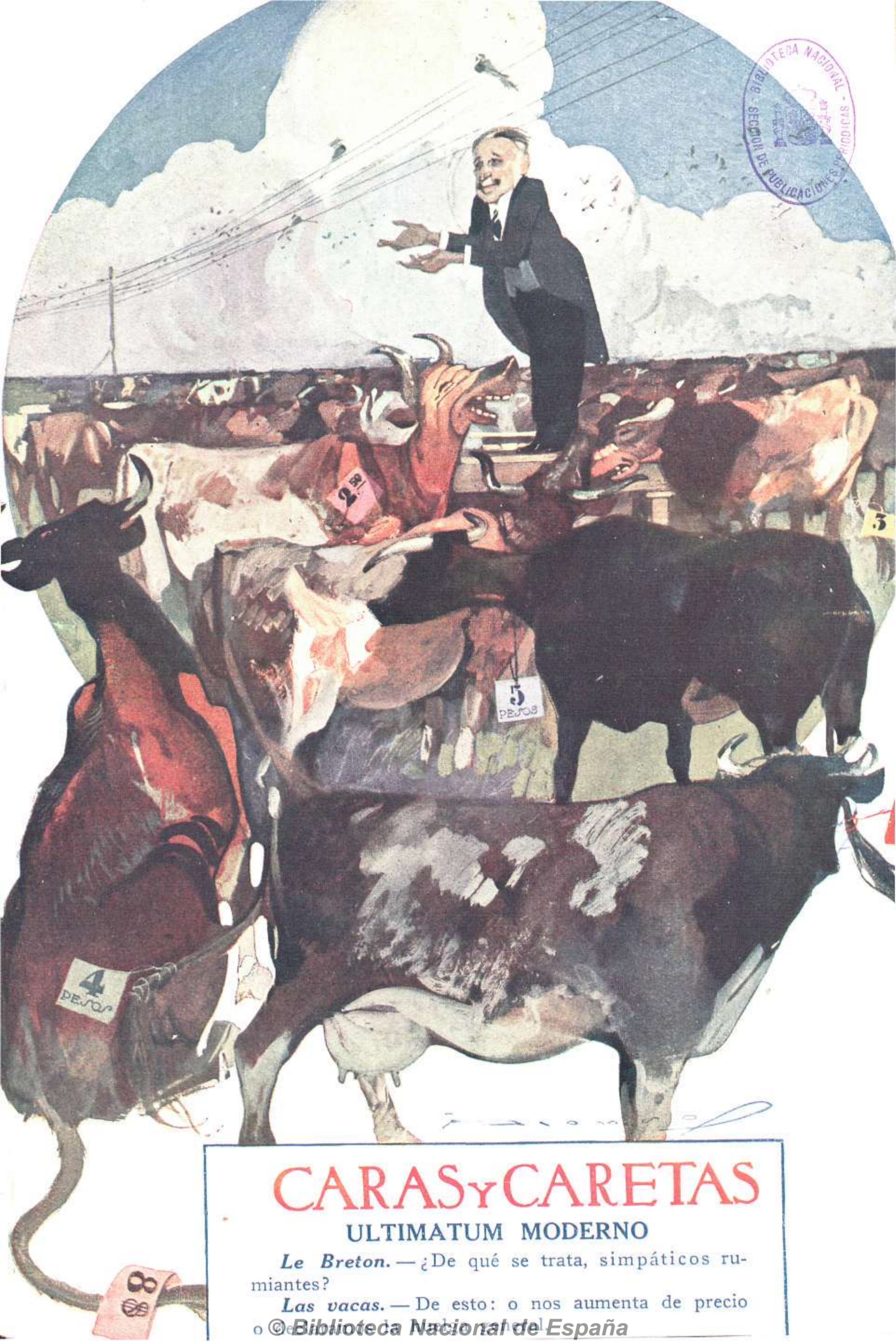


CARAS Y CARETAS

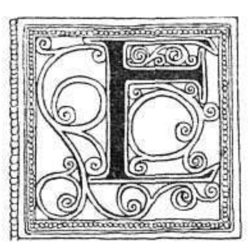
ULTIMATUM MODERNO

Le Breton. — ¿De qué se trata, simpáticos rumiantes?

Las vacas. — De esto: o nos aumenta de precio o [illegible] general.


LA BEBE TODO EL MUNDO
"Ginebra Bols"
SU COLOR ÁMBAR PÁLIDO
COMPRUEBA SU VEJEZ
¡Si se toma
helada es
deliciosa!
UNICOS IMPORTADORES
MOSS y Cía. Ltda. S. A.
BUENOS AIRES





L QUINTO BANDIDO

Por

H. STEEVENS

El baile de disfraz estaba en su apogeo; no había otra fiesta en Cannes esa noche, excepto la partida de *bridge* del príncipe Ruperto de X, la cual poco nos importaba a nosotros, humildes mortales. Todos parecían comprender que era la última oportunidad de la temporada, y se aprovechaban, demasiado en algunos casos, me temo. El momento más emocionante se produjo a media noche, cuando el corpulento conserge suizo apareció en el salón con todos los síntomas de alarma.

— *Monsieurs, dames* — gritó con excitada voz. — *Les cinq bandits de Cannes sont ici! Sauvez-vous!*

El ruido de voces y risas cesó al momento; la infatigable banda del salón cesó en el acto; los danzarines dejaron de ondular, y algunas de las damas recurrieron graciosamente al protector abrazo de sus compañeros. En una palabra, la kaleidoscópica escena, que un momento antes palpitaba de alegría y vida, como por encanto se transformó en inmóvil cuadro.

Yo no soy nerviosa, pero mis manos apretaron involuntariamente el brazo de mi compañero cuando la cortina que separaba el salón de la entrada se abrió para dar paso, uno tras otro, a cinco enmascarados vistiendo elegantes trajes de etiqueta, con pistola en mano. Los observamos como fascinados mientras se alineaban apuntando con las armas.

Noté que la cara de mi compañero se contraía. Estaba disfrazado de torero y yo de pierrette. Cuando soltó mi mano y me empujó detrás de él, sus ojos parecían despedir fuego. Lo vi disponiéndose a saltar sobre los bandidos; hice ademán de detenerlo en el instante en que de los caños de las pistolas salían cinco chorros de confites que se esparcieron sobre nosotros.

El imponente silencio rompió desenfrenadamente en discordante risa, salvaje, histérica, de regocijo, según el humor o los nervios de cada uno. Los imprudentes pícaros contestaron con una reverencia. Dos o tres se acercaron a ellos para amonestarlos por aquella expuesta y peligrosa diablura, pero nuestro espíritu era más fuerte y la risa pronto coronó la farsa. Los seudo-bandidos se mezclaron con los danzarines, la orquesta lanzó sus notas y todo volvió a ser alegría una vez más.

Me propuse bailar con el *jefe*.

— Un buen susto nos dió, señor bandido — le dije.

— ¿A usted? — contestó secamente.

Por lo visto, el laconismo era una parte de la broma.

— ¿Qué le pareció la sorpresa? — me preguntó al terminar la danza, tapándose los labios con la mano.

— De primera. La representaron lo más bien. Es una jugada peligrosa.

El reía disimuladamente, pero sin decir más. En aquel momento hubiera dado algo por saber quien era. Tentada estuve de tirarle del antifaz.

Las dos piezas que siguieron no las bailé; me senté al lado del torero, Hubert Ingleley. Estaba aún lleno de indignación como una mar picada después de la tormenta.

— ¿No cree que hay algo raro en esto, Hubert? — le pregunté. — Quiero decir algo más de lo que los ojos ven.

— ¿Cómo? — preguntó, mirándome con los ojos casi cerrados.

— Bueno... Usted sabe que las mujeres tenemos una intuición algo rara, y tengo el presentimiento que en esta presentación de los bandidos hay algo más que la simple broma de la noche.

Le dije que aquella tarde había salido en busca de un antifaz para la fiesta, y que al entrar en una tienda de la Rue Grande el dueño me dijo que los últimos cinco antifaces que tenía los había vendido un momento antes. Al tratar de averiguar quien era la persona que los había comprado, rehusó decírmelo, pero me dió a entender que había recibido una buena propina por callar.

— ¿Qué objeto tendría dar una propina al tendero, si sólo se proponían dar una broma en este baile? — le pregunté. — Para mí que llevan otra intención muy diferente.

— Lo dudo... quién sabe... puede ser que tenga razón. Eso podemos dilucidarlo en seguida. ¿Dónde están ahora?

Miró por todo el salón, pero los sombreros de copa y los elegantes fraques no se les podía ver.

— Han desaparecido — dijo al volver. — No me extraña. Venga, vamos a ver qué se ha hecho de ellos. Póngase su capa tan pronto como pueda y búsqueme en el jardín.

Corrí a mi habitación, me quité el gorro de pierrette, cambié los zapatos de satín por otro par viejo y, tomando la capa estuve pocos minutos después en el jardín.

Hubert estaba esperando. Como yo, había cambiado sus zapatillas por un par de zapatos de tennis, y en vez de la montera tenía puesta una gorra; pero desde el cuello hasta los tobillos era aún el torero de antes.

— Ahí van — dijo Hubert, señalando hacia las montañas. — Mi coche está en el anexo, ¿vamos?

El camino estaba casi desierto y el auto de Hubert corría espléndidamente; volábamos.

Después de la calurosa atmósfera del salón, el aire fresco de la noche era delicioso. Cuando había disfrutado unos momentos de aquel éxtasis, comencé a preguntarme yo misma en qué lío nos habíamos metido. ¿Cuál era el plan de acción de Hubert? Pero él estaba clavado en su asiento frente al volante, con la vista fija en el camino que parecía volar, y no lo interrumpí.

La fuerza del hábito hizo vagar mi vista en busca de los pintorescos y viejos pinos de Ranguin. Los pinos no se podían distinguir, pero lo que vi hacia nuestra derecha fué una pequeña luz colorada.

— Ahí van — grité, señalando con mi mano frente a la cara de Hubert.

El separó la vista del camino por un segundo; después apretó los frenos y viró con aterrorizadora precipitación. Yo creí que había llegado nuestro fin; fué una suerte que el camino estuviera seco.

Una alcantarilla, poco más ancha que el mismo auto, daba paso bajo el camino a una acequia que desembocaba en el llano, la cual los bandidos debían haber seguido. El coche se tambaleó y saltó, pero Hubert pronto lo dominó y en un momento nos encontramos bajando hacia el valle.

Ninguno de los dos teníamos la menor idea de adonde conducía aquel improvisado camino, pero, juzgando por la luz roja que corría frente a nosotros, parecía que retrocedía en dirección de la ciudad. Después del espléndido piso de la *route nationale*, aquel camino parecía una criba, y pronto me di cuenta de que algo grave había sucedido. Hubert dejó escapar una maldición (¡debió haberse olvidado de mi presencia!) y detuvo el coche.

— ¡Un pneumático reventado! — gruño, y saltando de su asiento empezó a desatar la rueda de repuesto.

Yo me bajé también para ayudarle. No era tan fácil en la obscuridad, aun con la ayuda de los fosforos que yo encendía y sostenía mientras él trabajaba.

— No vale la pena de apurarnos — dijo él, — ya los hemos perdido.

— No importa — dije yo, — ha sido una espléndida carrera.

— He sido un ganso al meterla en una locura como esta.

— No la hubiera perdido por nada del mundo.

— Bueno, ya está — dijo sacudiéndose las manos. — Ahora nos vamos a casa. De todos modos yo no sé lo que hubiéramos hecho si los hubiéramos alcanzado. Creo que si seguimos este camino será lo mejor. Probaremos.

Después de infinidad de barquinazos salimos a otro camino que bajaba de las montañas, y con gran sorpresa divisamos las luces de las primeras casas de las afuera de Cannes.

— Esta es la casa del príncipe Ruperto — dije a Hubert cuando pasamos frente a una villa que quedaba casi a cubierto por el frondoso jardín. — ¡Quién sabe si la partida de bridge!...

Casi involuntariamente tomé a Hubert del brazo, pues al pasar frente al portón noté la luz roja de un gran auto.

— ¿Lo ha visto? — le dije. — Ese auto del portón. Estoy segura que es el de ellos.

Hubert detuvo el coche.

— Tiene razón — dijo, bajándose y dirigiéndose a inspeccionarlo. — Los asientos están calientes aún. ¡Hola!... Aquí está la prueba.

— ¿Qué ha encontrado, señor Sherlock Holmes? — le pregunté en voz baja, acercándome.

Por contestación cerró la portezuela y acercándose a la cola del coche puso frente al reflejo del farol rojo una de las pistolas de juguete que los bandidos habían usado con tan grotesco efecto en el baile de Belle Place dos horas antes.

— Vamos, pierrette. Usted lleve el arma homicida... y no vacile en hacer fuego. Vamos a ver, qué efecto hace la broma.

Atravesamos el jardín y nos detuvimos junto a la puerta para escuchar. El silencio del interior fué bruscamente interrumpido por la misma penetrante y disimulada voz que conocíamos tan bien. Las palabras llegaron hasta nosotros con claridad:

— *Messieurs, mesdames, restez tout-à-fait tranquilles.*

— Ahora es el momento, Sylvia — murmuró Hubert a mi oído.

Tomándome de la mano me llevó hasta una puerta que estaba abierta y al instante reconocí el salón de juego.

Nunca olvidaré el cuadro: era tan interesante como la mejor escena de teatro que yo haya visto. Jugaban en tres mesas, o mejor dicho, habían estado jugando hasta hacía un momento. Los doce jugadores habían quedado paralizados sobre sus sillas, tan tiesos como si hubieran quedado hipnotizados.

Sobre cada mesa había una pantalla eléctrica echando la luz sobre los naipes y las manos de los jugadores, pero dejando las caras en la sombra. Los elegantes bandidos les apuntaban con las pistolas. Uno de ellos estaba al extremo de la habitación con la espalda hacia la puerta interior, tres estaban cerca de las mesas y el último dirigía la operación desde un lugar a tres o cuatro metros de la puerta donde nosotros estábamos y dándonos la espalda.

— Los caballeros se levantarán — decía en su forzada y cómica voz.

Retiré mi mano de la de Hubert, me introduje en la habitación, y de espaldas contra la pared me acerqué silenciosamente hasta las mesas. Creí encontrarme a cubierto por la sombra de las pantallas, pero mis medias y zapatos blancos me delataron.

La lacónica voz del bandido se detuvo en medio de la frase, mientras los jugadores, cuyos nervios ya habían recibido una buena impresión, me miraron como si fuera un fantasma.

Me fuí directamente al príncipe y me coloqué entre él y el bandido más próximo.

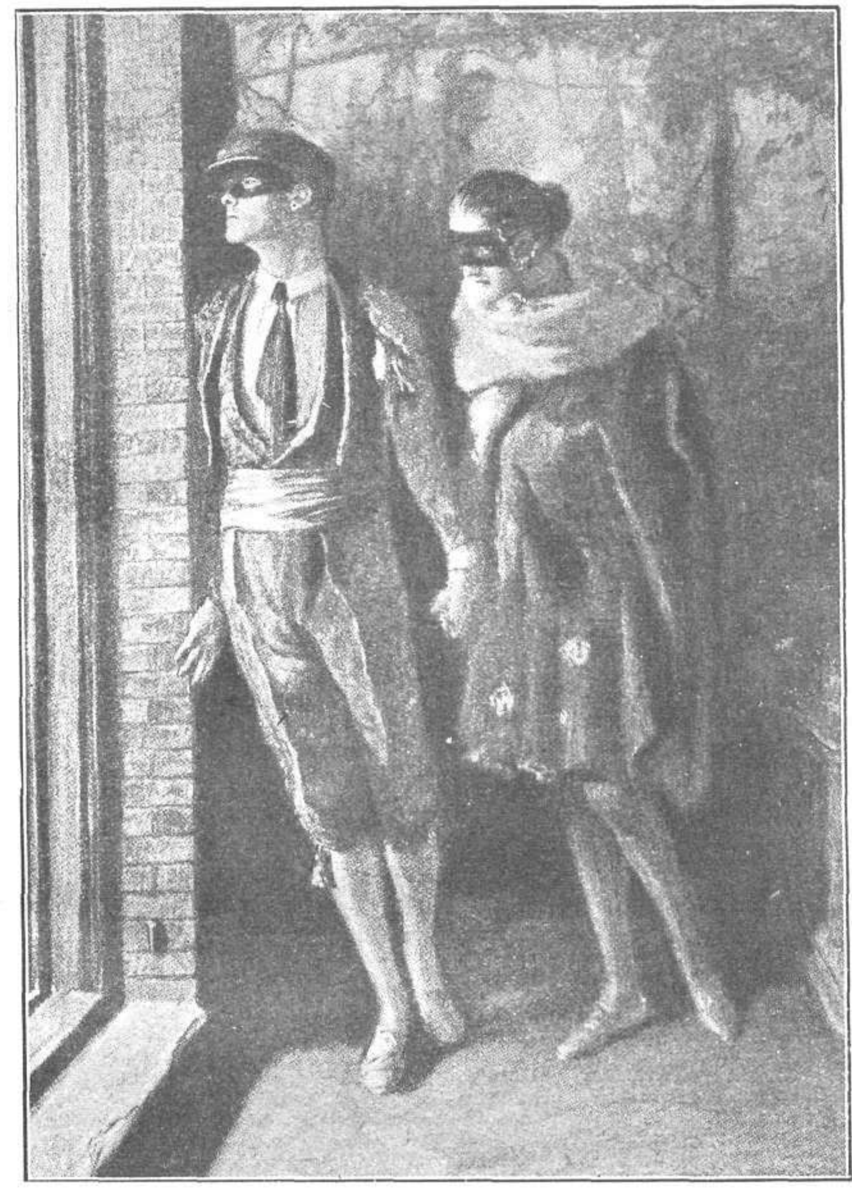
— Soy Sylvia, alteza — murmuré tan distintamente como pude. — Acérquese más, quiero decirle algo al oído — y separando los codos, para abrir mi capa tanto como fuera posible, continué: — Creo que es una broma. Tome esta pistola, es una imitación, manténgala fuera de la luz y ordéneles que levanten las manos.

Mientras le hablaba, le metí la pistola entre la pechera y el chaleco.

— Rápido, alteza, rápido.

El jefe de los bandidos se había repuesto ya de su sorpresa; tal vez se imaginó algo.

— Quiere esa dama... — empezó con su fingida voz.



mente diferente. Noté que mientras obedecía las órdenes del príncipe, él, de por sí, había avanzado un paso o dos hacia la mesa frente a la cual se había estacionado, quedando de esta forma a sólo un paso de la próxima jugadora.

Esta era una extranjera y desconocida por completo para mí, pero, aun en la semiobscuridad, pude ver que era una mujer de belleza deslumbradora. Estaba también ricamente vestida, y si yo hubiera sido un bandido aficionado, la carga de joyas que llevaba sobre su persona creo que me hubiera tentado a convertirme en profesional al instante. En particular el magnífico collar de perlas de gran tamaño y perfección, que desde su bien torneada garganta colgaba hasta descansar sobre las faldas.

— Ahora, alteza, ahora — le dije tomándolo del brazo y sacudiéndolo.

Saltó como si le hubiera tocado una corriente eléctrica, casi tirándome al suelo en su excitación.

— ¡Manos arriba todos ustedes! — gritó en su sonora y dramática voz, — o haré fuego. Una... dos...

Realmente lo hacía con todo estilo.

Era demasiado para los supuestos bandidos. Cinco pares de mano se levantaron hacia el techo.

— ¡Monsieur le Duc. Tenga la bondad de recolectar las armas. Con la mano izquierda sáqueles el antifaz.

Dos o tres de los invitados se dirigieron hacia ellos con la aparente intención de darles una paliza.

A cuatro de aquellos avergonzados bandidos los conocía yo perfectamente; eran alegres muchachos de buena familia y dispuestos siempre a dar una broma cuando se ofrecía una oportunidad en sus desenfrenados espíritus.

El quinto bandido era un misterio. Era más viejo que los otros y de un aspecto completamente diferente.

El duque, como le ordenara el príncipe, había recogido ya cuatro de las pistolas de sorpresa, y se aproximaba al quinto bandido, cuando éste, con un gesto sarcástico en los labios, en vez de entregarle el arma, como el resto había hecho, se la metió en el bolsillo, y dándole la espalda se colocó detrás de la dama de las gloriosas perlas.

Entonces, con la rapidez y habilidad de un prestidigitador, hizo saltar el enganche del collar, se lo envolvió en la muñeca, haciéndolo girar con rapidez bajo la misma nariz del sorprendido duque, y corrió hacia la puerta por donde habíamos entrado nosotros.

Si no hubiera sido por Hubert ciertamente la habría alcanzado y desaparecido. Hubert, creyendo, como yo, que se trataba sólo de una estúpida broma, se había quedado en la puerta con la idea de desbaratar el éxito de la farsa en caso de que trataran de escapar antes de recibir el justo castigo.

Cuando las cinco pistolas se levantaron por orden del príncipe, el ojo de lince de Hubert había notado que el arma del quinto bandido era más parecida a un arma de verdad que las otras, y por esa razón se fijó con particularidad en el individuo.

Cuando el ladrón estuvo cerca de él lo vi saltar y abrazarse a él. Ambos rodaron por el suelo.

Pero el ladrón era tan flexible como una anguila.

Cuando sus manos tocaron el suelo, tiró del cuerpo hacia adelante y sus piernas se escurrieron por entre los brazos de Hubert, quedando nuevamente libre. Pero antes de que tuviera tiempo de ponerse en pie, las manos de Hubert, que con justa razón tenía fama de buen jugador de rugby, alcanzaron uno de sus tobillos y de nuevo rodó por el suelo. Al caer por segunda vez, el collar de perlas, que lo había metido en uno de los bolsillos, saltó y fué a parar al pie de una de las ventanas.

El bandido se incorporó, contorsionada la cara. Echó mano al bolsillo y, rápido como el pensamiento, sacó la pistola y apuntó con ella al cuerpo de Hubert.

Yo grité y me cubrí los ojos. Al momento sonó una explosión, seguida del ruido de vidrios rotos...

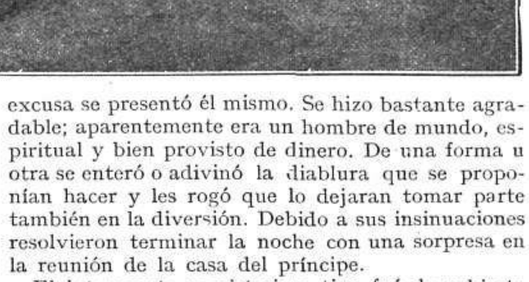
Aquello fué más de lo que yo podía resistir, y caí al suelo sin conocimiento. Afortunadamente Hubert no había sido herido. Lo que sucedió fué que el *jefe de los bandidos*, al darse cuenta de la situación, corrió hacia ellos en el preciso momento que el verdadero ladrón apuntaba a Hubert, y dándole una patada en la mano hizo saltar la pistola, y la bala sólo destrozó una lámpara y su pantalla veneciana.

Abrí los ojos a tiempo para ver al *jefe* sobre el ladrón, sujetándolo por la garganta. Sus tres compañeros se acercaban para ayudarle.

El individuo, que parecía tener la agilidad y ferocidad de un tigre, sacudía a sus asaltantes con desesperación, pero ellos tenían su presa segura y no parecían dispuestos a soltar. Por fin se dió por vencido, salvaje y agitado, con sus cuatro ex colegas sentados sobre su cuerpo. La bella dama se adelantó con la mayor tranquilidad y recogió el collar.

Al ladrón, fuertemente asegurado con sólidas cuerdas que facilitó el príncipe, le sentaron en una silla.

Alguien llamó a la policía y, mientras esperábamos, los bromistas nos explicaron lo ocurrido. Dijeron que hasta hacía una semana aquel hombre había sido completamente un extraño para ellos. Lo habían encontrado primero en el bar, y con una excusa se presentó él mismo. Se hizo bastante agradable; aparentemente era un hombre de mundo, espiritual y bien provisto de dinero. De una forma u otra se enteró o adivinó la diablura que se proponían hacer y les rogó que lo dejaran tomar parte también en la diversión. Debido a sus insinuaciones resolvieron terminar la noche con una sorpresa en la reunión de la casa del príncipe.



El interesante y misterioso tipo fué descubierto tan pronto llegó el jefe de la policía local.

— ¡Ah, Lenoir! — dijo así que le vió. — Sabíamos que estaba visitando nuestra costa. Lo felicito por la distinguida sociedad en que se encuentra, pero usted nunca ha resistido a la pasión por la aristocracia. La reputación de Lenoir, señores, es internacional. Es un cliente de los hoteles que la República mantiene para los caballeros que siguen su aventurera carrera. Tengo que agradecerle, Mr. le Prince, y a la compañía presente también, su ayuda al hacerme recuperar tan distinguido parroquiano.

El jefe de policía hizo una seña a los tres agentes que le acompañaban, quienes esposaron al prisionero y se lo llevaron

FIN



Por

GIOVANNI VERGA

TRADUCIÓN DE

MARIO CATALDO MARCIAL

DIBUJOS DE BESARES

Cuántas veces, en los dramas de la vida, la ficción se mezcla de tal manera con la realidad, que se confunden ambas, y se vuelve tragedia, y el hombre que por fuerza vese obligado a representar un papel, llega hasta el punto de posesionarse sinceramente de él, como los grandes actores. ¡Y qué amargas comedias se presencian entonces, y qué tristes comediantes!

He visto la comedia del dolor en el lecho de un agonizante. Un caso digno de llevarse a la *Corte de los Asises*, si es cierto lo que decían los vecinos, que Mateo Sbarra no era verdad que moría de una coz que habíale dado un mulo, sino que su compadre Niscima lo había herido a traición, dándole con la azada en la cabeza, cuando supo que éste le traicionaba con su mujer — ¡un compadre, un gran amigo con quien partía el pan y el trabajo, y por cuya mujer y amigo se hubiera hecho matar! — Y Niscima lloraba, y su mujer lloraba también, arrancándose los cabellos, posiblemente por el cariño que le tenía, o tal vez por miedo a la justicia. ¡Oh, compadre, qué día amaneció para nosotros! ¡Oh, qué brasa arde aquí dentro, querido compadre! Y el juez de instrucción estaba presente; y la estancia estaba llena de vecinos que sabían la verdad y no querían decirla; y el mulo, atado ahí afuera, no podía hablar.

Mateo Sbarra, con un sollozo en la garganta, callaba también, ante el juez, ante los testigos y ante el cura que lo absolvía de sus pecados. Miraba a su comadre, luego a su compadre, con miradas turbias, ante las cuales acaso ya cruzaba la visión de la vida eterna. ¡Ah, las manos de ella que ahora con un pañuelo enjugaban la sangre y el sudor de la muerte! Y las manos del amigo que arreglaban la almohada para que apoyase mejor la cabeza, allí en ese mismo lecho matrimonial donde le había tendido una celada sin escapatoria — si era verdad que su mujer habíalo estrechado ya otras veces entre sus brazos — porque Niscima sabía perfectamente que el macho montaraz vuelve otra vez a ponerse a tiro de fusil al reclamo de la hembra, aunque esté herido y chorreando sangre.

Ana, la vecina, había oído, escuchando junto a la puerta, el ruido de la lucha brutal y violenta en cuanto el marido llegó a su casa: los gritos sofocados, los estertores de la mujer y el furioso jadear de él.

¿Qué debía hacer la pobrecita, si en realidad era culpable? ¿Si es cierto que Dios no paga el sábado, y nos castiga con nuestro mismo pecado? — ¿Por qué lo has hecho huir, buena mujer? Dile que vuelva. Deben tener alguna señal conocida ustedes dos. ¡Hazle una señal para que venga, por Dios! — Ella puso la señal: un pañuelo rojo color sangre. Estaba más muerta que viva: la vieron en la ventana los demás vecinos. Tenían bastante razón ahora de chillar los dos: — ¡Oh, querido compadre, qué brasa deja usted aquí adentro, en mi corazón! — ¡Señor juez, señores que están presentes, mátenme aquí mismo, adelante de él, si creen que fuí yo el traidor! — Y la justicia, que velábase en la conciencia de aquellos testigos mudos, quizás pensaba:

—El muerto, muerto está. Hay que salvar al vivo.

———

También esta otra para ser juzgada en un tribunal correccional:

El, echándose entre el fuego que a escondidas prendiera en su negocio — según decíase, para evitar la quiebra — y tratando de apagarlo con sus mismas manos, las cuales estaban llenas de quemaduras, las ropas ardiendo y echando humo, los cabellos erizados, el rostro térreo y descompuesto de los desesperados o los delincuentes — y la mujer semidesnuda y los hijos aterrorizados que se agarraban a él. — ¡Suéltenme!... ¡Por Dios!... ¡Será mi ruina!... ¡Es preferible morir! — El vocerío de la multitud, el crepitar del incendio, el chorro de las mangueras y los toques de clarín de los bomberos. Y las caras enrojecidas, algunas sombras negras que hormigueaban entre aquel claror ardiente y las chapas de los carabineros que lo cegaban. ¿Qué veía él y qué sentía en medio de aquel turbión? Las manos convulsivas que extendíanse hacia él,

entre el relumbrar de las bayonetas; su hija manoseada groseramente por cien desconocidos y al hijo debatiéndose furiosamente entre los soldados: — ¡Papá, papá! — Y la sonrisa de los perversos, y la murmuración insidiosa del mundo: — ¡Estaba asegurado en trescientas mil liras!... ¡Se entiende!... ¡Y más aún puesto que en la barca entraba agua por todas partes! — Dos veces, delirando como un demente, intentó romper el cordón de soldados que cortaba el paso a la gente, y las dos veces fué rechazado hasta la calzada, donde tambaleándose aullaba: — ¡Es mi negocio, les digo!... ¡Soy el dueño!... ¡Dejen que me muera por salvarlo! — ¿Y nosotros, papá? ¡Somos nosotros! ¡Escucha! — ¡Ah, hijos míos! ¡Pobres hijos míos! — Y el modo de llorar, ahí en medio de la calle, y las lágrimas que surcaban su rostro sucio de humo y de polvo, y las lágrimas de su mujer y de sus hijos! ¿También eran fingidas? ¿También ellos eran cómplices piadosos de aquella torpe comedia? ¿Lloraban la culpa del padre o la ruina de ellos? ¿Habían leído ya antes en aquel venerado y amado rostro las secretas angustias, las ansias y las luchas que el negociante honrado y estimado hasta entonces, había tenido que simularles en la mesa, en el teatro, en la intimidad de su hogar y ante el mundo, ante quien había que fingir y aparentar una continua prosperidad? ¿Era la desesperada necesidad de la misma mentira que los contaminaba a todos ahora para la salvación común? ¿Hasta qué punto eran fingidas las lágrimas del culpable, allí, ante los ojos de su mujer y sus hijos, a quienes amaba con ternura y los que eran su orgullo, sus víctimas, los inexorables jueces que le juzgarían antes que nadie, desde lo más recóndito de la conciencia? ¿Quién podría asegurarlo? — ¿Usted, hombre de banca, que con el cigarro en la boca juega en la Bolsa partidas de vida o muerte, y de ruina para otros mil que tienen fe en usted por su gran indiferencia? ¿O usted, hombre de toga, que hizo llorar a los jueces para salvar al homicida? — De repente la multitud, los soldados y hasta los mismos bomberos retroceden aterrorizados ante los horrores del incendio, lanzando un inmenso aullido. Pero él sólo, el desdichado, se desprendió de los brazos de sus hijos, para arrojarse en aquella vorágine ardiente, haciendo rodar por tierra a cuantos querían sujetarle, luchando como un demente contra todos, mientras unos le rechazaban y otros lo golpeaban, volviendo a adelantarse, agachando la cabeza, chorreando sangre y echando espuma por la boca, aquella boca que lanzaba gritos que nada tenían de humano: — ¡La caja! ¡Los libros!

Lo llevaron a su casa sobre una parihuela, con el cuerpo completamente llagado y medio asfixiado.



ÉL, ECHÁNDOSE ENTRE EL FUEGO QUE A ESCONDIDAS PRENDIERA EN SU NEGOCIO — SEGÚN DECÍASE, PARA EVITAR LA QUIEBRA.

Durante un mes estuvo entre la vida y la muerte, y en medio de aquella agonía notábase que estaba a la expectativa de aquel juicio infame, y que escrutaba la mirada de sus hijos que le interrogaban. — ¡Pobre Lía, qué pálida estás! ¡Y tú también, Arturo! ¡Tú también! ¿No ven que tranquilo estoy ahora que me rodean ustedes? ¿Ven cómo sonrío, pobres criaturas mías? — Y luego igualmente, al hallarse ante los jueces, sentado en el banquillo de los malhechores, mientras sometíanle al interrogatorio y le acusaban los testigos en contra, y defendíale el abogado, que invocaba en su favor cuarenta años de vida intach b!e, y veía el rostro pálido de su hijo que presenciaba entre el auditorio, y luego los brazos de las mujeres de su familia que lo estrecharon al salir del tribunal. — ¡Absuelto! ¡Absuelto!

Sin decir nada más, ni siquiera otra palabra, la que se heló entre los labios de todos, que los hizo enmudecer siempre, al recordarla!

Y la comedia diaria, en la casa patricia, bajo el mismo techo, en la misma mesa, ante los hijos y los criados, la comedia representada durante veinte años, con la desenvoltura de gentes del gran mundo, entre el esposo ofendido y la mujer culpable, si el triste secreto en realidad existía entre ellos. — De la esposa de César ni siquiera debe dudarse — y ambos atados a la misma cadena de sus ilustres familias, procedían ciegamente según el código especial de la sociedad a que pertenecían. Ni el mundo ni nadie tenía que observar nada. Acaso notaría una cana más junto a las delicadas sienes de ella; pero ni una atención, ni un cuidado menos en la implacable gentileza del marido. Si la dama, esposa y madre honrada e intachable hasta el declinar de su juventud, había caído de golpe, cayó mal, puesto que el pleonasmo se admite en el mundo en que actúa, y entonces es una pobre criatura delicada y altiva, acostumbrada a caminar siempre con la cabeza bien alta sobre los tapices, y que al caer no ha sabido extender los brazos y sostenerse para evitar la caída, por lo cual el marido en seguida la socorrió con su brazo fuerte, para que continuase llevando dignamente su nombre y el de sus hijos. Aunque a decir verdad, ella no gritó ni lloró, ni hizo llorar a las almas caritativas que se apiadarían por lo ocurrido. Y hasta el mismo marido era digno del mayor elogio al dejar las cosas *en familia* para que no trascendiera, porque el *otro* también era hombre de mundo, de la misma casta y casi del mismo apellido, todo un caballero y buen jugador, que igualmente conocía los juegos de azar que el juego del amor, que iba hacia la ruina o la muerte con una sonrisa en los labios y una flor en el ojal, y *sabía vivir* y morir si era necesario, evitando cualquier escándalo.

Además que él no le había escrito más que dos o tres cartas, y eso únicamente en casos muy urgentes, sólo cuando habíase visto ya obligado a echarse al agua, o bien con el revólver junto a la sien. Lo malo fué que una de dichas cartas, la más lacónica y comprometedora, precisamente la última, cayó en manos del marido, mientras preparábanse para ir a una fiesta, y ya el carruaje esperaba, y la pobre mujer, a quien terminaban de ayudar a vestirse y peinarse — sentada junto a la chimenea llena de fuego, y más pálida que una muerta — esperaba que llegasen las joyas que había empeñado para salvar a su amante, el cual habíale prometido que se las devolvería, *costase lo que costare*, para esa noche. ¡A cualquier costo! — Y por eso le e cribía, pidiéndole disculpas, si por primera y última vez faltaba a su palabra. ¿La pobrecita tendría ya el triste presentimiento, y por eso se le estrecharía el corazón en aquella inmensa angustia, y estaba tan pálida ante aquel gran fuego? ¿Había cruzado por su mente como un rayo la idea del suicidio, y se había entregado a él, atraída por la piedad que le inspirara una noche en que tranquilo e impenetrable le viera perder todo, en una terrible partida? Una terrible partida que hacía desertar a los hombres de la sala de baile para ir a la de juego, donde hasta las mujeres sentíanse atraídas. Al encontrarse sus ojos con la mirada triste y piadosa de ella, él habíale dicho en aquel entonces, con una pálida sonrisa: — ¿Por qué viene a presenciar estas cosas tan feas, duquesa? — Y ella... — ¿Por qué?... ¿Por qué hace eso, Mauricio? — balbuceó con voz imperceptible. El levantó los hombros, al inclinarse para besarle la mano, y mirándola fijamente en el rostro, con aquellos ojos claros de firme mirada y decididos a todo, no respondió nada más.



— ES TARDE — DIJO ELLA, LEVANTÁNDOSE. — SERÁN CASI LAS CINCO. DEBO IRME.
Y ÉL TAMBIÉN LEVANTÓSE SIN DECIR NADA.

La noticia del suicidio corría a los cuatro vientos, esparcida por los vendedores de diarios, cuando el duque entró en el cuarto de su mujer, con la carta fatal en la mano. El también se hallaba tan tranquilo como el *otro* ante el inesperado derrumbe de su orgullo y de su fe. — Discúlpeme, le dijo, si la he leído sin darme cuenta de que no era mía. Pero considere que pudo caer en peores manos. Quémela junto con las demás que indudablemente debe tener, y dese un poco de color en las mejillas, porque es imposible ir al baile con esa cara si queremos evitar el ridículo.

Y evitaron el ridículo. Aunque los que andan a la caza de escándalos se agruparon ante la puerta, cuando anunciaron a la ilustre pareja, y las amigas indulgentes la rodearon en cuanto la noticia del suicidio em-

pezó a correr en la fiesta, lo evitaron, porque halláronla lo más fuerte y erguida. Y vieron que ni pestañeaba bajo aquel golpe mortal que repercutía en su cabeza, ni pudieron adivinar nada los que la observaban, mientras el marido, con la discreción que apaga todo estridor molesto, lo compadecía, diciendo: «Ese pobre Mauricio».

Después ella enfermóse, y el duque no abandonó ni un sólo día su dormitorio. Volvió a ir a los teatros y demás diversiones, donde se la recibía con la admiración y el respeto de antes, siempre del brazo de aquel hombre, por el cual sentía la más íntima repulsión, acudía junto con su hija, aquella virgen cándida y pura, y con su hijo, ya mocito, los cuales sentían la ternura y el orgullo más grande por ella.

Cuando ellos se comprometieron, el padre les dijo: — Sean siempre dignos del nombre que llevan y no olviden la vida ejemplar de sus padres.

Ante ellos, y ante todo el mundo, él jamás olvidó, ni durante un día — y por espacio de muchos años — de darles el mismo ejemplo de aprecio y devoción hacia la compañera de su vida, la que arrastraba la misma cadena que él y con la cual quedaran solos, en el inmenso palacio, sonoro y vacío como una tumba. Y si acaso la divulgada sospecha de otros tiempos perduraba aún en la mente de algún doméstico o de algún amigo íntimo, él hizo todo lo posible por desmentirlo hasta el último momento, hasta la hora de la muerte, estrechando la mano de su mujer que sollozaba postrada ante él, ante sus hijos y sus parientes, mientras el cura le administraba la extrema unción. Sólo en la última convulsión espasmódica, con su mano helada, rechazó aquella mano. En su testamento dejó un importante legado *para su fiel compañera*.

¡Y cuántas más! ¡Cuántas! La sonrisa procaz de la desdichada que tiene que ganar el pan de todos los días. Las lágrimas del vividor que viene a pedirnos veinte liras *prestadas*. La elegancia del hombre arruinado que cena con las masas del te. Los ojos de la muchacha que baja la mirada buscando marido. Y la más desoladora, en fin, la comedia del amor, cuando el amor ha muerto ya, y sólo queda la cadena de dicho amor. ¡Oh, brazos delicados que cansados y amoratados se estrecharon en el amplexo!

Cuando Alberto, en aquella fiesta, estrechó su pequeña mano que luego debía atar tan fuertemente la cadena a su cuello, no supuso que ella se desprendería tan pronto. Y hasta jamás se figuró que se dejaría sugestionar por el ardor y la ilusión que simulara, le dominaba al pronunciar sus frases galantes. La sonrisa de triunfo de ella, que se embriagaba ante el homenaje de aquel hermoso aventurero del amor, que todas se disputaban en medio de la mayor admiración — la lánguida excitación de la danza — la caricia de la música que acompañaba a las acariciantes palabras — los ojos llenos de avidez que buscaban los suyos y el fulgor que ella notó al inclinar su blonda cabeza en señal de asentimiento, diciéndole: — ¡Sí! ¡Sí! — ¡Con qué embriaguez y qué miradas de extravío había en sus ojos cuando por vez primera subió la escalera aquella y empujó aquella puerta, mientras estrechaba fuertemente contra su seno anhelante el manguito! ¡Con qué espanto volvió otras veces, mirando hacia atrás, y en torno suyo, y luego se echó en una poltrona en cuanto entró, con el rostro pálido y una arruga sutil en el entrecejo! — ¿Me hice esperar, verdad? — No... qué importa además... ¡Ya estás aquí!... — ¡Ah, estoy medio muerta!... ¡Si supieras!... ¡Mi marido!... ¡Y ese portero que me ve entrar! — En fin, todo lo que antes no veía, antes cuando sus ojos estaban deslumbrados por aquel sueño dorado. — ¡Déjeme, Alberto!... ¡Se lo ruego! ¡Por favor!...

— Bueno, la dejaré. Discúlpeme.

— ¿Qué le pasa ahora? ¿No ve en qué estado me hallo? ¿No reflexiona lo que hago por usted?...

Los ojos en los ojos, las manos entrelazadas y la roja boca cansada que sonreía y ofrecíase bajo el espeso velo. ¡Ah, ya no era aquella boca que antes rehuía de la suya temblando, y luego se entregaba ávidamente al primer beso! Ofrecíasela ahora también, como una piadosa mentira, porque veía que sus ojos ardientes de enamorado buscaban en los de ella el amor que ya había desaparecido. El no recogió aquel beso, y mirándola fijamente dijo con tristeza: — ¡Oh, pobre María!

Ella enrojeció, fijándole a su vez con mirada inquieta. ¿Notaba acaso la duda y el cruel desengaño en los ojos de él? — ¡Pobre amor! ¡Pobre María! — Nada más le dijo, acaricióle los cabellos, sonriendo él también. Pero estaba completamente pálido y sonreía con tristeza. Y entonces ella lo estrechó entre sus brazos y besó aquel rostro pálido y aquellos ojos, y se extravió durante unos segundos ella también, quizá sinceramente, o acaso simuló extraviarse por compasión. ¡Oh, pobre amor que necesitas sacudir tus flancos con las alas! ¡Pobre amante que descendió a representar tan innoble comedia! ¡No! ¡No! El retrocedió tambaleándose como si hubiese recibido un golpe en el pecho, anduvo unos pasos por la estancia y luego fué a sentarse junto a ella, tratando de sonreírle aún, buscando palabras que no asomaban a sus labios,

— Es tarde — dijo ella, levantándose. — Serán casi las cinco. Debo irme.

Y él también levantóse sin decir nada.

Ella buscó su manguito y los guantes, cubrió su rostro serio y frío con el velo, y sin decir una frase, sin mirarlo, se encaminó hacia la puerta. El ya la abría.

— Hágame el favor. Mire si hay alguien en la escalera...

— Espere.

Salió a espiar desde el rellano y volvió en seguida.

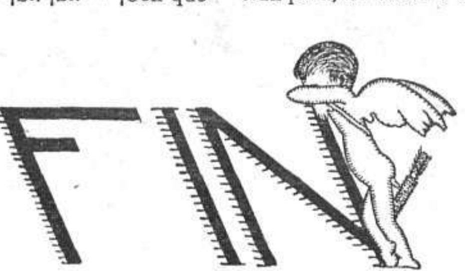
— Nadie.

La amada vaciló un instante y levantó otra vez el velo, dejando descubierta la boca. El amante fingió no verla y le estrechó la mano.

— Adiós, entonces.

— Adiós.

Oyóle pisar hasta el último escalón, con paso algo ruidoso, paso que otras veces se alejaba furtivamente, y desde su ventana la vió que, firme y tranquila, se detuvo en la vereda, como quien ya nada tiene que esconder, y le hizo señas con la derecha a un cochero para que se acercase, con un gesto gracioso, teniendo sus manos metidas en el manguito.



DE VERANEO



En viaje a la aristocrática playa de Quilmes en tren rápido, de lujo y recreo.



Regresando de una provechosa jira artística, cargado de palmas y laureles, cosechados en el bosque.



Va para Montecarlo en calidad de turista de primera, pero se quedará en Montevideo como camarero de segunda.



De vuelta de Mar del Plata, sin plata y a pie, a causa de un asalto que sufrió, le pusieron verde.



En excursión de recreo familiar y pedestre, para hacer derroche de lujo en el gran Balneario municipal.



Va como rico comerciante en viaje de compras a la gran Feria de muestras de Munich y a demostrar que nuestras ferias francas son mejores.



En las sierras de Córdoba haciendo ejercicios físicos y tomando baños de sol.



A Sierra Chica, a gozar de la sombra por una larga temporada.

DIBUJOS DE REDONDO

De Caseros

Grupo de alegres máscaras que concurrieron al baile organizado por el Club Social de ésta, el que alcanzó un completo éxito.



LA

IPERBIOTINA
MALESCI

es buscada por todos los hombres que desean prolongar sus años juveniles y beber en la fuente de la eterna juventud.

VENTA EN LAS DROGUERIAS Y FARMACIAS

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci Firenze (Italia).

Inscripta en la Farmacopea Oficial del Reino de Italia.

Unico Concesionario-Importador para la República Argentina·

M. C. de MONACO

VIAMONTE, 871 - Buenos Aires

De Quilmes

Familias que concurrieron al baile de los Abonados, que se verificó en la rambla del balneario.

Otro grupo de los concurrentes a la animada fiesta.

El corte y confección por correspondencia



Señorita Victoria Baffoni, de Bragado (F. C. O.).



Señorita Antonia E. Benavidez, de Río Cuarto (Córdoba).



Señorita Juana A. Semino, de Capitán Sarmiento (F. C. C. A.).

Tres distinguidas señoritas que hicieron sus estudios y exámenes por correspondencia en forma brillante, obteniendo en pocos meses el Diploma que las acredita Profesoras en Corte y Confección.

Es una verdad cada vez más evidente que la enseñanza por correspondencia representa — cuando está garantizada por una institución seria — la última palabra en el progr so educativo. El valor del sistema privilegiado y de la enseñanza que dicta el Instituto «Corte Práctico El Profesor» lo demuestran prácticamente los centenares de alumnas que han cursado y cursan en él, en poco más de un año de su fundación. La Directora envía folleto gratis a quien lo solicite, calle Victoria número 4089, Buenos Aires. (En Montevideo, calle Durazno número 1773).



Las canas envejecen



Hacerlas teñir cuesta caro y teñirlas bien uno mismo es difícil, salvo que el que quiera ocultar sus canas emplee el

AGUA SALLES

inventada en 1860 por el químico E. Salles, en París, donde desde esa fecha se vende.

Devuelve al cabello y barba su color primitivo y los matices que da el Agua Salles son tan naturales que aun vista de cerca la cabellera o la barba teñida no se puede notar.

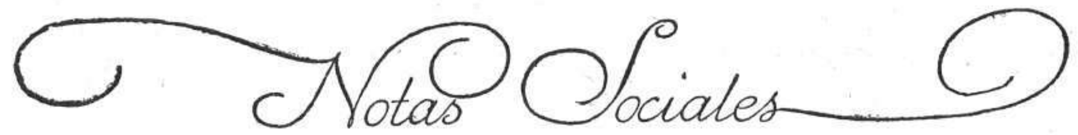
Su uso es muy fácil; no ofrece peligro alguno, bien por el contrario, fortalece el cabello y le da brillo y suavidad.

No ofrece inconveniente alguno siguiendo al pie de la letra las instruccciones que para el uso trae el frasco.

De venta en las Perfumerías, Tiendas y Farmacias.

Por mayor: A. LOURTAU y Cía.

PARANA, 182. Buenos Aires—En Montevideo: SARANDI, 429



Desde el brillante cuadro de nuestra «Feria de Vanidades» allá, en la luminosa región del sur, se nos asegura que la vida sentimental recobra sus derechos, a pesar de todas las pequeñas rivalidades mundanas o extravagancias ultramodernas...

En ese balance sentimental figuran los nombres de muchas encantadoras jovencitas que constituyen hoy una de las mayores atracciones de nuestra actividad social; bien es cierto que la vida moderna no retrae ya, dentro del hogar recientemente formado, a las que inician su nueva vida... Nos hemos habituado a ver que en todo programa de diversiones constituye hoy el mejor atractivo el núcleo de matrimonios jóvenes y es de creer que son *ellas*, naturalmente, las que dan vida, alegría o interés a ese incesante engranaje de comidas, *dancing* o a los *soupers* de la madrugada...

Pero como a pesar de todas las *evoluciones* y hasta podría decir *revoluciones* de nuestras costumbres sociales, conservo siempre mi tenaz optimismo, espero que muchas de las deliciosas figuritas juveniles que se encuentran ya en el dintel de su nueva vida han de preferir vivir largas horas en el nido propio, en vez de desgranarlas atolondradamente a riesgo de destruir su dicha; el exceso de diversiones lleva tantas veces al hastío...

Anotemos, pues, las nuevas siluetas que nos proporciona el comentario, velando lo más discretamente posible — como es de práctica — la interesante personalidad de cada una de ellas; a ustedes, lectoras curiosas y sagaces, corresponde el nombrarlas luego...

Se halla actualmente en la ciudad del ruido — de regreso de nuestra aristocrática playa — una interesante figura juvenil cuya belleza y encanto recuerda a las ideales criaturas inmortalizadas por Reynolds; su nombre es el mismo de la suave y rubia heroína de Shakespeare, cuyo recuerdo vive siempre en la histórica ciudad de Verona, la plaza fuerte cuyas formidables defensas guardan tantos tesoros para los espíritus fervientes de romanticismo; sus puentes de piedra, sus arcos, las iglesias, decoradas por el Tiziano, el Giotto o Girolamo dei Libri; sus palacios, cuyas terrazas dominan el río, su cementerio, delineado por Barbieri, y donde asegura la tradición que durmió su último sueño la dulce amante inmortalizada por Shakespeare...

Lleva la heroína de nuestro feliz romance dos apellidos de origen netamente británico; su familia residió antes en la pintoresca y riente capital hermana, y hasta se susurró, en temporadas anteriores, que la encantadora jovencita habría de realizar su destino en aquel primitivo *home* de los suyos... Pero si hemos de prestar crédito al comentario mundano, ha de conquistarle el simpático admirador, cuyo breve apellido es hoy el símbolo de las más fervientes aspiraciones de la humanidad, herida y torturada por la contienda inenarrable...

Se asegura luego que muy pronto ha de anunciarse el compromiso oficial de una de las figuras juveniles más lindas y atrayentes de la aristocracia porteña; rubia y delicada, como una frágil estatuilla de Sajonia, lleva también dos apellidos; el primero de origen británico y de grandes prestigios dentro de la sociedad argentina como en los círculos de la alta banca; el segundo representa entre nosotros toda una tradición y ha sido ilustrado por un eminente estadista, figura altamente respetada en el foro y en la política, y cuya actuación culminó al regir los destinos de la nación... El nombre de la deliciosa figura es el mismo de la más grande de las soberanas; el de la reina católica que supo tener fe en el más grande de los navegantes... Sus amigas han dulcificado el noble nombre con el diminutivo, adoptado ya por todos los que la rodean. El decidido admirador, que parece haberla conquistado ya, lleva nombre compuesto que evoca el recuerdo del tirano que ensombreció toda una jornada de nuestra historia; pero su apellido es también — como en la anterior silueta — el símbolo de serenidad y de calma para la atormentada humanidad; al lado del primero, tan breve y armonioso, añade un apellido que representa entre nosotros la vieja honorabilidad criolla y la opulencia...

Después se mencionan y se unen otros nombres... El de una gentil figura cuyo apellido es de origen germano, pero cuyo suave nombre evoca toda la serena luz de las estrellas; lleva él apellido netamente criollo y firmemente arraigado dentro de nuestra aristocracia; su nombre compuesto ha sido transformado en una palabra no muy bella, y que parece significar algo así como un trozo o porción pequeña de alguna cosa: pero por pequeña que sea esa porción es de esperar que atesore — junto con un cariño sincero — muchas buenas y sólidas condiciones...

Después escuchamos el nombre de una interesante figura, nombre que simboliza todos los dolores, pero que se sustituye habitualmente con otro dulce y breve; mal podría llevar el nombre que evoca los dolores de la madre del Redentor quien, como ella, atesora todas las ventajas de la vida: abolengo, situación social, inmensa fortuna... Y ha de mediar también sobre su frente juvenil toda la dulzura, la infinita bondad y el encanto de la que es el alma y lumbre de su hogar, la señoril figura que es el amparo perseverante de todos los desheredados de la suerte... ¿Quién es él? Un simpático joven, muy mundano, cuyo nombre ha sido poco afortunado para los miembros de la casa reinante de Austria y cuyo apellido constituye uno de los símbolos de la religión mahometana...

Todavía un comentario más: el balance sentimental ha sido muy importante en los últimos días...

El nombre de ella es el de una heroína de Bretón de los Herreros; mucho hemos admirado a María Guerrero cuando encarnaba a la clásica coqueta con su peinado de bucles, el alto moño y la ahuecada falda. En este caso no sé si podría decirse como en la comedia, «¿o cuál de los tres?» Han de haber sido muchos más de tres, seguramente, sus admiradores; es tan atrayente, tan completa... Al viejo y prestigioso apellido criollo añade ella el de origen irlandés que le corresponde por la línea materna... Rodeada siempre de admiradores, parece aceptar a un simpático joven cuyo apellido representa también una tradición de honorabilidad, prestigio y fortuna dentro de nuestra sociedad, y que lleva el mismo nombre de un viejo emperador que, en el ocaso de su vida y en el destino, ha querido rehacer su vida sentimental.

La dama duende.

Buenos Aires, marzo 4 de 1923.

Por los barrios de antaño

Ven, recorramos juntos,
Esos barrios antiguos,
Esas calles estrechas, mal trazadas,
Con sus casas muy viejas,
Esos barrios que viven
Una vida repleta de recuerdos.
No vayamos al centro
Porque aquello es muy frío:
Esas regias mansiones nada sienten!
¿No ves con qué pereza
Se alzan los rascacielos
Que pretenden llegar hasta las nubes?
¡Es un ambiente de espantoso hastío!
Recorramos las calles
Que guardan una historia,
Una historia de amor allí vivido,
Que fué todo un poema!
Recorriendo esos barrios viviremos
Un instante de vida
Lleno de amor y de sublime encanto,
Y creeremos que somos
Dos seres que venimos desde antaño!

FAUSTO E. VIGLIONI



"Toma Sanatogen — Es una Fuente Inagotable de Salud, Energía y Bienestar"

Si te sientes solamente un poco agotado, o estás anémico, o debilitado por una enfermedad, o padeces cierto desorden nervioso, digestivo o nutritivo — no hay duda que una "Cura" de Sanatogen será de beneficio real y permanente para tí.

Más de 24.000 médicos, entre los cuales hay muchos de fama mundial, han certificado los notables efectos tónicos y reconstituyentes de este preparado.

El **Dr. G. Quirico,** Médico del Rey de Italia, dice:

"He empleado el Sanatogen con marcados resultados para el tratamiento de la debilidad en los niños, como también en los casos de convalecencia después de sufrir una enfermedad por un largo período de tiempo. Considero dicha preparación como un excelente alimento tónico"

De venta en todas las farmacias

DECIDETE AHORA A PROBAR

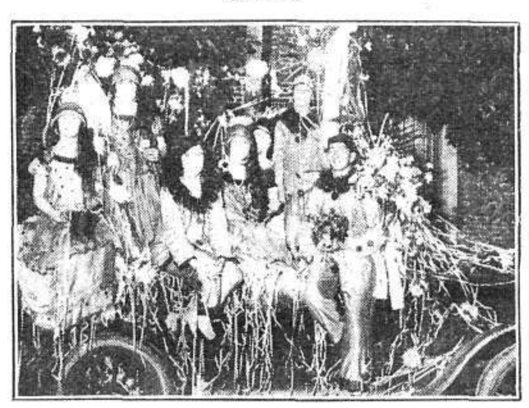
SANATOGEN

EL TÓNICO NUTRITIVO

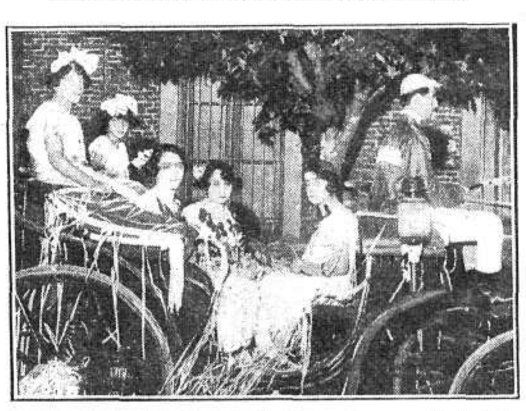
De Bernal



Hermoso grupo de señoritas que ocuparon el palco del Club Honor y Patria.



Automóvil que conducía a las señoritas de Gattschalk y Balante que se destacó por la espiritualidad de sus ocupantes.



Carruaje en que iban las señoritas Teresa, Carmen, María Luisa y Juana Amelia Cacopardo.

LA MODELO Y EL PINTOR

(Fragmento de las «Memorias» del célebre pintor Julio F. Artori, próximas a aparecer.)

... La modelo acababa de ocupar su lugar sobre el entarimado. Sin ser precisamente lo que puede llamarse una mujer joven, fluía, no obstante, del conjunto de su persona, ese poder de atracción que suelen ejercer las bellezas exóticas. Su cara pálida resplandecía en medio del magnífico marco constituído por su caballera, negra como el ébano.

Le arreglé el manto de manera que sus pliegues respondieran a la concepción que ese día quería desarrollar. «¿Me permite soltar su cabello? — le dije. — Necesito dar otra forma a su tocado». Habiendo ella asentido con un leve movimiento de su cabeza, retiré las horquillas que retenían su pelo, quedando profundamente sorprendido por la abundante cantidad de cabello, que, una vez en libertad, caía como lluvia mirífica sobre sus espaldas cuya hermosura adquiría de este modo un realce mayor aún.

— «¡Qué cabellera maravillosa!» — no pude dejar de exclamar. — «¡Son éstos los cabellos que mi pincel desea trasladar a la tela! ¡Conozco muchas jóvenes que darían una fortuna para poder poseer esta cabellera de gloria!»

Ella sonreía al oir mis palabras. Dispúseme a pintar, alentándola, mientras tanto, a charlar, hasta que al fin, pudiendo más mi curiosidad que mi discreción, interpeléla directamente: «¿Cómo ha hecho usted para conservar inalterada la espléndida hermosura de su cabello?»

— «Pues, sencillamente, durante toda mi vida he tenido la prudencia de no entregar jamás mi cabellera a las manos de ningún coiffeur. Yo misma, con mis propias manos, he tenido el personal cuidado de la conservación de mi pelo, empleando para lavarlo una substancia, conocida de muy antiguo, llamada stallax, con la cual yo misma, en mi casa y tranquilamente, preparo el mejor shampoo que darse pueda. Esta substancia, además de sus otras muchas ventajas, presenta la de no resultar cara. En cierta ocasión quise emplear otros productos, pero la dolorosa experiencia me sirvió de lección, y, desde aquella vez, sólo he continuado usando el stallax y nada más.»

— «Si se la debe juzgar por los resultados, esa substancia de que usted me habla debe ser algo verdaderamente poderoso, pero ahora descansemos...»

Reclinó ella su soberbia cabeza sobre el respaldo, y el sol al inundarla hizo brillar su magnífica cabellera con matices variantes, infinitos... Yo sentía en la nuca algo de indefinible... Algo nuevo se operaba en mi ser, como si una sensación absolutamente nueva impresionara formidablemente mis centros nerviosos. Acostumbrado, por deber profesional, a contemplar diariamente verdaderas bellezas, no lograba comprender la irresistible fascinación que de esa mujer emanaba...

Tomando de nuevo el pincel para reanudar la interrumpida tarea, mi atención quedó atenazada por un nuevo e indiscutible factor de belleza poseído por la modelo que ante mí posaba, y es que, al reproducir con detenimiento los rasgos de su cara, había notado la inmaculada blancura de su cutis, como asimismo su aspecto terso, liso, divinamente aterciopelado, como si fuera el de una niña de quince primaveras. La tentación me mordía, yo quería penetrar dentro del misterio de esa admirable tersura, pero hay límites que la cortesía no permite pasar, y... callaba. Afortunadamente ella misma vino en mi ayuda, pues, hallándose en vena de confidencias, se anticipaba a darme las satisfacciones que yo deseaba:

— «He sido siempre de la opinión de que los remedios y fórmulas antiguos son los mejores. Mi condición de modelo me exige cuidar los detalles de mi persona: ellos constituyen el único capital de que dispongo para la lucha por la existencia, y por eso me he esmerado constantemente en poner suma atención a los cuidados de mi toilette, rechazando todas aquellas composiciones que con nombres despampanantes y etiquetas multicolores corren por el comercio, para aceptar, en cambio, solamente aquellas sencillas substancias que la sabia y prudente experiencia secular de nuestras abuelas probara como verdaderamente eficaces y apropiadas a un propósito de conservación de la belleza natural.»

«¿Ve usted el cutis de mi rostro? ¿Cree, acaso, que él debe su nítida blancura a alguna de esas complicadas y costosas cremas tan de moda en nuestros días? No hay nada de eso, pues yo sólo uso cera pura mercolizada, producto conocido desde las más remotas edades de la antigua Hélade y que, según cuenta la leyenda, era el misterioso filtro usado por Friné y por Cleopatra. Yo me aplico todas las noches la cera mercolizada sobre el cutis, como si fuera cold-cream, retirándola todas las mañanas con un poco de agua tibia. Así he logrado conservar hasta hoy la suave tersura de mi piel, lo que da a mis facciones atractivos que de otro modo no tendrían. Los efectos de la cera pura mercolizada son realmente asombrosos, pues ella tiene el poder de renovar constantemente el cutis, haciendo que las células muertas caigan, para ser reemplazadas por la piel nueva, fresca y sana que así viene a aparecer a la superficie; con lo que se comprende que no es posible que se formen arrugas y esas otras neoformaciones que tanto afean la cara de una mujer.»

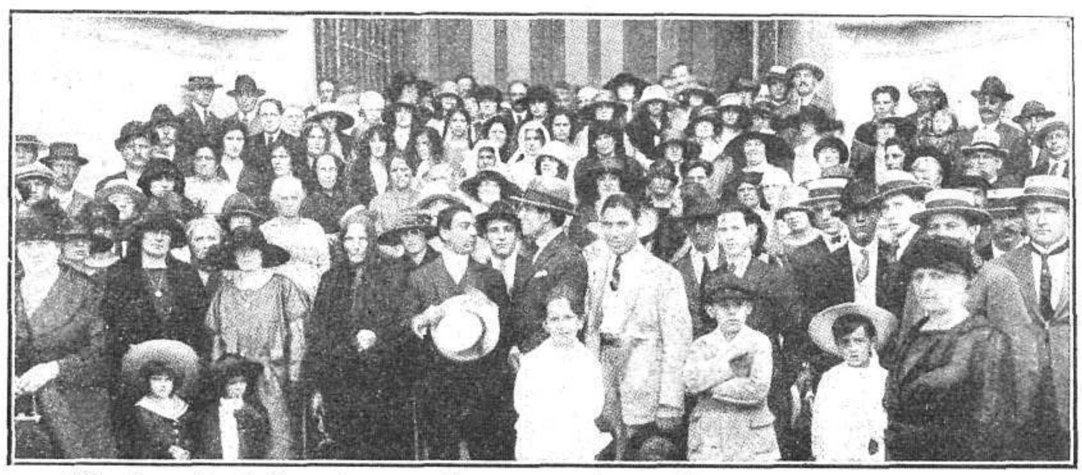
«Agregue que, en verano, hago uno o dos empolvoramientos cotidianos de todo mi cuerpo con polvo blanco de borite, con lo que logro evitar las fastidiosas consecuencias de la excesiva transpiración, y esto contribuye notablemente a mantener el aspecto siempre fresco que ofrece mi piel.»

....

— He aquí, amigos, como se inició la romántica historia de mi amor por esa mujer que ha llegado a ser la noble y purísima preocupación de mi vida. Confieso que uno de los factores que más decidieron en favor de esa inclinación lo constituyó la inmensa satisfacción moral que llegué a experimentar al poder constatar en mi amada, que antes fuera mi inteligente modelo, el hecho de que para una mujer es posible conservar todos los encantos de su hermosura con el uso de sencillas substancias, fáciles de hallar en cualquier farmacia, y sin tener que recurrir a esos ridículos preparados que tanto abundan y que solamente sirven para perjudicar a las ingenuas que hacen uso de ellos. La que hoy es mi esposa adorada es de esta misma opinión, porque afirma que el haber seguido este procedimiento le ha valido conseguir un marido que, además del cariño que le profesa, ha sabido apreciar en ella su excelente perspicacia y clarovidencia.

Julio F. Artori

De Luján



Núcleo de peregrinos de Trenque Lauquen que llegaron en procesión para visitar el Sagrado Santuario de esta población.

NO SIEMPRE ES MAYO

El sol brilla, el aire está claro, las golondrinas vuelan como saetas y cantan, y oigo el pájaro azul profetizando la primavera desde los olmos señoriales.

Tan azul corre este arroyo en sus vueltas que parece un portillo del cielo donde, esperando a que sople el viento del oeste, las nubes ancladas descansan.

Todo es nuevo: los capullos, las hojas que doran la cabeceante cresta del álamo, hasta el nido que está bajo el alero. No hay pájaros en los nidos de antaño.

Todas las cosas gozan en juventud y amor la plenitud de su primer deleite. Y aprenden del cielo amable, que está sobre ellas, la meliflua ternura de la noche.

Niña, que lees esta sencilla rima, goza tu juventud que no ha de detenerse. Goza la fragancia de tu primavera, porque ¡ay! no siempre es mayo.

Goza la primavera de Amor y Juventud; deja el reposo para algún ángel bueno, pronto el tiempo te enseñará la verdad... No hay pájaros en los nidos de antaño.

HENRY W. LONGFELLOW.

EL JURAMENTO

Un día Sita, la bella muchacha de Ratnavali, grabó sobre un pétalo de rosa este juramento.

"Yo no le amaré jamás, porque el amor es demasiado cruel."

Apenas había treminado de escribir tales palabras cuando un soplo de la brisa se llevó el pétalo y el juramento. AMOUROU.

TRAPICHE

EL MEJOR VINO DE MESA









NUNCA comprendió él los locos caprichos de aquella extraña mujer. Tal vez por eso la amaba hondamente. Sentía ante ella la adoración fanática ante un misterio superior a su inteligencia. Aun a las percepciones de su sensibilidad les estaba vedado el secreto íntimo de las enigmáticas alegrías, de las incomprensibles tristezas, de los repentinos delirios sentimentales y de los periódicos desenfrenos sensuales de Ruth, de los cuales sólo percibía él fantasmas de sentimientos, fugaces relámpagos de la verdad interior.

Muchas veces había espiado él, oculto tras la cortina de terciopelo azul de la alcoba, los inefables transportes espirituales de Ruth: algo así como farsas mágicas donde intervenían seres invisibles de su alma, y que respondían a los deseos, a las experiencias y a los más bellos ideales de su vida. Entonces gozaba Ruth de los momentos más deliciosos en la intimidad quimérica de sus fantasmas. Jugaba y reía con ellos, los hacía participar de sus instantes de gracia y de locura, desnudándose ante el espejo y embelleciéndose luego, con artificio estrafalario, cuyos detalles parecían aconsejados por el gusto de los invisibles huéspedes. Se ensombrecía los ojos dándoles proyecciones enormes, en forma tan rara que sugerían la absurda idea de dos vampiros — sirenas con alas de luz acechando en la sombra de una caverna. — Eran ojos que contaban también sensualidades fatales, de una perversidad exquisita. Ella misma se embriagaba en la fascinación lírica de su raro aspecto. Entonces, queriendo hacerles una ofrenda divina a sus invisibles huéspedes, se complacía en desnudarse lentamente, sonriendo con vanidad inconcebible, ante el frenesí de su entusiasmo y los gritos de asombro imaginarios, como si la aclamase la voz del mundo.

Le agradaba sobremanera andar descalza y sembrar de jazmines la alfombra para sentir la suavidad y frescura de sus hojas bajo sus pies desnudos y colocarse de pie junto al pebetero turco y sentir las tibias espirales grises del humo del incienso resbalar por todo su cuerpo — como una caricia — envolviéndola en perfumadas gasas que huían hacia el techo.

Ellos también — sus fantasmas íntimos — le contaban a Ruth historias maravillosas que ella sola entendía, sentada sobre la alfombra, mientras fumaba un perfumado cigarrillo o sorbía una taza de te. Y Ruth, en las peripecias y sorpresas del relato, reía alegremente, o abría los ojos con gesto de asombro, o se quedaba sombríamente pensativa, o hacía una mueca de desdén, o entornaba los párpados sonriendo, como invadida por una oleada de deleite. Entonces quedaba largo tiempo como extática, en la actitud hierática de un ídolo bárbaro. Comenzaba a sentir en su alma la embriaguez inefable de esa inquietud musical que es, según Schiller, el origen de todas las grandes creaciones líricas. Era el introito necesario, la iniciación del encantamiento, sin cuya intervención no se abrían las puertas mágicas de su mundo interior ni se alumbraban las cavernas ignoradas a su espíritu, despertando ese misterioso universo de imágenes, de ritmos, de sensaciones y de experiencias ancestrales — que a veces nos visitan durante el sueño — y que llevamos enterrados en nosotros como el tesoro del genio de la raza.

Y se operaba en ella el drama musical. Sin duda su verdadero drama, donde residía la razón y el motivo psico-físicos de su existencia. (Esa fatalidad lírica, que acaso encierre el enigma inviolable del mundo, en cuya creación intervino, sin duda, una divina emoción musical...).

Y Ruth entonces cantaba. Cantaba solamente en estos extraordinarios momentos. Acaso a esos ritmos no se les podría hallar historia en la música. Pero tenían una larga historia en alma de Ruth. Poseían, en su esencia melódica, la nostalgia sensual y fatídica de *Granada* de Albéniz, diluída en el desesperado renunciamiento de la romanza de *Traviata* ante el retrato de Alfredo.

Y la voz de Ruth, que se hundía al final en un largo y armonioso grito, adquiría tan íntima musicalidad y matices tan delicados, que emborrachaba y hacía soñar como un raro alcaloide. Y esa emoción lírica anulaba su voluntad y el severo ejercicio de su razón. Estaba inconscientemente a merced de la sugestión de esos ritmos — como en la prisión de un hechizo — y podían hacer lo que quisieran, fatalmente, de su alma y de su vida, y hundirlas por un deslumbramiento sobrehumano en la locura y en la muerte...

Cuando Juan Manuel, el amigo de Ruth, contemplaba estos extravíos, oculto tras la cortina de la alcoba, se entristecía hasta las lágrimas. ¿Jamás poseería el alma de Ruth?

¡Qué pobre, qué despreciable era lo que a él le entregaba! ¡Qué comedia ridícula este amor!

Ahí, en esas intimidades incomprensibles, estaba la verdadera vida de Ruth, lo más puro y más bello de su ser, como un desesperante enigma para él. Un mundo, un paraíso acaso, que no le pertenecía, lleno de sentimientos, emociones y deleites fuera de su dominio y comprensión.

Y Juan Manuel se alejaba llorando.

La loca fiesta de los bailes de máscaras de la Opera estaba en todo su atronador esplendor. En el inmenso anfiteatro, inundado vivamente por los torrentes luminosos de los innumerables focos eléctricos, resonaba el clamor exasperante, polífono, de la multitud cosmopolita, ébria de todos los vicios y deseos no satisfechos, e irritados por los abrazos lúbricos de las danzas y por las frases, los gritos, las miradas y los gestos que se dirigían desde los abigarrados palcos, entre el laberinto frágil de las multicolores serpentinas y las explosiones silbadoras de los taponazos del champaña.

La sorda e interminable algarabía adquiría un tono menor, como el rumor lejano de la resaca, mientras retumbaban los acordes del «shimmy» bárbaro o del grotesco «fox-trot».

Ruth, desde su palco, era el motivo de la inquisidora curiosidad de todos y el objeto del homenaje galante de la multitud que desfilaba ante ella.

Era la heroína, la soberana magnífica de un imperio que tenía sus dominios en las afiebradas fantasías de aquellos seres que la devoraban con los ojos, imaginando sensualidades y vicios.

Lucía un peinado fantástico y un disfraz atrevido y original que habrían resultado ridículos sin la belleza, la distinción y el poder fascinador de Ruth. Tuvo aquella noche verdaderos ataques de risa y alegrías frenéticas que causaron miedo a Juan Manuel. Nunca la había visto así.

— ¿Qué tienes? No rías más... Te vas a volver loca... te vas a enfermar... — le decía, ya espantado.

De pronto Ruth dejó de reir. Su rostro se transformó horriblemente. Reflejaba tristeza y congoja siniestras.

— ¡A casa, pronto! Qué asco me da esta chusma degradada y mal oliente... Vamos...

Y ocultando el rostro tras el enorme abanico de plumas, y con el antifaz de seda negra colgando del brazo, abandonó el teatro, perseguida por el fru-fru monorrítmico de las serpentinas enredadas en sus zapatos de raso y el confuso griterío de la multitud lujuriosa que bailaba.

— Déjame sola... ¡No quiero ver a nadie!... ¿Entiendes?

Y Ruth se encerró llorando en su alcoba. Juan Manuel, resignado a no entrar nunca en el alma de aquella mujer — donde sin duda habría un pavoroso secreto — se retiró a su cuarto. No tenía sueño. Leería. Recomendó a la vieja criada que estuviera en acecho por si la señora necesitaba algo.

Como sonámbulo y acosado por un inquieto malestar espiritual — pensando siempre en Ruth — se quitó su traje de smoking y vistió un pijama de seda. Al echarse sobre el sofá — ya no quería leer sino soñar en ella — vió sobre la mesa un libro abierto casi al final. «Werther» de Goethe.

Allí lo había dejado Ruth la madrugada anterior Por el balcón abierto entraban las tibias fragancias del jardín y el rumor del viento entre las hojas. Amanecía.

Era el instante violeta del alba. Una claridad difusa, vaporosa, deformaba caprichosamente los contornos de las cosas. Era una claridad desagradable y hostil, como si la luz se levantase de mal humor... En ese instante oyó Juan Manuel algo aterrador. Una detonación de arma de fuego, que silbó como un latigazo en el grave silencio matutino. Corrió hacia la alcoba de Ruth, enloquecido y dando desgarradores gritos.

— ¡Ruth! ¡Ruth! ¡Ruth!

Al entrar en la alcoba, con desesperada violencia, sufrió una siniestra alucinación. Creyó ver una procesión de pálidos fantasmas que desaparecieron por el balcón al entrar él. ¡Allí estaba Ruth, tendida en el suelo, ante el espejo, casi desnuda! En una mano apretaba el antifaz enrojecido; de la sien derecha brotaba un chorro de sangre que se extendía por la alfombra.

Horriblemente lívido, con esa enloquecedora desesperación que no tiene ya palabras ni lágrimas, Juan Manuel sacudía el cuerpo aun tibio de Ruth. Estaba muerta. Vió cerca de ella el revólver —que era una joya — como una fatídica insinuación.

Lo tomó rápidamente, y al levantarse para apuntar bien en la sien, contempló su espantoso aspecto en el espejo... y el revólver se le cayó de las manos...



POEMA EN PROSA *Por* PEDRO MIGUEL OBLIGADO

LA SUERTE DEL HOMBRE BUENO



Aunque parezca inverosímil, había una vez un hombre que no quería ser malo. Su mujer lo desdeñaba y sus hijos lo ofendían. Para ellos era una debilidad tanta inquietud por no hacer daño y tanta sumisión a los acontecimientos. El se defendía suavemente, diciéndoles que una frase dura puede llegar a ser crimen, que el mal que hacemos no termina nunca de causar perjuicios, y que todos ignoramos hasta donde una obra nuestra puede afectar a nuestros semejantes.

Y como era tan bueno, su mujer le era infiel porque contaba con la impunidad. Sabía que él iba a callar para que no sufrieran sus hijos. El desventurado era de aquellos seres que cierran los ojos, por ocultar el llanto...

Pensaba en las consecuencias de los actos, veía la serie de dolores que podía causar una palabra suya, y se contenía. Su bondad, pues, era tan sólo una visión penetrante del mundo.

Un día llegó hasta a ocultar a un amigo prófugo; y como es legítimo, la autoridad lo procesó por encubridor. Esto irritó aun más a los suyos que lo despreciaban. Hacían barro con el agua pura de sus acciones, y a puñados se lo arrojaban a la cara... «Te has olvidado de nosotros y nos has vendido, por conservar lo que llamas tu bondad».

Mientras estaba detenido, la más cariñosa de sus hijas le había escrito:

«Pronto iremos a verte. No hemos ido ya por temor; ¡Debe ser horrible aquello!»

El pobre se apresuró a contestarle:

«No creas que estoy tan mal aquí, hija mía; y no sufras por ello. Además, pronto estaré libre y probaré mi inocencia.»

Pero después de unos meses, cuando el juez dictó la sentencia absolviéndole, y fueron a notificarle la resolución, se supo, por los libros de la cárcel, que había dejado de existir... La muerte le dió la libertad antes que la justicia.

Y este fué el fin de aquel hombre que no quería ser malo.



Asociados del Círculo Social Jóvenes del Sud que conmemoraron con un picnic el 8.º aniversario de la fundación.

EL TRABAJADOR

No es posible apartar los ojos de la suerte que cabe al pobre trabajador. Las ideas y los sentimientos, emanaciones de Dios, son como una deuda que hemos contraído, al nacer, con la desgracia; y la desgracia pesa sobre el pobre pueblo. Para aliviarla sólo hallamos un principio: la asociación, complemento del hombre. Entregado el hombre a sus propias fuerzas se consumirá en el desierto del dolor. Auxiliado por sus semejantes ha grabado las ideas en los espacios del mundo. La fuerza de que se vale es el trabajo. El trabajo ha realizado la creación humana sobre la creación divina. La propiedad sin el trabajo es como el caos antes de la palabra divina. Conviene detenernos ante esta analogía, nunca encarecida.

¿Qué hizo la Creación del caos? Rasgado el velo de tinieblas que cubría las borradas formas de la materia, se despertó la tierra a la vida, como amorosa virgen, y la ornaron bosques fecundos en lozanas flores que guardaban el aliento de Dios, y la mecieron auras que repetían los ecos de la palabra divina, y la ciñeron mares de celestes ondas orladas de blancas espumas, y la acarició con sus besos un sol luminoso como el pensamiento del Creador, y la sonrieron con celestial sonrisa los cielos, cuyos primeros matices reflejan la mirada del Eterno, y cantaron su nacimiento las estrellas, ángeles perdidos en el espacio, y la arrebató en sus alas el tiempo, para tornarla en raudo vuelo a la eterna fuente de la vida.

CASTELAR.

PARFUMERIE

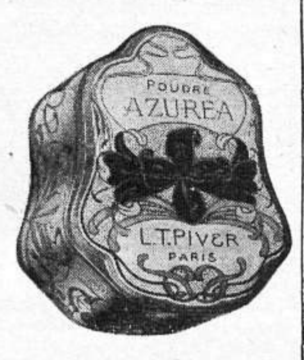
L· T· PIVER

PARIS



VIVITZ

Nuestras cajas
contienen
110 GRAMOS NETO
de Polvo



AZUREA

JABON REINITA

De Perfume
agradable
y
persistente

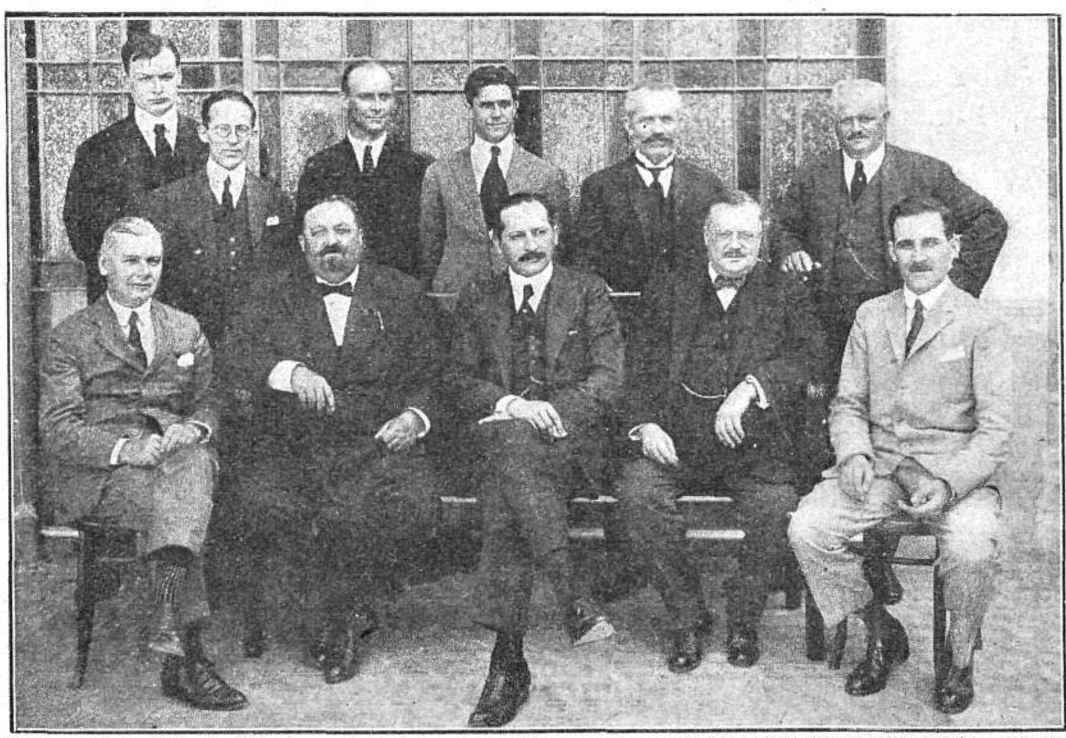


Indispensable
para el tocador
y
el baño

EXIJALO EN TODAS LAS BUENAS CASAS

De Tres Arroyos

Inauguración de la sucursal del Banco Escandinavo Argentino



El doctor Adolfo Labougle, hijo, vicepresidente de la casa central y que en representación del directorio de la institución presidió el acto inaugural, acompañado de los señores Pedro Haugaard, presidente del consejo local; Carlos Voigt, síndico presidente; W. B. Jones, gerente general; V. Sorensen, gerente local, y consejeros señores Blas Ambrosius, Christiensen, etc.

PATRICIA



PATRICIA! ¡Patricia!

Del fondo de la cocina respondió una voz:

— Voy, señora.

Pasaron unos minutos.

— ¡Patricia!

— ¡Voy! ¡Ya voy!

Clara, Clarita, como la llamaba su marido, estaba congestionada. Si hubiera tenido a alguien cerca con quien conversar de seguro hubiese dicho, fuera de sí, su frase acostumbrada:

— Esta china bandida me va a matar.

Pero como no tenía a nadie cerca, golpeó el suelo con el pie, nerviosamente, y mordió sus finos labios. Era una figulina de biscuit: chiquita, graciosa, movible, de facciones delicadas, de labios muy finos, pero de ojos penetrantes que a veces la afeaban. Se había casado hacía tiempo y no había tenido hijos, pero había cumplido el sueño de toda su vida: vivir en Buenos Aires. Jaime, su esposo, no ganaba mucho, pero como carecía de vicios, y era modesto y tranquilo, evolucionaba con su sueldo y pequeños préstamos esperando tiempos mejores.

Alquilaban una casita en un barrio excéntrico, que amueblaron a plazos, y habían conseguido traer de la provincia lejana donde Jaime había sido policía, a Patricia, hija de una alcoholista, que no tuvo reparos en firmar los papeles que cedían a su hija formal y legalmente.

— Mande, señora... ¡No! No pegue... ¡ay!... Deje...

Y se encogió para endurecer las carnes.

— Corré, decile al almacenero que te dé la compra: van a dar las siete y el patrón querrá cenar temprano... ¿oíste?...

— Sí, señora.

Efectivamente, había oído a don Jaime que esa noche llevaría a su mujer al teatro... ¡el teatro! ¿Sería acaso como los volatines de la provincia? Seguramente. Se acordaba bien: Su madre la llevaba un día por el pueblo, pidiendo limosna, remolcando a sus hermanitos más chicos, cuando la sorprendió una banda y carros y más carros con hombres y mujeres vestidos como no había visto nunca. En un burro iba un tipo pintado, horrible, casi, casi como el serrano que últimamente había hecho de padre de todos ellos. Patricia rió de la cara tan fea y el hombre le habló en una forma extraña, que la hizo reir más todavía. ¡Oh, qué locura! Arrastraba, arrastraba a sus hermanitos corriendo a la par de los carros. Después vió una enorme carpa y gente, mucha gente. La madre se había perdido entre la multitud; sus hermanitos lloraban; entonces, a la puerta casi de la carpa tendió unos trapos y los acostó; y al poco rato dormía ella también, soñando con la cara extraña del hombre del burro...

¿Qué le había encargado la patrona? ¡Ah, sí!: el almacén. Las luces de la calle estaban encendidas. ¡Qué multitud de hombres y mujeres! ¿Por qué a esa hora de la noche había más gente en la calle que a otra cualquiera? ¡Vaya uno a saber! A Patricia le gustaba caminar entre la gente, y eso que se reían de su figura, de sus pies descalzos y sucios, de sus vestidos mugrientos y rotosos, de su cabeza rapada...

En la puerta de la librería estaba la señora gorda que siempre la conversaba, para preguntarle y ofrecerle más o menos lo mismo:

— ¿Cuánto te pagan? ¿Estás contenta? ¿No te gustaría venir conmigo? Yo te vestiría bien, te daría un sueldito y te enseñaría a leer.

Pero Patricia no podía contestarle, porque en el pueblo, en su pueblo, al embarcarla, le habían dicho:

— Ya no sos más de tu mamá, sino de la niña Clara y de don Jaime...

Y mientras la señora gorda hablaba, ella dibujaba en la pared con el dedo, y sonreía.

¡De la niña Clara y de don Jaime! Cuando le dijeron eso empezó a recordar. De la niña Clara se acordaba, porque había ido a su casa muchas veces con su mamá a pedir pan, y la había visto en el balcón, mirando para la esquina, por donde se paseaban los mozos... pero de don Jaime no tenía memoria. Dos o tres veces, el serrano que hiciera de padre de todos ellos últimamente, le había nombrado, en mala forma:

— Policía—decía el hombre,—mala gente.

Y nada más.

— ¡Adi s, señora!

— Vení Patricia, ¿para dónde vas?

— Voy apurada, señora.

Y se detuvo: ¿adónde iba?... ¡Ah! ¡Al almacén! Le quedaban unas cuadras. Conocía bien el camino y las casas del camino: la fonda, la zapatería, el negocio de quinielas, la confitería. Apresuró el paso.

Siempre que la mandaban al almacén se detenía en las vidrieras de la confitería a mirar las enormes ruedas blancas, con arabescos raros; las cajas con dátiles, las canastillas de fruta almibarada y los frascos con caramelos. Solía contemplarlos ratos interminables, comiéndolos con los ojos mientras sus pies descalzos describían rayas y más rayas en el mármol blanco y lustroso. Luego, cuando cualquier ruido o grito de la calle la sacaba de su abstracción, corría hacia su casa con las compras. Y pocas veces dejaba de recibir un coscorrón de la patrona.

Al principio había llorado mucho. Cada golpe era más un insulto que un dolor; pero se había acostumbrado tanto a ellos que ahora su patrona le decía «descarada».

¡«Descarada»!, sí, sí... Hubiera podido decirle al patrón muchas cosas de su patrona... ¡Lo que ella sabía!... Pero no iba a decírselo nunca, nunca...

Hablando estas y otras cosas llegó al almacén.

— Despache.
— ¿Qué querés?
— ¡Ah! (Otra vez se había olvidado. ¿Qué era, azúcar, café? Miró al muchacho del mostrador con ojos aterrados).
— ¿Qué venís a comprar?
— ¡Nada! — Pero recordó de pronto: — ¡La compra! Sí, ¡la compra!
Y en medio de la risa de los clientes y de la burla de los almaceneros cargó los bultos y corrió hacia la calle.
— ¡China bruta! — oyó decir a sus espaldas, y tuvo ganas de volverse y sacarles la lengua. Pero el recuerdo de los dulces de la confitería la obsesionaba.
¡Iba a verlos! ¡Qué alegría! ¡Cuánto hubiera dado por estarse horas y horas mirándolos! ¡Qué ricos! Sí, ricos, lo sabía porque una vez, allá en el pueblo, le habían dado una rueda grande a su mamá. ¿Por qué? Ah: el confitero iba a tirarla a los cerdos y su mamá se la pidió. ¡Qué delicia! Sin embargo su mamá decía que había otras más ricas, y su mamá sabía mucho... ¡Habría muerto su mamá? Algo le había oído decir a la señora, después de leer una carta que recibió. ¿Y sus hermanitos: ¡el gordo! ¡la vinchuca!, ¡la pulga!? Ja, ja... Los veía andar a zancadas, con las narices sucias y la cara mugrienta... ja, ja... Su rostro se iluminó: ya, ya estaba sobre las vidrieras de la confitería... ¡Eh!... ¡Cómo!... ¡Sí! ¡Su patrón! Su patrón don Jaime, con sus bigotes, su galera, su saquito ajustado y su grueso bastón, compraba una rueda grande, blanca, llena de dibujos. ¡Iba a comer dulce! ¡Ella, Patricia, iba a comer del dulce tanto tiempo codiciado!
A brincos cruzó la calle, salvó las cuadras que la separaban de la casa y entró como un torbellino:
— ¡Viene! ¡Viene! ¡Ya viene!
Pero Clarita le quitó las compras y de un revés la hizo callar.

Horrible le había parecido la sopa, las papas, el pan. Probó de todo por probar, y esperó sentadita, humilde, su ración de dulce. La iba a llamar su patrona, de seguro... ¡Pobre su patrona! Después de todo, aun cuando le pegaba era buena... Y don Jaime era bueno, también. Todos eran buenos... pero... ¿y su dulce?... no la llamaban... ¡Ah! ¡Claro! Siempre que salían tomaban el café fuera, y casi no cenaban. Le darían su postre... y a su regreso comerían ellos tranquilos, como hacían cuando regresaban del teatro. Ella no los veía porque a esa hora era un leño, pero al día siguiente lamía las bandejitas de cartón, pringadas de azúcar y cremas. Quizá, de hallarse levantada, le dieran, pero, ¡cómo había de estarlo si ya sentía un cansancio horrible!: desde el amanecer en pie, barriendo, fregando, lavando, planchando, haciendo mandados. ¡Qué gran sirvientita era Patricia! ¡Y cómo la codiciaban las amigas de la patrona! Una gran satisfacción iluminó su cara, y una gran decepción la ensombreció.

— Aquí tenés los platos. Después de lavarlos apagás las luces y te acuestas. El comedor esta arreglado; no toques nada.
Era su patrona, vestida con el rico traje azul descotado, quien le hablaba así. A su lado el patrón, con el traje nuevo y su bastón puño de plata. ¡Se iban! Les vió salir airosos: la señora llevaba al brazo su abrigo con pieles. Llegaron a la puerta y, ya en la calle, echaron la llave.
Pero ¿y su dulce? Le costó levantarse de su banco. ¿Se habían olvidado de ella, o don Jaime no había comprado la rueda blanca que hacía sacar de la vidriera? Corrió hasta el zaguán y escuchó: ¡nada! Lejos la campana del tranvía, la bocina de los autos, el ruido de la noche... Volvió al patio: la cocinera de al lado, una viejecita asmática, lavaba en la cocina; la niña de los altos tocaba el piano... y el comedor cerrado, o entornado... ¡No!... ¡No podía ser!...
Temerosa de que ojos invisibles la vieran se acercó de puntillas. Los pobres dedos de sus pies se engancharon en la pata de una maceta y gimió de dolor. Todo obscuro. Empujó la puerta despacito y encendió la luz: la mesa estaba con su mantel blanco y sus platos limpios y sus copas relucientes, y, en medio, la fuente de los dulces cubierta con una gran servilleta de hilo. ¿Sería la rueda dichosa? ¡Qué miedo!, y qué ganas de mirar aquello. Sentía pastosa la boca y un gran dolor en el costado. ¡La «hiel»! Cuando le daban caramelos o pan, allá en el pueblo, su madre decía: dale a tus hermanitos porque se les va a reventar la «hiel». Y era la «hiel» la que le dolía. Miraría y comería, pero.. Su mano estaba en la servilleta ya, ¿y?... Su corazón golpeaba en su pecho como un péndulo de reloj, y sus manos temblaban, y sus ojos despedían chispas. Tenía ganas de comer, tragar, devorar, y tiró de la blanca servilleta: allí estaba el dulce oloroso, lleno de arabescos; hundió en él un dedo y probó: era rico, pero sintió gusto a grasa, ¡claro!, su dedo mugriento. Lo limpió en el mantel y arrancó un higo pegado a la corteza blanca y ya no dudó: aquello era más delicioso que el dulce del pueblo, aquel que le dieron a su mamá por no tirarlo a los cerdos.
Ni el tronquito del higo tenía ya en la mano ¡qué hacer ahora! Había un agujero delator en la blanca rueda y un arabesco de menos. ¡Componer aquello! Sí, pero no estaba satisfecha. ¡Si pudiese cortar un poquitito! Trepó a una silla y esgrimió un cuchillo, pero sus pies resbalaron en la baqueta y el cuchillo se hundió en la blanca rueda, tirándola de la fuente a la mesa, partida, deshecha. ¡Oh! ¡Lo irreparable! Sintió hasta el dolor del puntapié justiciero... Si la puerta de calle no estuviera con llave escaparía, pero ¿adónde?... Sed, sed horrible abrasaba su garganta. Volvió a la mesa, destapó una botella y se sirvió vino. ¡Así! Un calor tonificante le llegó al estómago y la animó hasta la risa franca y cantarina...
¡Patricia! ¿Quién le impedía comer si no había nadie delante? ¡Tonta! ¡Tener miedo! ¿Y de quién?... ¡Bah! El patrón tenía di-

nero; podía muy bien comprar otro dulce para su mujer. ¿No había reparado en eso? Y diciendo y haciendo alzó un enorme trozo de pasta blanda y perfumada, que se deshacía en mil pedazos de colores preciosos, y comió, empujándose con las dos manos pringosas. Comió hasta no poder más y bebió una, dos, tres copitas... rubias, calientes...

Ya no era la Patricia triste y miedosa. Volvía a ser la muchachita libre, alegre que acompañaba a su mamá a pedir limosna. Saltaba y reía alrededor de la mesa.

¡Qué lindo!

El mantel era un muestrario de manchas y arrugas. Aquello no podía haberlo hecho más que un perro o un gato. Y una idea salvadora cruzó por su cabecita: dejaría la puerta abierta y diría que los gatos de la vecindad habían entrado en el comedor, como entraban todas las noches en la cocina...

....

Patricia reía y comía pero ya no saltaba. Se había acurrucado en una butaca, porque sentía pesado el vientre y ardiente la cara y como dos brasas sus orejas...

¡Oh, Patricia! ¿Qué era esto ahora que la amodorraba así y la hacía suspirar como si padeciese? Bebió más y comió más. El dulce se le escurría por entre los dedos, y el vino no pasaba de su garganta. ¡Estaba llena! Miró la mesa: junto a la fuente quedaban trozos deformes de la rueda blanca y una copa hecha añicos. Sus ojos se cerraban y una gran pesadez tiró de ella hacia el suelo. Con un esfuerzo supremo se incorporó, pero volvió a caer. ¡Grave la cosa! ¿Qué iba a ser de ella ahora? Los platos sin lavar, las luces encendidas, el mantel...

Pronto se borró todo eso de su memoria y únicamente cobró formas de consuelo y paz su camita jaula llena de trapos y de chinches, tendida en el último cuarto de la casa, junto a los baúles y los trastos viejos. Necesitaba del sueño reparador. No había más que hacer... ¡a la cama! Y trastabillando llegó hasta su lecho y se tiró sobre él, exhalando un gran suspiro de alivio...

Pero durmió muy poco. Su cuerpo empezó a sacudirse y en las sombras densas de su cuarto notó que su vientre crecía, crecía hasta tocar el techo, y que su cabeza se achicaba hasta desaparecer. ¡Qué horror! Junto a su cuerpo inerte danzaban su cama, erguida, arrogante; la rueda blanca de la confitería con una enorme grieta por donde dejaba escapar gruesas lágrimas; la copa hecha añicos; la señora gorda de la librería; el bastón de cabo de plata de su patrón y un enorme gato que maullaba. De ese baile participaban sus miembros en temblequeos desesperados. Quiso alzarse, pero la cabeza la tumbó de nuevo, y ahora era ésta la que crecía hasta llenar la habitación, mientras su vientre descendía hasta pegársele a las vértebras, en un agudo dolor que la hacía gritar... Luego nada... y nada hasta muy tarde en que abrió los ojos a la luz y oyó la voz de sus patrones que le gritaban, desde lejos:

— ¡China bruta! ¡Sinvergüenza! ¡Descarada! ¡Infame!

Y nada más otra vez, hasta después de un rato en que se despertó sin ver más que una cosa blanca que la cubría toda. Sus piernas se alargaban hasta tocar los pies de la cama jaula, que nunca había podido alcanzar; su boca húmeda le estorbaba y sus brazos sin movimientos pendían hasta el suelo. Empezó a pensar en el almacén, en la calle, en las luces, en los insultos de Clarita, en su madre cuando la arreaba por el pueblo con sus hermanitos y era feliz saltando, gritando, riendo...

Comprendió que lloraba porque su boca no le obedecía más, y comprendió que no podía levantarse porque sus pies se habían enredado en los hierros de la cama, y todo su cuerpo era un arco sonoro que lanzaba gemidos como las cuerdas de una guitarra. Sí, era una guitarra tanteada por una mano enorme de dedos largos que se undían de pronto en su vientre y desgarraban y se llevaban su dolor, su horrible dolor, para dejarle en lugar de sus vísceras una gran rueda de azúcar que la calmaba hasta hacerla olvidar.

Después... después una sacudida brutal y su cabeza se incrustó en sus espaldas, dejando su cuerpecito endeble en la postura de una bailarina sorprendida por el lente fotográfico en una contorsión trágica.

Y así acabó Patricia de padecer en este mundo.

F. DEFILIPPIS NOVOA



— ¡Qué bárbaro! ¡Qué modo de progresar! El domingo pasado caí en el 20.



— No nos apartemos de aquí, chica, no nos vayan a soltar un tiro por ahí.



— ¡Buena gente! ¿Hacen el favor de buscarme el botón del cuello, que se me ha caído?



— ¡Eh! ¡Hinchad otro balón, que este está flojo!

De Talleres



Señoritas Nélida Orso, Nélida Figueroa, Celia Figueroa, Lidia Lucchini, Anita Sturla, Deolinda Santos y Pepita Santos hermosamente caracterizadas.

De Olavarría



Señoritas de Igarza, Goizueta, Mendía, Gironi, Pastore y González Bori, que llamaron grandemente la atención en las fiestas carnavalescas.

¡APROVECHAD EL TIEMPO!

Nunca dispilfarréis nada; pero, sobre todo, no derrochéis jamás el tiempo. Cada día no aparece más que una vez y ya no vuelve. El tiempo es uno de los dones más preciosos del cielo: una vez gastado nada puede devolvérnoslo.

"El mismo cielo es impotente contra el pasado; pues lo que fué ha sido, y la hora extinguida no renace jamás", dice Dreyden.

No empleéis el tiempo de manera que más adelante hayáis de estar pesarosos de ello; no hay pensamiento más melancólico que el de "es demasiado tarde" o "aquello hubiera podido ser". El tiempo es un depósito que se nos ha confiado: tenemos que responder del empleo de cada instante. "Sed económicos de sueño, como de alimento; pero, sobre todo, económicos de tiempo".

Nelson dijo que la explicación de su fortuna se la daba el hecho de haber llegado a todas partes un cuarco de hora antes del momento en que se le esperaba. Constantemente se debe repetir a los niños, según lord Melbourne, estas palabras: A vosotros os toca labrar vuestra suerte en la vida; os moriréis de hambre o medraréis, según los esfuerzos que hayáis hecho".

Por otra parte, la actividad no sólo es un elemento esencial para conseguir buen éxito; también ejerce bienhechor influjo sobre el carácter. "No seas nunca perezoso, antes por el contrario llena todos los ámbitos de tu espíritu con alguna ocupación útil y absorbente. Porque el pecado se introduce con facilidad en todos esos huecos que deja la inacción del alma y la pereza del cuerpo porque todo ser perezoso, y desocupado cae en el pecado si le asalta la tentación.

JOHN LUBBOCK.

Enlaces



Señorita María Caraveta con el señor Oreste Bigliani. — Villa Sarmiento (F. C. P.).



Señorita Bertina A. Zambruno con el señor Emilio R. Felchlin. — Rosario.



Señorita Nieves Elvira Ricci con el señor Alberto Mario Cassagne. — Capital.



Señorita Valentina Gracia con el señor Diego Alba. — San Fernando.

BLANCO Y LENCERIA

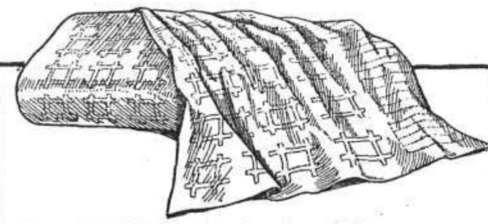
GRAN VENTA EXPOSICION,

realizada a precios reducidos, con ropa blanca y artículos de la mejor clase y moda para uso personal y del hogar.



1148-983. — **CAMISA** y calzón de buen bramante lavado con adorno bordado y festoneado para niñas.

Largos:	100-110	85-90	75-80
Camisa:	**$ 2.35**	**2.10**	**1.85**
	65-70	55-60	45-50
	$ 1.65	**1.40**	**1.30**
Largos:	65-70	55-60	45-50
Calzón:	**$ 2.20**	**2.—**	**1.70**
			35-40
			$ 1.40



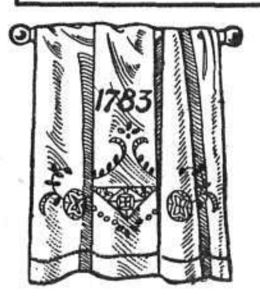
324. — **ALEMANESCO** de algodón retorcido, especial para restaurant, ancho 150 centímetros, el metro, **$ 2.10**

SERVILLETAS *haciendo juego, tamaño 60 × 60* centímetros, docena........................ $ **6.90**

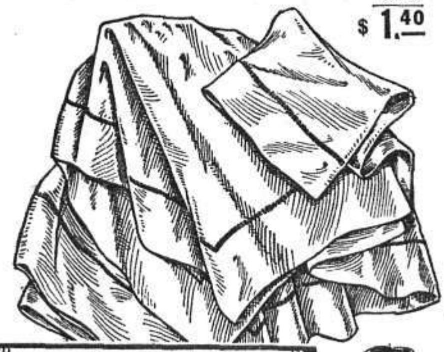


3323.— **DELANTAL** buen madapolán blanco, con amplio canesú doble y tablones para niña, centímetros:

Largos:	110-123	95-100	
	$ 4.90	**4.40**	
85-90	75-80	65-70	
$ 3.80	**3.20**	**2.70**	



1783. — **TOALLAS** de granité, extra superior, sin fleco, con aplicaciones de Cluny y bordados de un lado, a pesos 7.70 y.......... $ **4.90**



152. — **SABANAS** de rica crea con dobladillo vainillado, para dos plazas, **$ 12.50; 10.70 y 7.90;** 1 ½ plaza, medida: 180 × 250, **$ 7.90;** y 1 plaza, 155 × 245, a **$ 6.—** y pesos....................... **4.90**
FUNDAS de madapolán, haciendo juego, para 2 plazas, **$ 1.60;** 1 ½ plaza, **$ 1.50;** y 1 plaza, a.. **$ 0.90**
CUADRADOS, haciendo juego, medida: centímetros 60 × 60, a........................ $ **1.90**



MENAJE

UNA OFERTA CONVENIENTE DE NUESTRA ACTUAL VENTA ESPECIAL.

JUEGOS 14 piezas para postre, de medio cristal moldeado, a **$ 5.20** El mismo compuesto de fuente, compotera y seis platitos; las 8 piezas, a..... $ **3.70**





1655.— **COMBINACION-ENAGUA,** para niñas, en madapolán de buena clase con adorno de vainillas y festoneado; largos 90, 100 y 110 ctms., a.. $ **3.50**

GRANDES ALMACENES

TIENDA SAN JUAN

CIBRIÁN H^nos S.A.
B^s AIRES

PARABOLA DE LA MUJER FEA

Por el VIZCONDE DE LASCANO TEGUI

Todas las mujeres eran hermosas y la vida en la tierra se había hecho imposible por lo monótona.

Siendo el turismo una de las formas más sociales que se conocen del aburrimiento, la más bella de las mujeres — lo era tanto que tenía fama de tonta — emigró, para matar el tiempo, a un archipiélago donde se extravió. Para aumentar más aún su confusión, la isla de coral en que fincaba se despegó del banco que la retenía y se echó a andar.

Pasaron muchos meses y la isla prófuga seguía su ruta fatal, porque no tenía fin. La mujer, que no hallaba otro placer mayor que el de mirarse en un espejo de mano, comenzó a sentir una vaga tristeza días después. Se encontró algo cambiada, poco favorecida por la luz, por el tono de los árboles que la rodeaban, por muchas otras razones tan ciertas como misteriosas.

La mujer, la más hermosa de las mujeres, se sintió pusilánime, amenguada en su poder. Se sintió fea. Se acostumbró a su belleza: no tenía con quien compararse. Era ella la única medida. Faltaba la proporción que nace en el cotejo, faltaba, cuando menos, una otra mujer. Fué su primer dolor. Fué su primer problema. Fué su primera idea. La mujer hermosa había aprendido a pensar.

Un barco que tenía treinta y seis velas— parecían de lejos las nubes blancas del horizonte en marcha — embicó en la isla.

Poca ropa quedaba para cubrirse a la mujer hermosa. Su cuerpo ya no tenía misterios. Le era banal. Con el retazo de un encaje que le quedaba habíase hecho un tarchaf, y sus ojos conservaban así un poético y lejano interés. Fué uno de los descubrimientos con que defendía de la muerte la belleza que crepusculizaba en su cuerpo.

En aquel barco extraño venían setecientos marineros que un pirata había reunido a bordo y tomado de todos los puertos de la tierra. Hacía doscientos diez y ocho años que navegaban sin haber tocado puerto ni costa alguna. El pirata no quería volver a ver ninguna mujer, y sólo el azar pudo ponerles en el camino una isla que no estaba en las cartas planas que poseían y donde figuraban aun como puertos de atraque los de la Atlántida, y estaba señalado en tinta verde el derrotero de la ballena que tragó a Jonás.

¡Cómo les pareció de hermosa a los marineros la huésped única de la isla hipotética!... La paz del barco legendario se perdió. Las pasiones que dormían en el fondo de esas conciencias primitivas tendieron las garras. Los leones gimieron en los corazones. Habían comprendido que de nuevo debían defenderse del destino.

El pirata calculó — ciego como estaba — la magnitud de la catástrofe y, usando de toda su autoridad, puso un poco de calma en la sed de los amantes.

— « Si todos os precipitáis sobre esta mujer, pe« recerá en la lucha entablada por su posesión. Todos « tienen derecho a ella porque, como lo ha dicho « tan elocuentemente el cronista de abordo, ella tie« ne, por lo inesperada, todos los rasgos de la Ilusión. « Uno a uno irá a verla y reposará a su lado. Res« petadla. Y en cambio de la gracia de vivir que « os acuerde, dile algo que le agrade de vuestras « correrías para que entretenga luego con su recuer« do, la vasta soledad en que vive. »

Y así aconteció.

Los rudos amantes tenían las manos toscas. Las bocas, que olían a jengibre y a rom, quemaban la carne rosa de la hermosa mujer. Las manos agrestes ajaron esa belleza, la deformaron. Cuando el barco partió, quedó la hermosa mujer sin tarchaff, echada sobre la playa, pero era una mujer fea. La muerte material que había previsto el pirata, no la alcanzó. En cambio, el espejo decía una verdad sin réplica. La mujer había sido vencida.

Los setecientos marineros que habían vivido doscientos diez y ocho años sin alcanzar un puerto — estaban enganchados por el Tiempo — se habían llevado la riqueza enorme de la belleza ¿y qué le habían dado en cambio?...

Eran simples espíritus primitivos. Contaron, dijeron a la mujer lo más interesante que sabían. Uno le describió el paisaje hiperbóreo de su tierra natal; otro le cantó la canción que le hamacó en la cuna; otro le precisó en el cielo cual era la estrella polar; otro le habló de los monstruos marinos; otro le dijo el nombre de todas las piedras preciosas que se encuentran en la península Tkanchatca; otro le contó cómo había muerto a un dragón, y el más triste de todos le dijo que había sido rey. Cuando el barco se perdió de vista la mujer rompió el espejo que tenía. No podía perder el tiempo en bagatelas. Dentro de su alma había almacenado el tesoro de los piratas, todo lo que le habían contado, la fortuna incalculable que le había dejado la imaginación. La fortuna y la belleza habían perdido las líneas sugestivas que le prestan sobre la tierra el oro y la mujer. Desde ese día un cofre sin fondo habíase iluminado al reflejo de una lámpara maravillosa. El placer era repasar toda esa pedrería y mostrar, con la ayuda de la palabra, que los desconocidos habían animado sobre sus labios marchitos la leyenda de las mil y una noches que acababa de poseer.

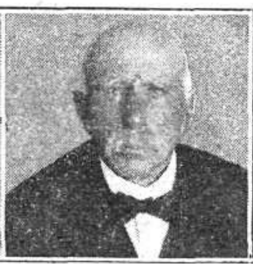
La isla viajera volvió después de largos años de rotación a su archipiélago inicial. Los isleños sedentarios encontraron en ella a la mujer fea que les llamó la atención como si fuera un cacatúa de especie desconocida. La observaron con temor. Luego se acostumbraron y los hombres vieron en la solitaria a una de las formas milagrosas de la felicidad. Esta mujer los encantaba contándoles maravillas que sabía sacar de su rica imaginación. Y las mujeres de la isla sintiéronse más satisfechas aun de sus atractivos físicos, tomando a la mujer fea como punto de comparación.


BENGURIA
El mejor complemento de la hermosura lo constituye una larga y abundante cabellera.
Toda persona que conoce y avalora la belleza, no ignora la parte fundamental que sobre ella ejerce una cabellera larga y abundante.
Por más perfecta y atractiva que sea su fisonomía, nunca alcanzará su máxima expresión, si no ostenta una cabellera bien desarrolllada. El
ESPECIFICO BOLIVIANO
Benguria
cuyos resultados están comprobados en sus miles de maravillosas curaciones, le devolverá desde las primeras aplicaciones cabello nuevo en abundancia, fortificando la raíz capilar y evitando de este modo su caída.
Este Específico, preparado a base de vegetales extraídos de la flora boliviana, destruye completamente la caspa y cura radicalmente la calvicie.
Las canas recobran su color natural sin necesidad de usar tinturas.
UNICO LUGAR para la venta del Específico en esta ciudad, atenatendido personalmente por su propietario
Dr. Rafael Benguria B.
Avenida de Mayo, 1239. Bs. Aires — Unión Telefónica 5753, Riv.
SUCURSALES:
En Rosario de Santa Fe: "La Buenos Aires", Córdoba esq. Entre Ríos; En Córdoba: Casa Angel Torres & Cía.; En La Plata: Jockey Club, Avenida 7 esq. 51, y Tienda "San Ponciano", calle 5 esq. 50; En Santiago de Chile: Moneda esq. Estado; En Montevideo (R. O.): Sarandí, 429.
ATIENDO PEDIDOS Y CONSULTAS DE PROVINCIAS POR CORRESPONDENCIA

Necrología




Señor José B. Ferrari. — Capital.



Señor Juan Defelice. — Ensenada (Puerto la Plata).



Señora Emilia Buffa de Shezzi. — Capital.



Señora Fortunata Zapata de Moyano. — Capital.



Señor Luis Andrés Crosetti. — Agustín Roca (F. C. C. A.)



Señor Isaac Churba. — Capital.



Señora Pascuala Zurita de Juárez. — Lobería.



Señora María Massa de Castellano. — Capital.



Señor Agapito Diaz.—Capital.



Señor Arturo Willington. — San Martín.

Bebida Tónica especial para Madres que Crían

De venta en los Bars, Almacenes y Confiterías.

por su valor alimenticio, su fácil asimilación y poderosa contribución a las funciones nutritivas.

Su grato sabor la hace preferir por el estómago más delicado y el más exigente paladar.

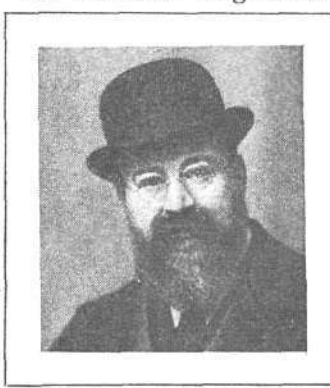


Sr. Daniel Demasi



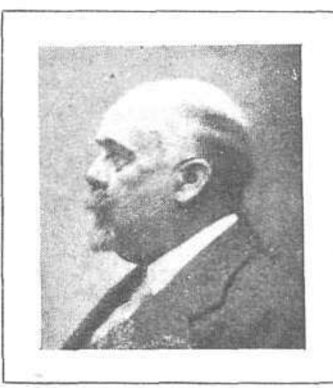
Caballero de destacada actuación cuyo deceso ha sido muy sentido entre sus numerosas vinculaciones.

Sr. Antonio Pagneaux



Temperamento artístico que se tradujo en bellas obras pictóricas, su fallecimiento significa una pérdida considerable en el mundo intelectual al que pertenecía.

Sr. Rufino T. Ezeiza



Político y periodista que desaparece de la vida después de una larga lucha en que se pusieron de manifiesto sus excelentes cualidades.

LUIS XI Y SAN FRANCISCO DE PAULA

San Francisco de Paula, escribe la "Revue Universelle", gozó desde su juventud de una vasta fama de taumaturgo. En aquella época Luis Onceno reinaba en Francia, y sus preocupaciones estaban agraviadas por una serie de males bastantes graves. Como temía morir a causa de éstos y amaba con extremado amor a la vida, quiso recurrir a la intervención prodigiosa del humilde monje, no sin haber intensificado, primero, sus habituales prácticas religiosas. El rey de Francia hizo saber, pues, al rey de Nápoles que deseaba ardientemente una visita del santo. Fernando I transmitió la petición al interesado, con un agregado un tanto imperativo. San Francisco se negó a ir a Francia. "Mi lugar, dijo, está en este ángulo de la tierra, donde se levantan cada día conventos para desarrollar la congregación que Dios me ha encomendado. Pero nada tengo que hacer en el reino de Francia". Desesperado por no haber podido obtener nada, Luis Onceno se dirigió al Papa Sixto IV. Entonces el monje obedeció y partió hacia el palacio del monarca francés. Francisco de Paula acogió con mucha calma las súplicas desesperadas de Luis XI, que anhelaba la salvación. Ni un instante permitió que el monarca abrigase esperanzas de alivio por medio del milagro, sino que por el contrario le habló constantemente de la muerte inevitable. Luis XI parecía resignarse ya, cuando el médico le sugirió la estratagema de hacerle una oferta al monje. Este rehusó lo que se le ofrecía, y entonces el monarca comprendió que se hallaba delante de un hombre de buena fe, y murió en paz.

GALLETITAS
CUBIERTAS CON CHOCOLATE
MORENAS

Saborearlas constituye un verdadero deleite, pues su fina fabricación a base de productos puros y el exquisito chocolate con que están cubiertas, forman un riquísimo conjunto que supera la delicadeza propia del más selecto y preciado bombón.

Don Juan y Don Arturo

Los rusos que han podido escapar del infierno bolchevique se buscan como pueden la vida en Europa. Abundan en todas las capitales. En todos los teatros se ven artistas de aquel país. Hay bailes rusos hasta en Cuenca. Los circos están llenos de volatineros moscovitas. Los coros son igualmente numerosos, y se cuenta que forman parte de ellos no pocos príncipes y archiduques con el nombre cambiado, esperando que cambien las cosas. París, Londres, Roma, Madrid y todos los grandes centros europeos han sido invadidos por los rusos que cuentan con alguna habilidad: cantantes, pintores, dibujantes, bailarines, acróbatas, una irrupción, en fin, de artífices y faranduleros. En la gran Moscovia no quedan más que filósofos marxistas y políticos que están ensayando el modelo de un nuevo mundo.

Pero andan por Europa algunos rusos que no saben hacer nada, ni bailar, ni cantar, ni pintar, ni saltar, «gente bien», por lo demás, que se quedaron muy mal en cuanto Trotzky y Lenín comenzaron a planear el arreglo del universo. Uno de estos hombres es Arthur Lazarus, a quien los tribunales de Londres acaban de condenar a cinco años de trabajos forzados por haberse casado treinta o cuarenta veces (el propio Don Arturo no recuerda con exactitud el número): «es posible que hayan sido muchas más» — dijo en sus declaraciones ante los jueces.

En todo el mundo se habla siempre con hiperbólicos elogios de la justicia inglesa. Sin embargo, esta sentencia no puede ser más injusta. ¿Puede haber mayores trabajos forzados que casarse cuarenta veces? ¿Serían capaces de otro tanto los jueces que le han condenado?

Antes de pasar a otras reflexiones, hagamos un extracto de la vista del juicio.

— ¿Cuál es su profesión? — preguntó el juez al acusado.

— Yo no soy más que marido. Nunca hice otra cosa.

— ¿Pero por qué se ha casado usted tantas veces?

— Por altruismo, por complacer a los demás. Yo me he prestado a regularizar muchas situaciones comprometidas de diversas señoritas abandonadas por sus novios. Unas veces me lo pedían ellas mismas; otras, sus padres y demás parientes.

Como se ve, Arthur Lazarus se dedicaba a salvar el honor de todo el mundo. La pérdida del honor es un naufragio moral, y así es muy posible que en toda la extensa y procelosa costa de Inglaterra no exista nadie que haya salvado más náufragos. ¡Y en vez de una condecoración resulta condenado!...

— ¿Cuántas veces se ha casado usted? — tornó a preguntar el juez.

— No lo recuerdo: unas treinta o cuarenta; quizá muchas más; no puedo precisar el número de mis himeneos.

En todos los registros civiles de Londres hay anotadas bodas de Arthur Lazarus. En la causa figuran matrimonios contraídos por el ruso en Marylebone, Lambeth, Shepherd's Bush, Paddington, Holborn, St. George's, Hanover-square, en todos los distritos, en una palabra.

— ¿Pero qué ganaba usted por casarse? — interrogó el magistrado.

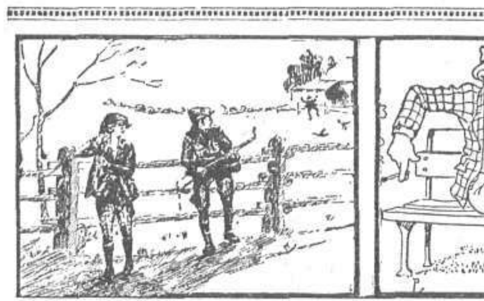
— Entre 15 y 20 libras por cada boda. Poca cosa, señor juez. Tenga, además, en cuenta el respetable tribunal que tenía que presentarme con cierta elegancia, y como los tejidos se han encarecido mucho en Inglaterra, apenas me quedaba utilidad alguna después de pagar los trajes de boda. Yo hubiera dejado el negocio por poco conveniente; pero ya sabe el tribunal que siempre cuesta abandonar la profesión que uno ha elegido. El hombre es un animal de costumbres. Y sólo el hábito me hizo persistir en un negocio que no acertada a liquidarlo de una vez.

— ¿Y qué hacía usted con sus esposas? — volvió a preguntar el juez.

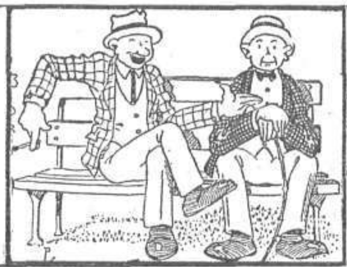
— Nada, señor. Terminada la boda, me pagaban y nos despedíamos en la puerta del registro civil. Ni volvía yo a verlas, ni ellas a mí. Y si acaso las encontraba en alguna parte, no las reconocía, porque ¿cómo quiere el señor juez que uno reconozca a tanta gente?...

Tomó luego la palabra el fiscal y llevó un ataque a fondo al reo. Le acusó de que se presentaba en los bares y restaurantes de West End, muy frecuentados por damas extranjeras, y se ofrecía en matrimonio por 20 libras. Luego rechazó la condición de altruísta que se atribuía el acusado, diciendo que, por el contrario, pertenecía a una pandilla que explotaba a ciertas mujeres de conducta equívoca.

Don Arturo saltó furioso:



— Enrique, ¿estás seguro de que el pato que has matado era salvaje?
— Del pato no estoy seguro; pero del labrador lo afirmo.



— ¿Cómo hacen sonar los despertadores en un asilo de sordomudos?
— No sé. ¿Cómo?
— Silenciosamente.



— ¡Basta! Si sus infernales abejas siguen infestando mi jardín las echaré a puñetazos.

—¡No tolero que se ofenda a mis esposas, ni el sagrado de mis hogares!... Cuantas se han casado conmigo eran damas correctísimas. Las otras, ya sabe el señor juez que no se casan. Si contraían matrimonio era precisamente porque querían vivir dentro del orden y de la moral en que se apoyan las columnas de la sociedad. Y yo he sido el mejor colaborador de este orden, sacrificándome a él cuantas veces fué preciso.

Dictada la sentencia, condenándole a cinco años de trabajos forzados, los cronistas de los tribunales de Londres cuentan que el ruso exclamó:

—¡Qué disgusto para mis esposas!...

Por
Francisco
Grandmontagne

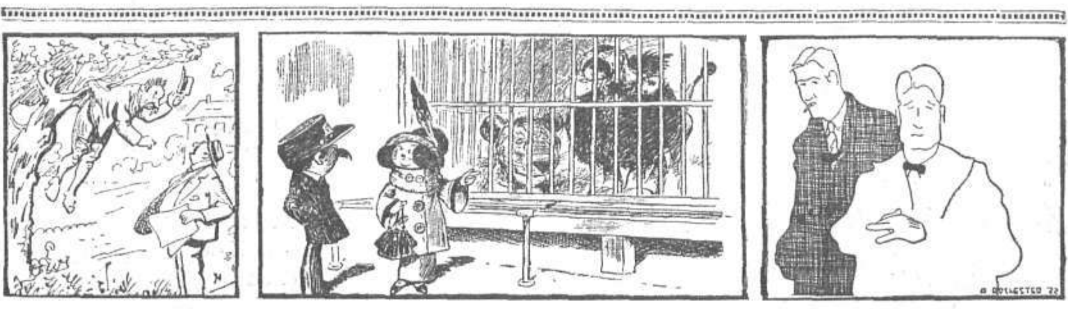
Las verdaderas aptitudes para arreglar el mundo no están en Trotzky y Lenín sino en este ruso emigrado, en este Arthur Lazarus que se ofrece sin cesar a la coyunda matrimonial para solucionar conflictos que de otra manera serían insolubles. Lenín no ha conseguido arreglar nada, sin duda por abarcar mucho. En cambio Don Arturo, que no ha dejado de abarcar bastante, ha conseguido arreglar todo cuanto ha caído bajo su acción bienhechora. ¿Y hasta dónde hubiera llevado su filantropía si no le llevan a la cárcel? Don Arturo ha puesto en orden cuarenta desórdenes; Lenín lo ha desordenado todo. Cuarenta tragedias las ha convertido Lazarus en cuarenta bodas, en otros tantos idilios; el honor femenil ha encontrado en él, no la lanza, desfacedora de entuertos, de Don Quijote, sino un tranquilo y reflexivo suplente que ofrecía su nombre a los registros civiles para lavar todas las manchas. Este hombre admirable era la lejía universal...

Sobre la psicología británica existe un concepto generalizado en el mundo. «En Inglaterra todo es posible, siempre que se cubran las formas». Nada hay que pedir, como cubridor de formas, a este ruso extraordinario. Al revés de los bolcheviques, que han destruído todas las leyes, Don Arturo se ha sometido a la principal de ellas, la del matrimonio, cuarenta veces. No cabe mayor respeto por la institución del registro civil. Al amor libre, proclamado por los locos de Moscú, Lazarus ha opuesto el matrimonio forzoso, renunciando, además, a toda libertad amatoria. ¡Qué ejemplo de pureza de costumbres y de humilde sometimiento a la legislación en la cual reposa toda la vida civilizada!

¡Y qué espíritu equilibrado! Según Carmen Sylva, «los celos de aquel a quien amamos son una adoración; de nuestro marido son una ofensa». ¡Vaya con la soberana! Tenía sus quimeritas. Exento por completo de celos se hallaba el gran Don Arturo. Nunca molestó a sus esposas con ese sentimiento salvaje. El grado de civilización a que había llegado le ponía por encima del tormento en que vivió el bárbaro Otelo. La misión de Lazarus no era el monopolio de la adhesión femenil, ideal absurdo del celoso, sino prestar generosamente su nombre para que toda desventura por desliz quedase amparada por el imperio sacrosanto de las leyes.

A juicio de Balzac, «el matrimonio tiene que combatir incesantemente un monstruo que lo devora todo: el tedio». Don Arturo no tenía que combatir a tan terrible monstruo. Terminada la ceremonia matrimonial, se despedía gentilmente de la cónyuge, evitando con delicada discreción la posibilidad de las horas tediosas. Tomaseo asegura que «el matrimonio es como la muerte: pocos llegan a él bien preparados». Con Lazarus no reza este aforismo. Tenía tal experiencia que se preparaba en seguida de una manera perfecta. Estaba listo en un santiamén...

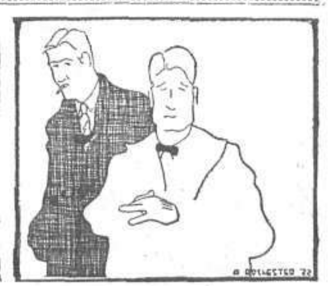
Nos queda la última reflexión, aunque caben muchas más. Todo lo contrario de Don Juan es Don Arturo. Uno lo resolvía todo a estocadas; el otro todo lo arreglaba en el registro civil. Fuera de toda ley vivía uno; jamás se escabulló de ella el otro. Don Juan se pasó la vida dando el camelo del amor a las incautas. Sus palabras poéticas eran pura matufia. En logrando su propósito... ahí queda eso. Don Arturo, por el contrario, acudía a responder por todos los desafueros donjuanescos. ¡Qué diferencia! Don Juan no se casaba con ninguna; Don Arturo se casaba con todas. Si hubiesen andado juntos, las hazañas de Don Juan habrían quedado borradas por los generosos sacrificios de Don Arturo. La obra de los vates no existiría, porque las burladas por Don Juan habrían sido redimidas por Don Arturo en el registro civil. Y doña Inés, en vez del símbolo del amor desventurado, sería la señora de Lazarus...





—Perdone, señor, que entre así en su casa; pero estoy ensayando un paracaídas...

La señora (al guardián).—¿Tiene usted la bondad de hacer callar a ese león? Me duele la cabeza.



—¿Qué piensa de los salvajes que encontró usted en sus viajes por Africa?
—¡Oh! Gente muy bondadosa. Querían retenerme para sus festines.

Nuestros amiguitos del interior



Manuel A. Camani: Cupido. — Rosario. Niñas de Marbidelli. — Lincoln. Niños de Apitzsch. — Lomas de Zamora. Niños Aguilera Bosero.—San Marcos. Jorge y Germán de Lara. — San Juan. Roberto y Melio Gutiérrez.—San Juan.



Niñas de Orellana y Rauch: pierrots. — Trenque Lauquen. Niños de Carrega, Decroix, Barbano, Gineste y Rey. — San Fernando. Niñas de Salvatierra, Medina y Machado: fantasia. — Villa Ballester.



María J. Muñoz Azpiri. — 9 Julio.



Mercedes M. Azpiri. — 9 de Julio.



José A. Greco. — Santa Fe.



Amelia Belen Vidal.—25 de Mayo.



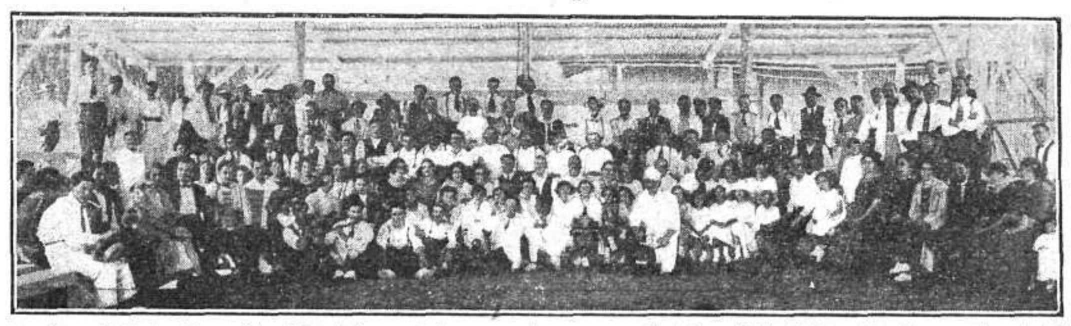
Niñita de Apellani. — Ayacucho.



Rosario Scarcelo. —San Isidro. Filomena Metti. —San Isidro.


Tenemos cinco modelos diferentes de equipos
DELCO LUZ
desde
$ 1140 m/n.
Uno de estos modelos se adapta especialmente para su casa de campo.
Solicítenos HOY MISMO folletos descriptivos y la nómina de más de 2000 poseedores en la Argentina, que envíamos gratis.
DELCO-LUZ
Pratt & Cia.
626 - Sarmiento - 636 — Buenos Aires
Maipú esq. Córdoba Rosario
San Martín N.º 89 Córdoba
EL CINEMATOGRAFO EN SU PROPIA CASA.
DeVry
En la ciudad y en la estancia manejado por Vd. mismo.
Especial para casas de campo, clubs, colegios, negocios, embarcaciones, cuarteles, hospitales, etc. Se usan cintas comunes, de manera que con poco gasto se pueden alquilar o comprar en las casas del ramo y se puede enchufar en cualquier toma corriente.
Solicítenos folletos explicativos.

De Campana



Miembros del Centro Comercial e Industrial que efectuaron un hermoso paseo fluvial por el delta del Paraná en el vapor "Sarmiento".

TODO ES PARA SER AMADO

Ama tu casa y la tierra en que lá levantaste al levantarte tú mismo de ella; y no llames patria sino a eso, no a los estados levantados por la vana soberbia de los hombres, otro automatismo en que ha sido ahogada la voz de la tierra; atiende a esa voz viva solamente y, donde la entiendas, lo que se pueda llamar entenderla hasta las entrañas, allí está tu patria. Sólo por ésta podrías dar la vida, y ésta es la señal — ¿te acuerdas? — ésta es la señal del amor; ésta es, pues, tu patria viva, no el mundo; ¿qué es para ti el mundo? Sólo el Hijo directo de Dios que hizo toda la tierra, pudo dar su vida por el mundo; así sólo para El era éste la patria. Pero tú eres hijo directo de tu tierra. ¿Podrías dar la vida siquiera por este pedazo? Lo dudo. Bastante tienes, pues, para esforzar tu amor.

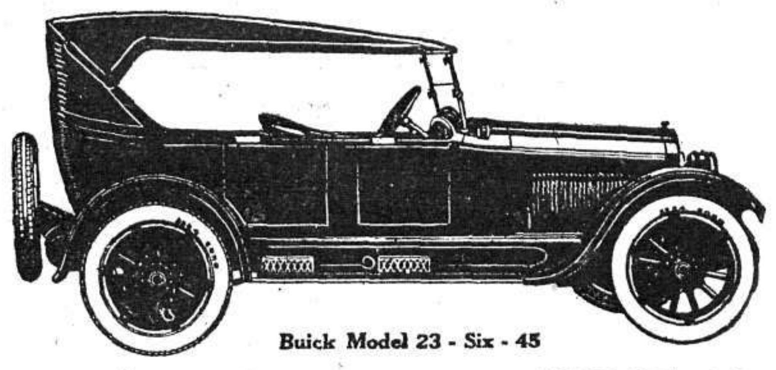
Ama tu oficio, tu vocación, tu estrella; aquello para que sirves; aquello en que eres realmente uno entre los hombres. Esfuérzate en tu quehacer como si de cada pensamiento que pones en él, de cada traza, de cada pieza que ajustas, de cada golpe de tu martillo dependiera la vida de la humanidad. Y depende, créelo. Si olvidado de ti mismo te pones todo con amor en tu trabajo, haces más que un emperador rigiendo indolentemente sus estados; haces más que el que inventa una teoría universal por satisfacer a su soberbia; haces más que el político histrión que agita y que el que gobierna. Puedes desdeñar todo esto y el arreglo del mundo. Haga cada uno todo su deber en su casa, y basta. Porque el mundo no es más que el conjunto de las casas. Y todo tu deber en tu casa es vivir, es estar vivo. Vivid todos un solo momento sabiendo amarlo, y veréis.

Amalo tú, al menos, este momento que ahora pasa... que no pasa, créeme, porque estamos sellados en eternidad; y en este momento, tuyo es todo el pasado y todo el porvenir del mundo. Amado, pues, el momento, vives en la vida eterna. Nada hay despreciable y muerto sino la pereza del caos, que es desamor, y sus fanfasmas; pero todo lo que pasando por delante de ti vive en ti — el sol, la lluvia, la noche, el niño que va cantando por la calle, el perro que duerme, el grito que oyes, el polvo que vuela — todo es para ser eterno, todo es para ser amado. Todo.

JUAN MARAGALL.



BUICK



Buick Model 23 - Six - 45

MODELOS 1923 — SERIE 23
DE 4 Y 6 CILINDROS

Uno con frecuencia oye preguntar: "¿Es este coche tan bueno como el Buick?"

O si no: "¿Dará tan buenos resultados como el Buick?"

Lo que quiere decir que los inmejorables resultados obtenidos con el Buick hacen que éste sirva de norma cuando se quiere justipreciar la bondad de otros coches.

PIDAN CATALOGOS Y LISTA DE PRECIOS.

Necesitamos buenos agentes en los territorios libres.

Concesionarios Exclusivos:

HENRY W. PEABODY & Cía.

TALLERES Y REPUESTOS:
BOLIVAR, 1650

SALON DE VENTAS:
Bmé. MITRE, 1746

Buenos Aires



«La novela de dos corazones»

Es un drama pasional del género corriente, en cuyas escenas culminan dos mujeres atormentadas por «el sacro fuego» del amor. Para establecer contraste artístico, una de ellas disfruta de posición social, es hija de un personaje; la otra es huérfana, y ambas adoran a un hombre, simpático marino, llamado Roberto, el cual, por fin, se inclina por la primera, cuya posición le seduce tanto como su belleza. Pero resulta que el padre de la muchacha rica se halla arruinado y al borde de la deshonra, y entonces una especie de buitre pasional la pretende bajo la amenaza de hundir al padre para siempre. Ella se sacrifica; se casan. Odette, la huérfana, viéndose libre de una rival, va derecha a Roberto, mas éste, enamorado fiel de la mal casada, la rechaza, y entonces, de despecho, ésta se entrega al marido de la otra. El lío, como se advertirá, no es pequeño. No obstante tan peligrosas complicaciones, al final se despeja la situación y las dos muchachas son felices.

Las heroínas de esta cinta — Magda Sonja y Cornelia Gebuhr — son expresivas y agradables sin entusiasmar.

«Un bandido del oeste»

Es una producción truculenta, interesante y de grueso calibre literario, que tiene por protagonista al actor Jennings y que, exhibida por episodios — de lo bueno poco — logrará mantener nuestra curiosidad durante algunos noches.

Siendo como es todo un kilometraje movido y de carácter extraordinario, podemos decir, juzgando por el desarrollo del primer episodio, que se trata de divertir nuestro ánimo a fuerza de aventuras del inagotable Far West.

«El signo del valor»

A base de la «estrella» Doris Miller, Earle Fox y otros actores discretos, acontece por tierras del Canadá y nos presenta escenas de persecución de criminales excelentemente tomadas, paisajes del natural en que la naturaleza se nos muestra con todos sus encantos. En cuanto al argumento nada bueno podemos decir: es de una ingenuidad y de una zoncera clásicas.

«Paisajes españoles»

Películas en serie que acaban de llegar procedentes de la península, ofrecen al espectador hermosos y bien logrados cuadros regionales, magníficos panoramas de las provincias cantábricas y lucidas y

Teatro del Silencio

pintorescas escenas de la llegada del presidente de la República Argentina, su entrevista con D. Alfonso XIII, tropas, séquito, revistas, el abrazo de despedida de ambos personajes, etc., etc.

Estas cintas, por la actualidad que entrañan y por su índole de fraternidad hispanoargentina, contienen alicientes sobrados para que sean admiradas por todos los aficionados metropolitanos al cine, que son cientos de miles.

«La esclavitud del amor»

Nos pareció, desde las primeras escenas, una cinta con marcadas tendencias a lo cursi; un drama dulzón, rezumando sentimentalismo forzado en que las pasiones, estiradas y exprimidas artificiosamente, no consiguen emocionar al espectador equilibrado por la falsedad del enredo. Ya es demasiado argumentar acerca de tan noble sentimiento, y aunque no ignoramos los extremos y las extravagancias a que puede conducirnos el corazón «enfermo», hay, sin embargo, límites artísticos y literarios que deberían respetarse.

«Las operaciones del doctor Krause»

De cuya cinta prometimos ocuparnos a pesar de que, por su índole absolutamente científica, no encuadra dentro de nuestros comentarios, no es apta «para señoritas» ni siquiera para hombres, y solamente se explica su exhibición pública desde un punto de vista industrial. Dividida en cuatro partes esta cinta, nos ofrece una maravillosa y realística operación del trépano... un paciente, del cual percibimos, al principio, su cráneo rapado sobre el que, con un aparatoso berbiquí, taladra el sabio médico alemán, secundado por varios ayudantes, con la tranquilidad del carpintero que agujerea sobre un tablón. Muy emocionante, eso sí, pero demasiado fuerte y desde luego una enseñanza innecesaria para las masas. De estricto valor clínico, esta película debería exhibirse en nuestros hospitales como lección quirúrgica, ante los alumnos que estudian para galenos; pero nunca ante los profanos, y de aquí que la mayor parte de los espectadores que la vieron hayan salido molestos y algunos semidesvanecidos. En efecto; presenciar cómo el sabio descubre la sesera de un prójimo y cómo teclea en sus células palpitantes, estableciendo de este modo contacto con todos los demás miembros, que se mueven según la «tecla» presionada, impresiona lo mismo que cuando, sin querer, presenciamos un despachurramiento automovilístico. Claro que aquí, en esta película, es la ciencia la que manipula, mas nuestras miserias quedan al descubierto y no es nada edificante el cuadro.

Los anglosajones tienen una palabra para denominar semejantes manifestaciones: *Shocking*. Es decir, feo, repulsivo, horrible.

Queda, por supuesto, descartado el genial éxito de la operación y su alto valor clínico. A nosotros, los profanos, nos basta con saber que se realizan ya merced al genio del ilustre profesor teutón.

La bella Trini

A quien una empresa productora yanqui acaba de hacer tentadoras proposiciones para que filme españoladas típicas a base de panderetas, volteretas y garbosos taconeos con los brazos culebreantes y las manos como mariposas, es una bailarina de la Madre Patria con rostro de virgen de Murillo, sandunga gitana y ojos incendiarios. Pasea ahora sus majezas por los teatros de Broadway y acaba de agudizar, según nos cuenta el cable, el españolismo neoyorquino que ya estaba de moda hace algunos años.

La mujer más bella del mundo — dicen los cartelones luminosos y los reclamos de la prensa que pagan sus generosos y entusiastas empresarios. — No lo dudemos... por galantería; lo que si admitimos es que baile como una peonza, ya que todos los públicos de Europa la han celebrado en sus exhibiciones coreográficas.

En el retrato que tenemos a la vista y que nos inspira estos renglones, aparece la Trini «aureoleada» por una vaporosa mantilla blanca de encaje, con los brazos cruzados sobre el pecho del que pende una cruz — ¿un relicario? — cuyas cuatro extremidades son cuatro grandes perlas.

Pronto la admiraremos en el celuloide si, como es de presumir, le conviene la lluvia de dólares que le ofrecen en cambio de que, ante la cámara fotográfica, luzca el clásico prestigio de sus danzas salerosas y «temperamentales».

Narciso Robledal.

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, cuentos, novelas y notas: La Virgen María y el Niño Jesús según el Korán, por el **Emir Emín Arslán.** Un muchacho de porvenir, por **Enrique Méndez Calzada.** Un comisario aprovechado, por **Gastón H. Lestard.** Apólogo de la gracia, por **Arturo Lagorio.** La guanaca de don Arismón, por **Ciro Torres López.** Un enlace ventajoso, por **Aurelio Martínez Mutis.** Según Herodoto, por **Eduard de Keyser.** Los hombres del Fuerte Mille, por **Jack London.** El mendigo de almas, por **Juan Papini.** Una noche en la sombra, por **René Jeanne.** El regalo de bodas, por **E. Phillips Oppenheim.** Hombres célebres: Arquímedes, por **Eduardo del Saz.** Un paseo caro, por **Arkady Averchenko.**


PRODUCTOS SUPREMA
Acrecentarán su encantadora belleza y mantendrán incólumes sus atractivos como el exquisito perfume de un hermoso "bouquet" si usa diariamente los incomparables
PRODUCTOS SUPREMA
Polvo Grasoso SUPREMA
Refresca y perfuma la piel; la caja $ 1.10
Agua Colonia SUPREMA
De fragancia sutil e inconfundible, la preferida de los damas elegantes; $ 2.20
Sociedad General de Perfumes
Productos SUPREMA
P. BURS y Cía.
BOLIVAR, 1725 — BUENOS AIRES
DE VENTA EN TODAS PARTES
Remitimos GRATIS a toda dama que lo solicite una muestra del POLVO GRASOSO SUPREMA.
SUPREMA
Polvo Grasoso
Insuperable
SUPREMA
SUPREMA
2.20

De San Fernando



La señora de Barbano con un grupo de sus amistades que concurrió a la fiesta ofrecida en el domicilio de la primera, celebrando un acontecimiento de familia.

LAS MUJERES Y LA DIVINIDAD

La idea de que la divinidad se comunica más fácilmente a las mujes que a los hombres fué muy común en la antigüedad. Tuviéronla los germanos, los bretones y los escandinavos; las mujeres eran los oráculos entre los griegos; los romanos tuvieron gran respeto a las sibilas, y los hebreos mismos no dejaron de dar crédito a las pitonisas.

Las predicciones de las mujeres egipcias, ascendientes de nuestras gitanas, eran muy bien recibidas por los emperadores de Roma; y en fin, todo lo que tiene algún viso de sobrenatural entre la mayor parte de los salvajes, como la medicina, la magia y las ceremonias religiosas, reside en las mujeres: sólo el cristianismo les prohibió las funciones sacerdotales, y Mahoma las excluyó de su paraíso, no obstante de que en él concede lugar al carnero que reemplazó al hijo de Abraham en el momento en que iba a ser sacrificado, a la ballena que tragó a Jonás, a la hormiga que Salomón en sus proverbios propone al hombre por modelo y al papagayo de la reina de Sabá.



Por $ 1.20

EN 80 MENSUALIDADES **SIN INTERES NI COMISION**

un lote de terreno en

Villa Virginia

En la futura capital de la Provincia, a 25 minutos de la estación de Bahía Blanca

6600 LOTES EN VENTA PARTICULAR

Rodeados de cinco estaciones: Calderón, Bajo Hondo (F. C. S.), Grümbein Norte, Bajo Hondo y General Arias (F. C. R. al P. B.). Desde $ 1.20 por mes el lote, en 80 mensualidades, sin interés ni comisión.

Con pocos centavos diarios, usted asegura el porvenir de su familia. Son terrenos altos y los mejores situados de Bahía Blanca, rodeados de futuros pueblos, y cuya subdivisión en lotes, al alcance de todos, hará que VILLA VIRGINIA sea dentro de poco un emporio de comercio e industria.

Donde el Gobierno Nacional está levantando los edificios para cuarteles de la región.

¡NO SON MEDANOS NI CANGREJALES!
Garantizamos tierra vegetal.

Administración: Bartolomé Mitre, 383 - Buenos Aires

Condiciones de venta

Lotes hasta 300 varas	**$ 1.20**	**por mes**
„ de 399 „ . . .	**„ 1.50**	**„**
„ de 500 „	**„ 2.00**	**„**
Las esquinas	**„ 1.80**	**„**

TITULOS PERFECTOS

En 80 mensualidades, que se pagarán del 1 al 8 de cada mes, en nuestra Administración.
Todo comprador entregará como seña 6 mensualidades adelantadas por cada lote.
Escrituras una vez abonadas y trascurridas 40 mensualidades.
10 % de descuento pagando al contado.

SE NECESITAN AGENTES PARA LA VENTA DE ESTOS TERRENOS CON BUENA COMISION



MANDE ESTE CUPON

Señor Administrador de Villa Virginia: 7
Bartolomé Mitre, 383, Buenos Aires.

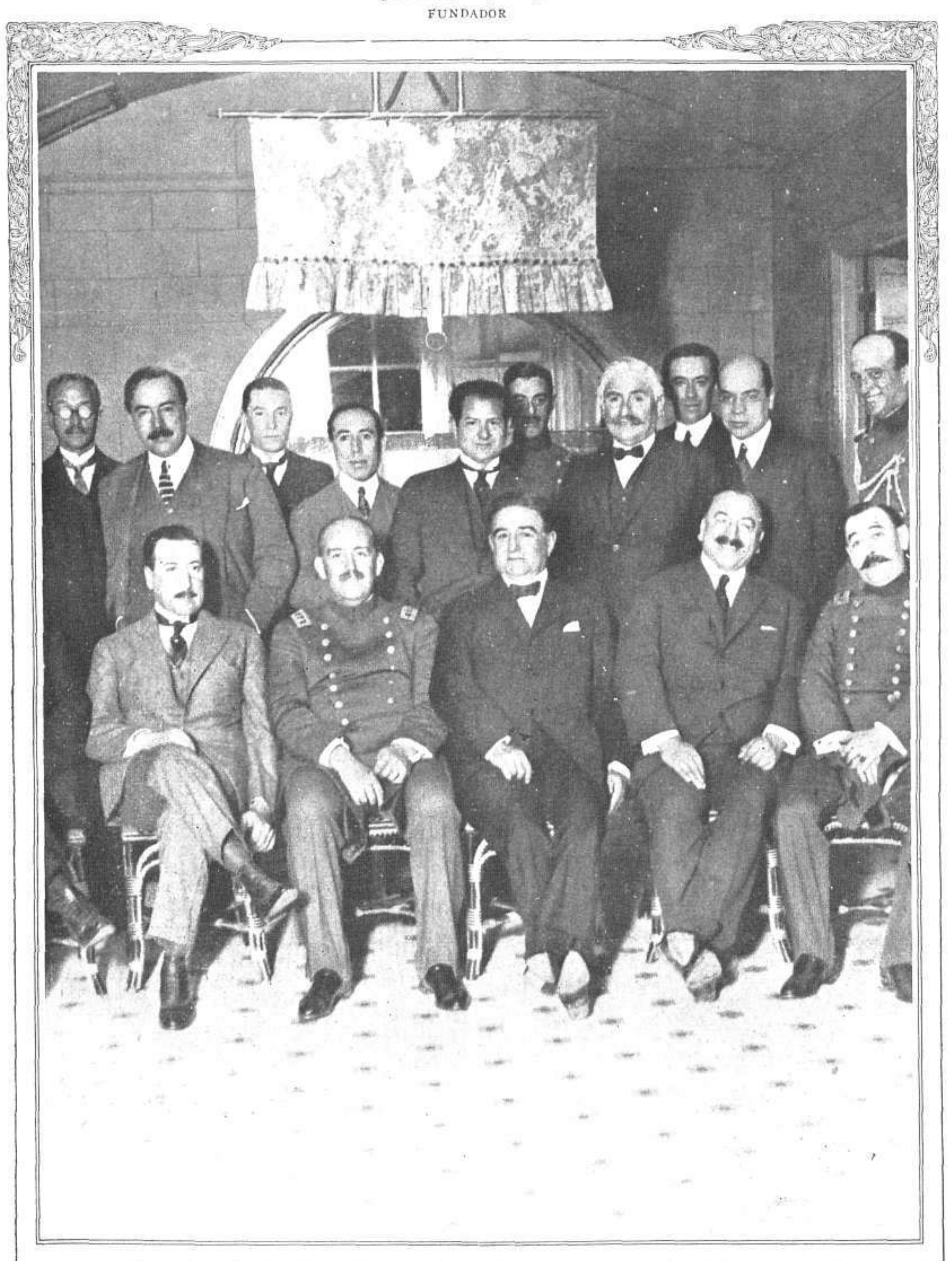
Sírvase remitirme planos y datos de VILLA VIRGINIA

Nombre...

Dirección.......................................


RUIZ
F. RUIZ & RUIZ
JEREZ
XEREZ-QUINA RUIZ
PARIS 1903
EGIPTO 1901
MARCA REGISTRADA
BARCELONA
TORONTO
PARIS 1903
Xerez-Quina
Ruiz
Vino tónico aperitivo y digestivo
Felix Ruiz y Ruiz
Jerez
MARCA REGISTRADA
ÚNICO AGENTE
EN LA REPÚBLICA ARGENTINA
LUIS DUFAUR
BUENOS AIRES
XEREZ-QUINA RUIZ
No es una bebida alcohólica.
Nunca se insistirá bastante
en esto.
XEREZ-QUINA RUIZ
es hijo de una feliz combinación de un buen vino Jerez con la mejor quina.
A su delicado gusto y fino aroma une un color diáfano, brillante como las facetas de un diamante bien pulido.
Exija en todas partes este inconfundible tónico aperitivo.

BUENOS AIRES, 17 DE MARZO DE 1923
AÑO XXVI CARAS Y CARETAS N.º 1276
JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



BANQUETE OFRECIDO POR EL MINISTRO DE GUERRA

En honor de las representaciones parlamentarias de Tucumán, Salta, La Rioja y Jujuy

El coronel Justo rodeado por los senadores y diputados de las provincias citadas a quienes obsequió con un almuerzo, retribuyendo las atenciones que se le dispensaron, tanto por parte del gobierno como de la sociedad, durante su visita de inspección por las zonas militares del norte del país. El distinguido anfitrión, a los postres, hizo uso de la palabra para brindar por el progreso de las regiones visitadas en su jira.

FOTOS DE ARROYO.

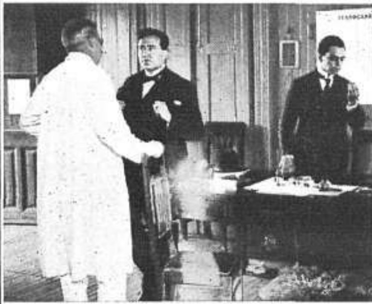
EL HORRENDO CRIMEN DEL AZUL

•

Uno de los más sensacionales juicios orales que han tenido lugar en el país

•

Mateo Banks, entrevistado por nuestros enviados especiales, afirma ser inocente y les concede un extraordinario autógrafo.



MATEO BANKS EN UN APARTE CON NUESTRO ENVIADO ESPECIAL. EL DOCTOR LARRAIN, SU DEFENSOR, EXAMINANDO UNA PIEZA DE PRUEBA DEL PROCESO.

—¿Viene usted a ver «la bestia humana»? —me dice Mateo Banks.— Hay una cierta ironía en sus palabras, y aunque no le da gran realce a la frase a fuerza de usarla, más que irónico me parece un excelente padre de familia a quien sus niños han obligado a entrar en el circo donde se exhibe el fenómeno. ¿Dónde está ese ser terrible? No es posiblemente mi interlocutor que posee una rara seducción sino dijera, extraña genialidad en la voz. Es la voz del hombre que se define bueno como un piano antiguo, por el sonido aterciopelado. La voz de Banks es la del ser civilizado por definición y uno se imagina que deben reflejarse en él todas las bellas cualidades que el hombre ha conseguido extraer de su humanidad de barro en el contacto de los siglos, jaloneados por los filósofos, las madres y los santos. La unción de sus modales, los sentimientos protectores que exterioriza le preparan las cabeceras de la mesa en todos los banquetes de la vida.

—Hasta el día de la tragedia de



MATEO BANKS (CON LENTES AHUMADOS), AFIRMANDO A NUESTRO REDACTOR POSEER UNA EXCELENTE SALUD Y HALLARSE SATISFECHO DEL TRATO RECIBIDO EN LA CÁRCEL.

ESCOPETA DE DOS CAÑOS, UTILIZADA PARA LOS CRÍMENES.

MATEO BANKS, A POCAS HORAS DEL ACTO PÚBLICO EN QUE DEBÍA AFIRMAR SU INOCENCIA. ÚNICA FOTOGRAFÍA QUE HA PERMITIDO QUE SE LE TOMARA DESPUÉS DE SU PROCESO, CONSINTIÉNDOLO SOLO PARA «CARAS Y CARETAS».

NUESTRO REDACTOR VISITA EN SU CASA AL DEFENSOR DE POBRES, DOCTOR LARRAIN, A QUIEN BANKS CONFIÓ SU DEFENSA, Y EL QUE HA RESPONDIDO A LA CONFIANZA DE SU DEFENDIDO, APLICÁNDOSE DESDE HACE MESES A UN ESTUDIO INTENSIVO DE LA CAUSA, CONSIGUIENDO REALES VENTAJAS PARA ÉSTE POR EL DOMINIO DEL PROCEDIMIENTO DE QUE HA HECHO GALA.



EL DOCTOR G ILBERTO M. ILLESCAS, JUEZ DE INSTRUCCIÓN DE LA CAUSA Y EL QUE OBTUVO DE MATEO BANKS LA CONFESIÓN PLENA: —«YO... YO SOLO... FUÍ... NO BUSQUEN CÓMPLICE» —ME DECÍA BANKS— BAÑÁNDOME LAS MANOS CON SUS LÁGRIMAS.»



SALA EN QUE CONFESÓSE SER AUTOR DE TODOS LOS CRÍMENES, EL PROCESADO BANKS. ESTUVO EN ELLA CINCO HORAS, SOLO, REFLEXIONANDO, Y LUEGO, SIN QUE SE LE HICIERA EXTORSIÓN ALGUNA, COMO ADUJO EN LA RETRACTACIÓN, DEPUSO ANTE LOS DOCTORES ILLESCAS, SEGOVIA Y CORDIVIOLA.

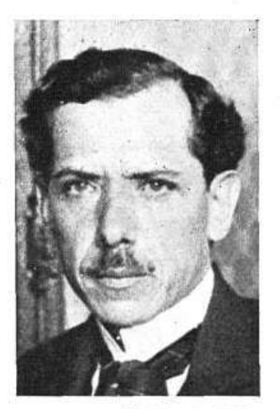
LINTERNA CO QUE BANK ALUMBRÓ S TRÁGICA RUTA



DOCTOR LISANDRO SALAS, PRESIDENTE DE LA CÁMARA JUDICIAL DEL AZUL, QUE DIRIGIÓ EL PROCESO.



DOCTOR ARMANDO PESSAGNO, CAMARISTA, VICEPRESIDENTE.



DOCTOR ABDÓN BRAVO ALMONACID, JUEZ EN LO CIVIL Y COMERCIAL, VOCAL.



SECRETARIO DE LA EXCMA. CÁMARA DE APELACIONES, DOCTOR JOSÉ A. ROGATI.



EL COMISARIO JUDICIAL HÉCTOR B. MORETTI, QUE TUVO A SU CARGO LA AVERIGUACIÓN DE LOS HECHOS Y QUE ACTUÓ COMO TESTIGO ELOCUENTÍSIMO EN EL JUICIO PÚBLICO POR LO MUCHO QUE CONOCÍA ÍNTIMAMENTE AL PROCESADO.



DANIEL BARDELLI, PERITO ZAPATERO QUE CERTIFICÓ QUE BANKS SIMULÓ, DESCARGANDO UN REVÓLVER DESDE MUY CERCA CONTRA EL BOTÍN QUE SE LO HABÍA SACADO, SER ALCANZADO POR UNA BALA DEL REVÓLVER DEL PEÓN LOISA.



EL COLCHONERO SANTOS BLANDO, QUE SINTIÓ EN CASA DE DIONISIO BANKS EL GUSTO DESAGRADABLE Y AMARGO DE LOS ALIMENTOS SERVIDOS EN EL ALMUERZO EL DÍA DEL ASESINATO, Y QUE ERA LA ESTRICNINA QUE MATEO BANKS HABÍA ECHADO EN LA COMIDA.



EL PERITO ARMERO DEL EJÉRCITO, SEÑOR ANGEL DELLEPIANE, QUE ASEGURÓ QUE TODAS LAS MUNICIONES HALLADAS EN LOS CUERPOS DE LAS VÍCTIMAS PROVENÍAN DE UN MISMO TIPO DE CARTUCHO A LOS ENCONTRADOS EN LA ESCOPETA DE BANKS.



EL DIRECTOR DEL DIARIO «LA RAZÓN», PAULINO RODRÍGUEZ OCON, CITADO COMO TESTIGO Y QUE CREE QUE BANKS COMETIÓ EL HECHO BAJO UNA PRESIÓN DIFICIL DE PRECISAR.



EL PERITO ZAPATERO, PEDRO CASTELLI, QUE EXAMINÓ EL BOTÍN DE BANKS, Y QUE SOSTUVO QUE SI ÉSTE TENÍA EL BOTÍN PUESTO DEBIÓ SER HERIDO POR LA BALA.



DON ABDÓN AROSTEGUI, DISTINGUIDO PERIODISTA QUE EN LAS PRIMERAS 24 HORAS DEL CRIMEN PRESUMIÓ, POR LA DECLARACIÓN DE BANKS, QUE ÉSTE DEBÍA SER EL ÚNICO AUTOR.



ANTONIO LIONETTO, QUE SE OFRECIÓ Y TRASLADÓ, DE PARISH AL AZUL, EL CUERPO DE LAS SIETE VÍCTIMAS, EN UN TÉTRICO VIAJE Y EN UNA ÚNICA CHATA.

Parish, mi vida es un ejemplo, se place en repetirme Banks. Y era así. Una pequeña ciudad de provincia, donde se sufre más que en ninguno otro lugar el torniquete de las convenciones, «donde se es exigente — decía Jules Valles — porque todo nos conocemos demasiado», encontró siempre en Banks el ejemplo del ciudadano, del creyente, del patriota puro, transparente, ideal. El pueblo lo afirma aún...

Y Banks me relata los episodios de la noche aquella en que erró de «El Trébol» a «La Buena Suerte», repartiendo justicias y ultimando a las víctimas de sus hermanos. En dos horas largas me cuenta la noche esa en que quedaron como único balance ocho cadáveres sobre el campo — cubiertos piadosamente por una colcha, heridos todos en el corazón por la mano de un maestro tirador que tenía en su fondo horrible la piedad de no hacerlos sufrir, mientras iba de aquí a allá, bajo la lluvia de invierno, el último sobreviviente de los Banks, con un fusil cargado y una linterna sorda, empañada por el agua, en la otra mano.

Le escucho con toda la amplitud de una inocencia que he perdido. Banks habla y es casi al pie de ese edificio oral, de esa maravillosa defensa que ha hecho de su inocencia, que se le escapan dos frases que me conmueven. Me parece que en la noche he visto, fosforecentes, los ojos del diablo.

— ¡Yo era, señor, el más gran tirador del mundo y nadie lo sabía!...

Y luego agrega refiriéndose a la emoción pública aún conmovida por el crimen de Parish:

— ¡Es mucho ruido para los pocas nueces!...

¿Esas pocos nueces son los ocho cadáveres?... No lo sé. Banks acepta escribir una página defendiéndose en CARAS Y CARETAS ante el tribunal del mundo. Bajo mis ojos y los de su inteligente defensor las traza.

«No sé escribir la castilla» — dice, — y prosigue. Si una pena ejemplar se concibió, fué para aquel que en el mundo hiciera todo lo contrario de Banks. Este ser tan ideal era, no hay duda, el arquetipo de la simulación. Solo así podía ser tan perfecto. Simulaba todas las virtudes y cuando creyó poseer la fama suficiente para escapar al nivel de aquellos en quienes la ley sospecha, dió rienda suelta al bárbaro que tenía constreñido medio siglo en su corazón. Y mató calculadamente como cree la ley que se mata siempre, no admitiendo excepciones. La ley, pues, ha sido hecha a su medida, con un guante de horror que circunscribirá su vida, dando razón a la frase que pronunció un día, dejando tras de sí, para mejor oportunidad, a un enemigo político que le había ofendido:

— ¡No sabes la víbora que has pisado!

VIZCONDE DE LASCANO TEGUI.



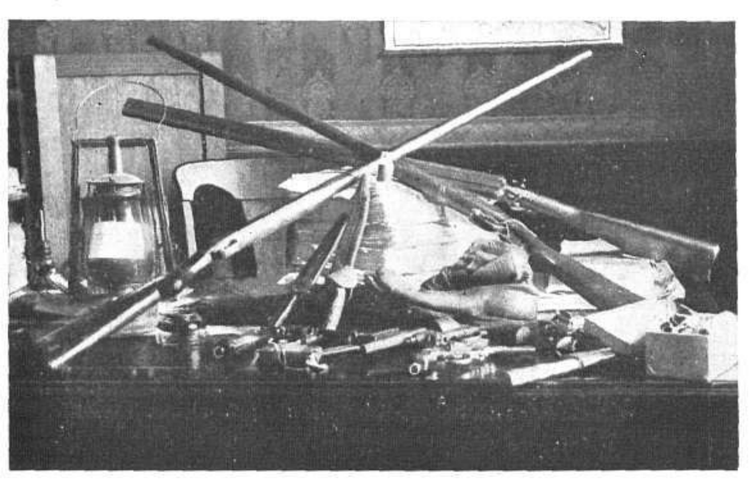
MATEO BANKS, ESCRIBIENDO EL AUTÓGRAFO:

Espero el dia de mi Jucio oral con todo tranquilida como hombre honrado durante todo su vida. y en este triste surceso he llevado durante 10 meses una cruscargado con del odio y mediciones de la sivilisacion entrera. Apesar que soy hombre inocente de los horrendos crimenes que me acuser, Espero con todo tranquilidad y Fe en mi defensor Dr Larrain. en la bondad de Dios. y en la Justicia de los Juleces. Azul 10 de Marzo de 1923 Mateo Banks

«Espero el día de mi juicio oral con todo tranquilida como hombre honrado durante todo mi vida. Y en este triste suxceso he llevado durante 10 meses una crus cargado con del odio y mediciones de la sivilisación entera. A pesar que soy hombre inocente de los horrendos crímenes que me acusen.

Espero con todo tranquilida y Fe en mi defensor, doctor Larrain, en la bondad de Dios y en la Justicia de los Jueces. Azul, 10 de Marzo de 1923.»

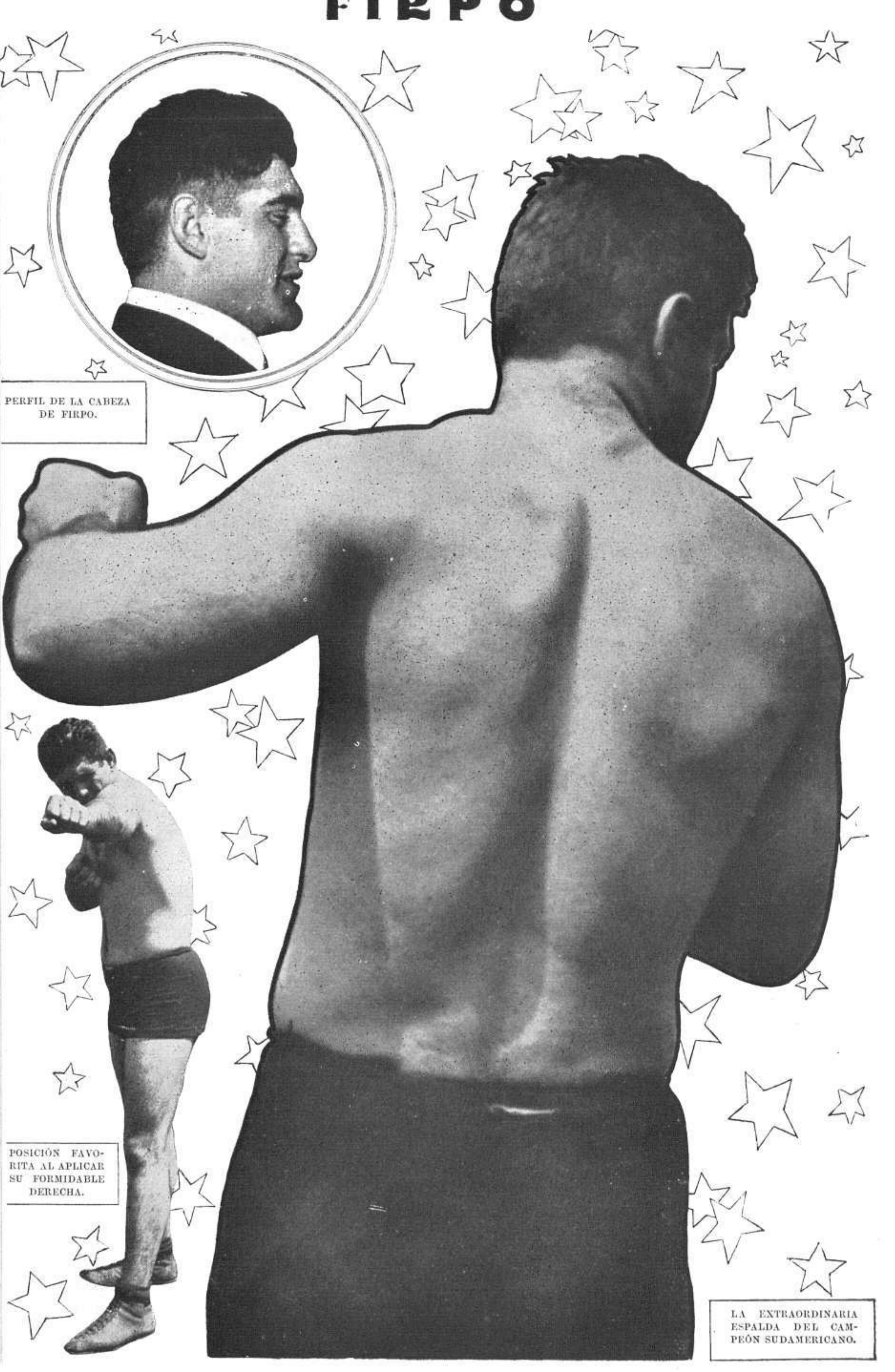
MATEO BANKS.



LAS ARMAS DE LAS VÍCTIMAS Y DE LOS ACTORES DE LA TRAGEDIA DE PARISH ALREDEDOR DE LOS 4 EXPEDIENTES QUE FORMAN EL PROCESO, EL BOTÍN DE BANKS, LA LINTERNA, EL FRASCO DE ESTRICNINA Y UNA CAJA CONTENIENDO LAS CÁPSULAS VACÍAS.

FOTS. DE VARGAS MACHUCA.

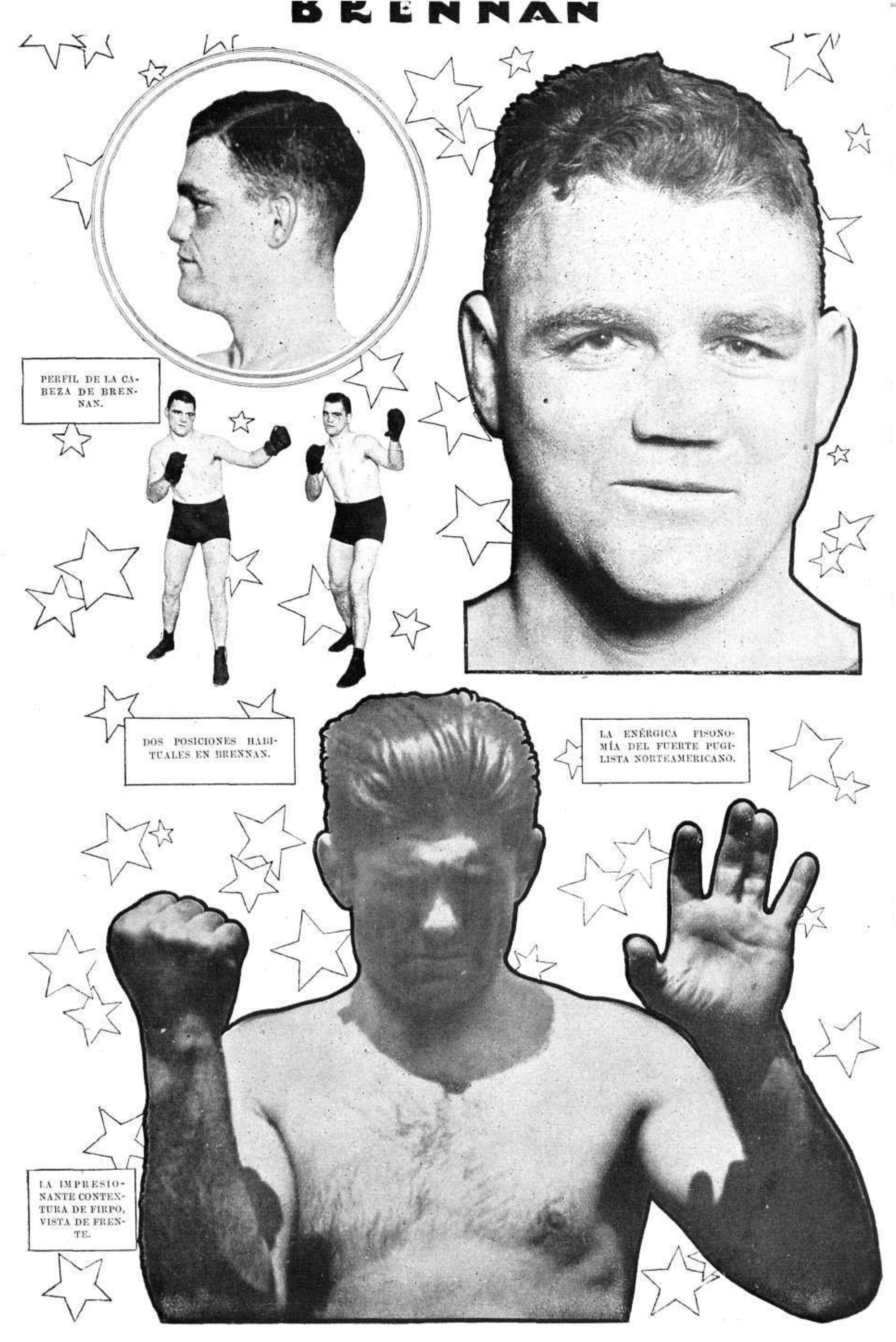
FIRPO



PERFIL DE LA CABEZA DE FIRPO.

POSICIÓN FAVORITA AL APLICAR SU FORMIDABLE DERECHA.

LA EXTRAORDINARIA ESPALDA DEL CAMPEÓN SUDAMERICANO.



PERFIL DE LA CABEZA DE BRENNAN.

DOS POSICIONES HABITUALES EN BRENNAN.

LA ENÉRGICA FISONOMÍA DEL FUERTE PUGILISTA NORTEAMERICANO.

LA IMPRESIONANTE CONTEXTURA DE FIRPO, VISTA DE FRENTE.





Turistas norteamericanos

Excursionistas norteamericanos a su llegada a nuestro país. La mayor parte de ellos son personas destacadas en los negocios, cuyo viaje obedece al propósito de establecer mayores y más productivas relaciones comerciales entre ambas repúblicas.

Mr. Phillips Teller, presidente de la delegación de San Francisco de California que acaba de llegar a nuestro país en misión comercial.



Inauguración del Dispensario Antituberculoso municipal núm. 4

El doctor A. Massa, director por concurso del nuevo dispensario, acompañado de varias de las caracterizadas personas que asistieron al acto inaugural, entre las cuales se hallan el director de la Asistencia Pública, el secretario de Hacienda de la Municipalidad y el delegado del Consejo Nacional de Higiene.



En la Escuela Normal "Roque Sáenz Peña"

El distinguido conferencista pronunciando su culta e instructiva disertación.

La concurrencia que escuchó la interesante conferencia didáctica dada en la Escuela Normal de Profesoras "Roque Sáenz Peña" por el profesor señor Pablo A. Pizzurno, sobre el "Criterio que debe seguirse acerca de los textos de lectura elemental"



Tercer campeonato ciclista de resistencia del Río de la Plata

Ciclistas uruguayos y argentinos que tomaron parte en las pruebas de carácter internacional del tercer campeonato de resistencia del Río de la Plata a disputarse entre ambos equipos, ocupando los cuatro primeros puestos los argentinos Eugenio Gret, Juan Cassero, Roberto Galluzzi y José Zampichatti.

FOTOS DE ARROYO Y BELL.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

DR. HONORIO PUEYRREDON, EMBAJADOR EN LOS ESTADOS UNIDOS

POR ALVAREZ

Un buen recibimiento
le van a hacer en todas las naciones
por su claro talento
y por sus bien planchados pantalones.

Las Estrellas del Cine

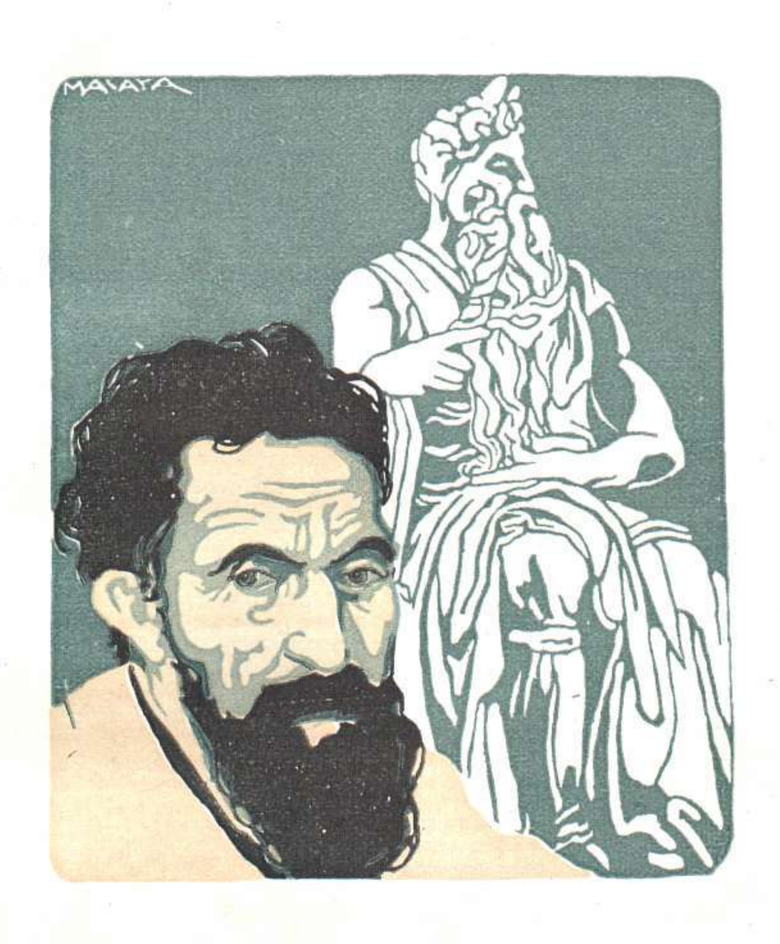
MARÍA MAC LAREN, MAGNÍFICA Y ESTATUARIA, EN «POSE» PARA LA PUBLICIDAD.

LA MUY EXPRESIVA PERLA WHITE DANDO UN ADIÓS A SUS ADMIRADORES.



LILA LEE ANTE LA CÁMARA FOTOGRÁFICA, EN POSTURITA DE NIÑA INGENUA Y ENCANTADORA.

BETTY COMPSON, EN SUGESTIVA «TOILETTE», APUNTA CON SU DEDO ALGO CURIOSO QUE NO VEMOS.



HOMBRES CÉLEBRES

MIGUEL ANGEL

Los latinos llamaban *genius* a los espíritus que engendraban o generaban las cosas extraordinarias de la naturaleza. Después para alabar las acciones de los grandes hombres los llamaron genios. *Ingenioso*, *ingeniero*, *engendrador* son palabras que se derivan de *genius*. Hoy se llama genio a cualquier hombre de talento, porque esta palabra resulta tan «barattieri» como los marcos alemanes.

Miguel Angel Buonarroti fué un genio de verdad, un genio oro sellado. No inventó medicinas, ni descubrió verdades científicas, astros, continentes, etcétera; pero gracias a su sabiduría y a su genial cerebro las artes de la pintura y de la escultura adelantaron enormemente.

Cuando tú, niño ingenioso, tomas el lápiz o un pedazo de barro para hacer monigotes, es que quieres reproducir lo que tus ojos ven. Si lo con-

sigues de manera que la imitación se aproxime a la realidad serás un artista. Si algún día llegas a pintar o esculpir con el arte de Miguel Angel la gente te llamará genio.

Miguel Angel nació el lunes 6 de marzo de 1475 en Capresse, provincia de Arezzo (Italia). Sus padres se oponían a que fuese artista. Muchas veces la oposición paternal, que está inspirada en el amor, sirve como espolazo dado a caballo noble.

Tuvo el joven Miguel Angel la fortuna de hacer amistad con un muchacho florentino que se llamaba Francisco Granacci, aprendiz en el taller del pintor Doménico Ghirlandaio. Granacci era un mocito entusiasta y cariñoso admirador de Miguel Angel. El buen amigo consiguió que fuese admitido en el taller de Ghirlandaio.

En aquellos tiempos las artes se estudiaban como ahora se aprenden los oficios. Antes de llegar a pintor era necesario ser aprendiz en el estudio de un maestro. Los aprendices molían los colores, iban a comprar pinceles, barnices y otras cosas a las tiendas. Los más pequeños barrían el suelo y a veces la esposa del pintor les mandaba por aceite o papas al almacén de la esquina. Hoy cualquier alumno de academia se cree un gran pintor y en seguida embadurna un lienzo y lo manda a la exposición.

Principiando a estudiar por el principio, ayudado por el amigazo Granacci (te deseo un amigo como él) Miguel Angel dió inmediatamente señales de que era un artista maravilloso. Todos sus compañeros le admiraban, y se cuenta que el mismo Ghirlandaio le tuvo envidia. Al cumplir los quince años era Miguel Angel un espléndido fresquista. El fresco es el arte de pintar sobre techos y muros cuyo revoque o estuco aun no se ha secado. Es una labor llena de dificultades.

Por aquel tiempo empezó a ir con su amigo Granacci a los jardines de Lorenzo de Médicis, jefe de la República Florentina, llamado el Magnífico, pues era un gran protector de las artes. En aquellos jardines poblados de estatuas el joven Miguel sintióse escultor. Abandonó el taller de Ghirlandaio y al poco tiempo obtuvo la admiración del generoso Médicis. Un compañero en la clase de escultura le tomó terrible odio, llegando a aplastarle la nariz de una trompada. Lorenzo el Magnífico encargóse de la educación de Miguel, concediendo un gran empleo al padre. Entonces el genial muchacho se perfeccionó en la pintura y la escultura, aprendiendo griego, latín, historia, anatomía y todo cuanto necesita un artista para desarrollar sus facultades.

A la muerte de Lorenzo el Magnífico ocupó el poder su hijo Pedro, hombre poco amante de los artistas. Miguel Angel trasladóse a Venecia y de allí a Bolonia, donde estuvo preso por carecer de pasaporte. Aldovrandi, noble boloñés, lo sacó de la cárcel dándole hospitalidad durante un año. Después regresó a Florencia trabajando en escultura para Lorenzo de Médicis, pariente de su finado protector. Tanta era la pericia de Miguel Angel que hizo un Cupido, escultura vendida como antigua al cardenal de San Jorge. Descubierto el engaño este cardenal llamó al artista a Roma. Allí esculpió hermosísimas figuras. Aquellos tiempos no fueron muy lucrativos para Miguel Angel. En una carta le decía a su padre: «Sin embargo, os mandaré todo cuanto me pidáis, aun cuando deba yo venderme como esclavo».

En 1501 volvió a Florencia donde hizo una d sus grandiosas esculturas: el David, considerada una de las obras maestras de la estatuaria. Desde aquel momento se le reconoció como un genio.

En 1503, al subir Julio II al trono pontificio lo llamó a Roma y le encargó la ejecución de su tumba. Cuando Miguel Angel realizaba el proyecto el Papa, considerando que la cosa traería *yeta*, le ordenó pintar al fresco la bóveda de la capilla Sixtina. Como el genial artista tenía también mal genio, no quiso aguantar los caprichos del Papa y se escapó a Florencia. Julio II mandó tres breves (mira en el diccionario lo que significa esa palabra) pidiendo el regreso de Miguel Angel.

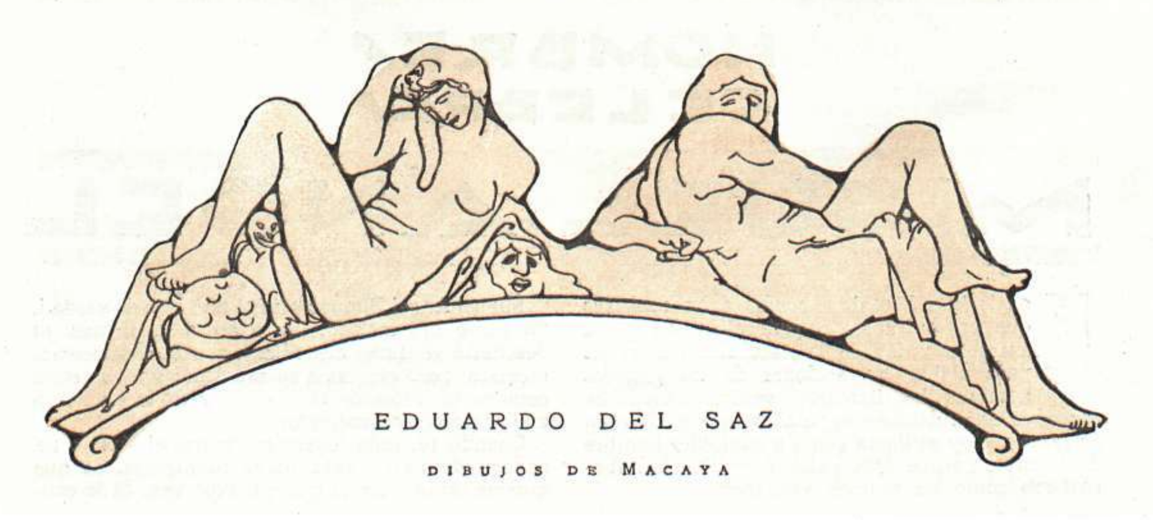
De vuelta en Roma comenzó a hacer, entre otros varios trabajos, los frescos de la capilla Sixtina, obra que no tiene rival en el mundo. En pintar la inmensa bóveda tardó tres años solamente. Años más tarde la completó pintando al fresco el llamado «Juicio Final», en el testero de la misma capilla.

León X, el Papa protector de las artes, hijo de Lorenzo el Magnífico, le encargó diversos trabajos. Su sucesor, Clemente VII, también fué admirador del artista, y Pablo III, a quien Miguel Angel quería poco, le nombró su arquitecto.

Miguel Angel murió el 28 de febrero de 1564, a los 89 años de edad. Dícese que su mejor obra es el *Moisés*, estatua de la tumba de Julio II. Esta tumba, por obra de los caprichos papales, las envidias de los artistas y el estado de guerra incesante, tardó en ser terminada por Miguel Angel cuarenta años.

La cúpula de San Pedro es otro de sus maravillosos trabajos.

En el Museo de Bellas Artes podrás admirar copias de algunas obras del inmortal artista.



EDUARDO DEL SAZ

DIBUJOS DE MACAYA

Sol y Sombra

por Luigi Pirandello

Ilustraciones de Bésares



ENTRE las ramas de los árboles que formaban algo así como un verde y leve pórtico, en la alameda bastante larga que rodeaba la muralla de la antigua ciudad, la luna, que asomábase de cuando en cuando, parecía que le dijera a un hombre de muy alta estatura que a horas tan insólitas se aventuraba a andar solo por aquella obscuridad temeraria:

— *Sí, pero yo te veo...*

Como si en realidad se viera descubierto, deteníase, y apoyando sus dos manos abiertas sobre el pecho, exclamaba con intensa exasperación:

— ¡Yo, sí, yo! ¡Ciunna, sí, señores!

Y luego, a medida que andaba, parecíale que todas las hojas de aquellos árboles, moviéndose con interminable y blando ruido, susurraran su nombre: — *Ciunna... Ciunna...* — como si, conociéndole desde hacía muchos años, supieran el motivo por el cual paseábase solo y a esas horas por aquella sombría alameda. Y continuaban susurrando misteriosamente de él y de la falta que había cometido... *sss...* ¡Ciunna! ¡Ciunna!

Entonces se volvía, y hundiendo su mirada en la profunda obscuridad de aquella larga alameda, obscuridad que sólo iluminaba fantásticamente, aquí y allá la luna: *«Quizás no ande alguien»... sss...* Y continuaba mirando en torno suyo e imponiéndose silencio a sí mismo y a las hojas... *sss...* Y volvía a pasearse con las manos cruzadas por detrás.

— Silencio, silencio, sí, señores, dos mil setecientas liras. Dos mil setecientas liras substraídas de la caja recaudadora de impuestos al tabaco. De manera que soy reo... *sss...* de peculado... Sí, señores, silencio, silencio. ¿Pero cómo? ¿Y por qué? ¡Oh, sí, respecto a los atenuantes en su favor, sólo para él, si acaso, existían; mañana al inspector nada le importaría eso.

— Ciunna, pero aquí faltan dos mil setecientas liras.

— Sí, señor, es cierto. Las he sacado yo, señor *cavaliere*.

— ¿Las ha tomado usted? ¿Pero qué dice? ¿Cómo?

— Con dos dedos, señor *cavaliere*.

— ¿Ah, sí? ¡Muy bien, Ciunna! Como si se tratara de un poco de rapé. Lo felicito por una parte, pero por otra hágame el obsequio de ir a la cárcel.

— ¡Ah, no, ah, disculpe, señor *cavaliere!* Lo siento muchísimo. Tanto, vea, que si usted me lo permite, mañana Ciunna tomará un carruaje e irá hasta la Marina. Sí, señor. Y se arrojará al mar sin quitarse siquiera la ropa. Más aún: con las dos condecoraciones del Sesenta aquí en el pecho, señor *cavaliere*, y

un hermoso pendiente de diez kilogramos colgado del cuello, a manera de escapulario. La muerte es muy fea, sobre todo por esas dos piernas secas que tiene, querido *cavaliere*; pero Ciunna, después de sesenta y dos años de vida intachable, a la cárcel no va.

Desde hacía quince días recitaba este extravagante monólogo dialogado, gesticulando nerviosamente. E igual que la luna asomábanse en su mente durante estos soliloquios casi todos sus amigos, los cuales acostumbraban a divertirse con él por las cómicas rarezas de su carácter y por su modo de hablar.

— ¡Por ti, Nicolás! — continuaba Ciunna, dirigiéndose mentalmente a su hijo. — ¡Por ti he robado! Mas no creas que estoy arrepentido. ¡Cuatro chicos, Dios del cielo, cuatro chicos en el mayor desamparo! ¿Y tu mujer qué hace, Nicolás? Nada, ríe; está encinta otra vez. Cuatro y uno, cinco. ¡Muy bien! ¡Es muy prolífica, hijo querido, muy prolífica; llenará de pequeños Ciunnas el pueblo! ¡Ya que la miseria no te da otras satisfacciones, continúa, hijo! Esos peces que mañana comerán a tu padre tendrán la obligación de alimentarte luego a ti y a tu numerosa prole. ¡Barcas de la Marina, volved cargadas de pescados todos los días para que coman mis nietos!

Sólo ahora se le había ocurrido que los peces tenían esa obligación, porque, hasta hace pocos días antes, hablaba de este modo:

— ¡Veneno! ¡Veneno! ¡Esa es la mejor muerte! ¡Una pildorita y buenas noches!

Y por medio de un peón del Instituto Químico había conseguido un poco de anhidrido arsenioso. Y con eso en un bolsillo había ido a confesarse, pidiendo que lo absolvieran, sin confesar, desde luego, su violento propósito de suicidarse.

— Es bueno morir; pero recomendándose a Dios.

— ¡Sin embargo, con veneno, no, — agregaba ahora. — Se sufre demasiado. El hombre es cobarde; pide socorro, y luego, ¿si me salvan? No, no, mejor allí, en el mar. Las medallas en el pecho, el pequeño pendiente en el cuello y *patapún*... Luego una panza enorme. «Señores, un garibaldino flotando; un nuevo cetáceo. Dinos pronto, Ciunna, ¿qué contiene el mar? Pececitos, Ciunna, que tienen hambre, igual que tus nietecitos en tierra, como los pajaritos del cielo...»

Había alquilado un carruaje para el día siguiente. A las siete de la mañana, con el fresquito, en la calle; una horita para ir a la Marina; y, a las ocho y media, ¡adiós Ciunna!

Entretanto, andando por la alameda, pensaba en la carta póstuma. ¿A quién debía dirigirla? ¿A su pobre vieja, o a su hijo, o a algún amigo? ¡No, lejos los amigos! ¿Quién le había ayudado? A decir verdad, no había pedido socorro a nadie, porque ya sabía de antemano que ninguno se apiadaría de él. Y la prueba ahí la tenía: Desde hacía quince días todo el pueblo veíalo andar como una mosca sin cabeza. Y bien, ni siquiera un perro habíale detenido para preguntarle: — ¿Qué te sucede, Ciunna? — En cambio, todo el mundo lo miraba estúpidamente y luego, sin saber por qué, volvían la cara y sonreían...

II

Al despertarle al día siguiente, a las siete en punto, la sirvienta, se asombró por haber dormido tan bien.

— ¿Ya espera el carruaje?

— Sí, señor; está abajo.

— ¡Ya estoy! ¡Pero, vamos, los zapatos, Rosa! Espera, abriré la puerta.

Al bajar de la cama para tomar los zapatos se asombró de nuevo al comprobar que la noche anterior los había dejado afuera, para que la sirvienta se los limpiara. ¡Cómo si a él le importase ir al otro mundo con los zapatos limpios!

Asombróse por tercera vez al hallarse ante el armario, donde fué para sacar el traje que acostumbraba llevar cada vez que iba a lugares como aquél, el cual se ponía para no echar a perder el que usaba en la ciudad, que desde luego era más nuevo o menos viejo que el otro.

— ¿Y para qué me lo cambio ahora?

En fin, como si, en el fondo, él mismo no creyera que dentro de poco iba a matarse. El sueño... los zapatos... el traje... Y ahí está; ahora fué a lavarse la cara; va ante el espejo, como de costumbre, para hacer cuidadosamente el nudo de su corbata...

— ¿Pero bromeo, acaso? No. ¿Y la carta? ¿Dónde la he metido? Aquí, en el cajón de la cómoda. ¡Aquí está!

Leyó el sobre: «Para Nicolás».

— ¿Dónde la dejo?

Pensó dejarla sobre la almohada, precisamente en el lugar en que había recostado por última vez su cabeza.

— Aquí la verán mejor.

Sabía que su mujer y la sirvienta nunca entraban antes de mediodía para poner en orden el cuarto.

— Hasta mediodía faltan más de tres horas...

No terminó la frase; miró en torno suyo como saludando a los pobres y escasos muebles; notó en la cabecera del lecho el viejo crucifijo de marfil amarillento, quitóse el sombrero y dobló sus piernas como para arrodillarse.

Pero en el fondo comprendía que aun no estaba completamente despierto.

Sentía aún sobre sus párpados el pesado y sabroso sueño.

— Dios... Dios mío... — dijo por fin, extraviándose de repente.

Y apretó fuertemente su frente con una mano.

Mas luego pensó que el carruaje lo esperaba abajo, y salió precipitadamente.

— Adiós, Rosa. Diles que volveré antes de la noche.

Al atravesar el pueblo, al trote, en el carruaje (aquel animal de cochero habíale puesto cascabeles a los caballos, cual si fueran a una fiesta campestre) Ciunna, al sentir el aire fresco, sintió también despertar con él, de repente, su cómico e innato estro, e imaginóse que los músicos de la banda municipal, con el penacho de sus cascos al viento, corrían detrás de él, gritando y haciéndole gestos con los brazos para que se detuviese, para que no corriera tanto, porque deseaban tocar la marcha fúnebre en homenaje a él. Corriendo a todo escape como lo hacían les era imposible hacerlo.

— ¡Muchas gracias! ¡Adiós, amigos! ¡Declino tanto honor muy agradecido! ¡Me conformo con el estrépito de los vidrios del carruaje y el alegre sonido de los cascabeles!

Al dejar atrás las últimas casas se le hinchó el pecho ante aquel campo que parecía que habíalo inundado un rubio mar de mieses, sobre el cual flotaban aquí y allá almendros y olivos. Cual si en

su interior despertara de repente la conciencia clara de lo que era la vida, sintió que lo dominaba un recóndito y lejano aprecio por ella; un cariño que no exigía ni pretendía ya nada más que el placer de poderlo saborear así, con los ojos abiertos y todos los sentidos despiertos, pero inactivos.

A su derecha vió salir de atrás de un algarrobo, una campesina con tres chicos; contempló durante un segundo el frondoso y enano árbol, y pensó: «Es igual a la clueca que abriga bajo sus alas a los pollitos». La saludó con la mano. Se le ocurría saludar a todo el mundo, por última vez, pero sin pena alguna, cual si junto con la alegría que sentía en aquel momento sintiera la compensación de su inminente adiós a la vida.

El carruaje ahora bajaba con mucho trabajo por aquel callejón lleno de polvo y bastante escarpado. Iban y venían muchos carritos, formando largas filas, cuyas mulas y caballos, llenos de flecos, borlas y otros adornos de variados colores, conocían el camino mejor que los carreteros, que dormían con el rostro cubierto con un amplio pañuelo de algodón rojo.

A derecha e izquierda, aquí y allá, sobre montones de guijarros, descansaban, sentados, algunos mendigos, sucios y rotosos, o estropeados o ciegos, que desde el pueblo que había a orillas del mar subían a la ciudad de la colina, o bien de ésta bajaban para aquélla en busca de unos centavos o de un pedazo de pan que habíanles prometido darles aquel día.

Al ver a estos se afligió, y en seguida se le ocurrió invitarlos a que subieran a su carruaje: — ¡Alégrense! ¡Alégrense! ¡Vamos a echarnos al mar todos juntos! ¡Suban, suban, muchachos! ¡La vida es hermosa, pero no es para nosotros!

Se contuvo para que el cochero no sospechase el motivo de su viaje. Mas sonrió de nuevo, imaginándose que llevaba en su carruaje a todos aquellos mendigos; y, como si en realidad fuese cierto, al ver a algún otro luego por el camino, repetía para sí la invitación:

¡Ven tú también, sube! ¡Te llevo gratis!

III

En aquel pueblo a orillas del mar a Ciunna le conocía todo el mundo.

Había sido muy rico en otros tiempos, cuando vivía en aquella playa larga y estrecha, donde había poseído grandes depósitos de azufre. Pero sin aptitudes para el comercio, en pocos años habíanle robado hasta la camisa, habíanle *comido vivo*, según acostumbraba decir, y el que más había abusado era un ex empleado suyo, al cual le había confiado todo, ciegamente. Este ahora era uno de los más ricos del pueblo, con el dinero de Ciunna, y hasta llegó a caballero de la industria por *sus méritos comerciales*. No por nada Mercurio, el dios de los ladrones, es también el dios del comercio.

— ¡Inmenso y querido Ciunna! — oyó que alguien le llamaba, mientras iba a descender del carruaje; y se encontró entre los brazos de un tal Tino Imbró, un joven amigo suyo, que trabajaba de capataz de los descargadores, el cual, como era muy jovial, le dió dos sonoros besos mientras con una mano le daba golpecitos en el hombro.

— ¿Qué tal? ¿Cómo le va? ¿Qué vino a hacer a ste poblacho de miserables?

— Un negocito... — contestó Ciunna, quedando cohibido y sonriéndose.

— ¿Dar o recibir? Si se trata de dar, perfectamente; es decir, no, ¡un cuerno! Pero si se trata de recibir algo, ni lo piense. ¡Y olvídese de toda melancolía! ¿Ese carruaje está a su disposición durante todo el día?

— Sí, lo he alquilado.

— Muy bien. Entonces: ¡Cochero, vaya a desatar! Querido Ciunna, hoy yo lo secuestro a usted. ¿Qué le sucede? No sé, pero hoy me parece que lo hallo algo raro... Está pálido, tiene el labio caído... ¿Qué le pasa? ¡Yo lo distraeré; le haré pasar *cualquiera, pero cualquier cosa!*

— Gracias, querido Tino — díjole Ciunna conmovido por la buena acogida de aquel joven alegre. — Mira, en realidad tengo que despachar un asunto muy urgente... Luego es necesario que vuelva de prisa a la ciudad... Entre otras cosas, no sé, mire. Quizás llegue hoy, de golpe, el inspector...

— ¿En día domingo? ¿Y luego, cómo, así sin avisar?

— ¡Ah, sí! — replicó Ciunna. — ¿Pretendes también que te avisen? Son unos animales los inspectores. Caen de repente, cuando menos te lo figuras, como un ave de rapiña sobre los pollitos.

— ¿Pollito usted?

E Imbró levantó el brazo, como midiendo la enorme estatura de Ciunna. Luego continuó:

— No hay razón que valga. Hoy es fiesta y debemos divertirnos. Yo lo secuestro, pues. He quedado soltero otra vez, ¿sabe? Mi pobre mujercita lloraba durante todo el día y toda la noche... — ¿Qué tienes, querida? — le pregunté. — *¡Quiero ver a mi mamá y a mi papá!* — ¡Oh! ¿Lloras por eso? Tontuela, vete a ver a tu mamá y a tu papá, que te darán *bombones* y *chiches* muy lindos... — Usted, que es mi maestro, dígame: ¿no hice bien?

Hasta el cochero echó a reír desde el pescante. Y entonces Imbró díjole:

— ¡Imbécil! ¿Aun estás ahí? *¡Marche!* ¡Te he dicho que vayas a desatar!

— Espera — dijo entonces Ciunna, sacando su cartera del bolsillo interior del saco. — Pago adelantado...

Pero Imbró le detuvo el brazo.

— ¡Eso nunca! ¡Pagar y morir lo más tarde posible!

— No, imposible — insistió Ciunna. — Aunque debo quedarme durante poco tiempo en este pueblo de correctos caballeros, entenderás que corro el peligro de que me roben hasta las suelas de los zapatos mientras camino...

— ¡Muy bien dicho! — exclamó Imbró, saltando al cuello de Ciunna. — ¡He aquí a mi viejo maestro! *¡Por fin te reconozco!* Pague, entonces, y andando.

Ciunna movió levemente la cabeza, asomando una amarga sonrisa en sus labios; pagó al cochero y luego preguntóle a Imbró:

— ¿Adónde vamos? Ten en cuenta que te acompañaré sólo durante una media horita... Tengo que hacer.

— Usted bromea. El carruaje está pago; puede esperar hasta la noche. Y no proteste más... Ya prepararé yo nuestro programa. ¿Ve? Aquí llevo todo lo necesario; iba a bañarme. Vamos juntos.

— ¡Ni siquiera en broma! — dijo, oponiéndose enérgicamente, Ciunna. — ¿Bañarme, yo? ¡Otra que baño, querido!

Tino Imbró lo miró asombrado.

— ¡Oh! ¿Y por qué no?

— No; oye — replicó Ciunna, irguiéndose. — Cuando digo que no, es porque no. Si acaso, luego me bañaré yo solo...

— ¡Pero si esta es la hora del baño! — exclamó Imbró. — Un buen baño ahora, y luego, con un apetito enorme, iremos corriendo al *León de oro*. ¡Una gran comilona y *trichevaine!* ¡Hágame caso!

— Un festival en regla... ¡Qué esperanza! Me da risa. Además, mira, vine sin ropa alguna; ni siquiera una malla o un guardapolvo...

— ¡Oh, vamos! — exclamó el otro, arrastrándole por un brazo. — Hallará todo lo necesario en la casa de baños.

Ciunna volvió a sonreir amargamente y se sometió a la afectuosa y apremiante tiranía del mozo aquél.

Estando cerrado, poco después, en la casilla de baños, se dejó caer sobre una silla y apoyó la cabeza, que le colgaba, contra el tabique de madera, quedando con los brazos colgados e impreso en su rostro un cierto dolor con algo de ira. Dominóse luego, lanzando un hondo suspiro, se inclinó y encogióse los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, y de nuevo la risa de escarnio, amarga y muda, se dibujó en sus labios.

— Saborearemos un poco el elemento... — murmuró.

Oyó que de la casilla de al lado golpeaban en el tabique y la voz de Imbró:

— ¿Estamos? Yo estoy ya en traje de baño... ¡Soy Tinino, el de las hermosas piernas!

Ciunna saltó en pie:

— Ya me desvisto.

Empezó a hacerlo. Al sacar el reloj del bolsillo del chaleco, con el propósito de esconderlo prudentemente en un zapato, quiso consultar la hora. Eran cerca de las nueve y media, y pensó: — ¡He ganado una hora! — En seguida un movimiento, algo así como un escalofrío, corrió por todo su cuerpo y sacudió las fibras más recónditas de su ser, causándole una cierta alegría, cual si volviera a la vida después de la muerte. Aquella vida, en sí misma y fuera de ella, en realidad había pasado sin que él se apercibiera casi. Miró sus piernas desnudas, los brazos y las manos; le servían aún; eran suyas todavía; podía moverlas aún a su gusto. Dentro dos o tres horas, en cambio... Se puso sombrío y empezó a descender la escalerita mojada, tiritando de frío.

— ¡Vamos, al agua! — gritóle Imbró que ya habíase zambullido y amenazaba echarle agua con la mano.

— ¡No, no! — gritó a su vez Ciunna, tembloroso y presa de convulsiones, con la angustia que confunde y contiene a uno, ante la agitada y transparente mole compacta del agua del mar. — ¡Mira que me voy! ¡No es una broma... es que no resisto!... ¡Brrr, qué fría está! — agregó, tocando apenas el agua con la punta del pie contraído. Luego, de repente, como empujado por una idea obsesionante, se zambulló.

— ¡Muy bien! — gritó el otro en cuanto Ciunna apareció chorreando como una fuente.

— ¿Tengo mucho valor, eh? — dijo Ciunna, pasándose las manos por la cabeza y el rostro.

— ¿Usted sabe nadar?

— No; sólo muevo los brazos y las piernas, sin conseguirlo...

— Yo me atrevo a ir un poco lejos.

El lugar aquel no era hondo. Ciunna se puso en cuclillas, sosteniéndose con una mano a un palo, y golpeando suavemente el agua con la otra mano parecía que quisiera decirle: — ¡No te agites mucho, sé buenita!

Pero poco después, al volver, Imbró giraba en torno suyo la mirada y no veía a Ciunna. ¿Se habrá ido ya? Y ya subía la escalerita de las casillas, para cerciorarse, cuando, de repente, lo ve salir del agua, con el rostro amoratado y echando agua, cual si estornudara ruidosamente.

— ¡Eh! ¿Pero está loco? ¿Qué hace? ¿No sabe que haciendo eso puede reventársele una vena del cuello?

— Deja que reviente... — dijo Ciunna, jadeando, angustiado, con los ojos fuera de las órbitas.

— ¿Tragó agua?

— Ya lo creo...

— Caramba, digo... — exclamó Imbró. Y con la mano hizo de nuevo el gesto de antes, pensando que su viejo amigo había enloquecido. Le observó un poco, luego preguntóle:

— ¿Quiso usted probar su resistencia sin respirar debajo del agua, o le pasó algo?

— Probar mi resistencia — contestó sombríamente Ciunna, pasando de nuevo sus manos sobre los cabellos empapados.

— ¡Diez puntos y mil felicitaciones al niñito! — exclamó Imbró. — ¡Vamos, rápidamente, vamos a vestirnos! Está demasiado fría hoy el agua... De todos modos, apetito ya tenemos. Pero, diga la verdad, ¿de veras se siente usted mal?

Ciunna había empezado a hacer arcadas igual que los pavos.

— No — dijo cuando terminó. — ¡Me siento muy bien! ¡Ya pasó! ¡Vamos, vamos a vestirnos, pues!

— Fideos con ostras al natural, y glo, glo, glo, glo... un vinito! Pierda cuidado; déjelo por mi cuenta. Es un regalo de unos parientes de mi mujer, que en paz descansen. Todavía queda un barrilito... ¡Ya lo probará!

IV

Levantáronse de la mesa a eso de las cuatro. El cochero se asomó a la puerta del restaurant.

— ¿Hay que atar?

— ¡Si no te vas!... — amenazóle Imbró, con el rostro encendido, los ojos centelleantes, levantando una botella vacía con una mano y estrechando a Ciunna con el otro brazo.

Ciunna, que se hallaba en el mismo estado, se dejó abrazar; sonrió y callóse, como si nada hubiese oído.

— ¡Te he dicho que antes de la noche no pueden irse! — siguió Imbró.

— ¡Pero es claro! ¡Naturalmente! — dijeron en coro varios.

Porque en el comedor habíanse reunido como unos veinte amigos de Ciunna y de Imbró, además de los otros pensionistas que se les habían allegado, formando así una gran mesa, en la cual comíase alegremente; pero luego volvióse más rumorosa la comida; oíanse risas y gritos, y se brindaba en broma; en fin, un bullicio infernal.

Tino Imbró saltó sobre una silla.

— ¡Propongo una cosa! Vamos todos a bordo del

vapor inglés que se halla anclado en el puerto. ¡El capitán y yo somos *peor* que hermanos! Es un mocetón de treinta años, muy virtuoso y bastante barbudo. ¡Tiene unas botellas de *gin* que serían capaces de mandar al paraíso, Dios nos libre y guarde, al mismo notario Cacciagalli!

La propuesta fué acogida con ruidosos aplausos.

Hacia las seis, después de haber visitado el vapor, se separaron todos, y Ciunna le dijo a Imbró, con mucha vivacidad:

— ¡Querido Tinito es hora de que me vaya! No sé cómo agradecerte...

— Eso es lo de menos — díjole Imbró. — Recuerde que debe despachar ese asuntito de que me habló esta mañana...

— ¡Ah!... es cierto... tienes razón... — dijo Ciunna frunciendo el entrecejo y apoyándose a tientas con una mano en el hombro de su amigo, cual si fuera a caerse. — Sí, sí... tienes razón... Y pensar que he venido por eso... En realidad, es necesario que vaya...

— Pero si no es cosa urgente... — observó Imbró.

— No — respondió torvamente Ciunna; y repitó: — Es necesario que vaya... He bebido, he comido... y ahora... Adiós, Tinito. No puedo dejarlo para otro día...

— ¿Quiere que lo acompañe? — preguntó éste.

— ¡No, qué esperanza! ¡Ah, ah, desearías acompañarme? Sería divertido... No, no, gracias, Tinito, gracias... Voy solo. He bebido, he comido... y ahora... ¡Adiós, eh!

— Entonces lo espero aquí, con el carruaje para saludarlo. ¡Vaya pronto!

— ¡En seguidita! ¡En seguidita! ¡Adiós, Tinito! — Y fuése.

Imbró hizo una mueca y pensó:

— ¡Es la edad; cuando se llega a viejo! Parece imposible que Ciunna... Después de todo, ¿qué habrá tomado?

Ciunna se dirigió hacia la punta que más avanza en el mar, la de poniente, que aun se encuentra sin dique, llena de escollos amontonados, entre los cuales el mar lanza sus olas con lúgubres tumbos, seguidos por el clásico y profundo ruído de los guijarros, al retirarse. Apenas podían sostenerle sus piernas. Y sin embargo saltaba de un escollo a otro, posiblemente con la vaga intención de resbalar y romperse una pierna, o con el propósito de rodar al agua, casi inconscientemente. Jadeaba, resoplaba y sacudía la cabeza, para quitarse de la nariz algo que le fastidiaba, y que no sabía si era sudor, lágrimas o el agua que a manera de llovizna enviaban las olas al romperse contra los escollos. Al llegar a la punta de la escollera se echó al suelo y sentóse y, quitándose el sombrero, cerró los ojos y la boca e hinchó los carrillos, como preparándose para alejar de sí, junto con su aliento, la angustia, la desesperación y la bilis que había acumulado.

— Uf, vamos a ver... — dijo por fin, después de haber resoplado, abriendo los ojos.

El sol se ponía. El mar, color verde botella junto a la playa, dorábase intensamente en la trémula inmensidad del horizonte. El cielo encendíase en llamaradas, y el aire era límpido en medio de aquella transparente luz, sobre aquellas aguas temblorosas.

— ¿Yo allá? — preguntó Ciunna al rato, mirando el mar por encima de los últimos escollos. — ¡Por dos mil setecientas liras!

Le pareció que eran muy pocas. Lo mismo que un barril de agua en aquel mar.

— Mientras los verdaderos ladrones, los que me comieron vivo, se pasean por las calles del pueblo, entre inclinaciones y reverencias, yo, *cavaliere*, por dos mil setecientas liras... ¡Bien sé que no hay derecho a robar, pero es un deber, por Dios! ¡Sí, señor, un deber, es un deber cuando cuatro chicos lloran pidiendo pan, y uno tiene entre sus manos y cuenta ese asqueroso dinero... La sociedad te niega ese derecho; pero tú, como padre, tienes el deber de robar en dichos casos... ¡Y yo soy dos veces padre de esos cuatro inocentes! ¡Y si yo me muero, ¿cómo se las arreglarán? ¿Les tocará ir por esas calles? ¿Por esas calles pidiendo limosna? ¡Ah, no, señor inspector; llorará usted junto conmigo... Y bien, señor inspector, si usted tiene el corazón duro como este escollo, perfectamente, envíeme ante los jueces: Veremos si no se apiadan al condenarme. ¿Pierdo mi empleo? ¡Hallaré otro, señor inspector! No se preocupe. ¡Lo que es allí, yo no me echo! ¡Ahí llegan los barcos de pescadores! ¡Compraré ahora un kilo de salmón bien gordo, y me volveré a casa para comerlo junto con mis nietecitos!

Se levantó. Las barcas entraban, virando a toda vela. Corrió para llegar a tiempo a la venta de pescado.

Entre gritos y porfías compró unos salmones que aun estaban vivos y saltaban. Pero, ¿dónde meterlos? «Una cestita barata; un poco de algas adentro, y no dude, señorito, que llegarán vivos al pueblo».

Al llegar al *León de oro* encontró a Imbró, el cual, desde adentro, le hizo un gesto expresivo con las manos.

— ¿Se ha evaporado?

— ¿A qué se refiere? ¡Ah, el vino!... ¿Te figuraste?... ¡Oh, no, qué esperanza! — dijo Ciunna. — Mira, he comprado unos salmones. Dame un beso, querido Tinito, y un millón de gracias...

— ¿De qué?

— Quizás algún día te lo explicaré... ¡Vamos, cochero, levante la capota, no quiero que me vean!

— ¿Tiene miedo que lo asalten por el camino? — le preguntó Imbró, riendo. — ¿De modo que despachó su asunto? ¡Lo felicito! ¡Y... hasta la vista! ¡No deje de venir!

V

En cuanto salieron del pueblo empezó la penosa subida.

Lo dos caballos tiraban del carruaje cerrado, acompañando con un movimiento de la cabeza cada paso que hacían con penoso esfuerzo, y los cascabeles parecía que midiesen la lentitud y el trabajo que les costaba darlo.

El cochero, de cuando en cuando, exhortaba a las pobres y flacas bestias con largos gritos que tenían algo de lamento.

A mitad del camino había cerrado ya la noche.

La obscuridad que sobrevino, el silencio que parecía un compás de espera de próximos y leves rumores en la inmensa soledad de aquellos lugares abandonados, alentaron el espítitu de Ciunna, que aun se hallaba ofuscado por los vapores del vino y deslumbrado por el esplendor de aquel ocaso en el mar.

Poco a poco, a medida que aumentaban las sombras, había cerrado los ojos, casi como demostrán-

dose a sí mismo que podía dormir. Ahora, en cambio, se hallaba con los ojos abiertos de par en par (en medio de aquella obscuridad del coche, que lo anonadaba), abiertos y fijos en el vidrio de enfrente, el cual hacía ruido continuamente.

Parecíale que en aquel momento, inadvertidamente, hubiera despertado de un sueño. Y, sin embargo, no tenía fuerzas para despabilarse, ni siquiera para mover un dedo. Sus miembros pesaban como el plomo y sentía un peso horrible en la cabeza, Apoyaba las caderas en el asiento, de modo que estaba echado, con el mentón sobre el pecho, las piernas contra el asiento de enfrente, y la mano izquierda metida en el bolsillo del pantalón.

¿Pero, qué significaba eso? ¿En realidad estaba borracho?

— Para... — murmuró con torpe lengua.

Y sin moverse, imaginóse que descendía del carruaje, y que andaba errante por aquellos campos. Oyó un ladrido en lontananza, y se figuró que aquel perro le ladraba a él, que andaba errante por aquellos lugares... allá abajo... por el valle...

— Para... — repitió casi sin voz, poco después, entornando lentamente sus párpados.

¡No! Silenciosamente, sin que se detuviera el carruaje, él debía descender, ni debía notarlo el cochero; luego esperaría a que el coche se alejara por el empinado camino, y después, echándose a correr por aquellos campos, llegaría hasta el mar, allá lejos...

Sin embargo no se movía.

— *¡Plun!!* — dijo ahora con torpe lengua.

De pronto una idea cruzó rápidamente por su cerebro y lo hizo estremecer. Luego, con mano temblorosa, empezó a rascarse nerviosamente la frente.

— La carta... la carta...

¡Habíale dejado a su hijo aquella carta sobre la almohada! ¡Y ya en su casa... sí, ya a esa hora lloraban su muerte!... ¡A esa hora todo el pueblo se había enterado de su suicidio... ¿Y el inspector? Con seguridad que el inspector había llegado. Habíanle entregado las llaves ya... y sin duda habría notado que faltaba el dinero substraído... La deshonrosa suspensión, la miseria, el ridículo... la cárcel... Y entretanto el carruaje seguía andando, lenta y penosamente. No, no... Presa de angustioso temblor, Ciunna hubiera deseado detenerlo... Pero, y ahora, ¿cómo arreglarse? No, No... ¿Saltaría del coche? Sacó del bolsillo la mano izquierda, y con el pulgar y el índice tomóse el labio inferior, mientras con los demás dedos apretaba, desmenuzaba algo. Abrió aquella mano, sacándola fuera de la ventanilla, y a la luz de la luna miró lo que tenía en ella. Quedó asombrado. ¡Era el veneno! ¡Allí, en su bolsillo había olvidado aquel veneno!

¡Cerró los ojos y lo metió en la boca; engulló! ¡Metió rápidamente la mano en el bolsillo y sacó otros trocitos; los engulló también! ¡El veneno! ¡El veneno! De pronto sintió un vacio, un vértigo, y algo así como si el pecho y el vientre se partiera en dos mitades. Sintió que le faltaba la respiración y sacó la cabeza por la ventanilla.

— Ahora me muero.

En el amplio valle que descendía soplaba una fresca brisa e iluminábalo la leve claridad de la luna; las altas colinas de enfrente surgían y diseminábanse negras y nítidas en el cielo opalino.

— Ahora me muero... — repitió Ciunna.

Mas ante el espectáculo de aquella deliciosa y tranquila noche de luna una gran quietud se apoderó de su alma. Apoyó la mano en la portezuela, el mentón sobre la mano, y quedóse esperando, mirando hacia afuera. Subía de allá abajo, del valle, un claro y continuado cantar de grillos; diríase que era la voz del trémulo reflejo de la luna al brillar sobre la corriente de un plácido río invisible. Levantó los ojos al cielo, pero sin quitar su mentón de la mano, luego miró de nuevo las colinas y el valle, como considerando lo que quedaba para los demás, puesto que ya nada le pertenecería. Dentro de poco nada podría ver ya... ¿Pero habíase detenido el tiempo? ¿Por qué no sentía aún ningún dolor interno?

— ¿No moriré?

Y en seguida, cual si ese pensamiento le hubiera dado la sensación que esperaba, echóse atrás y con una mano estrechó su vientre. Aun no sentía nada... Pero... tocóse la frente: ¡Ah, ya estaba empapada de helado sudor! Ante esa fría sensación lo dominó el terror de la muerte. Tembló de pies a cabeza ante la enorme, hórrida inminencia irreparable, y se retorció, mordiendo una almohada del asiento, para sofocar el aullido que le arrancaron los primeros espasmos, que parecía que le desgarraran el vientre. Silencio. Una voz. ¿Quién cantaba? Y aquella luna... El cochero cantaba, mientras los cansados caballos arrastraban penosamente aquel negro carruaje, por el camino polvoriento, iluminado por la blanca luna.

MARIO CATALDO

TRADUCCIÓN DE MARCIAL

F I N



Harry Arcuri

Bebita Villaplana

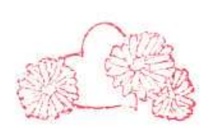
Gioia Fernanda Tornquist Campos

La señorita Apeles

Por

Luis García

La señorita Apeles
da miedo cuando toma los pinceles.
Mueve la boca de manera extraña,
brillan sus ojos con mirada torva,
la espalda se le encorva,
y en la tela se ensaña.
Parece una fantástica alimaña
que agujerea el cuadro,
sirviéndole la brocha de taladro.
Para ella la pintura
es, más que una afición, una locura.
Hablemos de sus obras preferidas
que, según asegura,
no han sido comprendidas.
Pretendió retratar a una señora,
la cual miró el retrato un breve rato
y preguntó: — ¿Pero éste es mi retrato
o el de un gato de Angora?
La señorita Apeles, al instante
la echó de casa y la llamó: — ¡Ignorante!
Es autora también de la marina
«Nubes en escabeche»
y de una hermosa «Ondina»
color café con leche.
Tiene una «Colombina»
que ha sido enormemente comentada
por su gran novedad, pues fué pintada
con tintura de yodo y vaselina.
Fuera injusto olvidar su celebrada
«Naturaleza muerta» y enterrada.
Sus paisajes polares,
llenos de gallardetes y alamares,
son algo delicioso.
Pero aun se ha superado ciertamente
al pintar su reciente
«Candombe medioeval». Es asombroso.
Iba ayer a pintar el «Escondrijo
violeta del Parnaso»
y su novio le dijo:
— O dejas de pintar o no me caso.
Ella, gritando con furor:—¡Qué dices!—
le dió con la paleta en las narices.
El la mandó al demonio
y se fué con la música a otra parte.
¡Oh! Por amor al arte,
hay niña que renuncia al matrimonio.
Y con toda razón, las hijas de Eva
ahora pueden decir con amargura:
— Ahí tenéis una nueva
mártir de la pintura.



Dibujo de Macaya

Notas sociales rosarinas

Salida de la tradicional misa de las 10



Señoritas de Pinto, Junquet y Fierro.



Señoritas de Colombres y Alvarado.



Señoritas de Fierro y Pinto.



Señoritas de Masraman y Capmany.



Señoritas de Soulages.

Un gentil y conocido grupo de niñas de la sociedad rosarina a la salida del templo.

A pesar de su progreso moderno, que hace de Rosario una ciudad abierta a todos los adelantos y cosmopolitismos, todavía se conservan algunas de las muchas tradiciones añejas en que la cordialidad y la galantería ponían su noble sello característico en la vida social de nuestros abuelos. Rancias costumbres aquéllas, sin duda; pero la que consistía en presenciar los galanos desfiles a la salida de la misa «mayor», de tal modo arraigó en la juventud rosarina, que todos los domingos se puede presenciar el elegante desfile de distinguidas señoritas, fieles a la clásica tradición, saliendo del templo gallardamente escoltadas por los saludos y las sonrisas de amigos y admiradores.

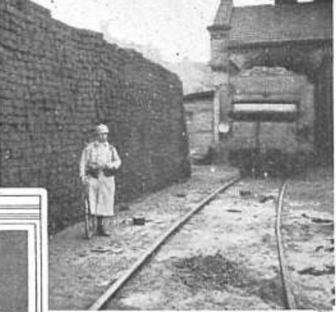
Nuestra revista sabe muy bien que en las provincias perdura y palpita, sana, amplia y risueña, una vida social muy interesante, no tan intensa y ruidosa como la de la metrópoli, pero sí más amable y sosegada, y es por ello que reproducirá en sus páginas todo lo que pueda ser un testimonio elocuente del vivir provinciano.

"CARAS Y CARETAS" EN EL RUHR



Las tropas franco-belgas distribuyendo alimentos a las familias necesitadas de la población de Herme.

Soldados del ejército francés pasando revista a su entrada en Herme.



Centinela francés vigilando existencias de carbón en una estación.



Primera máquina alemana manejada por franceses.



El general Degoutte y M. Le Trocquer, ministro de *Obras Públicas*, después de una entrevista.



Tanque francés estacionado en Recklinghausen.



Centinela francés vigilando las esclusas del canal de Recklinghausen.



El director de las aduanas de Dusseldorf y los gendarmes franceses que lo arrestaron esperando un tranvía que les conduzca al cuartel.

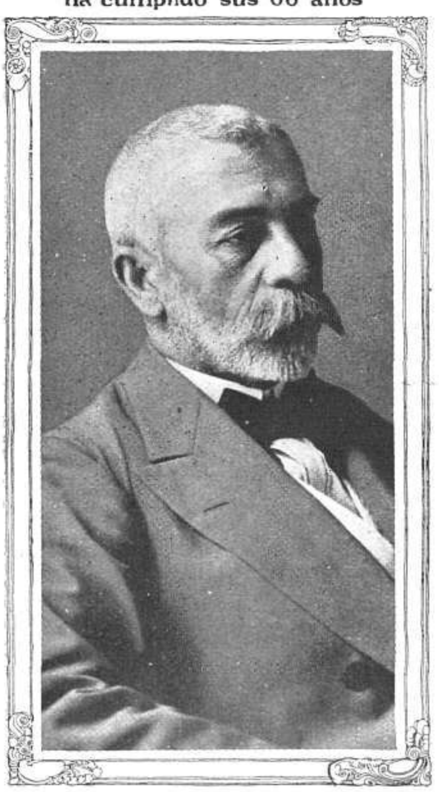
LAS TROPAS FRANCESAS EN LA REGION INVADIDA



Transportadores aéreos de carbón en el distrito industrial de Recklinghausen, de los que se incautaron las tropas franco-belgas.

JOAQUIN V. GONZALEZ

El ilustre estadista y escritor ha cumplido sus 60 años



En su tierra, en «Mis Montañas», precisamente, acaba de cumplir sesenta años un antiguo y autorizado colaborador de CARAS Y CARETAS, *el senador de la nación doctor Joaquín V. González, en quien se realiza un tipo de civilización y de cultura que conocen bien, por ejemplo, los ingleses y franceses, siendo entre nosotros excepción y gala.*

Pensador, hombre de estado, hombre de letras, estudioso excepcional, va al fondo de los problemas humanos, domina las complicaciones sociales, descubre inaccesibles tesoros de poesía, sabe íntimamente del gobierno en el más alto sentido institucional, tiene la preocupación susceptible de las alturas a que llega, así sea ministerios o bancas legislativas; labra preciosos cuentos, revive períodos históricos, realiza estudios de fondo, codifica, pone de relieve en cada página una visión patriótica evocadora e ilustrativa; busca en la fábula una forma más penetrante de expresión, hace de su banca de senador una tribuna de enseñanza, y después de todo se borra, diciendo cosas que parecen rezongos en broma, y se va enfermo a trabajar al pie de su cerro, en un oasis que es la obra de su mano de plantador y cultivador.

En esta cabeza donde todo germina, como en la tierra muy removida, según el decir del doctor Roca, el estudio y el ideal han hecho juntos una obra vasta, grave, fecunda, bella, armónica, luminosa, así vaya el recorrido desde la estrofa de un poema hasta el artículo de una ley. ¡Y éste era el gran dormido de la leyenda o la fábula! Gran dormido porque no dormía, porque no podía dormir, porque todo el tiempo le era poco para soñar y para trabajar y porque entonces hablaba con los ojos cerrados y se movía con actitudes de sonámbulo.

Es hoy una cumbre intelectual, lo que se llama un faro, un guía y una estrella. Por las noches, allá entre las piedras de Chilecito, si una luz vaga, los moradores no se asustan. Es que ha venido don Joaquín, se dirán, como reconociendo instintivamente que esa luz es la de su espíritu. Y es esa misma luz la que, irradiando desde el centro, descubre al pleno las soluciones más difíciles de las cuestiones más arduas.

CARAS Y CARETAS *tiene para su ilustre colaborador este recuerdo como un homenaje, al cumplir los sesenta años de su noble vida.*

JUAN CANCIO

Distinciones a un médico argentino



El doctor Arce con la toga y placa de los rectores de la Universidad de La Habana, como rector honorario de la misma.



El doctor José Arce vistiendo el sombrero y toga que le corresponde como miembro honorario del "American College of Surgeons", la más grande y poderosa asociación de cirujanos del mundo.

Proclamación de los electores a senador



El presidente de la Junta escrutadora de la capital, doctor Marcelino Escalada, en el momento de proclamar, en el recinto de la Cámara de Diputados, los nombres de los electores socialistas y radicales triunfantes en los recientes comicios.

FOTO DE ARROYO.



Señora de Sojo.



Señorita de Areco.



Señorita Inés G. Tobal.



Señora Nelson de O'Farrell.



Señora Elena Casares de Miguens y señor Casares.



Una reunión que a pesar de su aspecto político no lo es. El gobernador de la provincia, señor Cantilo y el ex ministro del Interior, doctor Gómez, conversando a la hora del vermouth.



Señorita de Dantiacq y señor José Canals.



Señora Delfina C. de Viancarlos y señoritas de Maza Viancarlos.



Una pose, casi estatuaria, del presidente de la Cámara de Diputados, coronel Pereyra Rozas, ante el señor Cantilo.



Doctor García Mansilla y su esposa.

La temporada



Señorita Elena Peña.



Señorita Cobos Anchorena.



Señorita María Cristina Steffens Soler.



Señor Justo López de Gomara y su hija.



Señoritas de Schoo.



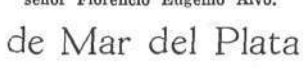
Una simpática mamá y su hijito en la playa posando interesantemente para el fotógrafo.



Señora de Livingston.



Señorita Hamsia Barbieri De Luca y señor Florencio Eugenio Alvo.



de Mar del Plata



Señoritas Elena y Josefina Steffens Soler.



Doctor Ricardo Levene y señora Rosa P. de Levene.

NOTAS GRAFICAS DE ESPAÑA



El fiscal militar don Adolfo Perinat, que actuó de acusador, pidiendo para el coronel Jiménez Arroyo 25 años de reclusión.



El presidente del Consejo Supremo de Guerra y Marina, general Aguilera, rodeado de los demás generales que formaron la Sala de Justicia en el sensacional proceso contra el coronel Jiménez Arroyo, que comandaba el regimiento de Africa.



El defensor militar del procesado, don Rafael Duyós, que consiguió se redujera la pena a 18 años.



Castizas madrileñas luciendo el airoso mantón de Manila durante los desfiles carnavalescos.



Dos clásicos ejemplares femeninos con los atavíos que caracterizan a las chulas.



Otra simpática nota de color dada por cinco interesantes manolas, que hacen derroche de flecos, bordados y peinetas.



Lloyd George con su señora e hija contemplando la catedral de Sevilla.



El ilustre personaje y sus acompañantes en la capilla de los Cálices de la catedral después de haber visto las valiosísimas joyas, ornamentos y cuadros artísticos que se guardan en el histórico templo.



El ex ministro británico mirando la Giralda desde los jardines del Alcázar.



Sello de correo para los territorios españoles del golfo de Guinea.



Otro modelo para las mismas posesiones africanas.



Zona del protectorado español, nueva emisión.



Posesiones españolas del Sahara Occidental.

"CARAS Y CARETAS" EN MONTEVIDEO

Recepción ofrecida en la Legación Argentina en honor del nuevo presidente Ing. Serrato.







El mandatario uruguayo y altas personalidades uruguayas en la escalinata del palacio de la Legación, acompañados por el embajador argentino, doctor Leopoldo Melo, el ministro en el Uruguay, los miembros de la embajada y damás argentinas después de haberse celebrado la hermosa fiesta de confraternidad a que dió lugar la recepción.



Los diplomáticos y sus esposas con el ingeniero Serrato y el doctor Melo en uno de los salones donde presentaron a éstos el saludo de las naciones que representaron en la ceremonia de la transmisión del mando.



Los miembros que formaron parte de la embajada argentina que presidió el doctor Melo.

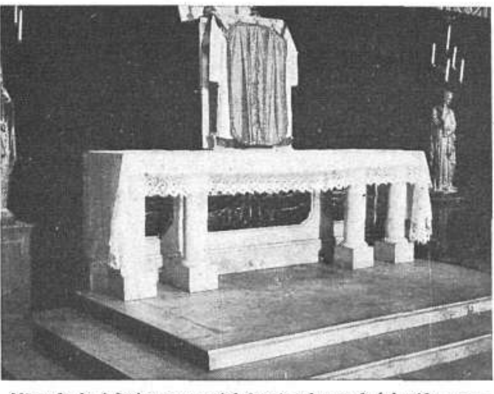


Familia de Anchorena y algunos de los invitados en una de las mesas distribuídas en los jardines de -a Legación.

INAUDITO ASESINATO DE UN SACERDOTE EN BAHIA BLANCA



Kristen Theodor Knudsen, dinamarqués, de 26 años de edad, autor del sacrílego asesinato.



Altar de la iglesia parroquial frente al que fué herido mortalmente de una puñelada en el abdomen, durante los oficios divinos, el reverendo padre Luis Pérez.



La víctima, sacerdote español, de 46 años, teniente cura en la iglesia parroquial.

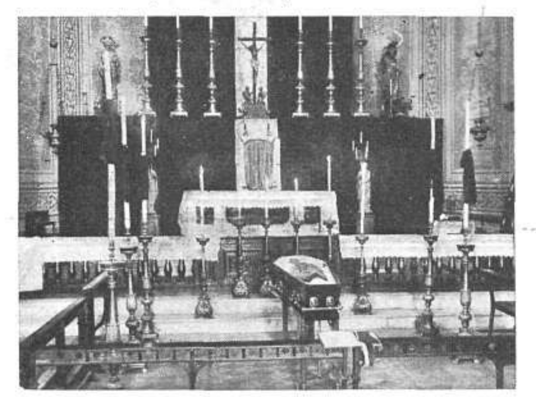
He aquí la síntesis del odioso asesinato cometido en Bahía Blanca, ante el cual vibró conmovida toda la sociedad:

Un criminal sacrílego — acaso un extraviado — cruza el recinto de la iglesia parroquial con la gorra puesta, llega hasta el altar mayor y, acercándose al sacerdote que en aquellos momentos se vuelve para bendecir a sus feligreses, le clava en el vientre la hoja de un largo cuchillo.

La horrible escena solamente dura algunos segundos trágicos.

Y mientras el infeliz oficiante caía ensangrentado y la concurrencia, en el colmo de la sorpresa y de la indignación, se abalanzaba sobre el desalmado homicida, éste, después de haber descendido las gradas y de trasponer de nuevo la baranda, se situaba a un lado del comulgatorio, frente al público, impasible el rostro, bajos los ojos, los brazos caídos, como una estatua.

No ofreció resistencia; se negó a todo interrogatorio; dió su filiación en un sobre, de antemano escrito; y encerrado en su extraño mutismo, no ha sido posible esclarecer todavía el misterioso móvil que le indujo a cometer tan inicuo asesinato en la indefensa persona de un digno, respetado y querido sacerdote.



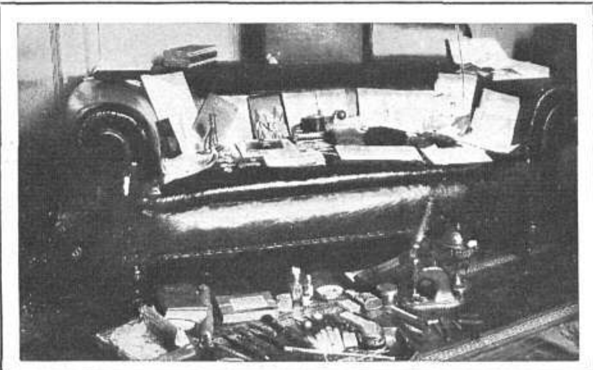
Capilla ardiente erigida en el templo donde se cometió el bárbaro crimen.

LA IMPORTANTE ESTAFA AL BANCO DE LA REPUBLICA DEL URUGUAY

Descubrimiento de sus autores por la policía argentina de investigaciones



Roberto Richter, jefe de una banda de hábiles estafadores que últimamente robaron al Banco de la República del Uruguay.



Objetos encontrados en la habitación de Richter cuando la allanó la policía; un verdadero arsenal para obtener la falsificación de documentos bancarios. A 98.000 pesos oro asciende la suma estafada al Banco de la nación vecina. Ha sido un completo éxito la pesquisa de nuestras autoridades por la habilidad con que llevaron a efecto las capturas.



Otro aspecto de Richter, fotografía que usaba en uno de sus múltiples pasaportes obtenidos no se sabe por qué ingeniosos medios.



Adolfo Tuñón.



Miguel Petrone o Carlos Polke.



Alejandro Petrone.



Adolfo Tuñón, hijo.

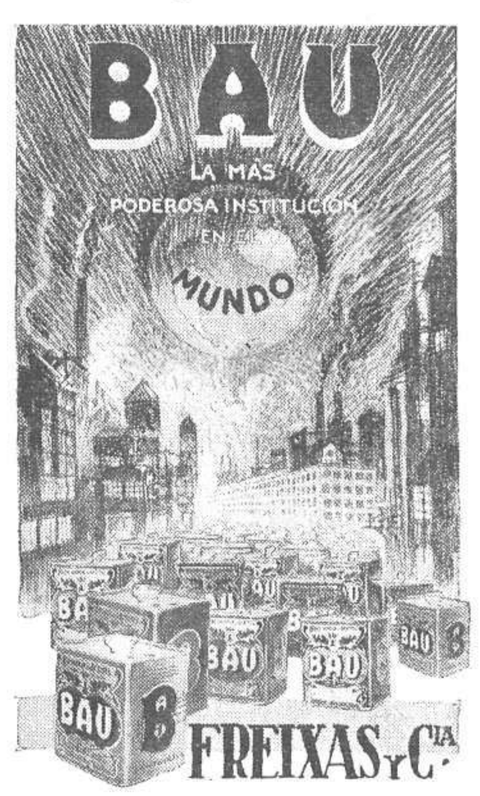
Cuatro de los cómplices de la estafa dirigida por Roberto Richter.

Donde se elabora el aceite Bau

Indudablemente todo el mundo conoce el aceite BAU. Porque el BAU ya no es sólo una marca de aceite; es algo tan familiar que sería imposible excluirlo de entre las buenas costumbres del hogar.

Pero sin embargo, pocas son las personas que tienen una idea de lo que es la fábrica de donde proviene el BAU; el establecimiento más grande y completo del mundo dedicado a la elaboración del aceite de oliva. Miles y miles de personas — hombres y mujeres — trabajan en los diversos departamentos de la fábrica BAU; a ella dan vida, de ella viven y a ella dedican su energía y su inteligencia.

La influencia de la fábrica BAU ha transformado por completo las características de toda una región. Ha dado vida a pueblos enteros; ha creado en ellos un comercio próspero y vigoroso; ha determinado la construcción de vías férreas y carreteras y ha modificado, en fin, hasta la vida de los habitantes. En cada detalle, desde los extensus cultivos hasta los grandes talleres, la fábrica BAU es un modelo mundial de capacidad y método. En ella cada departamento es una etapa en la elaboración y en el mejoramiento de la calidad del aceite.



Sus laboratorios son los más modernos que se conocen en esta industria. Están dotados del más selecto núcleo de químicos técnicos que es posible reunir. En ellos se estudian y se perfeccionan los modernos métodos, que mantienen en el más alto nivel la excelencia del producto y la reputación del nombre de BAU.



TOMASA VELEZ



Caracterizaba a Tomasa Vélez, llegada a señora por prescripción de sus derechos matrimoniales, una escritura deletreada como la vieja tonada cordobesa, de signos separados sin estar desunidos. Mostrábase más dispuesta a firmar con el Sársfield materno a continuación de una simple V. muy muda, que con el Vélez único tan usado por su hermano Dalmacio.

La menor en una familia de cuatro muchachas hermosas, su fama de fea acaso naciera de ser tan bonitas sus hermanas. Puede asimismo que fuera, como se les dice por vía de consuelo, una «fea con gracia», y doblemente interesante para Juan Teodoro Lacordaire, a quien su evocador no se ha arriesgado a aplicar de lleno la semiaventura de la Vélez recogida por el hermano del gran dominico, después de la batalla de la Tablada, en el atrio de la catedral cordobesa, donde esperaba fueran a buscarla, por no atreverse a cruzar la ciudad sola. En la esquina de San Jerónimo una soldadesca harapienta y ebria detuvo a la pareja, profiriendo en injurias y amenazas, y uno de los héroes acercó su mano al rostro de la niña. Mientras el joven, más pálido de ira que ella de terror, sacaba su arma del bolsillo, salió del grupo la voz de un cabo o sargento: «Dejen pasar; las tropas de Quiroga no atacan a la gente de bien». Y llegaron a su casa sin más estorbo.

Groussac se complace en imaginar la emoción intensa y exquisitamente punzante del corazón viril al sentir, durante un minuto crítico, que exponía su vida por la mujer amada, cuya mano se crispaba convulsiva sobre su brazo.

Fruto de la segunda hornada matrimonial de Dalmacio Vélez con Rosa Sársfield Palacios, de una de las mejores familias de Córdoba, con ascendientes al servicio del rey, muchos puntos de contacto acentuaban cierta equivalencia global con su hermano único y muy idolatrado, tanto que podía aplicarse a la eternamente soltera la síntesis hecha sobre el jurista y presentarla «algo burlona y agilísima en la polémica, dejando alguna vez el recuerdo de sus mordeduras. Practicaba la ironía, que siempre ha sido aristocrática, con gusto y oportunidad, y resultaba tan perdurable el efecto del cauterio que, a más de uno, depuestos ya los recelos y zurcida la amistad, sus palabras le antojaban manojo de ortigas muertas».

Al año de residir en la ciudad porteña Tomasa conservaba «el espíritu monacal y escolástico de la Córdoba de 1829, donde la conversación de los estrados rodaba siempre sobre las procesiones, las fiestas de los santos, los exámenes universitarios, la profesión de monjas y la recepción de las borlas de doctor».

Con aureola de talentosa, justa en parte y en el resto por hallarse bajo el alero mental del hermano cuyos desvelos de sabio hacían menos penosos sus cuidados, Tomasa padecía de cierta obsesión negativa de oponerse a toda idea ajena, neurosis de tratamiento difícil y cura imposible, que la tornaba inadaptable a un círculo en el cual era necesario resolver mucho para engañarse con la dulce ilusión de intentar algo, siquiera. Tomasa Vélez, joven o mayor, fué siempre una valla insalvable, como un dique cerrado. ¿Deberíase ello a no haber conocido el sí de la felicidad femenina?

No pudo ser de las trece primeras fundadoras de la Sociedad de Beneficencia del 18 de febrero de 1823, pero ocupó el número veintinueve entre las socias el 8 de marzo de 1830, cuando la Córdoba rica nos obsequió con su riqueza.

Sus secretarías, sencillas por la calma de la acción alternada, comprendieron la presidencia de la señora Mendeville en debate con la Iglesia por el local de los premios en 1831, y las de Isabel Luca y Pepa Sosa, cinco años más tarde, en pleno esplendor del federalismo, tan cargado de sombras, pero impotente para eclipsar la luz de biblioteca del nutrido codificador.

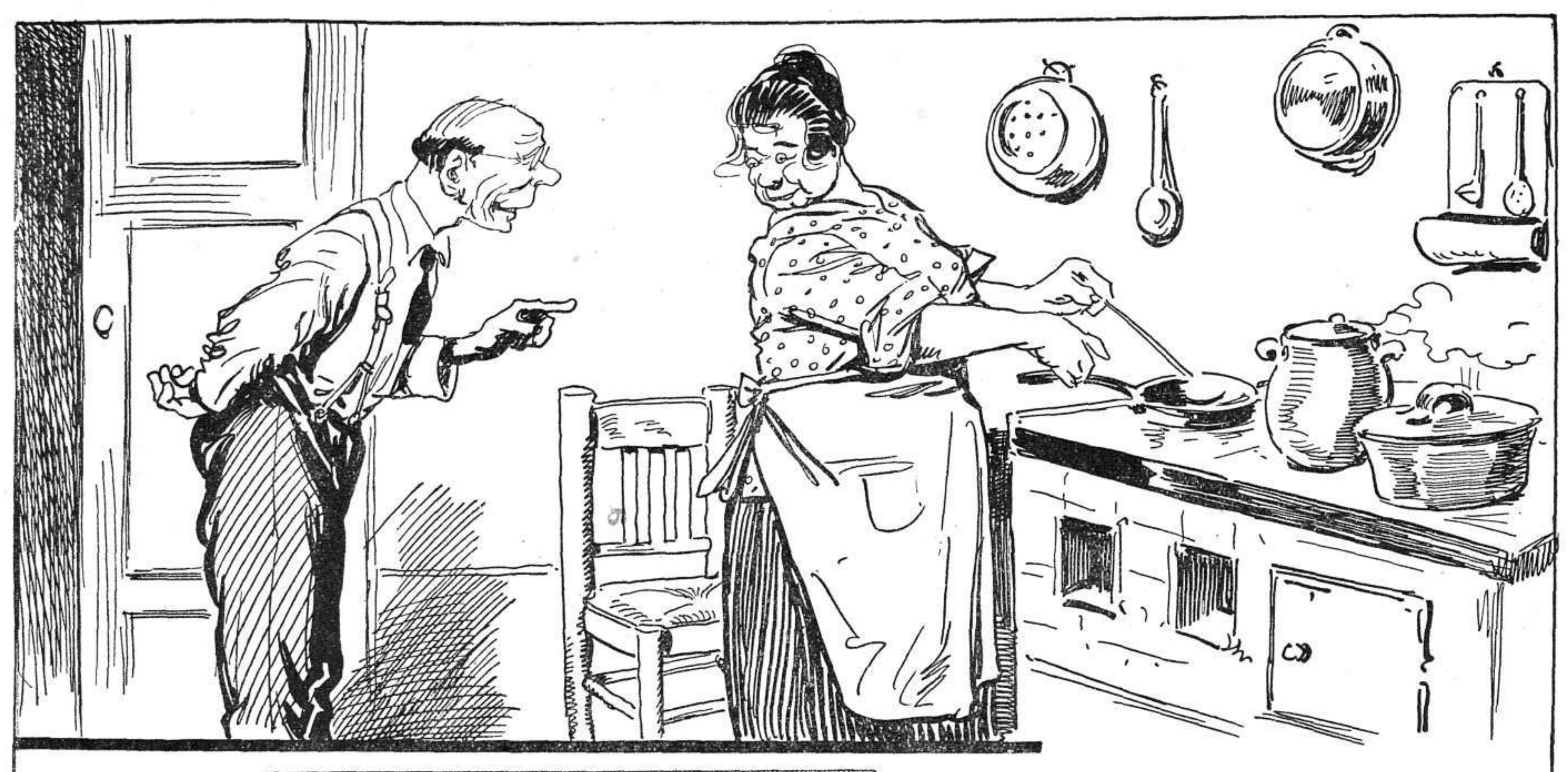
Federal de moño en el alma, al morir octogenaria su rojo se había desleído en un sonrosado de aurora.

Y se había olvidado hasta del mismo Juan Manuel. Fué en 1876 y en el propio mes de Rosas.

> *Buenos Aires, Abril 14 de 1869.*
>
> *Mi querida Petronita: Ahora he podido substraerme un momento a tantos disgustos que he tenido desde que llegué aquí (por la grave enfermedad en que hallé a mi hermano) para ocuparme de los asuntos de su Escuela, fuí yo en persona a hablar con la Presidenta, le dije toda la función como había sido, le recomendé muchísimo a usted y la Maestra y le pedí que me diese la medallas y los libros a la mayor brevedad, para mandárselos. Cumples con exactitud esto, y se los remito deseando que salga muy bien y recuerde todas sus obras. — El mismo día del sábado que yo salí para allá, Dalmacio tuvo un fuerte ataque a la cabeza en término que la familia creía que se moría. Desde entonces lo han curado en forma y ahora se halla mejor y fuera de cuidado y espero en Dios que sanará.*
>
> *La nota a la Presidenta sobre los exámenes y adjudicación de premios se la he mandado con esta misma fecha donde la recomiendo a usted muchísimo por contracción a la Escuela, sus servicios, etc., y a la señora Maestra por los adelantos de Escuela.*
>
> *Memorias al señor Duarte y usted mande a su affma.*



 ALBERTO MEYER ARANA 



NOTA COMICA DEL

GLAUDA VERMOUTH ARGENTINO

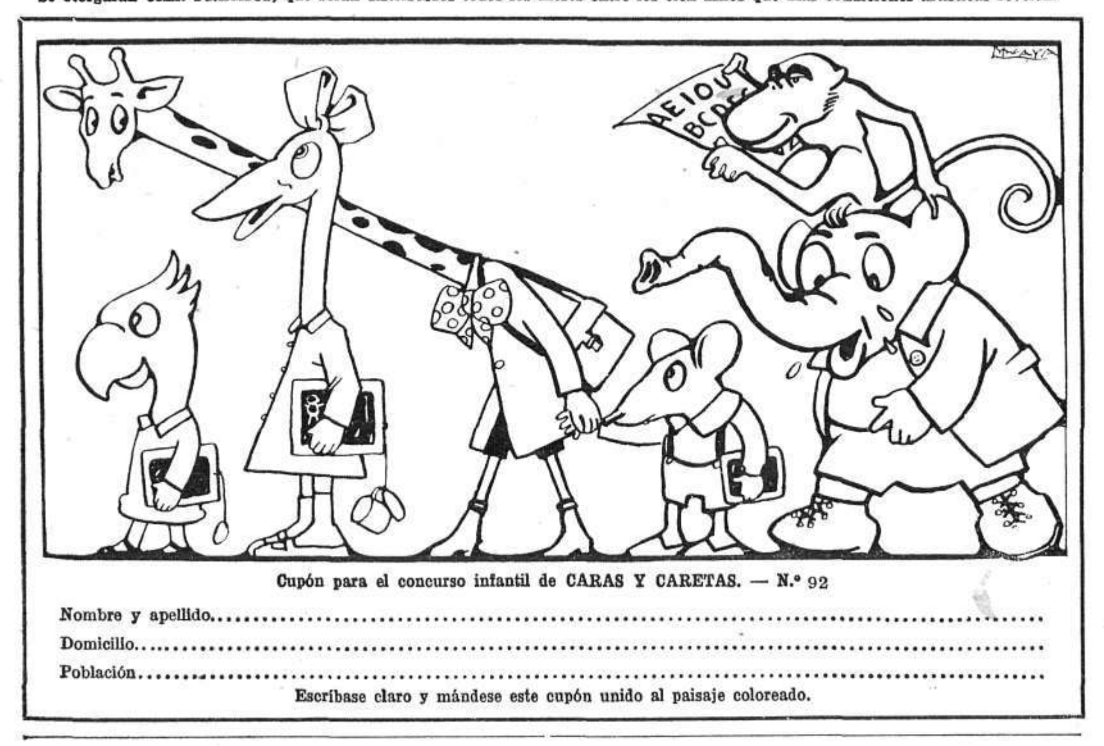
—¿Se puede mirar lo que cocinas?

—Sí; puedes mirar lo que hay en la sartén, lo que guiso dentro del puchero; ¡pero por Dios te pido que no me levantes la tapa de los sesos!

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán **CIEN PREMIOS**, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.º 92

Nombre y apellido...

Domicilio...

Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.



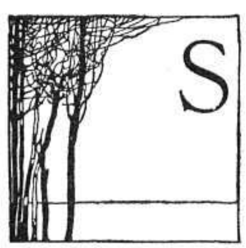
VALIOSOS OBSEQUIOS
para las consumidoras del
POLVO GRASEOSO
LEICHNER
Como previamente se había anunciado, el escribano público señor Francisco Pita procedió anteayer a adjudicar los regalos a las señoras consumidoras del Polvo Graseoso Leichner que resultaron triunfantes, de acuerdo con las soluciones enviadas.
Por no haber tiempo para ello, fué imposible publicar en el presente número de CARAS Y CARETAS la nómina de las señoras a quienes correspondieron los obsequios, la cual aparecerá en la próxima edición de esta revista.
Entre tanto nos permitimos recomendar a las señoras consumidoras del Polvo Graseoso Leichner conserven, con un trozo de la estampilla adherido, las fajas-prospectos que acompañan a este excelente producto de belleza facial, porque ellas les darán derecho a participar de nuevos e importantes regalos, que en breve serán instituídos y de los cuales tendrán noticias por medio de las revistas ilustradas que aparecen en esta capital.
MENDEL Y CIA.
BUENOS AIRES. — GUARDIA VIEJA, 4439
MONTEVIDEO. — CERRITO, 673



Emético bienhechor



Por ADELIA DI CARLO



SAMUEL y Germán eran dos hermanitos que pasaban diariamente por un huerto desde cuyos cercos pendían las ramas de numerosos árboles frutales.

Samuel era el mayor no sólo en edad sino también en juicio. Varias veces su hermanito había tratado de trepar por el cercado y tomar algunas frutas, pero siempre él se lo impedía; primero porque no debemos apoderarnos de lo que no es nuestro, y en segundo término porque la fruta aún no estaba en sazón y podía hacerle daño.

Mas un día en que Samuel no pudo acompañar a su hermano, éste volvió a su casa indispuesto y hubo de guardar cama. Se quejaba de un agudo dolor de estómago que fué en aumento con el transcurso de las horas. Su mamá creyó al principio que la dolencia sería pasajera y que cedería con la aplicación de algunos remedios caseros. Convencida luego de la inutilidad de sus esfuerzos llamó al médico. Lo primero que preguntó el facultativo, después de auscultar cuidadosamente al niño, fué:

— ¿Qué ha comido?

— ¿Comido? — respondió la madre. — Yo no recuerdo nada que hubiera podido hacerle daño.

— Sin embargo este niño está fuertemente indigestado — replicó el médico.

Samuel, que escuchaba atento, dijo entonces:

— Mamá, mi hermano debe haber comido fruta del huerto vecino, que yo le había prohibido tomar porque aún está verde.

— Es verdad, hijo mío; eso debe ser. Ya ves qué mal hizo en no hacerte caso.

— Bien decía yo — repuso el médico; — esa fruta que ha comido ha sido tan nociva que a no haberme llamado a tiempo podía costarle la vida.

— Por piedad, doctor, aplique toda su ciencia por salvar a mi hijo — suplicó la madre desesperada.

— No os aflijáis, señora; el niño se restablecerá después de un purgante preparado a propósito y otras medicinas que recetaré.

Con mucha repugnancia el pequeño Germán tomó los remedios, y poco a poco fué mejorando de su indisposición hasta que estuvo completamente curado. El último día que vió al médico, le preguntó:

— ¿Por qué, doctor, las medicinas son amargas por lo general?

— Para demostrar cómo disgusta a nuestro cuerpo las cosas que le damos por simple gula.

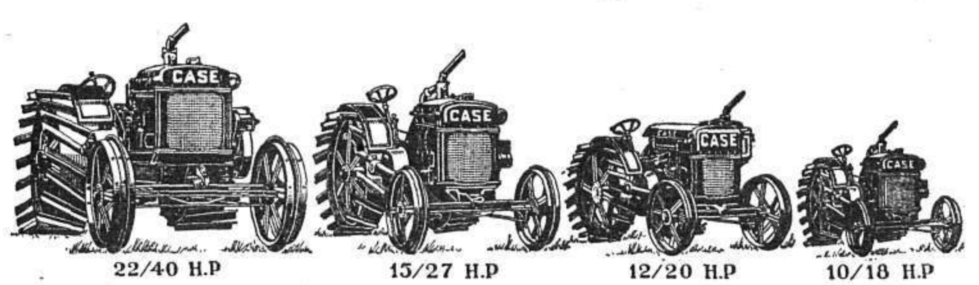
— ¿Y por qué un emético, si hace buen efecto, purga y ocasiona vómitos?

— Porque al obrar eficazmente depura al organismo de todo elemento malsano.

— Así cuando las palabras obran con eficacia limpian el corazón y el espíritu: aquello que la medicina hace al cuerpo la buena palabra lo hace al alma — dijo la madre de Germán mirándole fijamente.

El niño comprendió lo que querían decirle. Hoy que es un hombre lo recuerda y afirma que, desde aquella vez, jamás reincidió en el pecado de la gula.

El Costo de un Tractor que sea el apropiado a sus necesidades, variará según su tamaño.



De los Tractores "CASE" a Kerosene

hay

10/18 HP 12/20 HP CABALLOS FUERZA	**4** TAMAÑOS	15/27 HP 22/40 HP CABALLOS FUERZA

Entre Estos Está el que Vd. Necesita

Ventajas Especiales Ofrecidas por los Tractores "CASE"

LOS Tractores «CASE» se construyen especialmente para fines agrícolas, tanto para la realización de aquellas faenas que requieren empleo de fuerza motriz como para aquellas que exijan tracción. Son eficaces y económicos en el trabajo. Son duraderos y merecen confianza, porque:

1. Tienen motores de 4 cilindros con válvulas en la cabecera.
2. El motor se halla colocado a través del armazón, lo que permite el uso de engranajes rectos.
3. La polea motriz se halla colocada del lado derecho del eje cigüeñal, como el volante de dirección, lo que hace muy fácil la puesta en línea con otra maquinaria.
4. Todos tienen un magneto «Bosch» blindado y no necesitan pilas.
5. Todos los engranajes y demás puntos de contacto se hallan encerrados, estando protegidos contra la tierra y la suciedad.
6. Todos los engranajes o funcionan en un baño de aceite o poseen amplios medios de positiva lubrificación.
7. Todas las partes del Tractor no solamente son del mejor diseño y de materiales insuperables, sino que son también fácilmente reemplazables, y con poco costo, si ello fuera necesario, lo que procura así un máximo de eficiencia en su funcionamiento.
8. La tapa del motor es removible, dando así fácil acceso a los cilindros y a las válvulas. Los forros de los cilindros son removibles.
9. Tienen cojinetes de rodillos en el eje trasero, en la transmisión y en la polea de mando, lo que evita desgastes y suaviza todo el funcionamiento del tractor.
10. Su lavador de aire es a agua, lo que evita que penetren al motor polvo o arena.

Pida nuestro Catálogo General y el Folleto Ilustrado "Testimonios de Agricultores Satisfechos", que le enviaremos gratis y franco de porte. Solicítelos por su N.º 310.



J. I. CASE THRESHING MACHINE Co.

PASEO COLON esquina BELGRANO — Buenos Aires

BAHIA BLANCA ROSARIO MONTEVIDEO PORTO ALEGRE



La condesa de Stenfeld

« La Condesa de Stenfeld « saluda muy atentamente « al señor (y aquí mi res- « petable nombre y ape- « llido) y le quedaría viva- « mente agradecida si tuviera « la amabilidad de pasar por es- « ta su casa, pues tendría que « comunicarle asuntos de suma « importancia y de carácter par- « ticular. — Mar Chiquita, 5367 « — Villa Urquiza, F. C. C. A. ».

¡Alboroté a toda mi familia!

— ¡A ver mi jaquet... pronto! ¡Chica!... Una planchadita por favor a estos pantalones y a la corbata... ¡Eso es!... Muy bien... ¿Y el cuello? ¿Los cuellos? ¡Vamos, ligero! ¿Dónde están los cuellos?

Todo el mundo andaba al trote...

— ¡Va!... ¡Ya va!...

— Un momento.

— Aquí tienes el cuello... ¿Qué más?

— Un poquito de agua tibia para afeitarme... Dejen todo en mi pieza, todo listo. ¿Pañuelos de hilo?... Dos... Uno acá, ¡eso es! El otro para el bolsillo de atrás. Una gotita de perfume... ¡poca cosa! ¡Suficiente!

Una condesa que me manda llamar para comunicarme asuntos de importancia y... particulares, no es cosa que se verifique todos los días...

¡Ya sé!... ¡Sí, señores!... Seremos democráticos todo lo que quieran, pero es indudable que un título de marquesa, condesa, duquesa, nos da, ¿cómo diré?, como una sacudida eléctrica, una extraña tendencia al servilismo.

Para trasladarme a Villa Urquiza lo más conveniente habría sido un coche del F. C. C. A. El viaje en tren resulta más aristocrático, especialmente para el que luce un traje casi de etiqueta. El Lacroze, con esos coches que navegan por los rieles de los suburbios, es indigno del que viste jaquet.

Me apercibí de mi error demasiado tarde, es decir, cuando se sentó a mi lado un obrero muy honrado, pero también muy blanqueado por un par de kilos de yeso y cal íntimamente mezclados.

¡Cómo me sentí conde en ese momento!... ¡Qué de emociones aristocráticas me perturbaron por esa no deseable vecindad; cómo en un santiamén me dí cuenta de la razón de ser de la aristocracia como opuesto necesario a la democracia!

— ¡Mar Chiquita! ¿Dónde quedará Mar Chiquita?...

No podía ser una de las calles centrales, porque el mismo nombre lo decía. Para ser una calle central debía, por lo menos, llamarse San Martín, Belgrano, Mitre o algo por el estilo.

— Tres cuadras así y dos así — me dijo un boticario establecido casi a la entrada del pueblo de Urquiza.

— ¡Muchísimas gracias!

Crucé heroicamente la plaza de Villa Urquiza con el ondulante jaquet en parte protegido por un paraguas en regular estado.

Mar Chiquita merece ese nombre, pues en realidad es una calle que más bien se parece a un cañadón pantanoso.

Entre dos casitas casi nuevas existe, al 5367, un terreno baldío donde la vegetación ha tomado un incremento notable, siendo vigorosa, lozana y heterogénea. Al fondo, a la izquierda, una casucha de madera, derrumbada, deshecha como si el viento, con un poderoso soplo, la hubiese volteado recostándola a una pared divisoria.

Golpeo las manos a la puerta cancel.

Llueve a cántaros y... nadie contesta.

Otra vez repito los aplausos más fuertes e insistentes y por fin, desde adentro de esa especie de barco naufragado, sale una voz que pregunta:

— ¿Quién es?

— ¿Está la condesa?

— ¿Quién?

— La señora condesa...

— ¡Un momento, señor!... Voy a vestirme y vengo en seguida.

La «toilette» de la señora requiere bastante tiempo, y mientras tanto me refugio en el zaguán de la casa de al lado. Me toca contestar diez o doce veces a las preguntas legítimas de los que entran y salen:

— ¿A quién busca el señor?

— A la condesa de al lado, pero... como llueve... si me permiten, aprovecho...

— Está usted en su casa... Si gusta pasar adentro...

— ¡Muchas gracias!... Temo que se me vaya la condesa sin poderle hablar... Aquí estoy bien... ¡Muy bien!

Por fin sale del terreno baldío una figura esquelética interminable, toda de negro. ¿Será ella?

La alcanzo:

— Disculpe, señora... ¿Tengo el honor de hablar con la condesa de Stenfeld?

— ¿Quién es usted, señor?

— Muy justo, señora...

Y le pasé mi tarjeta. La señora sin anteojos no podía descifrar mis generalidades y tuve que ayudarla...

— ¡Ah! ¿Un periodista? ¿Y qué quiere, señor?

— He sido invitado por la condesa de Stenfeld...

La señora enlutada e interminable tuvo una mueca de soberano desprecio:

— ¿Habla usted de esa vieja que he hospedado en mi casa? ¡Me ha dado más dolores de cabeza! Esto pasa cuando se quiere tener consideración a la edad y a la situación precaria de ciertas personas... No vaya usted a creer, porque me ve humildemente vestida, que yo no pertenezco a la mejor sociedad porteña... Ha pasado una ráfaga de desgracias por mi casa y me encuentro como me encuentro, así... Esa mujer me hace pasar malos ratos por su insolencia, me contesta en la forma más grosera, olvidando que comparte conmigo el techo que nos cobija, pobre si usted quiere, pero al fin y al cabo un techo...

— Señora, usted sabrá compadecer los defectos de esa mujer, debidos tal vez a la edad...

— ¿Y si no fuera por mi educación superior piensa usted que resistiría las groserías de esa mujer, que, entre nosotros, es bastante amiga de los hombres también?

— ¿Ah, sí? ¿Y qué edad tiene la señora condesa?

— ¡Qué se yo!... De setenta y cinco a ochenta...

— Hum, hum... ¿Bien... parecida todavía?

— Usted la verá... Comprenderá usted que yo, que cuido mi honra y mi respeto, no puedo permitir que se crea que me vienen a ver a mi las personas que buscan a la señora condesa...

Dijo «señora condesa» con un sarcasmo que daba escalofríos.

— Bueno... Usted, señora, está perfectamente conservada, su cutis se mantiene rosado, fresco... Realmente...

Había cesado de llover y la señora interminable y enlutada, cansada tal vez de este dueto realizado bajo la limitada protección de un paraguas, me convidó a pasar adentro:

— No haga caso, señor, a lo que ve... Estoy sola...

— ¡Señora!...

— No estoy acostumbrada a trabajos pesados, así que dejo que todo vaya como quiere ir... Para mí la vida ya no tiene sonrisas...

— Pero... ¿Y por qué?... Cuando menos usted lo espere puede presentarse la oportunidad de una reacción... Francamente no concibo cómo se atreve usted a quedarse sola, así... en este pequeño desierto...

— ¡Qué quiere!... ¿Por qué no se sienta, señor? La «condesa», como es muy anciana, va a tardar mucho tiempo en ataviarse; así que tendrá que esperar un poquito todavía...

Me alcanzó una silla que fué a buscar en el interior del... barco naufragado y me senté al aire libre entre higueras, yuyos, sapos y orugas.

— ¡Qué bonito sitio para una casita romántica, una casita chiche!...

DE MI DIARIO

Por el doctor

A. VACCARI

La señora interminable suspiró:

— ¿Le parece, señor? Si fuera más joven valdría la pena de levantar aquí un petit hotel... pero... ahora...

En eso salía del barco naufragado un bulto negro, que avanzaba con precaución.

— Ahí está la señora esa...

La condesa de Stenfeld debe tener efectivamente unos setenta y cinco u ochenta primaveras; su vista se ha debilitado grandemente y el labio superior reviste un par de bigotes medio rubios y muy tupidos. Manchones de polvo de talco están como para demostrar que todavía subsiste algo de la antigua coquetería, pero no agregan nada bueno al conjunto de las facciones.

— ¿El señor quería hablarme? Vamos a la lechería... Estaremos solos...

Y los dos tomamos la vereda caminando lentamente rumbo a la calle Nahuel Huapí, al otro lado de la plaza principal de Urquiza, donde está establecida la lechería frecuentada por la condesa.

— Así que el señor ha querido molestarse...

— Ninguna molestia... He aceptado su invitación...

— ¡Qué amable es usted!... Necesito su ayuda.

— Aquí me tiene, condesa...

— «¿Vous parlez français?»

— «Oui, madame»...

— «¿Anche italiano?»

— «Anche italiano».

— Yo hablo alemán, francés, italiano, español, portugués, inglés... Así que cuando lleguemos a la lechería, lo que quiera decir sin que otros entiendan lo diré en italiano o francés.

— Como guste...

— La mía es una historia de novela... Una vez en Moreno, donde tenía mi estancia, intentaron degollarme... Todavía conservo la cicatriz aquí... Vea...

Y la condesa señaló un hoyo profundo en el cuello, como a cuatro dedos más abajo de la mandíbula derecha!..

— Me han dejado en la más vergonzosa miseria, apoderándose de todos mis bienes. Pero mientras viva he de luchar por vencer... Entremos acá... Esta es la lechería que acostumbro frecuentar todos los días...

— Condesa, ¿quisiera permitirme su nombre exacto?

— Ernestina, condesa de Stenfeld de Bastefirtz.

— De Bas... ¿Cómo? ¿Bastefirtz?

— Eso es... Más o menos...

— ¡Cómo más o menos!...

— Sí... Bastefirtz... Soy austriaca de Klagenfort, pero como me casé con un norteamericano, me considero norteamericana.

— ¿Hace muchos años que vino al país?

— Ahora sí que me hace usted una pregunta a la que me resulta difícil contestar. Muchos años...

— ¿Y en qué puedo serle útil, señora?

— Necesito un hombre de dinero que me acompañe a Norte América para ponerme en posesión de una suma crecida, una suma colosal... Naturalmente que tendrá su parte...

— Y... *¿se trata de una herencia?*

— No... Se trata de una indemnización que me pertenece y me ha sido liquidada por reclamo internacional.

— ¿Reclamo internacional?

— Naturalmente... Como he sido despojada de mis bienes, hubo reclamo internacional, y la suma que se me debe liquidar llega a...

Aquí bajó la voz y se me acercó lo que pudo.

— ¡No vaya a decirlo a nadie!

— ¡Qué esperanza!

— ¡A veintiún millones de pesos oro sellado!

Pegué, sin quererlo, un brinco sobre la silla.

— Eso aparte de unos cuatrocientos mil pesos moneda nacional que se me deben y están o deberían estar como depósito judicial a mi nombre, aquí en Buenos Aires...

— ¿No ha podido ver ni un centavo de los 400 mil?

— Ni medio... No me dan nada para que no me pueda trasladar a Norte América y cobrar los 21 millones de pesos oro que me debe el gobierno argentino...

— Vamos por partes, señora... ¿Los 400 mil pesos moneda nacional a qué título están en depósito? ¿De qué provienen?

— Provienen de una venta de hacienda que hice cuando tenía estancia. La hacienda la compraron unos señores Eduardo Costa y Oreste Olazábal...

— ¿Y la pagaron?...

— ¡Cómo no! Si lo que pagaron es precisamente el depósito judicial...

— ¿Y por qué se niegan a entregárselo?

— Porque me han hecho desaparecer el expediente...

No se encuentra el expediente, ¿comprende? Es una picardía combinada por los que frecuentan los tribunales. Abusan de mi edad, de la falta de ayuda eficaz para encarar el asunto y me tienen sufriendo la miseria más espantosa después de haber vivido regiamente los mejores años de mi vida... Ay... si fuera un poquito más joven podría arreglarme dando lecciones de idiomas, pero así... Los 400 mil del depósito judicial, como usted comprende, son una verdadera miseria, ni valdría la pena de ocuparse de tan poca cosa... Lo que me importa son los 21 millones de pesos oro.

— ¡Ya lo creo!...

— ¿Y usted, señor, no se animaría a costear los gastos para un viajecito a Norte América? Sería su fortuna y la mía...

— Casualmente, señora, me encuentro demasiado vinculado por una serie de circunstancias que no sería el caso de repetirle... Puede imaginarse si no la acompañaría con gusto... ¿Total, qué puede costar un viaje a Norte América? Aunque fueran veinte o treinta mil pesos... ¡Una bicoca!... Pero, como repito... no puedo por el momento alejarme de acá... Vamos a ver... ¿Dentro de dos o tres años no le sería lo mismo?...

— ¡Imposible! Cómo voy a esperar tanto... ¡Y bueno, paciencia!...

— ¡Lo siento en el alma!...

— ¡No importa, amigo mío!... ¡No importa!... Voy a ver de solicitar entonces la entrega del depósito judicial... Haré por la milésima vez este paso... ¡He gastado más en papel sellado!... A propósito, ¿no le molestaría adelantarme algo para papel sellado? No quisiera volver a mi casa para buscar la cartera...

— ¡Cómo no, señora! Aquí tiene para el papel sellado...

— ¿Y adonde va usted ahora?

— Al centro... A Buenos Aires...

— ¿Le molesta si lo acompaño?

— ¡Al contrario!... Pero... pero vea que primero tendré que quedarme en Belgrano para ver a un amigo, luego pasar a Colegiales...

— *¿En fin, no me quiere?*

— No diga eso...

— Prométame por lo menos encontrar quien me acompañe a Norte América...

— Señora... Le prometo que dentro de un par de días tendrá usted una persona que vendrá a tratar con usted sobre el asunto...

— ¿De veras?

— ¡De veras!

La condesa dibujó una sonrisa seductora y me tiró un beso, colocándolo sobre el hueco de la mano izquierda y soplándolo luego para que llegara a destino.

— ¡Simpático!

A la vuelta de Urquiza tomé el tren y me pareció un tren tortuga.



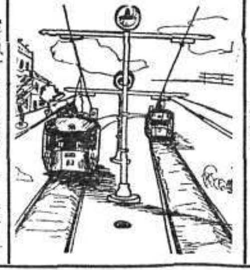
CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



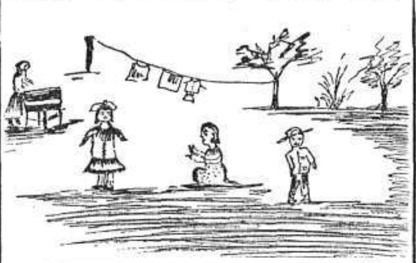
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



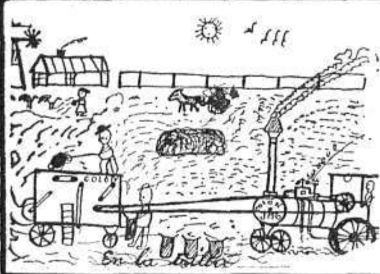
1362 — El Ku-Klux-Klan.
GERMÁN AYERBE.



1363 — La avenida Pellegrini.
AMELIA MADRID.

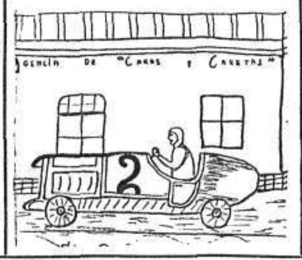


1364 — Jugando a las estatuas mientras Fany lava.
LETICIA RAMÍREZ.

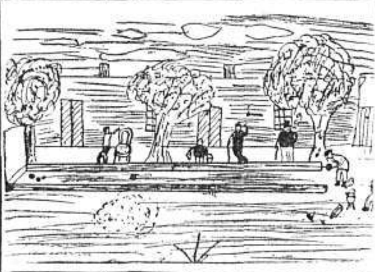




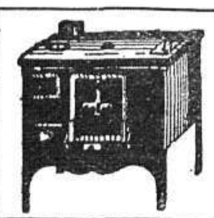
1365 — En la trilla.
JOSÉ ANDRÉS GASTAMBIDE.



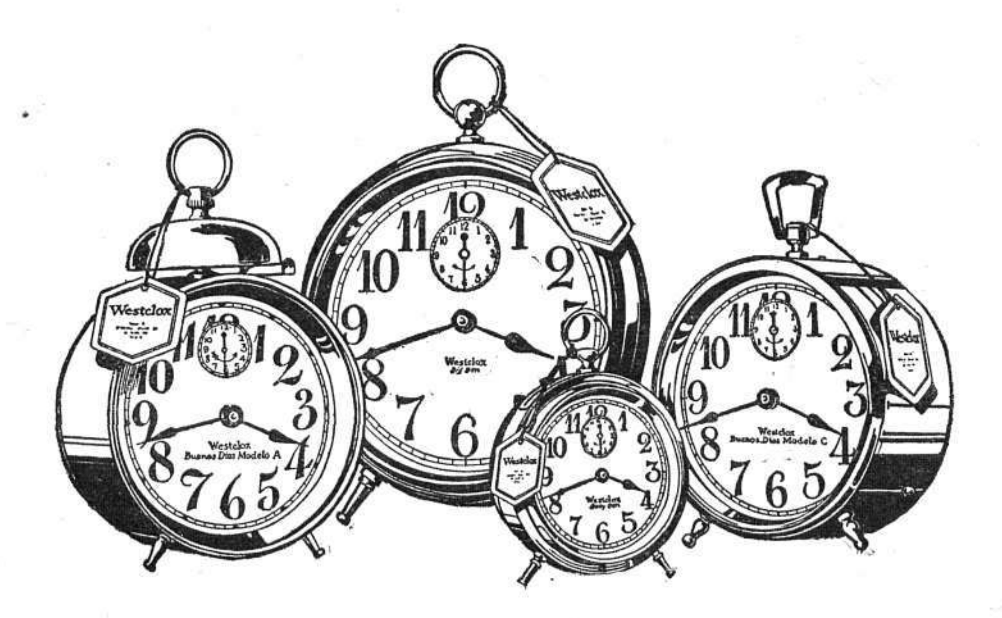
1366 — Corriendo una carrera.
CARLOS SCREMIN.



1367 — Jugando a la bocha.
ARNALDO A. PRINA.



Westclox



Un Nombre de mucha Significación

Todos los despertadores lucen de buenos relojes en el almacen, del mismo modo que todos los huevos en la cáscara parecen buenos.

Más fácil es seleccionar un despertador con la seguridad de lograr uno que prestará servicio satisfactorio que lo es escoger un huevo fresco.

Para hallar un buen despertador búsquese la marca Westclox en la esfera y etiqueta; el fabricante es orgulloso de su obra y con orgullo le pone su nombre encima para que Ud. y sus amigos busquen la marca Westclox en los despertadores que compren. Pida Westclox a su relojero.

WESTERN CLOCK CO., LA SALLE, ILLINOIS, E. U. A.

Fabricantes de *Westclox*: Big Ben, Baby Ben, Pocket Ben, Glo-Ben, Jack o'Lantern, Buenos Dias (Modelos A, B, C, y D), El Vigia.

EFEMERIDES HISTORICAS

23 de marzo de 1811.— Movimiento en favor de los españoles expulsados

Decía el oficio que el Excmo. Ayuntamiento pasó a la Excma. Junta de Gobierno, iniciando una hermosa campaña de confraternidad hispanoargentina:

«Excmo. Señor: El Ayuntamiento del generoso pueblo de Buenos Aires no puede ser espectador indiferente de la desolación y desconsuelo en que fluctúan los españoles europeos de estado soltero residentes en el país por la intimidación que se les ha hecho de salir de esta capital dentro del término de tres días, que se cumplen el de mañana. Pero al mismo tiempo que sensibilizado con su infortunio trata de interponerse con la autoridad de V. E. para que se les alce el confinamiento, ha dedicado todo su conato a diligenciar que esta oficiosidad indulgente sea fructuosa en favor del sistema, en que tan gloriosamente nos vemos empeñados. En concepto del Cabildo la dificultad consiste en encontrar un medio conciliatorio, que consultando la seguridad del público y el progreso de nuestra justa causa, evite al mismo tiempo los irreparables perjuicios que deben irrogarse a los expatriados y al pueblo en general a quien son provechosos con su industria y laboriosidad constante. El descubrimiento de semejante medida ha sido de sus resultas el objeto de los desvelos del cuerpo desde que se publicó la providencia gubernativa de aquel extrañamiento; y se engaña mucho la municipalidad si es que no la ha encontrado en el arbitrio que va a proponer a V. E.

«Todos los españoles europeos comprendidos en la resolución, y los exceptuados de ella por providencias posteriores, deberían prestar un juramento solemne ante esta corporación de obedecer religiosamente en cualesquiera tiempo todas las órdenes y disposiciones emanadas de esa superioridad; y de que, lejos de atentar directa ni indirectamente contra nuestro sistema actual, contribuirán a su consolidación por todos los medios que estén a sus alcances, hasta el extremo de tomar las armas en defensa de la patria, o lo que es lo mismo, de nuestra causa, siempre que lo determine ese superior gobierno. Este comprometimiento necesariamente debería ser afianzado con sus personas y bienes, y el sufragio o garantía de un hijo del país de conocido patriotismo; y todo el que se retrajese de la dación de aquel juramento habrá de ser exulado inmediatamente, aun cuando ya hubiese presentado fiadores en abono de su conducta.

«¡Cuánto no debe fructificar, Sr. Excmo., en pro del sistema un paso semejante! Si los europeos se deniegan a jurar, queda justificada de un modo públicamente auténtico la determinación de V. E., no precisamente para con este pueblo, que es buen testigo de la rectitud que distingue las resoluciones de esa Excma. Junta, sino también con respecto a todas las provincias y naciones a donde llegue la noticia de esta ocurrencia. Los hechos se desfiguran a las distancias, y es un deber político de todo gobierno, y más si es naciente, vincular su estabilidad a la sabiduría y justicia de sus providencias, acreditándolas a la faz de los imperios.

«Si asienten al juramento, les hemos estrechado con esta liga sagrada a la defensa de nuestra causa, y tanto más se decidirán por ella cuanto sea mayor la sensibilidad que los hijos del país hayan manifestado en sus aflicciones. Con efecto, Sr. Excmo., no habrá uno que prestado aquel juramento no encuentre quien le fíe, cuando sin aquella calidad se han presentado innumerables garantes. Esta será otra prueba de nuestra generosidad, y quizá se les ganará con este beneficio. Ellos deben ser el símbolo de la ingratitud si no se muestran sensibles a nuestra beneficencia. Por ello es muy precisa la fianza, y casi tan necesaria como el juramento.

«El Ayuntamiento no comprende en estas condiciones a los oficiales de los cuerpos de la guarnición, porque con ellos habrá adoptado V. E. las medidas que le haya dictado su discernimiento.

«Si el pensamiento mereciese la superior aprobación de V. E. se servirá publicarlo por bando, y prescribir la forma, día y orden en que hayan de concurrir a esta sala consistorial los individuos de que se trata.

«El interés que se forma el Cabildo de contribuir por cuantos medios estén en la esfera de su posibilidad al logro de las justas intenciones de V. E. y consolidación de la grande obra de nuestra regeneración política, le ha decidido a esa gestión. V. E. graduará su mérito por los deseos del cuerpo en coadyuvar a esa Excma Junta a todo lo que tiene tendencia a la felicidad de la patria.

«Dios guarde a V. E. muchos años. — Sala capitular de Buenos Aires, marzo 23 de 1811.»

He aquí la contestación de la Excma. Junta:

«Faltan voces al lenguaje para dar el valor correspondiente a la expresión del aprecio y sentimiento de ternura que ha excitado el digno objeto de la mediación de V. E. Todo el rigor y severidad de la violenta medida, que arrancó al gobierno la necesidad de una precaución inevitable, repliega gustosa al poderoso estímulo de la dulce conciliación que se promueve. ¡Feliz rivalidad! si rediméndonos de los males y disgustos que ha causado su energía, contribuyese con igual eficacia a sensibilizar el placer consiguiente a los importantes bienes que debe producirnos la cordialidad íntima. Resigna el gobierno este empeño en los arbitrios que empleará el celo, y prudencia de V. E. para establecer y consolidar esta unión apreciable, cuyo logro exigirá un monumento eterno a la patria y un trofeo a la filosofía. Entretanto reposando sobre la agradable imagen de este hermoso cuadro, de la mortificante fatiga a que nos redujo el contraste de los derechos de la salud pública en conflicto con nuestra sensibilidad, damos un nuevo empleo a nuestras fuerzas contraídos a trabajar en aumentar los medios de la común felicidad. — Buenos Aires, 24 de marzo de 1811.»

La Sociedad Patriótica también se dirigió a la Junta con la siguiente nota:

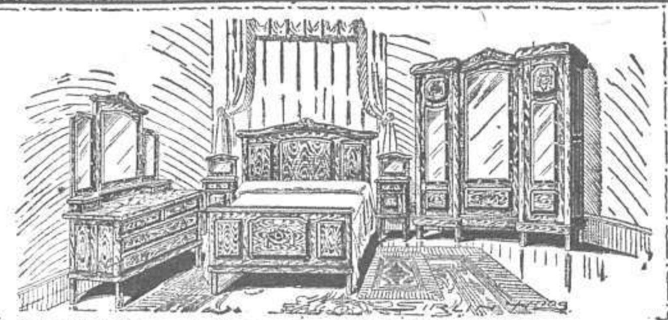
«Excmo. Señor: Los ciudadanos de Buenos Aires que abajo suscribimos ante V. E. con el más alto respeto decimos: Que tocados de los sentimientos que inspiran las desgracias, no hemos podido menos que sentir en nuestro espíritu una moción favorable con respecto a nuestros hermanos los españoles europeos, a quienes queremos dar la última prueba de los sinceros deseos de reconciliación, concordia y amistad interponiendo para con V. E. nuestra súplica para que no habiendo inconveniente que pueda estar a nuestros alcances se sirva V. E. suspender la orden de extrañamiento intimidada a los españoles europeos solteros; no dudamos de que será agradable a V. E. esta demostración de la generosidad de nuestros sentimientos, y de la disposición en que nos hallamos de hacer los últimos sacrificios por la paz y la unión porque tanto suspiramos. En esta virtud, a V. E. suplicamos se sirva, accediendo a nuestra solicitud, determinar según el superior arbitrio de V. E.»

Y la Junta decretó:

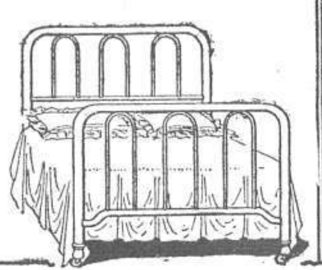
«Buenos Aires, 23 de marzo de 1811. — Penetrado el gobierno de los mismos nobles sentimientos del pueblo de Buenos Ayres, ¿cómo podría dejar de prestarse con la mayor satisfacción a tan generosa súplica? Concedida. — *Cornelio de Saavedra, Miguel de Azcuénaga, Nicolás Rodríguez Peña, Domingo Mateu, Juan Larrea, Dr. Gregorio Funes, Dr. José García de Cossio, José Antonio Olmos, Dr. Manuel Felipe de Molina, Manuel Ignacio Molina, Francisco de Gurruchaga, Dr. Juan Ignacio de Gorriti, Dr. José Julián Pérez, Marcelino Poblet, José Ignacio Maradona, Francisco Antonio Ortiz de Ocampo.* — *Dr. Juan José Passo*, Secretario. —*Hipólito Vieytes*, Secretario.»



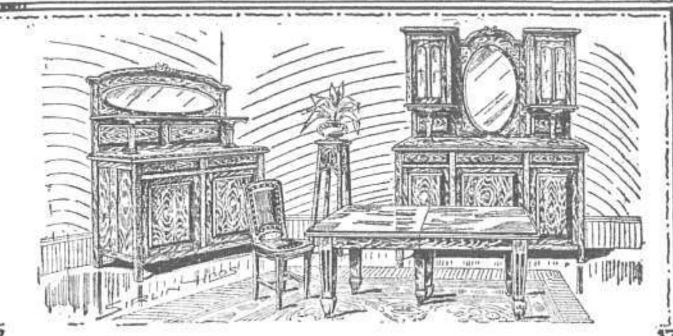
Corrientes
1172-80
Bs AIRES



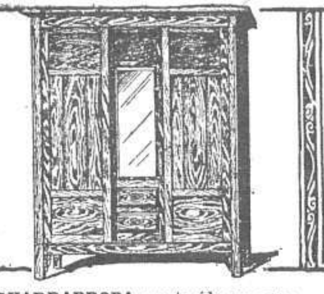
DORMITORIO construído en roble norteamericano, cuerpo entrante, amplio formato, tres cuerpos, aplicaciones y herrajes de bronce cincelados, lunas Saint Gobain biseladas, mármoles color seleccionado. Compuesto de 1 ropero, 1 toilette cómoda, 1 cama matrimonial con elástico reforzado, 2 mesas de luz con espejos. El juego, **$500.**—El mismo juego con ropero de 1 luna, igual tamaño, $ **450.-**



CAMA de hierro esmaltada en blanco, con elástico imperial, reforzado a doble tejido, todo en hierro, 2 plazas, $ 45; de $1\frac{1}{2}$ plaza, pesos 35, y de 1 plaza $ **25.-**



JUEGO COMEDOR gran formato, construído en roble macizo norteamericano, lunas y cristales biselados, mármoles de color, aplicaciones y herrajes de bronce. Compuesto de 1 aparador, 1 trinchante, 6 sillas tapizadas en cuero búfalo, 1 mesa con tabla de repuesto y 2 columnas. El juego completo.............. $ **430.-**

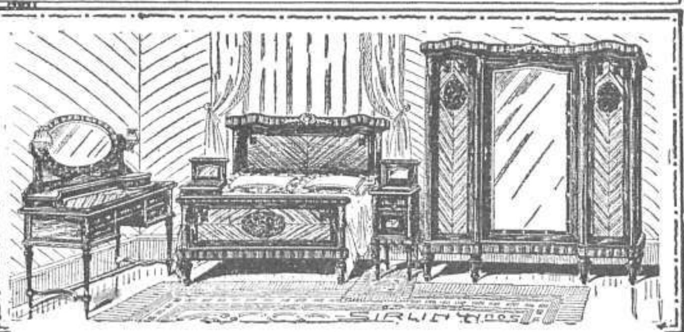


GUARDARROPA construído en nogalina maciza, imitación roble, lustre y acabado perfecto, puertas corredizas sobre rieles, lunas biseladas, herrajes de bronce; medidas: alto 215 ctms.; ancho 143 ctms. Precio de **GRAN RECLAME**....... $ **75.-**
El mismo con 2 caj. y luna grande $ **85.-**

Liquidación de Heladeras norte-americanas desde **$ 75**

Liquidación de juegos de mimbre desde **$ 34 y $ 40**

Liquidación de camas de bronce desde **$ 65**

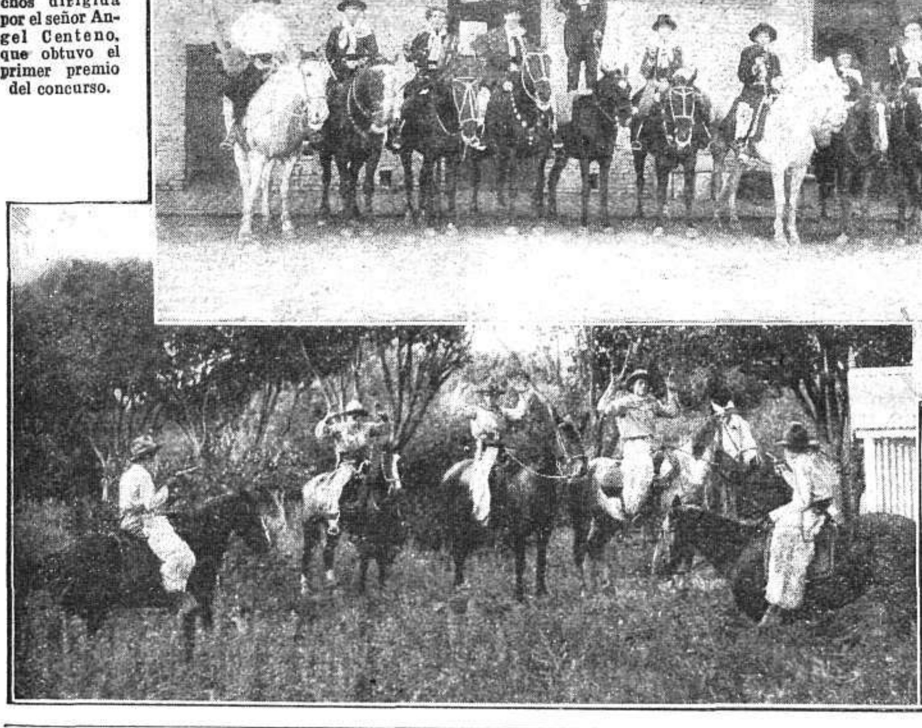


JUEGO DORMITORIO, en cedro, caoba o roble, decorado con marquetería y filete de palo de rosa, lunas biseladas, herrajes y aplicaciones de bronce. Compuesto de 1 ropero 3 cuerpos, 1 toilette con brazos para luz, 2 mesas de noche, cama matrimonial con elástico patentado y 2 sillitas........................... $ **600.-**

Catálogo general de muebles edición Nº 8 | Catálogo Heladeras edición Nº 1 | Catálogo camas de bronce edición Nº 2

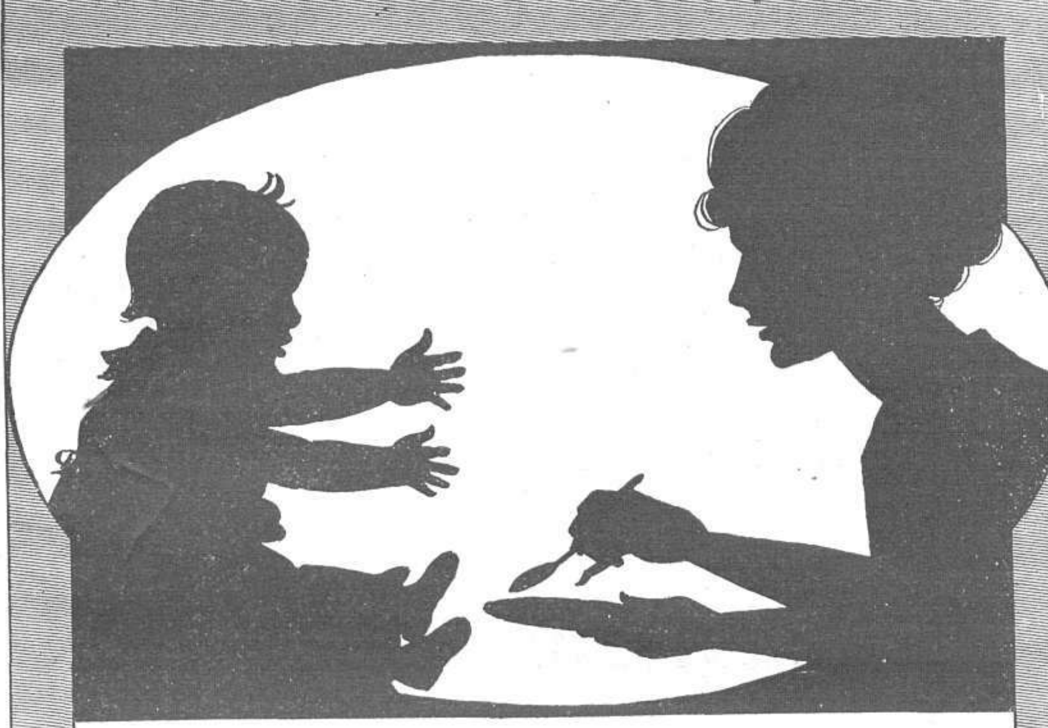
Solicite catálogo exclusivo del renglon que le puede interesar

De Carlos Casares y Lincoln



CARLOS CASARES.—Comparsa de gauchos dirigida por el señor Angel Centeno, que obtuvo el primer premio del concurso.

LINCOLN. — Los jóvenes Siri, Carignano, Pérez y Picado, disfrazados de "cow-boys".



"Germinase"

(El alimento que contiene TODAS las Vitaminas de los Cereales.)

En los hogares donde haya niños



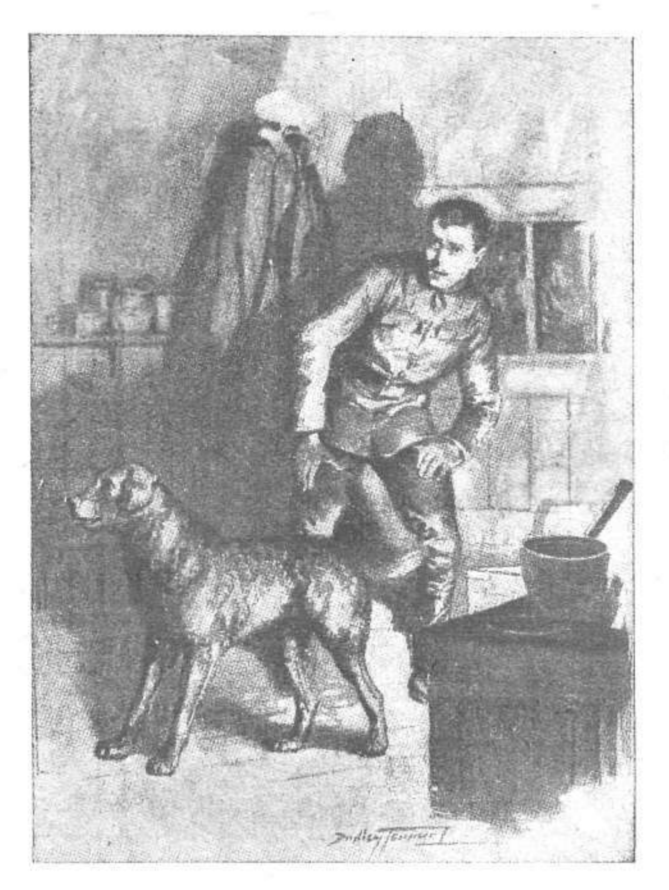
— sobre todo niños delicados de salud — y se sospeche de la calidad de la leche de vaca, recúrrase a la *"Germinase"*.

Está plenamente demostrado que este popular y apreciado alimento mejora notablemente las condiciones higiénicas y de digestibilidad de la leche de vaca, y aumenta el valor nutritivo de ella al par que ejerce una poderosa y racional acción estimulante y antiséptica sobre los órganos digestivos de los niños.

En ningún hogar donde haya niños, especialmente niños delicados, debe faltar un tarro de ***"Germinase"***; es ésta una medida de alta previsión que evitará, seguramente, grandes males.

Se vende en las Farmacias y Casas de Alimentación.

El visitante nocturno



Durante mis diez años de servicio en la Policía Montada del Noroeste de Canadá me encontré en muchas aventuras extraordinarias, pero creo que el episodio que voy a referir perdurará en mi mente como el más emocionante de todos.

El 22 de enero de 1920 me hallaba estacionado al norte de Laskat, cerca de los grandes lagos de Quill; el puesto más cercano quedaba en el lago Foam, como a treinta millas de allí. En la noche en cuestión soplaba furiosa tormenta de nieve del nordeste, con una temperatura de treinta grados bajo cero. El viento bramaba en la forma más espantosa alrededor de mi rancho, el cual estaba construído con troncos a la usanza canadiense. En el centro de la única habitación, que servía de comedor y dormitorio, ardía una estufa-cocina hasta enrojecer, y casi encima de ella estaba yo acurrucado en mi manta de pieles, pues, pasando un radio de cuatro pies de la estufa, hacía tanto frío como a la intemperie.

Creo que serían como las diez de la noche. Había pasado una hora tratando de leer las etiquetas de las cajas que contenían mis provisiones al débil resplandor de la estufa cuando apenas podía distinguir las estanterías de la pared opuesta del rancho.

Detrás de la estufa, sobre una cama de bolsas, descansaba mi único compañero, Soot, un perro de pelo negro y encaracolado. De pronto Soot me llamó la atención, pues se levantó, se acercó a la puerta con el cuello erizado, mientras de su garganta brotaba un gruñido poco amigable.

Escuché atentamente por algún tiempo, pero nada pude oir excepto el ruido del viento y el lejano aullido de algún lobo. Yo sabía que ninguno de aquellos familiares ruidos había ocasionado aquel gruñido del perro. Con el maravilloso instinto que el animal posee, evidentemente había sentido algo que el oído humano no podía alcanzar.

— ¡Un visitante nocturno! — me dije yo mismo. — Tal vez sea el viejo Donovan que viene a quejarse otra vez de que alguien le está matando las gallinas, o que alguno de sus peones le ha amenazado. Pero se me ocurrió entonces que no sería razonable que Donovan se hubiera aventurado en una noche como aquella, así que me puse mis mocasines, abrí la puerta, y con Soot a mis talones empecé a luchar con la tormenta hasta llegar al establo donde había dejado mi caballo. Apoyándome en la pared para recuperar el aliento, escuché atentamente y grité varias veces contra el viento, pero sin obtener respuesta. Después de esperar unos minutos decidí volverme al rancho; ya empezaba a sentir la angustia del intenso frío por haber salido sin mis pieles. El perro ya me había dejado.

Después de haberme tambaleado por unos sesenta metros, como yo creí, en dirección del rancho, hundiéndome frecuentemente en la blanda nieve, de la que salía a costa de grandes trabajos, llegué a la conclusión de que, o el rancho había sido completamente cubierto por una avalancha de nieve, o, lo más probable, que yo me había desviado hacia la derecha y pasado a pocos metros de él en la obscuridad. Volviéndome hacia la izquierda en ángulo recto con la dirección que había llevado, continué luchando para encontrar mi albergue. Después de arrastrarme por unos cincuenta metros sin apercibir la menor señal, la situación empezó a ponerse seria. Inadecuadamente vestido como estaba para una noche de tal frío, era evidente que, a no ser que encontrara pronto el rancho, me helaría. Ya empezaba a sentir la paralización de mis dedos y agudos dolores en la nariz, aunque con frecuencia me aplicaba en ella puñados de nieve.

De pronto se me ocurrió una idea y me maldije a mí mismo por no haberlo pensado antes. Volviéndome en la dirección que había seguido, apliqué dos dedos a los labios y dí un largo y penetrante silbido, al cual jamás había dejado de acudir el perro. Una y otra vez repetí aquella llamada sin resultado, pero por fin sentí con satisfacción un cuerpo refregándose en mis piernas. Agachándome palmoteé la cabeza del perro, y después, tomándolo por el collar, le grité. — ¡A casa, viejo, vamos a casa!

Obedeció al instante, luchando con la nieve. Cada copo que me golpeaba la cara me hacía el efecto del latigazo de una lonja de cuero crudo. Debimos habernos arrastrado así por unos cinco minutos, lo que me pareció como cinco horas, cuando Soot se detuvo de repente. Dí un paso hacia adelante y sentí que mi pie tocaba un objeto blando; antes de darme cuenta de lo que sucedía me sentí agarrado por las piernas y caí con la cara contra la nieve. Al instante, antes de que yo pudiera reponerme, me encontré bajo un pesado cuerpo que con un grito salvaje, algo así como el gruñido de una fiera, sepultó sus dientes en mi cuello bajo la mandíbula.

Volviéndome de espaldas y con un esfuerzo supremo, pude echar mano a la garganta de mi asaltante e intenté estrangularlo. Juntos rodamos por la nieve dando vueltas y más vueltas. Primero estaba yo encima, después él, pues ya no dudaba de la naturaleza de mi contrario. Afortunadamente para mí, conseguí aferrarme a su garganta, pues el desconocido debía ser un hombre de gigantesco físico. Sus dientes se clavaban en mi cuello con tenacidad una y otra vez, tratando vanamente de morderme la vena yugular. Recuerdo distintamente haber sentido la sangre caliente corriendo por mi cuello y pecho, mientras sus brazos oprimían mi cuerpo hasta que parecía que las costillas estaban rotas.

Cual si hubiéramos luchado un par de horas, la lucha debió durar en realidad unos pocos minutos. Comprendiendo que la fuerza me abandonaba hice un desesperado movimiento consiguiendo libertar mi brazo derecho. Entonces, reuniendo el vigor que me quedaba, le apliqué un puñetazo bajo la oreja, lo que sabía ser un golpe efectivo en tales casos. Grande fué mi alivio al sentir su cuerpo estremecerse y ceder. Tan pronto me vi libre de él, me desaté las correas de mis mocasines y le aseguré las manos y pies. El rancho estaba a pocos metros de allí, la nieve había cesado de caer pero el viento parecía soplar con renovada furia. Saqué las esposas del clavo donde colgaban detrás de la puerta y volví hacia mi prisionero, pero yo estaba tan débil a causa de la pérdida de sangre, que encontré gran dificultad en llegar hasta él y colocárselas.

La primera dificultad que se me presentó fué llevarlo hasta el rancho, y después de vanos esfuerzos encontré que la única forma de poderlo hacer era arrastrándome y tirando de él. A cada momento tenía que detenerme, pues mi prisionero había vuelto en sí y pateaba y se retorcía tanto que retrasaba el moverlo. Sin embargo, después de lo que me pareció una eternidad, conseguí arrastrarlo y meterlo dentro de la jaula de hierro de que están dotados todos los puestos avanzados de la policía. Traté de cerrar la puerta, pero todo a mi alrededor empezó a girar y no recuerdo lo que sucedió después.

Cuando recobré el conocimiento sentía agudos dolores en mis piernas y brazos, y mi cuello me parecía ser tan grande como un tonel. Al abrir mis ojos quedé cegado por unos segundos, hasta que un reflejo rojo atrajo mi atención. Perezosamente pensé en lo que podía ser; después se despejó mi mente y recordé cuanto acababa de suceder.

Había empujado al loco adentro de la jaula, pero sin tener fuerza suficiente para cerrarla. La luz roja que vi era el fondo de la estufa. Haciendo un esfuerzo traté de incorporarme, pero el dolor en mis piernas era tan agudo que de nuevo volví caer, dejando escapar una exclamación de agonía.

Tan pronto el sonido salió de mis labios sentí junto a mí, lo que perdurará en mi memoria hasta el día de mi muerte, la más infernal y horripilante risotada que había oído en mi vida. Pareció salir de cerca, apenas a tres pasos de mí. Comprendiendo que el lunático estaba afuera de la jaula y aparentemente buscándome, resolví cambiar de posición. Tan silencioso como pude me arrastré de rodillas y codos, separándome lo más lejos posible del lugar de donde parecía haber salido la risa.

De pronto me detuve, escuchando atentamente. Podía oir el ruido de una agitada respiración y un cuerpo arrastrándose por el suelo en mi dirección.

Cruzaron por mi mente rápidos [pe]nsamientos como relámpagos. Al instante deseché la idea de luchar con el loco, pues comprendí que no sólo mis brazos estaban helados hasta los codos, sino que mis piernas me eran también inservibles y no podía entregarme indefenso en sus manos. Cuando estaba ideando mi próximo movimiento me llegó una ayuda del más inesperado rincón. Sentí un ruido de arañazos en la puerta, detrás del loco, lo que evidentemente él también oyó, pues su arrastrarse cesó. De nuevo empezaron los arañazos, y su significado casi me hizo gritar y descubrir mi posición. ¡Era mi leal Soot pidiendo que lo dejaran entrar!

Afortunadamente el loco confundió la causa del ruido; creyendo que era yo y que evidentemente había equivocado la dirección, se alejó de mí acercándose a la puerta.

Aquella pesadilla continuó por horas. Algunas veces el lunático pasó tan cerca de mí que temí oyera mi respiración. La estufa ya se había apagado y el frío era tan intenso que la paralización iba avanzando en mi cuerpo con mortífero efecto; afortunadamente el interés del loco en encontrarme se hacía menos intenso por momentos. Lo más particular de aquella situación era que el loco no hizo el menor ruido aparte de la primera risotada. Lo último que recuerdo fué haberme arrastrado desesperadamente hasta mi colchón; después perdí el conocimiento.

Al abrir los ojos me encontré con la familiar cara del sargento P..., quien agachado sobre mí trataba de hacerme tragar un poco de whisky.

Pasó cierto tiempo antes de que yo pudiera enterarme de los detalles y la razón de mi aventura nocturna.

Parece que un peligroso loco llamado Ostapowich se había escapado del Asilo Battleford y hacía un mes que andaba merodeando por los campos. En la mañana del 22 de enero un hombre respondiendo a la descripción de Ostapowich había sido visto por una cuadrilla del ferrocarril en el lago Foam, dirigiéndose a pie hacia el norte. El sargento P... y un agente que viajaban en uno de los trenes fueron informados, e inmediatamente bajaron del tren, alquilaron caballos y un trineo y salieron en la dirección que el fugitivo había tomado. No tardaron mucho en encontrar el rastro, pero volvieron a perderlo a la tarde, cuando se levantó la tormenta. P... inmediatamente se encaminó a mi puesto, llegando a las dos y media de la mañana. Como no recibió contestación a la llamada, abrió la puerta y encendió un fósforo. Vió la lámpara sobre la mesa, la encendió, y procedió a inspeccionar el interior. Me dijo después que lo que viera le causó el sobresalto más grande de su vida.

Yo estaba tendido en mi colchón con la cara contra la almohada, y el lunático estaba acuclillado a mi lado, con los ojos fijos con fantástica expresión en sus manos que sujetaban una de mis mantas. Al examinarlo comprendieron que estaba muerto. A mí, como ya he dicho, me hicieron recobrar el sentido a fuerza de whisky.

Para mí fué una gran suerte que muriera en aquella forma; caso contrario esta historia nunca hubiera sido escrita.

El perro fué quien realmente descubrió al lunático, pues mientras yo buscaba en el establo él lo encontró perdido en la nieve, y cuando volvió a mí, en vez de llevarme al rancho me condujo al lugar donde estaba Ostapowich.

Pasaron varios meses antes de que yo dejara el hospital de Regina, y no volví a tomar mi puesto en el destacamento. Me dieron lo que se llama «easy job», o sea servicios internos del cuartel, pues un hombre a quien le faltan seis dedos de los pies y casi todos los de las manos no puede ser de mucha utilidad afuera.

EX POLICÍA
DUNCAN

De Hernando



Parte de la concurrencia que asistió al baile de disfraz y fantasía celebrado en el teatro Colón bajo los auspicios del cuadro filodramático "Hernando".

LA PUERTA DEL PARAÍSO

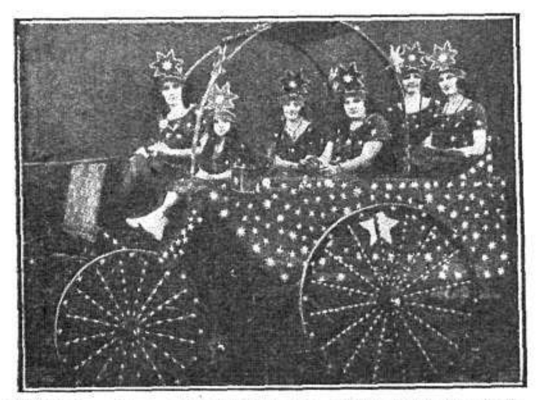
Un oficial, hombre de bien, llamado Mentresor, estaba enfermo. Creyendo el sacerdote que le asistía que aquello era la última enfermedad, le aconsejó que se reconciliase con el cielo para poder entrar en el Paraíso. — Eso no me desazona mucho — dijo Montresor — pues la noche pasada he tenido una visión que me ha tranquilizado completamente. — ¿Y qué visión ha tenido usted? — le preguntó el buen sacerdote. — Me hallaba — le respondió el enfermo — a la puerta del Paraíso con una muchedumbre de gentes que querían entrar en él. San Pedro preguntaba a cada uno de qué religión era. El uno respondió: — Yo soy católico romano. — Muy bien — dijo San Pedro — entrad y colocaos allí entre los católicos. Otro dijo que era de la Iglesia anglicana. —¡En hora buena! —le contestó el santo. — Entrad y poneos allá con los anglicanos. Otro dijo que era kuákero. — Entrad dijo San Pedro — y situaos entre los kuákeros. En fin, llegó mi vez y me preguntó como a los otros de qué religión era. — ¡Ay de mí! — le respondí; — desgraciadamente el pobre Jaime Montresor no tiene ninguna. — Lástima es — dijo el santo, — porque en verdad no sé donde os he de meter; pero entrad y colocaos donde pudiereis.

BENJAMÍN FRANKLIN.

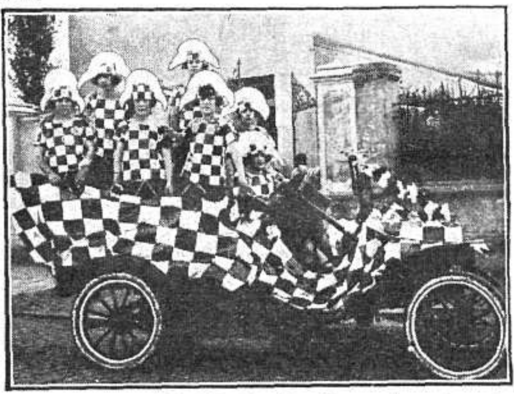
De 9 de Julio y Tandil



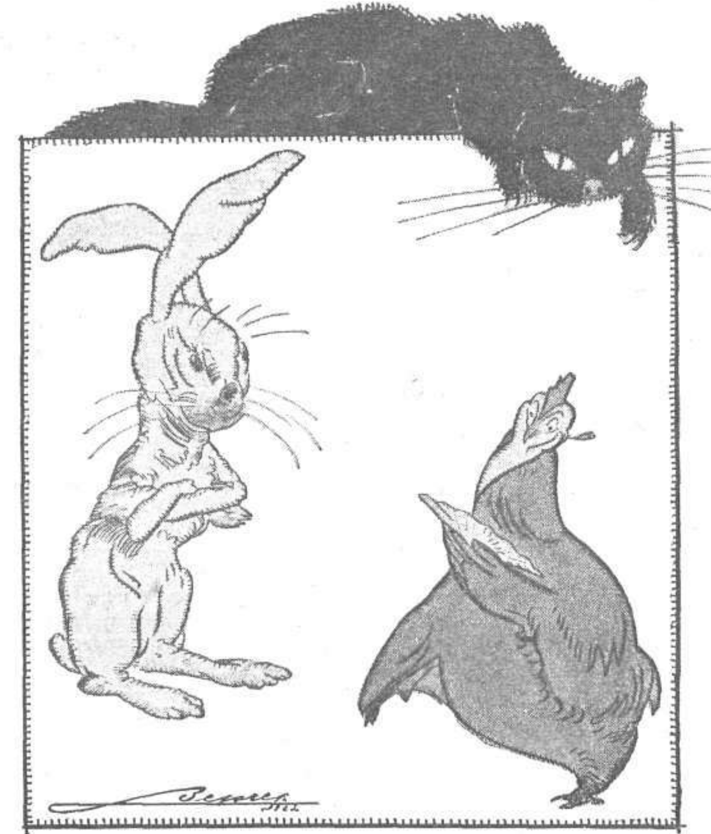
9 de JULIO. — Palco oficial que llamó mucho la atención por su artística presentación. Conocidas familias lo ocuparon durante las fiestas de Carnaval.



TANDIL. — Carroza "La Noche", que octuvo el primer premio del concurso y que fué adornada y guiada por las señoritas Zanupatti y de Carchiocchi.



TANDIL. — Automóvil "Blanco y Negro", ocupado por las señoritas de Cortina y Lützelsehval y por la señora de Sachetti, que también octuvo un premio.



LA TRAGEDIA DEL CORRAL

Boceto de comedia para el teatro de los niños

PERSONAJES:

LA GALLINA ENAMORADA. LA CONEJA REFLEXIVA.
EL GATO ICONOCLASTA.

★

La farsa se desenvuelve una mañana abrileña, en un corralillo que el lector idealizará para mejor efecto de la fábula. La señora Coneja, envuelta en pieles grises para conjurar el fresco del amanecer, charla afectuosamente con la señora Gallina, que se atavía lindamente con plumas de colores.

LA GALLINA. — Mi señora Coneja credme; no hay como el amor imposible para trastornarnos.

LA CONEJA. — Decídmelo a mí; apenas duermo desde que sé que nuestro amo ha comprado unas coles magníficas para su mesa.

LA GALLINA. — *Suspirando.* Callad y no misfitiquéis... Vuestro amor es puramente material; mientras que en el mío... entra también el espíritu.

LA CONEJA. — Así es vuestra pena mayor: quien mucho ama, mucho sufre.

LA GALLINA. — *Recordando la figura de su amado, el Gato del jardín vecino.* ¡Ay!

Pausa prolongada; silencio prudencial.

LA CONEJA. — ¿Y cómo ha sido enamoraros tan perdidamente de Micifuz?

LA GALLINA. — ¡He ahí lo que yo no sé! ¡Misterios del alma femenina!... A lo mejor, nos pasamos la juventud prescindiendo del corazón para que reine la cabeza, y a la vejez hacemos el ridículo, enamorándonos sinceramente.

LA CONEJA. — Por eso es peligroso amar en tales condiciones.

LA GALLINA. — Es que en amor atrae lo peligroso.

LA CONEJA. — Una clueca de vuestra edad, ¡enamorada como una pollita de su enemigo más encarnizado!... ¡Amor de paradoja!

LA GALLINA. — Quizás sea por eso por lo que le adoro. Antes vivía indiferente, no haciendo al señor Gallo sino el caso debido; pero ahora...

LA CONEJA. — ¿Habéis prescindido de poner huevos?

LA GALLINA. — ¡Eso nunca!... Es mi sino. Pero mi alma padece por la hermosura de mi amado.

LA CONEJA. — Veo que sois bien práctica. Dais el cuerpo al señor Gallo y el alma a Micifuz.

LA GALLINA. — Yo bien quisiera dárselo todo al señor Gato; ¡pero no sé qué pensaría él!...

LA CONEJA. — No se lo propongáis. Vuestro platonismo acabaría en tragedia.

LA GALLINA. — Demasiado lo comprendo. Estoy tan gorda y reluciente que es muy posible no me dejase terminar mi declaración.

LA CONEJA. — Advertidle que estáis con pepita.

LA GALLINA. — ¡Jamás! Me despreciaría. *Resignada.* Prefiero que me coma: así no saldré nunca de su cuerpo.

LA CONEJA. — *Después de reflexionar.* ¡Oh, querida; no os forjéis ilusiones!...

Un vientecillo sutil acaricia el rosado hociquito de la señora Coneja. Esta, al arroparse, descubre imprudentemente los seis botones de rosa de su blanca pechuga. La señora Gallina se limpia el pico con la patita izquierda, sacudiendo la cresta muy coquetonamente. Por un momento la señora Gallina se olvida de sí misma para pensar en Micifuz. El «terrible» es negro como la noche y ostenta unos audaces bigote donjuanescos; pero tras sus verdes pupilas fulgura continuamente el ansia de regalarse el hocico. La señora Gallina, sumergida en visiones voluptuosas que la hacen sentir la nostalgia de su

Gallo, no advierte que Micifuz, de merodeo, ha saltado la valla del corral y avanza amenazador hacia su platónica enamorada. La señora Coneja, siempre prudente y reflexiva, hace discretamente mutis, arrebujándose en sus pieles, y la señora Gallina queda a merced de su enemigo.

MICIFUZ. — ¡Miau!

LA GALLINA. — *Con mezcla de pavor y agradable sorpresa.* Micifuz...

MICIFUZ. — *Acercándose más a la señora Gallina.* El mismo. Veo que me conocéis. ¿Acaso me he comido alguno de vuestros hijos?

LA GALLINA. — *Bajando los ojos.* ¡Siete! Pero todo lo olvido por el placer de teneros a mi lado.

MICIFUZ. — *Irónico.* ¡Más placer tengo yo!

LA GALLINA. — *Entusiasmada.* ¿De veras?

MICIFUZ. — Cierto. Ha tiempo que tenía ganas de pillaros a solas.

LA GALLINA. — *Ruborosa.* Tened prudencia. ¿Qué se diría en el corral si pretendieses?...

MICIFUZ. — ¿Atropellaros?... No quisiera llegar a ese extremo.

LA GALLINA. — Ni yo. Atiendo a razones.

Micifuz se relame gratamente, sospechando lo exquisitas que deben de ser las carnes de su interlocutora. Medita un drama que concluiría en un banquete; pero siguiendo su táctica habitual, para que el drama no fracase, toma sus precauciones.

MICIFUZ. — ¿Duerme aún el señor Perro, vuestro odioso vigilante?

LA GALLINA. — Duerme.

MICIFUZ. — *Atusándose los bigotes.* Si es cierto que no os soy indiferente, ¿tendríais valor para huir conmigo?

LA GALLINA. — *Loca de alegría.* ¿Una fuga amorosa? ¡Con toda mi alma la deseo! Pero decidme: ¿no os cansaríais de mí?

MICIFUZ. — (No, aunque tenéis mucho que comer.) ¡Señora Gallina!... ¡Hay dudas que ofenden!...

LA GALLINA. — Siendo así... haced de mí lo que queráis.

La señora Gallina se arroja, ingenuamente, en brazos de su amante. Este enlaza, amoroso, su pata al cuerpo de la señora Gallina, e imprime un ósculo de amor en su cabeza. La pintada se siente desfallecer por tanta dicha, y cierra los ojos para que el gozo sea mayor. Entonces, el diestro Micifuz, de un abrazo la deja moribunda. Y con los dientes remata a su cándida amante, que muere contenta, sin proferir un ¡ay! Y Micifuz, cautelosamente, salta con el cadáver la valla que le separa de su imperio. La tragedia finaliza con la salida del sol.

EPILOGO

La misma decoración, vista a las doce de la noche. Todo es misterio en el corral. Un espectro, con dos patas y pico, se adelanta al lector para decirle:

EL ESPETRO. — No améis lo irrealizable. Si lo consiguiéseis sería para vuestra desgracia. Si yo no me hubiera dejado arrastrar por la vergonzosa pasión que fué mi muerte, a estas horas habría puesto ya un huevo. Y menos mal si antes de morir hubiera conocido los encantos del amor imposible. Pero, ¡ay!, no ha sido así. ¡Aprended de mí los que soñáis despiertos!

ALVARO RETANA

DIBUJO DE BESARES



AUTOMOVILES
DODGE BROTHERS

DODGE BROTHERS no se atreven a desmerecer el alto aprecio que, cual fabricantes de automóviles, se les ha formado.

Este conocimiento de lo que el comprador espera engendró un profundo sentimiento de responsabilidad para ellos, y el efecto ha sido el inspirarles una cuidadosa y constante inspección en todas las operaciones fabriles.

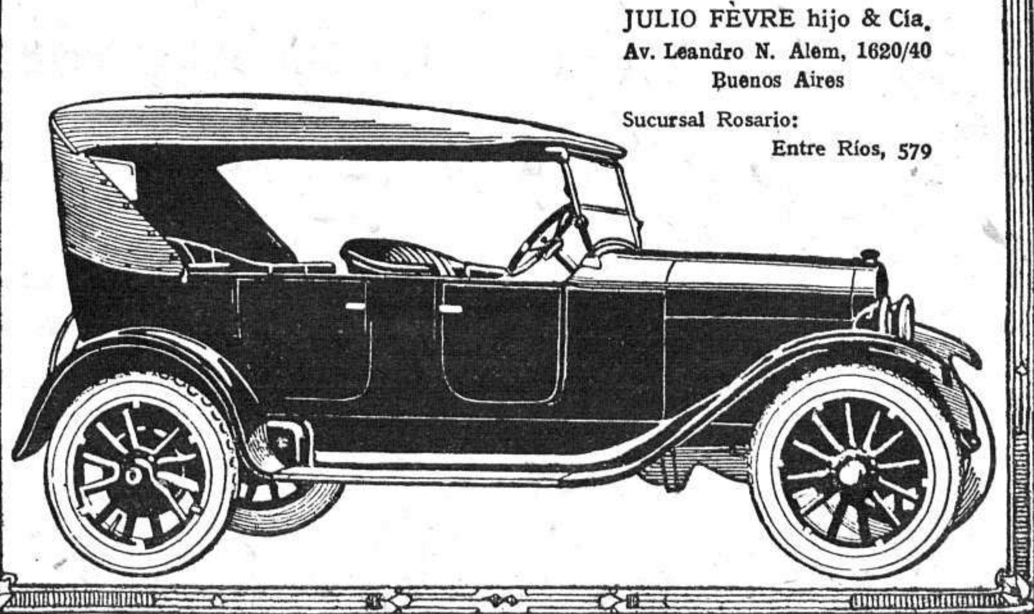
La institución entera está compenetrada de la idea que cada automóvil DODGE BROTHERS debe ser irreprochable para servicio y calidad.

El motor es de 30-35 HP.

El precio:
completamente equipado con su quinta goma... $ **4.550** m/n
(*Puesto sobre wagón Buenos Aires*)

JULIO FÈVRE hijo & Cía.
Av. Leandro N. Alem, 1620/40
Buenos Aires

Sucursal Rosario:
Entre Ríos, 579



De 9 de Julio

Numerosas familias de esta localidad que dieron realce al baile de fantasía celebrado por el Club 9 de Julio.



LUZ Y SOMBRA *EN* MAR DEL PLATA







La temporada toca a su término. Cada día la Rambla se hace más desierta, cada día falta más gente, como golondrinas que en grupos emigran hacia el nido tibio. Y con el aumentar de esta soledad el mar parece agigantarse, su voz se hace más profunda, sus aguas más frías y más bellas. El mar vuelve a su idilio con la luna, en las largas noches silenciosas, no pobladas ya por los gritos, las risas y los sollozos de los dolores humanos.

Pero nosotros, que hemos visto el alegre vaivén perezoso y hemos presenciado el fulgor de mil ojos femeninos confundirse con el centelleo de innumerables piedras preciosas, nosotros, digo, sentimos toda la desolación de esta soledad y miramos casi con recelo las pocas siluetas tardías, con la misma impresión que en el alma produce, después de un grandioso concierto sinfónico, el canto aislado de un violín.

¿Cómo hablaros de modas, lectoras mías, cómo hablaros de uno u otro vestido o sombrero, cuando es toda una inmensa tela de tonos delicados y maravillosos la que tendría que presentaros? Sacar de ese conjunto figuritas aisladas, despojarlas de su belleza para hablar anatómicamente de su vestido, es hacer como el astrónomo que mirando el cielo palpitante de estrellas habla de ciencias exactas. Tendréis, pues, que excusarme si no encontráis en esta página toda la belleza de visiones que ofrece esta Perla del Océano.

El tailleur blanco y el sombrerito cloche han sido casi el traje de uniforme en la Rambla. Por cuanto fueran varios en los adornos, estos tailleurs tenían más o menos todos el mismo corte, el mismo cinturoncito, el mismo cuello, y por esa vida demasiado intensa que dicha moda ha vivido este verano, es casi seguro que será en el año próximo una prenda de vestir radicalmente transformada. Más que el tailleur blanco me han gustado las grandes capas de sport, blancas, con pocas y anchas rayas de color, pues armonizan mejor con este ambiente y son menos vistas.

En materia de abrigos las pieles han hecho su debut en estos últimos días; zorros casi esclusivamente, y casi ninguno blanco. Vuelve la preferencia para el zorro natural y el negro; alegrémonos.

También empieza a mostrarse aquí y allá, todavía un poco huraño pero muy bien acogido, algún saco de zenana negro o blanco y negro; preciosa novedad que nos hace desear la llegada de los grandes tapados de noche en el mismo género, negro y oro.

El jersey de seda adquiere aquí un prestigio particular. En medio de esta muchedumbre que el traje de baño reduce a un solo nivel, en medio de estos cuerpos jóvenes y viejos, sanos y enfermos, lindos y feos, uno al lado del otro, todos amontonados y gritando, todos haciendo los mismos gestos, en medio de este cuadro demasiado humano, que recuerda «la triste riviera d'Acheronte», adquiere figura de diosa la silueta que pasa, amoldada en el liso forro de jersey azul, en cuya malla serpentean bajo el sol los colores del iris a la rítmica ondulación de las caderas.

Sin embargo hay un número bastante limitado de vestidos de jersey; mucho menos de cuanto era previsto. Al jersey se ha preferido la tela, los géneros de lana blancos y las sedas. El más bonito vestido de tela que he visto en este morir de temporada llevaba en la parte delantera, de arriba abajo, un precioso bordado inglés recortado y salpicado de azul y rojo muerto, como pinceladas, efecto obtenido por pocas puntadas repetidas a intervalos.

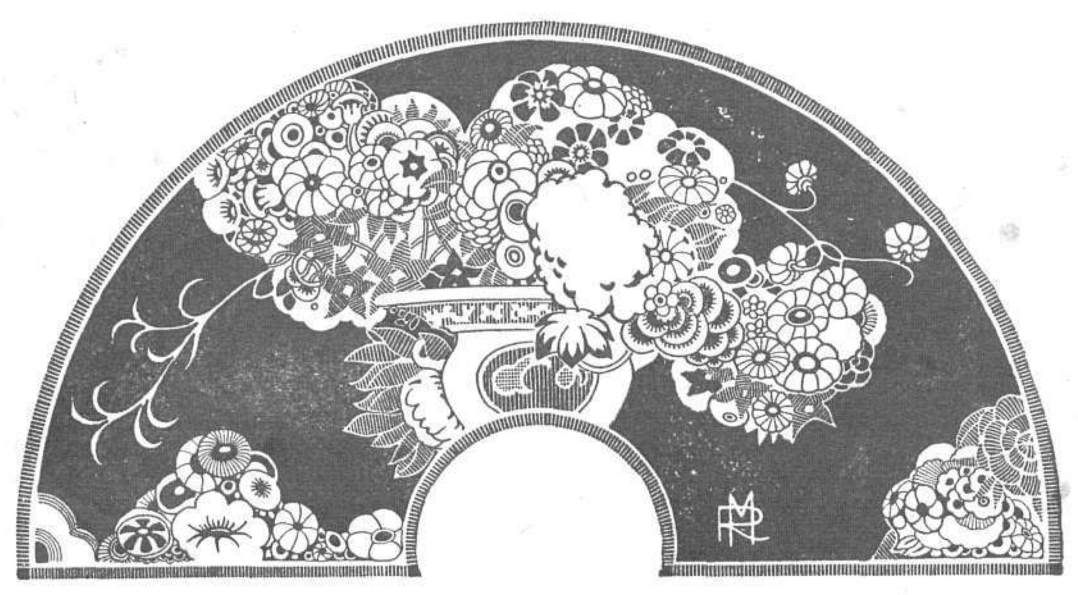
He visto a dos amigas inseparables vistiendo igual robe-chemise de crepe blanco con grandes placas de nácar. El plegado, sobre todo en los vestidos de seda blanca y en las polleras de sport, se ha visto mucho. Pero, ya sea por practicidad o por preferencias, los vestidos blancos, en la mayoría, eran del clásico corte liso, ceñidos al talle y con drapeado o caída lateral. Notable un vestido de espumilla blanca, cuyo «manteau-de-cour» venía agarrado a un costado, hacia adelante, por el extremo de la trenza del mismo género que formaba el cinturón.

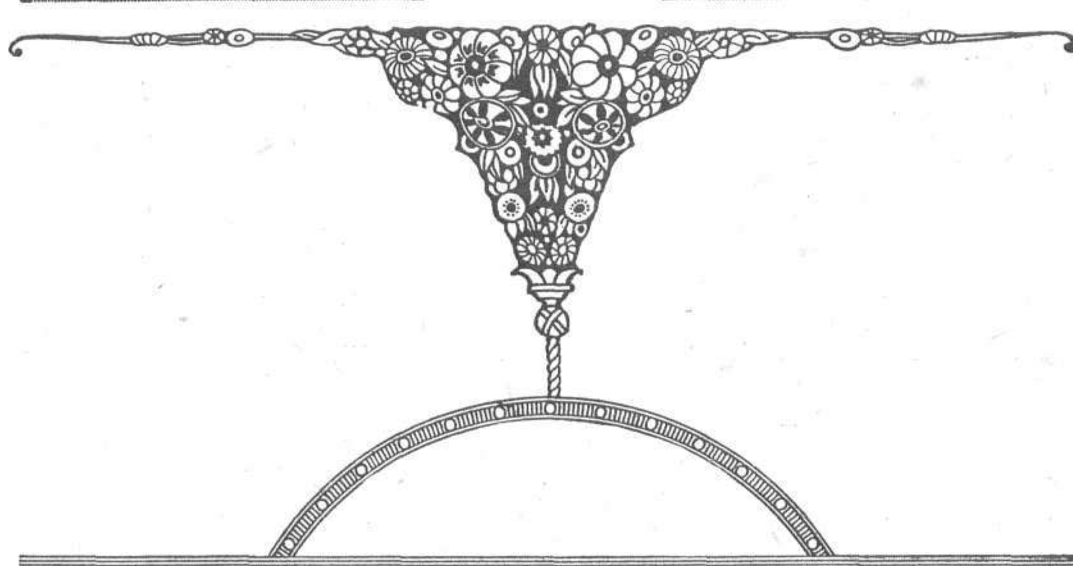
Muchos colores delicados, y por tanto ningún contraste que hiriera la vista. Sólo una vez vi pasar en la Rambla a dos mujeres caminando juntas, una vestida de verde vivo, la otra de violeta muy cargado; contraste violento que se puede permitir Zampolini en sus paisajes, los que al fin y al cabo yacen inmóviles en su marco.

El absurdo es propio de la vida, y absurdos se vieron aquí también, como por ejemplo lo de llevar con una capa sport un bien florecido sombrero de paja negra. Además hubo algunas excentricidades, como usar unas babuchas con tailleur de sport, en la Rambla — por la mañana naturalmente — precisamente ahora, cuando hasta las sandalias en los figurines vienen con taco!

Algunos pondrían, quizás, en las excentricidades la forma de vestir de los hijos de Albión; pero es ésta una elegancia absolutamente propia, privilegiada, y así como nosotros pareceríamos fantoches con sus trajes así ellos saben que perderían si adoptaran nuestra moda. Las inglesas saben llevar bien ciertas innovaciones audaces, que a nosotros hasta nos resulta difícil describir; pero, en cambio, son muy intransigentes en la elección de los colores.

Latinas o no, todas las mujeres han aceptado ya, sin restricciones, el vestido largo y casi amplio para los paseos y las reuniones no sportivas. Y por la noche, en los salones, vuelve a verse algún vestido de volados, alguna María Antonieta que parece surgida, después de un sueño largo en algún fantástico escondrijo, más joven y más bella que nunca, como dice el cuento de la «Bella dormida en el bosque», que el príncipe desencantó.





perfumeria mendel

extractos lociones polvos coloretes
y jabones dentifricos

LO MAS FINO
LO MAS DELICADO
LO MAS SELECTO





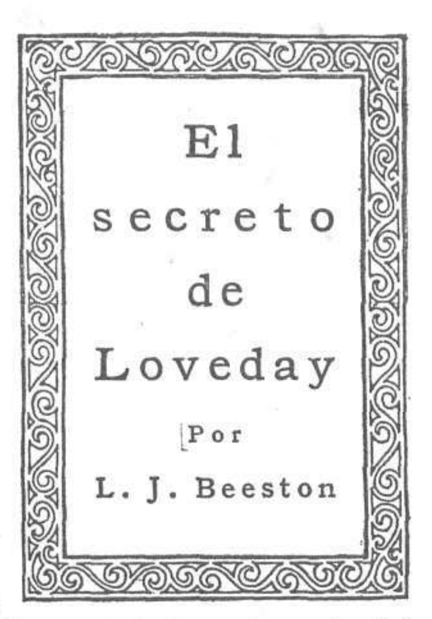
Comisión de señoritas y señores que contribuyeron al éxito de las romerias patrocinadas por el Club Social.

DECADENCIA DEL CANTO EN INGLATERRA

Un corresponsal del «Morning Post» dice que, en Inglaterra cuando menos, se observa ahora una alarmante decadencia en el arte del canto. ¿De quién es la culpa?... Quizás de todos un poco: es decir, de los compositores, de los poetas, de los ejecutantes. O tal vez de ninguno en particular, sino más bien de todo un estado de cosas; de las condiciones de la vida, que han cambiado. Nosotros vivimos en la edad de las máquinas y del deporte, del baile y del jazz-band, de la mundanidad ruidosa; en suma, condiciones hostiles por sí mismas a la artística grandeza y al desarrollo armónico de la mente, y por esto, precisamente, fatales para el mundo de la música. Si la pintura, para ser justamente apreciada, requiere «luz», la música para ser apreciada requiere «silencio». Ahora bien, precisamente el mal viene de la falta de silencio. Otro factor es la ausencia de buena poesía moderna apta para ser musicada. Para tener una idea de la importancia del elemento poético en el campo musical basta volver la mirada hacia atrás (cosa que no se puede hacer sin nostalgia) y detenerla en la época en que florecía la escuela romántica. No menos de 3000 composiciones musicales sobre poesías de Heine se contaban ya en 1897; y algunas de ellas bellísimas, debidas a Schubert, Mendelssohn, Schuman, Brahms, etc. Después de Heine, viene Goethe con cerca de 1700 composiciones. Es interesante notar, para formar una idea de los gustos de los músicos y del público, que la poesía de Heine preferida para las adaptaciones musicales fué la famosa «Dubist wie eine Blume», que sedujo a no menos de 287 compositores.

De Ingeniero White (Bahía Blanca)

Profesores y alumnos del Colegio Sarmiento que festejaron con una interesante fiesta escolar la inauguración de los cursos.



El secreto de Loveday

Por

L. J. Beeston

La nerviosidad de Loveday, que había sido visible durante la comida, encontró su válvula de escape cuando hubo llevado a sus tres amigos a su escritorio privado, después de comer.

— Caballeros — les dijo, haciendo un esfuerzo para hablar con tranquilidad, — les he pedido que viniesen esta noche con un objeto especial, y, puedo decirlo, algo raro. Hace mucho tiempo que tengo una preocupación, y deseo comunicársela a ustedes para pedirles consejo en un asunto que es uno de los más difíciles que sea posible imaginar.

— Amigo Loveday — dijo locuazmente Forbes, — si se trata de algún asunto lleno de perplejidades, estoy a sus órdenes.

— ¿Pero una buena comida es la mejor introducción para asunto tan serio? — preguntó Trant, siempre deseoso de querellarse por cualquier motivo.

El tercer invitado, Denvil, se sentó cómodamente en su sillón estirando las piernas, y alentó a Loveday diciéndole:

— Hable, amigo Loveday. Suelte todo lo que tenga adentro.

Denvil estaba sentado a la izquierda de la chimenea y Trant a la derecha. Forbes estaba de pie, apoyado en el paño de la chimenea y fumaba un cigarrillo en la boquilla de ámbar más larga que había en Londres.

— Me complace mucho que quieran oírme — empezó a decir Loveday.

Ya no estaba nervioso, pero parecía algo inquieto. Acercó un sillón a los de sus amigos y se dejó caer en él. Era un solterón de mediana edad, con escaso pelo rubio cuidadosamente peinado, ojeras pálidas, voz de señorita, corazón muy tierno, y nunca había tenido un enemigo ni lo tendría.

— Mi preocupación empezó hace más o menos un año — siguió diciendo, en voz baja, — y debo confesar que me ha hecho extraordinariamente desgraciado. No sé si ustedes, o algunos otros de mis amigos, se han dado cuenta del gran cambio operado en mí; pero yo lo siento. Por mera casualidad he caído en posesión de un secreto que me creo completamente incapaz de guardar. Me oprime de tal manera que he resuelto revelarlo. Quizás he tomado un mal camino; pero no puedo evitarlo. Tengo muchos amigos, nadie tiene más amigos que yo, y si los he escogido a ustedes es porque los conozco bien y sé que sus consejos serán sanos... y también por otra razón que les explicaré en un minuto o dos.

Las palabras de Loveday eran halagadoras para sus amigos; pero también eran serias. Denvil se atornilló el monóculo, Trant miró al techo y Forbes reajustó su cigarrillo en la boquilla de ámbar.

— La extraña cosa ocurrió cuando yo pasaba un fin de semana en casa de un amigo — siguió Loveday. — El nombre de ese amigo es lo que no puedo, en caso alguno, divulgar, y con eso los despisto a ustedes, pues, como saben, tengo muchos amigos a cuyas casas de campo voy a pasar los fines de semana.

« Era una hermosa noche de luna y alguien propuso un paseo después de la comida; pero yo me quedé en la casa porque estaba sufriendo un poco de reumatismo. Me dirigía a mi cuarto a traer un libro que había llevado conmigo, cuando me sorprendió un gran ruido en la pieza vecina a la que estaba atravesando. En el acto se me ocurrió que serían ladrones; abrí la puerta de esa pieza y dí luz. No tardé en ver la causa del ruido: un cuadro se había caído de la pared en que estaba colgado.

¡Ojalá lo hubiera dejado en donde estaba! Pero lo recogí y vi que con el golpe se había roto la madera que sostenía la tela con el marco, y que por la rotura asomaba un papel. Tuve la curiosidad de abrirlo y leerlo: era un certificado de matrimonio.

« Y a medida que lo iba leyendo, el miedo, la preocupación que desde entonces me hacen sufrir iban apoderándose de mí. Después de pensarlo mucho tomé rápidamente una copia del certificado, volví a poner el original en su sitio, arreglé como pude la madera rota, y coloqué el cuadro en donde había estado. »

Loveday se calló, porque la agitación no le dejaba respirar. No miraba a los demás, que oían en silencio.

— Iré derecho al nudo de la situación — continuó Loveday, después de un momento. — Era el certificado de un matrimonio efectuado en otro país. Ahora bien, el cariñoso amigo, cuya hospitalidad estaba disfrutando, había heredado su fortuna de un pariente. No debo entrar en detalles; pero sí debo decir que el pariente de mi amigo había muerto sin hacer testamento.

« Creo que ustedes empezarán a darse cuenta de la gravedad de la situación, pues había descubierto un matrimonio secreto. La mujer podía estar viva, o podía haber vivos hijos de ese matrimonio secreto... Lo terrible para mí fué pensar que mi amigo podía estar en posesión de una fortuna a la cual no tenía derecho legal alguno. »

Denvil hizo el primer disparo:

— ¿Y a usted que le importa?

— Es cierto; pero dejemos que concluya — agregó Trant.

— ¿Y la fortuna es grande? — preguntó Forbes maliciosamente.

— A mí no me parece una mera cuestión de negocios — replicó Loveday, que agregó: — Lo cierto es que mi descubrimiento me tuvo muy inquieto y abatido mientras seguí en casa de mi amigo; no me sentía capaz de mirarlo frente a frente. ¿No podía una sola palabra mía cambiar completamente su situación, volverlo a la pobreza?... La verdad es, caballeros, que ningún hombre en el mundo es más inadecuado que yo para tener ese secreto. No soy un hombre fuerte, ni mi carácter me permite sobrellevar indiferentemente la situación. Hago repetidos esfuerzos para olvidarlo todo; pero es inútil, y desde hace algún tiempo mis esfuerzos me parecen poco honrados... Pienso sin cesar en mi secreto y me pregunto a cada rato si mi deber es callar o hablar.

« Al fin, me resolví a tomar un camino intermedio: averiguar bien el asunto. Tal vez, después de todo, no habría nada grave en él; y con esa esperanza fuí al país en donde se había celebrado el matrimonio secreto del pariente a quien mi amigo había heredado, a fin de hacer algunas averiguaciones privadas. Mi copia del certificado me permitió dar hasta con la iglesia en donde el matrimonio se había celebrado, y en los libros de la iglesia figu-

raba la inscripción correspondiente. Además, descubrí que de dicho matrimonio nacieron dos hijos, un varón y una mujer, que son campesinos y llevan una vida bastante pobre. Regresé a Inglaterra con mi secreto intacto y mis inquietudes redobladas.

«Caballeros: no hay duda alguna de que los dos jóvenes, de quienes ya les he hablado, hijos legítimos del matrimonio secreto que descubrí yo, son los dueños de la fortuna de que disfruta mi amigo. No nos importan las causas por las cuales el matrimonio se mantuvo secreto, y nada tenemos que hacer con la excentricidad del marido, que escondió el certificado en el sitio en que lo encontré. Es el hecho actual el que debe ser objeto de los consejos de ustedes.»

Hubo un momento se silencio, que fué haciéndose extenso y profundo. Loveday, a la espera de la palabra de sus amigos, no dejaba de mirar al techo, al paso que sus amigos, inmóviles como estatuas, lo miraban fijamente a él.

Al fin Loveday se puso de pie, molesto porque sus amigos lo miraban tanto, y dijo tímidamente:

— Ustedes me dirán que por qué no le digo a mi amigo todo lo que sé y me descargo así de la responsabilidad, pasándosela a él... Mi contestación es que comprendo que si le hablo no le dejo opción a escoger su camino, pues sabiendo que yo conozco el secreto, el honor y la decencia le pondrían en el caso de no poder romper el certificado de matrimonio y decir: — Yo tengo el dinero y me quedo con él.

«Sobre todo esto he reflexionado durante varias semanas. No se me escapa que el mundo dirá que es una locura tomar el asunto tan en serio; pero el hecho es que lo he tomado así, hasta que ha interrumpido el curso normal de mi vida... Ustedes, caballeros, ignoran el nombre de la persona de que se trata; pero yo deseo que se pongan en mi lugar y me aconsejen. ¿Debo hablar o debo continuar callando? Si la opinión de ustedes es unánime, seguiré su consejo.»

II

Loveday volvió a sentarse y dió un suspiro de alivio. Sus amigos continuaron silenciosos, siempre mirándolo fijamente. Loveday llegó a sentirse muy mortificado por su actitud; además, se sentía fatigado. Miró tímidamente a sus amigos, uno después del otro.

Repentinamente Forbes balbuceó:

— Diga, Loveday, ¿se trata de alguno de nosotros?

Apenas hecha la pregunta, Denvil se puso vivamente de pie, dejando caer el monóculo a lo largo del cordón, y exclamó:

— ¡Voto al diablo! No, no. Esa pregunta no debe hacerse.

— Pero ya se ha hecho — dijo Trant, siempre irónico.

— Entonces le prohibo a Loveday que la conteste — repuso Denvil rudamente. — Ni una palabra, Loveday; no dé ni el menor indicio.

— Está bien, Denvil — dijo Loveday tristemente.

Forbes murmuró:

— Hay que tomar el asunto de muy atrás, desde la raíz...

— Pero es ya demasiado tarde para eso — gritó Trant, — y la respuesta de usted ha puesto fuego a la pólvora. Si Loveday no hubiera estado hablando de alguno de nosotros, habría aclarado la situación con una palabra de negativa, y no lo hizo. Esta es la verdad. El mal ya está hecho: ese dueño de una fortuna que pertenece a otros es uno de nosotros. ¿No me desmiente usted, Loveday?

Loveday se enjugó el sudor que le corría por la frente.

— Se me ha prohibido que conteste — murmuró.

— Ahora es claro — dijo Forbes; — es uno de nosotros.

— Es usted un idiota, Loveday — esclamó Denvil. — Podía usted haber supuesto lo que iba a ocurrir.

— Ahora — siguió Forbes, — se trata de saber cuál de los tres...

— No, no, no, Loveday, ni una palabra — gritó Denvil, mirando a Loveday con aire de amenaza. — Si se hubiese acercado a «él» privadamente, sería otra cosa... Su condenado secreto no debemos conocerlo todos nosotros. ¿Me oye?

— Está bien Denvil — repetía Loveday, completamente enervado.

Trant volvió a la carga.

— ¿Ustedes creen que yo he estado andando por las nubes? — preguntó tranquilamente. — Tenemos que proceder con mucho cuidado, pues estamos pisando en hielo muy delgado. Loveday, usted ha dicho bastante, demasiado, a juicio de todos nosotros, y ahora debe usted callar.

Trant se levantó mientras hablaba, y Forbes se sentó en el sillón vacante. Trant, de pie, siguió hablando:

— Vamos por partes. Loveday ha significado con su silencio que se trata de uno de nosotros. Es indudable que Loveday ha estado en la casa de cada uno de nosotros a pasar algún fin de samana; pero tiene amigos en cuya casa no ha estado nunca con ese objeto, y habría sido mejor que los hubiese escogido a ellos como confidentes. Por otra parte, es comprensible que haya pensado que los amigos en cuya casa ha estado alojado mirarían el asunto con más interés y podrían darle los consejos más prudentes. El error de Loveday ha estado en incluir al hombre de que se trata en el actual terceto. Eso ha sido una imprudencia, y sin embargo todo habría ido bien si Forbes no hubiese hecho su inquietante pregunta, poniendo fuego a la pólvora.

— Mucho lo siento — replicó Forbes, lacónicamente.

— Cada uno de nosotros tres — siguió diciendo Trant — ha heredado de algún pariente la mayor parte de su fortuna, y esto me lleva a insistir en que Loveday nos ha consultado esperando de nosotros un veredicto sincero.

— En efecto — interrumpió Loveday; — por eso les he hablado a ustedes.

— Cállese, Loveday — ordenó Trant. — Y cada uno de nosotros quiso saber el secreto de Loveday

«Y A MEDIDA QUE LO IBA LEYENDO, EL MIEDO, LA PREOCUPACIÓN QUE DESDE ENTONCES ME HACEN SUFRIR IBAN APODERÁNDOSE DE MÍ».

por falta de voluntad para tomar un camino contrario. Después de todo, es posible que Loveday no pudiese pasar de tres en la selección de sus confidentes, porque aunque tiene muchos amigos, no podía saber el origen de la fortuna de todos. Hasta ahora todo va bien... o mejor dicho, mal... Por fortuna, Loveday no ha dado detalles que permitan a cada uno de nosotros decir: «De mí se trata». Como él mismo lo ha dicho, ha dejado la cuestión generalizada y abierta. Ni siquiera ha hablado de un cuadro determinado ni de una pieza determinada, y yo estoy seguro de que a ninguno de nosotros se le habrán caído todos los cuadros de su casa. Puede tratarse de usted, Forbes, o de Denvil o de mí. Ahora mi consejo a Loveday es éste: no se preocupe más del asunto, no se acuerde más de él. Porque, como ninguno de nosotros tres sabe de quién se trata, podemos muy honorablemente guardar silencio toda la vida. ¿Qué le parece, Denvil?

— Me parece muy bien — contestó Denvil inmediatamente.

— ¿Y usted qué dice, Forbes?

— Me inclino ante sus prudentes resoluciones, reverendos señores.

— Muy bien. Y ahora, Loveday, ya tiene usted el consejo unánime que buscaba. Desde esta noche no va a acordarse más del asunto.

— Pueden confiar en mí — dijo Loveday suavemente.

— Y ahora — exclamó Forbes, poniéndose de pie — tenemos que reconocer que la reunión no ha concluído en el más admirable desorden.

— Por lo contrario — replicó Trant. — En perfecto acuerdo.

III

Cuando, seis meses después, accediendo a una invitación de Denvil, Trant fué una noche a visitarlo, encontró en casa de Denvil a Forbes y a Loveday. En el acto Trant se acordó de la anterior reunión (no la había olvidado, en realidad, ni un instante) y comprendió que el asunto se había puesto de nuevo de actualidad.

— Siéntese, Trant — le invitó Denvil. — Nos hemos reunido porque Loveday, con la que puedo llamar su maldita preocupación, me ha hecho perder la tranquilidad.

— Ya lo veo. No tiene usted el aspecto de estar bien.

— Forbes también está intranquilo... ¿Y usted, Trant? ¿Nunca le ha asaltado el temor de que le quiten una fortuna que no es suya?

— Renocozco que nuestra situación es molesta — contestó Trant; — pero...

— Pero Denvil tiene una idea magnífica — interrumpió Forbes.

— ¿Sí? — preguntó escépticamente Trant. — ¿Qué idea puede sacarnos de la endiablada situación en qué estamos?

— Oiga usted — dijo Denvil. — Tome un cigarro y oiga con atención. En primer lugar, las peculiares circunstancias del caso nos prohiben proceder aisladamente, sin el conocimiento de los demás. Pues bien, yo he llegado a la conclusión de que dos de nosotros tienen derecho perfecto, si acaso las investigaciones de Loveday son correctas, al pleno goce de su fortuna, y me parece excesivamente cruel que esos dos pasen el resto de su vida bajo una especie de espada de Damocles...

— Estoy de perfecto ac[illegible] — dijo Trant. — ¿Por qué hemos de seguir sufriendo los tres? Por otra parte, sería muy desagradable que tres de nosotros, incluyo a Loveday, conociesen el nombre del infortunado cuarto. Loveday no tiene derecho para proceder en esa forma con su secreto. Supongamos, lo que puede suceder, que el infortunado cuarto resolviese no entregar su fortuna, destruir el certificado de matrimonio. Nosotros no podríamos impedírselo; pero él quedaría creyendo que lo considerábamos como un ladrón, y siempre temería que el secreto se descubriese... Y pensando en eso podría resolverse a deshacerse de su fortuna, a volver a ser pobre... Me parece que sería una partida en desigualdad de condiciones, y por eso no me gusta.

— Les ruego que no me pidan que acceda — dijo Loveday tristemente.

— Trant — exclamó Denvil; — ha puesto usted el dedo en la llaga que la poca diplomacia de Loveday y la imprudencia de Forbes abrieron hace seis meses. La verdad debe decirse, pero no debe ser conocida de los demás. ¿Y cómo hacerlo? Se necesitaría un tacto extraordinario...

— Se necesita... una fórmula — dijo maliciosamente Forbes.

Denvil continuó, escogiendo sus palabras con sumo cuidado:

— Loveday podría decir privadamente al «interesado» que se trata de él, pero cada uno de los otros sabría que se lo había dicho a «él» porque no se lo había dicho a cada uno de los demás. Sin embargo, hay un modo de salir del paso. Helo aquí: En ese escritorio hay papel y sobres, Loveday escribirá en dos papelitos: «No se trata de usted», y en un tercer papelito: «Se trata de usted». Después, Loveday nos pasará los papelitos, en sobres cerrados, a cada uno de nosotros, dando al «interesado» el que le corresponde. Si todos tres procedemos discretamente, si prometemos no hablar más del asunto, dos de nosotros podrán retirarse de esta casa con la seguridad de que no se trataba de ellos, y esos dos nunca sabrán de quien se ha tratado. Aquel a quien Loveday le dé el acusador papelito no tendrá sino que guardar su secreto y no manifestar emoción alguna... Después escogerá el camino que quiera, sin ningún temor.

— Desde el momento en que Loveday nos entregue los sobres, no debe hablarse más del asunto — dijo Trant, después de haber reflexionado un instante.

— Somos hombres de honor — se limitó a decir Denvil.

— Ya lo sé, ya lo sé — repuso Trant, lentamente. — Dos de nostros saldrán de aquí tranquilos y ninguno de esos dos podrá saber quien es el «otro».

— Precisamente — insistió Denvil, — y el tercero quedará en libertad de proceder como le parezca, sin temor a ninguna crítica, lo que ya es mucho ganar en un asunto tan delicado.

— Pero Loveday siempre sabrá...

— La situación de Loveday es distinta. Nos ha pedido consejo y se lo damos, y nadie puede temer nada de él porque es un caballero.

Loveday suspiró y dijo:

— Yo les he pedido un consejo y estoy dispuesto a aceptar el que me den; pero les suplico que piensen que esa idea hará desgraciado a uno de ustedes y yo seré la causa de su desgracia...

Por fin Loveday concluyó por aceptar la idea de Denvil y se dispuso para dar a cada cual el sobre [illegible] le correspondía.

IV

— Ya está todo listo, señores — dijo a los pocos minutos Loveday.

Y con temblorosa mano entregó a cada uno un sobre. Los tres lo abrieron simultáneamente y sacaron el papelito.

— Muy bien — exclamó Forbes despreocupadamente, metiéndose el sobre y el papelito en un bolsillo del pantalón.

— Perfectamente — dijo Trant, con absoluta calma.

— Así ha concluído la cuestión para siempre — dijo Denvil sin alterarse en lo menor.

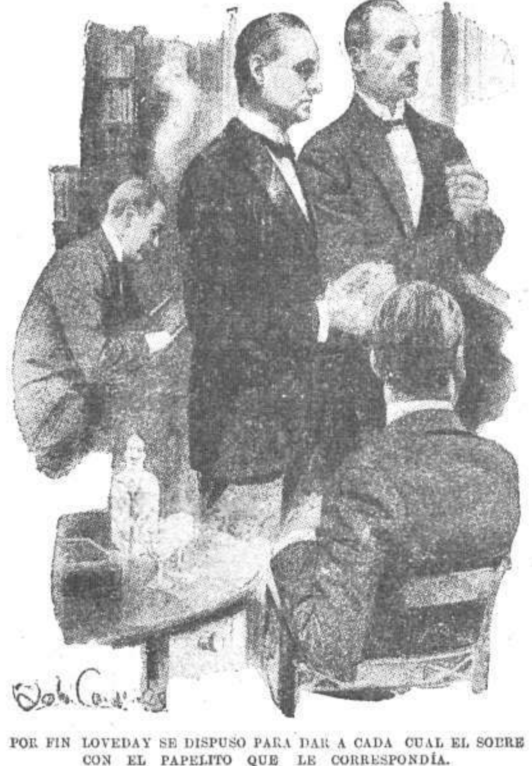
El único intranquilo era Loveday, que se había puesto blanco como un papel. Sus amigos respetaron su emoción, que sabían causada por el cambio que podía causar en la vida de uno de ellos.

Hubo un silencio corto y molesto. Cada uno evitaba las miradas de los otros.

— Propongo que la reunión se disuelva — dijo después de algunos instantes Trant, con toda serenidad.

Trant y Forbes se despidieron y se fueron. Cuando le llegó el turno a Loveday, Denvil le golpeó amistosamente el hombro y le dijo:

— Ninguno de nosotros ha pensado nunca mal de usted, Loveday. Ha hecho usted lo mejor que podía hacer y no debe estar descontento de sí mismo. Buenas noches.



POR FIN LOVEDAY SE DISPUSO PARA DAR A CADA CUAL EL SOBRE CON EL PAPELITO QUE LE CORRESPONDÍA.

Cuando Denvil se quedó solo, volvió a leer el papelito: «No se trata de usted», y no pudo contener un gran suspiro de alivio.

— ¿Trant o Forbes? — murmuró. — ¿Cuál de los dos?

Entre tanto, una vez en la calle, Lodevay, Trant y Forbes habían seguido caminos distintos. La próxima vez que se encontrasen volverían a tratarse con la familiaridad de antes; por ahora mejor era evitar palabras inútiles.

Cuando Forbes llegó a Picadilly sacó del bolsillo del pantalón el papelito y, a la luz de un foco eléctrico, lo leyó: «No se trata de usted».

Hizo pedazos el papelito y mientras arrojaba al viento los pedazos, murmuró:

— ¿Denvil o Trant? ¿Cuál de los dos?

V

Trant se metió en un restaurant y, después de pedir algo de comer, puso el papelito debajo de una copa y comió tranquilamente, aunque algo pensativo.

Mientras tanto Loveday llegaba a su casa, y una vez en su escritorio se dejaba caer en un sillón ocultando la pálida cara entre las manos. Permaneció así algunos instantes. Al fin se levantó con una sensación de infinito cansancio. Dió unos cuantos paseos por la pieza, se apoyó después en la chimenea y empezó su amargo soliloquio:

— Hace seis meses les pedí un consejo y me dieron el que yo anhelaba. ¿Por qué cambiaron de opinión después? Yo había ya casi olvidado... y de repente vuelven atrás y el asunto queda en la misma situación que al principio. ¿Por qué se reunieron otra vez? Sin duda porque seis meses de reflexión les enseñaron que no habían tomado el buen camino... Dios es testigo que yo nunca quise que creyeran que se trataba de alguno de ellos; pero Forbes hizo su indiscreta pregunta... Yo pude haber contestado inmediatamente que no era ninguno de ellos; pero me venció el temor de que descubriesen la verdad... Sentía que las mejillas me ardían al pensar que pudiesen sospechar que estaba hablando de mí mismo...

« Un minuto después comprendí que ya era demasiado tarde para reaccionar... ¿Pero cómo podía decirles: «El incidente ocurrió en mi propia casa, y sólo por temor a la verdad creé un amigo imaginario y una casa también imaginaria... Debí sacarlos de su error; pero no pude, no pude... Debí haberles dicho que la casa era mi casa, que el cuadro era un cuadro mío; pero yo deseaba un consejo absolutamente desinteresado, no influído ni por la compasión ni por la amistad...

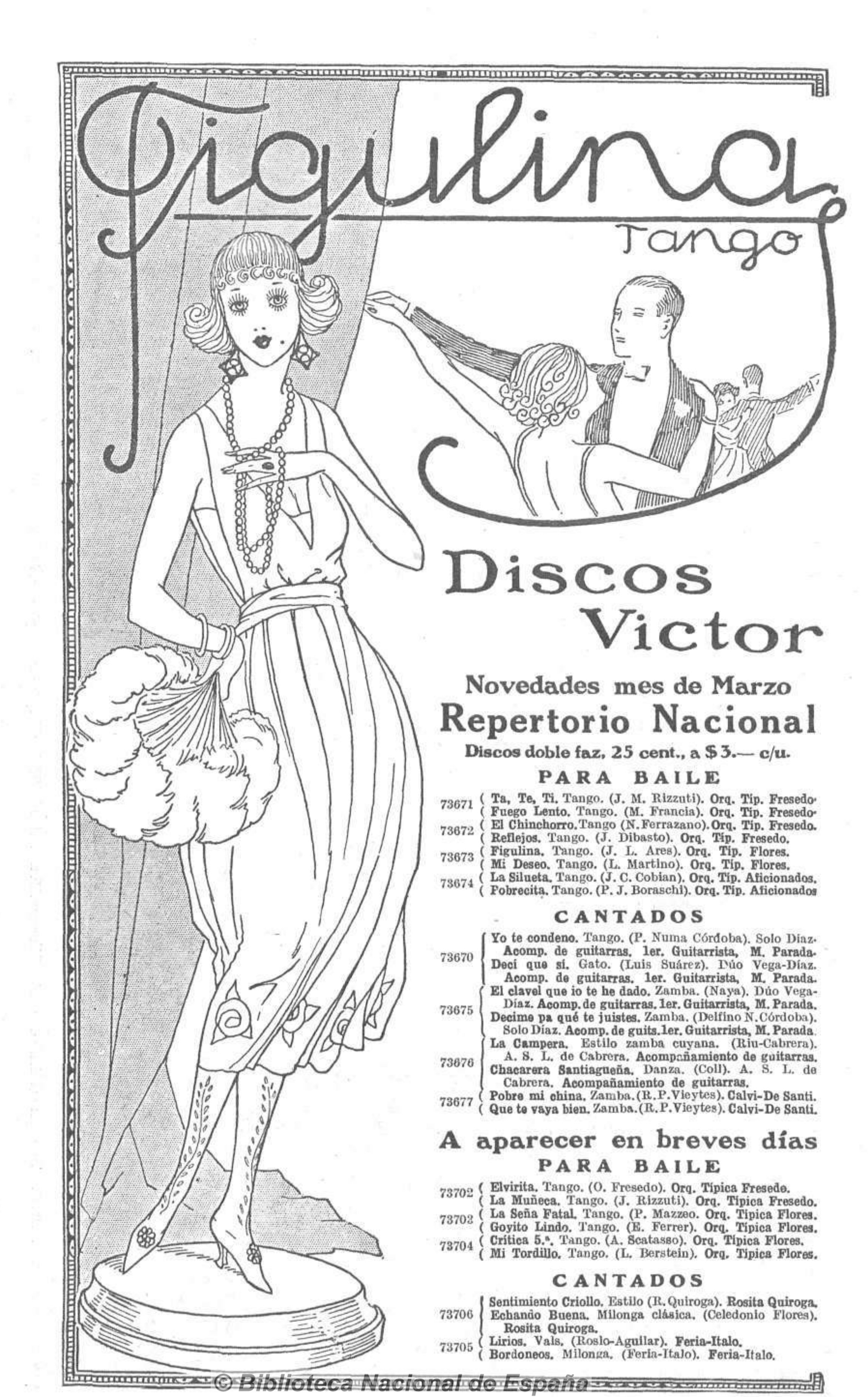
« Y ahora todo está en el mismo punto en que estaba cuando descubrí el certificado de matrimonio que podría quitarme mi fortuna... Ahí está el certificado, en ese cuadro colocado encima del escritorio... Y ahora, ¿qué debo hacer? ¿Llamaré a mi abogado?... ¡Qué fácilmente se dice eso; pero, ¿quién se desprende de una fortuna para entregársela a un extraño? Y si no lo hago, dudo que pueda yo recobrar algún día la tranquilidad de mi conciencia... Si yo me callo, ¿quién lo sabrá? Nadie. Ni Denvil ni Trant ni Forbes, porque los tres han jurado no hablar más del asunto; pero ¿si alguna vez hablasen entre ellos solos?... No; son hombres de honor y han prometido no hablar... ¿Llamaré a mi abogado? ¿Lo perderé todo? ¡Qué crueldad, Dios mío, qué crueldad! »

Loveday volvió a dejarse caer en el sillón y quedó silencioso. Comprendía que habría de seguir pensándolo muchos años...

En ese mismo instante Trant, que había concluído de comer, sacó el papelito de debajo de la copa y leyó: «No se trata de usted».

Y murmuró:

— ¿Denvil o Forbes? ¿Cuál de los dos?



Figulina
Tango
Discos
Victor
Novedades mes de Marzo
Repertorio Nacional
Discos doble faz, 25 cent., a $3.— c/u.
PARA BAILE
73671 (Ta, Te, Ti. Tango. (J. M. Rizzuti). Orq. Tip. Fresedo.
(Fuego Lento. Tango. (M. Francia). Orq. Tip. Fresedo.
73672 (El Chinchorro. Tango (N. Ferrazano). Orq. Tip. Fresedo.
(Reflejos. Tango. (J. Dibasto). Orq. Tip. Fresedo.
73673 (Figulina. Tango. (J. L. Ares). Orq. Tip. Flores.
(Mi Deseo. Tango. (L. Martino). Orq. Tip. Flores.
73674 (La Silueta. Tango. (J. C. Cobian). Orq. Tip. Aficionados.
(Fobrecita. Tango. (P. J. Boraschi). Orq. Tip. Aficionados
CANTADOS
73670 Yo te condeno. Tango. (P. Numa Córdoba). Solo Díaz. Acomp. de guitarras. 1er. Guitarrista, M. Parada.
Deci que sí. Gato. (Luis Suárez). Dúo Vega-Díaz. Acomp. de guitarras. 1er. Guitarrista, M. Parada.
73675 El clavel que io te he dado. Zamba. (Naya). Dúo Vega-Díaz. Acomp. de guitarras. 1er. Guitarrista, M. Parada.
Decime pa qué te juistes. Zamba. (Delfino N. Córdoba). Solo Díaz. Acomp. de guits. 1er. Guitarrista, M. Parada.
73676 La Campera. Estilo zamba cuyana. (Riu-Cabrera). A. S. L. de Cabrera. Acompañamiento de guitarras.
Chacarera Santiagueña. Danza. (Coll). A. S. L. de Cabrera. Acompañamiento de guitarras.
73677 (Pobre mi china. Zamba. (R. P. Vieytes). Calvi-De Santi.
(Que te vaya bien. Zamba. (R. P. Vieytes). Calvi-De Santi.
A aparecer en breves días
PARA BAILE
73702 (Elvirita. Tango. (O. Fresedo). Orq. Típica Fresedo.
(La Muñeca. Tango. (J. Rizzuti). Orq. Típica Fresedo.
73703 (La Seña Fatal. Tango. (P. Mazzeo. Orq. Típica Flores.
(Goyito Lindo. Tango. (E. Ferrer). Orq. Típica Flores.
73704 (Crítica 5.ª. Tango. (A. Scatasso). Orq. Típica Flores.
(Mi Tordillo. Tango. (L. Berstein). Orq. Típica Flores.
CANTADOS
73706 Sentimiento Criollo. Estilo (R. Quiroga). Rosita Quiroga.
Echando Buena. Milonga clásica. (Celedonio Flores). Rosita Quiroga.
73705 (Lirios. Vals. (Roslo-Aguilar). Feria-Italo.
(Bordoneos. Milonga. (Feria-Italo). Feria-Italo.

Repertorio Internacional

MUSICA POPULAR DE CONCIERTO Y OPERA

		N.º	Tamaño	Precio
Lady of the Evening.	Steel	18990	25 Ctms.	$ 3.—
Will She Come From the East?	Steel			
Chi se nne scorda cchiú. (Neapolitan).	Schipa	66117	25 »	» 4.30
Little Man.	Werrenrath	66118	25 »	» 4.30
Martha. — Porter Song. Flotow. (Italian).	Ruffo	87352	25 »	» 4.30
Mefistofele. — Ave Signor! Boito. (Italian).	Chaliapin	87355	25 »	» 4.30

MELODIAS INSTRUMENTALES

		N.º	Tamaño	Precio
Toy Symphony. Andante Moderato, part. I.	Victor Concert Orq.	18974	25 Ctms.	$ 3.—
Toy Symphony. Menuetto and Finale, part 2.	Victor Concert Orq.			
Faust. Ballet Music, Cleopatra, etc.	Victor Symph. Orq.	35719	30 »	» 4.50
Faust. Ballet Music, Dance of Cleopatra.	Victor Symph. Orq.			
Hungarian Dance N.º 1 in G. Minor. (Brahms). Violín.	Heifetz	66123	25 »	» 4.30
Symphony in C Minor. Finale. (Beethoven)	Toscanini Orq.	74769	30 »	» 6.—
Symphony in C Minor. Finale. (Beethoven).	Toscanini Orq.	74770	30 »	» 6.—
Quartet in D Major. Presto. (Beethoven).	Flonzaley Quartet	74792	30 »	» 6.—
La Campanella. (Paganini-Liszt). Piano.	Samaroff	74794	30 »	» 6.—

BAILABLES

		N.º	Tamaño	Precio
Wen Hearts are Young. Fox Trot.	Whiteman's Orq.	18985	25 Ctms.	$ 3.—
Journey's End. Fox Trot.	Whiteman's Orq.			
Lost. (A Wonderful Girl). Fox Trot.	Great White Way Orq.	18986	25 »	» 3.—
Where the Bamboo Babies Grow. Fox Trot.	The Virginians			
Until My Luck Comes Rolling Along. Fox Trot.	Whiteman's Orq.	18988	25 »	» 3.—
Just Like a Doll. Fox Trot.	Whiteman's Orq.			
Teddy Bear Blues. Fox Trot.	The Virginians	18992	25 »	» 3.—
I'm All Alone. Fox Trot.	Great White Way Orq.			
Who Cares. Fox Trot.	Great White Way Orq.	18993	25 »	» 3.—
Time Will Tell. Med. Fox Trot.	Great White Way Orq.			
I'm Through. Fox Trot.	Benson Orq.	18994	25 »	» 3.—
Open Your Arms, My Alabamy. Fox Trot.	Confrey's Orq.			
My Buddy. Fox Trot.	International Novelty Orq.	18995	25 »	» 3.—
When Winter Comes. Fox Trot.	Great White Way Orq.			
Thru' the Night. Waltz.	The Serenaders	18996	25 »	» 3.—
Red Moon. Waltz.	The Serenaders			

Victrola

REG. U. S. PAT. OFF. MODF. MARCA INDUSTRIAL REGISTRADA

Victor Talking Machine Co., Camden N. J., E. U. de A.

Soliciten catálogo ilustrado.

Revendedores Victor en toda ciudad y población importante de la Argentina y el Uruguay.

DISTRIBUIDORES:

En la Argentina
PRATT & Cía.
626, Sarmiento, 636 — Buenos Aires

En el Uruguay
DELLAZOPPA & MORIXE
Plaza Independencia, 733 — Montevideo





GALVEZ. — El doctor Roque F. Coulín, ex director de la Asistencia Pública, nombrado recientemente ministro de Gobierno, rodeado por un grupo de sus amistades que concurrieron a despedirlo con motivo de su partida para Santa Fe.

EL "GUIRÍ"

Hace algunos lustros Nicolás II, entonces zarevitch, visitó el Japón. Era uno de los primeros huéspedes importantes que llegaba a la encantada tierra de la flor del loto. En Kobe un japonés de mal humor le dió un bastonazo. Todo el Japón *se sintió consternado con aquel acto* y movido por una voluntad de reparación. Dos días después, en las primeras horas de la mañana, era encontrada frente al palacio imperial, envuelta en su kimono, una musmé *de veinte años, con la garganta* cortada. Sobre un papel pintado con flores de nenúfar, que había sido fijado a dos pasos del cuerpo con un afiler para que el viento no se lo llevase, se leían estas palabras: "He pensado que el emperador debía estar experimentando un gran dolor por lo que ha sucedido en Kobe, y *por esto me suicido. Quiero expiar* el mal, aunque soy inocente, con tal que nuestro emperador no sufra más". El sentimiento que había empujado a la muchacha al suicidio era "guirí", sentimiento completa*mente desconocido entre nosotros,* que va del reconocimiento a la venganza, pero a una venganza especial en que quien la realiza es a un tiempo el puñal que hiere y el corazón traspasado. Es una especie de moral del horror, espantosa para los occidentales, trágicamente pintoresca, pero sencillísima y difundi*dísima en el Japón. En estos mismos* tiempos la prensa de Nagoya cuenta que la mujer de un capitán de infantería se degolló para castigar a su suegra, pues ésta se portaba con maldad hacia la suicida.



Una Concertola
llevará placer y alegría a su hogar.
Elija sin titubear cualquiera de estos tres modelos.
PIDAN CATALOGOS
N.º 21-Grafófonos, Concertolas, Vitrolas.
N.º 22-Discos de las mejores marcas, remitiendo 20 centavos en estampillas.
NUEVOS DISCOS
¡GRAN EXITO!
Discos dobles VICTOR, a $ 3.— c/u.
73675 Decime pa qué te fuistes. Cueca cantada. Vega-Díaz. El clavel que io te he dado. Cueca cantada. Vega-Díaz.
73670 Decí que sí. Gat. Vega-Díaz. Yote condeno. T. Vega-Diaz
73671 Fuego lento. Tango bailable. Orq. Típica Fresedo. Ta-te-ti. Tango bailable. Orq. Típica Fresedo.
73672 El Chinchorro. Tango bailable. Orq. Típ. Fresedo. Reflejos. Tango bailable. Orq. Típica Fresedo.
73673 Figulina. Tango bailable. Orq. Típica Flores. Mi deseo. Tango bailable. Orq. Típica Flores.
18921 Are you Playing fair. Fox Trot. Orq. Típ. Confrey. The Sneak. Fox Trot. Orq. Típica Club Royal.
Disco VICTOR, 1 faz, a $ 4.30
87341—El Relicario. Canción por Titta Ruffo.
Discos VICTOR, 30 Ctms., 1 faz, a $ 6.— c/u.
88660—Ernani. O de verd'anni miei. Titta Ruffo.
74753—Ay, Ay, Ay. Canción criolla. Tenor Tito Schipa.
N.º 9
N.º 5
N.º 4bis
CONCERTOLA N.º 9
Lujoso mueble Luis XIV en roble oro, alto 1 m 16, gran motor de doble cuerda reforzada, con 6 piezas y 200 púas, $ 350, o bien $ 35 al contado y 10 mensualidades de $ 35 c/u.
CONCERTOLA N.º 5
Regia Concertola, mueble elegante y serio, en roble o terminación caoba, alto 1 m. 10, gran motor de dos cuerdas, 12 piezas y 200 púas, $ 250, o bien $ 25 al contado y 10 mensualidades de $ 25 c/u.
CONCERTOLA N.º 4bis - Espléndido aparato para mesa, con motor suizo de doble cuerda reforzada, rica madera roble o terminación caoba, con 6 piezas y 200 púas, $ 150, o bien $ 25 al contado y 10 mensualidades de $ 14 c/u.
No tenemos sucursales.
=
No cerramos los sábados.
CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI
AVENIDA DE MAYO, 979 — BUENOS AIRES



Grupo de profesores del establecimiento

El bachillerato nocturno

Desde hace tres años escasos funciona en el local de la calle Chacabuco 922 el primer colegio nacional nocturno establecido en la República para empleados y obreros únicamente. Propició el ensayo del nuevo organismo, cuya creación se debió a la iniciativa privada, la asociación cooperadora del colegio nacional Juan Martín de Pueyrredón. La iniciativa, al hacerse pública, mereció el prestigio de los buenos maestros y obtuvo en los centros docentes una favorable acogida que obligó a perseverar en el intento de cimentar el esfuerzo en obra duradera y buena.

Se trataba de hacer una obra social, de reconstrucción y de cultura, en favor de aquella gran masa de juventud que, por causa del trabajo, no podía participar de los beneficios de la segunda enseñanza. Además, se pensaba alejar a muchos empleados de los centros nocturnos de diversión, para encauzar sus actividades por la senda del estudio, que esconde indudablemente íntimas satisfacciones y quizá los mejores halagos.

En nuestra época y por razón de nuestra idiosincrasia, la fundación de un colegio nacional que abriera por primera vez sus puertas durante las horas de la noche, era superior al esfuerzo individual y hubiese necesitado recurrir a las arcas del Estado. No obstante ello, el bachillerato nocturno, por un milagro que bien pudo producirlo la voluntad tesonera de sus progenitores, se organizó y funcionó durante más de dos años sin la tutela ni el apoyo oficial.

No bien se abrió la inscripción acudieron a sus aulas multitud de empleados y obreros de reparticiones nacionales y empresas particulares y buen número de niñas que no habían encontrado ubicación en el Liceo Nacional de Señoritas, por ser éste el único instituto de su género en la metrópoli.

Actualmente cuenta el establecimiento con cinco divisiones de primer año, cuatro de segundo, dos de tercero, dos de cuarto y una de quinto, en las cuales cursan estudios más de quinientos jóvenes que han cumplido con los requisitos que informaron el programa inicial de sus fundadores.

Las clases se inician a las 19 y 15 y terminan a las 20 y 45, y en dichas horas han sido distribuídas las distintas materias en forma que resulta cómodo y agradable su estudio.

Hay un regente a cuyo cuidado se halla la asistencia de profesores y alumnos, un jefe de trabajos prácticos, un jefe de celadores y otros empleados, muy pocos, los necesarios para la mejor marcha del colegio. En cuanto a los cargos de celador, particularmente enfadosos para los

Doctor Manuel María Oliver, rector del colegio nacional Juan Martín de Pueyrredón.



La división de quinto año.

alumnos, se ha proyectado suprimirlos, porque los que asisten a los cursos nocturnos no son como los jovencitos del turno de la mañana, inquietos y levantiscos, sino más bien graves, atentos y comprensivos. La razón es obvia: en ellos obra la voluntad trabajada por el dolor o los desengaños; en los otros, un estímulo exterior, acaso poderoso y bien dirigido, pero siempre artificial, cuya bondad se malogra no bien al paciente lo seducen halagos difíciles de vencer.

Por lo demás, muchos empleados concurren al bachillerato nocturno con el deseo de adquirir conocimientos que les permitan desenvolverse mejor en las ocupaciones a que han dedicado sus actividades; otros son jefes de familia, hombres de edad provecta, que aspiran legítimamente a obtener el título de bachiller que los habilitará para seguir, si fuere necesario, una profesión liberal.

Una fase interesante del problema resuelto con la creación del bachillerato nocturno la constituye, sin duda alguna, la democratización de la enseñanza en cuanto permite que continúen sus estudios muchas personas a quienes los azares de la vida habían alejado de las aulas.

Por eso la obra del bachillerato nocturno responde a una alta finalidad de nuestras prácticas republicanas y se inspira en propósitos legítimos y justos.

Así debieron entenderlo los miembros anteriores del Poder Ejecutivo, pues, poco antes de terminar su mandato el ex presidente Irigoyen, los profesores que prestaban servicios «ad honorem» en el establecimiento recibieron el nombramiento que los confirmaba en sus cargos, con lo cual se procedió, días después, a la inauguración oficial de los cursos nocturnos en medio de la alegría y del júbilo de maestros y alumnos.

La creación del bachillerato nocturno se destaca como obra del esfuerzo individual, el cual, entre nosotros, dirigido a la consecución de propósitos desinteresados, se traduce, las más veces, en la formación de sociedades recreativas, en congresos de dudosos resultados y, particularmente, en la creación de cargos «honoris causa», que halagan la vanidad y revisten a sus titulares de una personalidad ficticia y efímera.

Ultimamente el colegio nacional nocturno estuvo en un tris de malograrse. Ello fué debido más que nada a la prevención que, como medida de enseñanza moderna, tuvieron quienes hicieron la campaña en contra. El nuevo colegio aparecía con aspecto distinto de sus congéneres, *propio y peculiar*, y esta circunstancia llevó la inquietud y el desasosiego a muchas personas acostumbradas a seguir siempre el mismo derrotero. Hubo un temor brusco e inusitado, y una vez más los creadores de una obra buena tuvieron que lidiar con la duda que inspiraba a determinadas personas sus resultados, pero, felizmente, *en esta ocasión*, la obra ha tenido sus paladines entusiastas. Muchos corazones juveniles, *llenos de generosa idealidad*, que esperan de ella la redención de pasadas faltas y extravíos, y otros, *más castigados en la lucha por el sustento diario*, que buscan, por su medio, la liberación económica que los conduzca a una vida mejor, han sido los ardientes sostenedores y propulsores de la obra, inspirándose en motivos que, a no mediar otros más poderosos, serían suficientes para prestigiar el establecimiento de nuevos colegios que abran sus aulas por la noche únicamente.

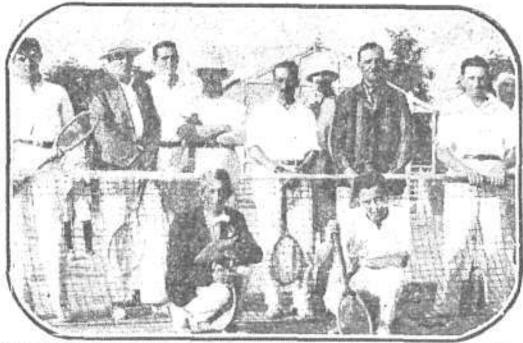
FLORENCIO GARRIGÓS (HIJO)



CONSTITUCION. — Cuadro vivo "La Purísima", artísticamente ejecutado por un grupo de niñas en el festival organizado a beneficio de la iglesia parroquial.



BELL VILLE. — Equipo de tennis del "Club Villa María" que se adjudicó el triunfo en el partido jugado con el team de esta localidad.



Jugadores de la primera división del "Tennis Club Bell", que ha obtenido honrosos triunfos en la última temporada deportiva

VD. MISMO ES EL CULPABLE

SERRANO.

¡Vd. mismo es el culpable del malestar de su estómago!

Después de la comida muchas personas sienten una impresión penosísima de pesadez e hinchazón durante todo el tiempo en que se efectúa la digestión; este padecimiento proviene, casi siempre, de la dilatación crónica producida por debilidad y desgaste del órgano. Se precisa, pues, aliviar su tarea agregando artificialmente los elementos necesarios a toda buena digestión.

Para tal objeto, ningun remedio presenta las virtudes del

DIGESTIVO MOJARRIETA

que puede llamarse, con justicia, el verdadero medicamento de las vías digestivas.

EN VENTA:

DROGUERIA DE LA ESTRELLA Ltda.

DEFENSA 215, sus secciones
y EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS

De Entre Ríos



CONCORDIA. — Murga Los Locos del 4.º piso, que obtuvo el primer premio "Corso diurno".

Comparsa "Nerón", cuyos componentes, acertadamente caracterizados, se destacaron en las últimas fiestas carnavalescas.

EL PAÑUELO DE LUNARES



Por **William Le Queux**



Después de un mes en el que me ocurrieron extraordinarias aventuras en Moscú, donde fuí enviado en misión diplomática, acepté una invitación para pasar unos días en Chèster, en la vieja mansión de Charles Merrifine, cuya hija, Myrtle, tuve la oportunidad de arrancar de las manos de los bolsheviques durante mi estada en Rusia.

Apenas llevaba dos días disfrutando de los encantos de la mansión y su parque cuando recibí un mensaje urgente que puso fin a mis vacaciones. Con la ayuda de mi código descifré el mensaje, que decía así:

«Urge que salga para España en seguida. Preséntese al jefe inmediatamente. — Sorasta.»

A las diez del día siguiente almorzaba con el jefe y dos miembros del departamento, y al atardecer me encontraba camino de Madrid, vía París.

Mi misión era bastante difícil y algo peligrosa también.

Cuatro días después, con mi disfraz de pastor protestante en jira continental, me encontraba en la sala de Velázquez, Museo del Prado, en Madrid, admirando las soberbias obras del gran pintor, «Las Meninas», el famoso retrato del joven Felipe IV, las maravillas de «Los Borrachos», «La fragua de Vulcano» y otras.

En la sala donde yo estaba había, entre otros, dos hombres, uno de ellos de unos sesenta años, el otro probablemente de cuarenta, a quienes acompañaba una joven. Los tres estaban bien vestidos; evidentemente eran franceses, o tal vez suizos.

Mientras estuve cerca de ellos noté que hablaban en francés, aunque sólo pude alcanzar a oir algunas palabras. Ninguno me podía ver, pues estaba detrás de ellos, aunque yo los observé cuando entraban en la sala donde cuelgan los trabajos del gran maestro.

Me pareció que ellos dos no mostraban interesarse en las renombradas pinturas. Discutían de alguna otra cosa, mientras la joven aparentaba estar completamente aburrida.

Me disponía a darme vuelta, pues no tenía deseos de que me vieran, cuando un hombre, elegantemente vestido y de aspecto español, entró en la sala. Su vivaracha mirada tropezó con el trío; al instante se acercó a «Los Borrachos», agachándose como para examinar el cuadro minuciosamente. Al hacer esto sacó un pañuelo de seda azul salpicado con lunares blancos y se lo llevó a la cara.

El efecto de esto en los dos hombres fué tan extraño como si hubieran tocado un botón eléctrico.

La vista del pañuelo de lunares les causó un sobresalto, y cambiando miradas de aprensión se volvieron y salieron de la sala, seguidos por la joven.

El incidente me sorprendió. El recién llegado evidentemente les había hecho una señal, la cual les produjo gran alarma. ¿Pero por qué? ¿Qué podía significar?

Al instante se me ocurrió seguir al recién llegado y tratar de asegurarme quien era. Así fingí interesarme en uno de los cuadros que estaban cerca de la puerta: era el retrato de Felipe IV, y cuando el elegante salió le seguí a través de la plaza de Murillo y el paseo del Botánico que conduce a la estación del *Mediodía*.

Mi perseguido aceleró la marcha hasta llegar a la calle Atocha, una de las hermosas y transitadas vías públicas de la capital. Pasó el hospital, a la izquierda, y dobló por la calle Zurita, entrando en una mueblería. El lugar no era ciertamente apropiado para vivir una persona tan elegante; sin embargo, un cuarto de hora después apareció diferentemente vestido, pero llevando los mismos zapatos. Lo observé dirigiéndose al café Iberia de la Carrera San Jerónimo, donde eligió una mesa y, después de ordenar un café, sacó *El Imparcial* y simuló leer.

Para no llamar su atención continué hasta la calle Zarrija, donde estaba hospedado en una casa frente al Ministerio de Marina. Mi visita había sido arreglada por el Departamento de Relaciones Exteriores, por cuyo intermedio me encontré como huésped de un tal Edwards que hacia veinte años se dedicaba en España a la exportación de fruta.

Las dos personas que habían estado esperando la misteriosa señal en el salón de Velázquez eran los dos hombres por quienes había ido a España para vigilarles de cerca El más viejo de los dos era el notable George Galanos, ex ministro del partido republicano de Grecia, y el otro era el anarquista e incendiario francés Jacques Volf, y la muchacha, Leonie Andrey, sobrina del último.

Había llegado hasta los oídos del gabinete inglés que se tramaba un complot para levantar serias dificultades entre los aliados respecto a la actitud hacia Alemania, con objeto de obtener cierta suavidad en los términos para con nuestros ex-enemigos. El objeto de mi misión secreta era observar e identificar a aquellos que estaban complicados en el complot.

Según la información recibida en Londres, Galanos había llegado a Madrid y su viaje inspiraba recelos. Desde la abdicación de Constantino había vivido en Zurich, y el hecho de partir para Madrid con tanta precipitación había despertado sospechas.

Pronto descubrí que Galanos paraba en el Hotel de la Paix, en la Puerta del Sol, mientras que el anarquista Volf y su sobrina se hospedaban en el Palace, en la plaza de Cánovas.

¿Sabían que yo estaba en Madrid? Si así era, sería difícil que pudieran identificar que el tímido cura inglés con *pince-nez* era un agente secreto del gobierno británico.

Decidí instalarme en el mismo hotel donde estaba Galanos, y poco después me trasladaba con mi mísero equipaje al Hotel de la Paix, donde me registré como Guillaume Delage, rentista de Burdeos, provisto de mi pasaporte y fotografía con el *viso* en perfecto orden. Aquella noche, después de cenar, seguí a Galanos, quien entró en la cervecería El Aguila de la calle del Carmen, donde poco después se le reunió Volf. Hacia un rato que discutían entre tragos y fumadas, cuando apareció la sobrina de Volf, para sorpresa mía, acompañada por el misterioso individuo del pañuelo de lunares.

Aquello me demostró que los tres hombres obraban de acuerdo, pero probablemente sin el conocimiento de ella. El secreto de aquel expuesto y desesperado complot no podía ser confiado a ella.

Por espacio de una semana vigilé cuidadosamente sus movimientos. El del pañuelo era, según supe, el conocido anarquista Manuel Herrera, responsable de serios trastornos en el sur de España y cuya presencia en Madrid parecía ser un hecho desconocido de la policía.

Una mañana vi a Leonie salir del Hotel Palace, y como iba sola, la seguí. Por la dirección que llevaba me pareció que se dirigía a la famosa romería de San Juan de Dios. Mi suposición resultó

exacta. En su ignorancia de la naturaleza de la fiesta, Leonie se encontró pronto arrastrada entre la alegre muchedumbre, y me apercibí que se encontraba incómoda entre aquel público que la estrujaba; conseguí llegar hasta ella y reducir la presión.

— No se separe de mí, mademoiselle — le dije en francés. — La conduciré a sitio seguro. Esto no es apropiado para una mujer sola.

— ¡Oh, gracias, M'sieur! — contestó ella casi sin aliento. — Sí, sáqueme de este infierno.

Cuando conseguí sacarla de allí noté que tenía la blusa rasgada y el sombrero aplastado.

— Es usted muy bondadoso, M'sieur — me dijo cuando recuperó el aliento. — No me imaginaba que ésta fuera una fiesta tan bulliciosa.

Y sin más presentación pronto nos encontramos tratándonos como dos amigos. Yo, claro, no di muestras de saber quien era ella, y pronto comprendí que ella no tenía la menor idea de que yo los estaba espiando. Yo no tenía miedo de que nos



vieran su tío o Galanos, pues previamente me había asegurado que estaban reunidos con Herrera en el Hotel Palace.

Ella dijo que se encontraba en Madrid con su tío, quien había ido allí para tramitar cierto negocio. Sus padres habían muerto y vivía con su tío en Beauvais, explicándome que paraban en el Hotel Palace.

Yo le dije que mi nombre era Delage, procedente de Burdeos, y que me encontraba allí también por casualidad.

Durante los días siguientes tuvimos otros encuentros, algunos por cita, y otros, aunque casuales al parecer, provocados por mí. Con nuestros frecuentes encuentros y con ayuda de algunas preguntas aparentemente desinteresadas, no tardé en descubrir ciertos hechos y movimientos concernientes a su tío y amigos.

Habían estado en Zurich, según supe, donde encontraron dos alemanes: el conde de Zortha y herr Kraiger. Al instante reconocí los nombres como los de dos miembros del servicio secreto de Berlín. Su tío se entrevistó varias veces con ellos, dijo ella, por asuntos de negocios, y estaba interesado en una ingeniosa invención, la que según ella creía, los dos alemanes se proponían capitalizar. Después regresaron a Beauvais donde quedaron por tres semanas, hasta salir para Madrid.

Así que era tal como lo habíamos anticipado. Alemania estaba tratando de causarnos disturbios en el Este.

En la mañana del día que ella me habló de la visita a Zurich, dejé mi informe en la embajada para de allí ser enviado a Londres.

Gradualmente fuí enterándome por mademoiselle Leonie de otras cosas. Claro que ella no tenía la menor idea del complot que se tramaba, en el cual su tío desempeñaba el papel más importante.

No dejé de notar que a menudo, ya entrada la noche, Volf y Herrera visitaban a Galanos en su fumador, sin duda para discutir en aquellas reuniones lo que se estaba preparando en Grecia — la gran revuelta con la que se intentaba aplicar el fósforo a la mecha del ya congestionado Oriente. De modo que para estar más al tanto del progreso del complot pretendí estar descontento con mi habitación, y al decirle al gerente que pensaba dejar el hotel conseguí me diera la habitación contigua al fumador de Galanos que se hallaba vacante.

La primera noche que pasé allí fué un triste desengaño. La pared de ladrillos era tan espesa que ni el menor sonido llegaba hasta mí, y el trío estaba al otro lado urdiendo la intriga.

Yo no podía tolerar que esto interrumpiera mis averiguaciones. A la mañana siguiente fuí a una ferretería y compré un taladro de los usados por los telefonistas para pasar un hilo a través de una pared.

Galanos había salido aquella tarde con Volf y su sobrina. Cerré mi puerta y, quitándome el saco y chaleco, puse al instante manos a la obra, perforando la pared a una altura de dos metros del piso. Fué un trabajo duro y temí que el ruido del taladro llamara la atención del mucamo del piso.

Por fin, como a las cuatro, la punta del hierro no encontró resistencia: el muro estaba perforado.

Con grandes precauciones, por si alguien estaba cerca, abrí mi puerta y me introduje en la habitación próxima para examinar el agujero.

Mi cálculo resultó exacto: quedaba detrás de un cuadro. Con mi pañuelo sacudí el polvo de ladrillo que había caído sobre la alfombra, y regresé a mi habitación.

Ahora debo advertir que nunca viajo sin una caja de mis favoritos cigarrillos egipcios. Es una caja de cien, ya empezada, la que ha pagado derechos de aduanas infinidad de veces, aunque jamás fumé un cigarrillo.

Escondido entre los cigarrillos hay un delgado disco de ebonita, en cuyo centro está atornillada una cajita de bronce de un centímetro por lado. La cubierta de esta es de mica y el interior está cubierto con gránulos de carbón. Este pequeño disco de ebonita es un delicado micrófono, el cual, conectado con una batería, amplifica los sonidos en varios miles de veces. Cualquier sonido o movimiento que se produzca en una habitación se reproduce con más claridad que en el teléfono ordinario.

Apliqué el disco al agujero y conecté los hilos con una pequeña batería y un par de receptores que

compré aquel mismo día, los que coloqué en mis oídos.

Durante media hora no percibí nada; luego se oyó un ruido de pasos y un hombre que hablaba consigo mismo. Al instante reconocí la voz del mucamo, quien había entrado para servirse una copa del coñac de Galanos.

Diez minutos después entró Galanos con Herrera y otra persona cuya voz me era desconocida.

— Bueno — dijo el desconocido. — Ahora que estamos solos podremos hablar con seguridad, ¿no?

— Completamente — contestó Herrera.

— ¿Qué información tienen? He venido de Berlín expresamente para saber como marcha el asunto.

— Todo marcha bien — dijo Galanos.—El *coup d'état* tendrá lugar a las nueve de la mañana del día veinte y nueve. El palacio real de Atenas será asaltado y el rey deportado a Smirna, donde Kemal bajá y sus rebeldes lo retendrán. Al mismo tiempo habrá levantamiento en toda Grecia, y Atenas, Salónica y Patras estarán en nuestras manos. Con objeto de instigar a los aliados, los embajadores de Francia e Inglaterra serán asaltados y aprisionados.

— Admirable — replicó el desconocido. — ¿Han recibido ustedes los fondos?

— Sólo una parte — contestó el ex ministro griego.

— El banco alemán debe tener ahora el resto, que les será entregado por intermedio del banquero Sacerio. Así que todo está listo para el golpe, y puedo dar cuenta, ¿no? Supongo que sus agentes de Grecia estarán satisfechos.

— Creo que sí. El rey será llamado urgentemente de París el día veinte, de modo que llegue a Atenas el día antes del levantamiento.

— ¿Y Venizelos?

— ¡No he olvidado a mi viejo enemigo! — dijo Galanos.

Se oyó el taponazo de una botella de champaña y el ruido del líquido al caer en las copas. El aparatito me transmitió hasta el más mínimo detalle. Aunque mis ojos no podían ver hice buen uso de mis oídos.

La noche siguiente volví a tomar mi puesto a las once. El *coup d'état* seguía en discusión. De nuevo destaparon champaña, que esta vez iba acompañado de alegres risas. De pronto, como a la media hora, noté un raro olor, algo así como de agua de alhucemas. Pensé de donde podría salir. Tal vez alguna dama que había pasado frente a mi puerta dejando el perfume que penetró por las rendijas.

Pero el olor iba en aumento, y cada vez más penetrante. Tan fuerte se hizo en pocos segundos que llegó a producirme náuseas.

Recuerdo haber tratado de levantarme para encender la luz, lo que no pude hacer, y debí perder el conocimiento, pues no recuerdo lo que sucedió después.

Cuando recobré mis sentidos me encontré tendido en mi cama amordazado y fuertemente atado.

En frente de mí estaba Herrera, con su barbuda cara alterada por fiera mirada de odio, y a su lado Galanos y Volf.

— ¡Ah! ¿Cómo se encuentra después de su dosis, espía? — gruñó el griego. — A buena hora lo descubrimos, si no hubiéramos ido a parar a la prisión, ¿eh?

— Sospeché de él desde el principio — dijo Herrera. — Por eso les di la señal en el Museo del Prado.

— La misma suerte vas a correr tú que esa muchacha Leonie, a quien sin duda le has revelado lo que oíste anoche — dijo Galanos casi escupiéndome en la cara. — ¡Los labios de los dos tendrán que ser sellados... por la muerte! Mira sobre la mesa... ¿Qué es lo que ves?

Indefenso y vencido miré en la dirección que me indicaba. Con la débil luz de la mañana vi un pedazo de vela encendida sobre la mesa, bajo la cual había un delgado cordón.

— ¡Ves esa cuerda! Está empapada en petróleo — agregó Herrera. — Tan pronto como la llama la toque... en diez minutos, se prenderá y correrá hasta el detonador para hacer explotar esa valijita que está llena de T. N. T.

— Sí — agregó el griego riendo triunfalmente, — es una linda muerte, pero no te darás mucha cuenta. Probablemente nunca encontrarán tus pedazos.

Los canallas se mofaban de mí mientras me encontraba sin poder hablar, amarrado e indefenso. Después salieron cerrando la puerta con llave, y pude oirlos en el pasillo saliendo silenciosamente del hotel, el que esperaban que de un momento a otro fuera volado por los efectos del alto y terrible explosivo contenido en la pequeña valija que tenía frente a mis ojos.

Miré horrorizado; la vela se consumía lentamente, ¡oh, tan lentamente!, acercándose la llama a la mecha empapada en petróleo. En el hotel reinaba el mayor silencio; todos parecían dormir. En el suelo, debajo del agujero que yo había hecho en la pared, estaban los receptores con que hacía horas escuchaba la conversación de los malvados.

Después de luchar violentamente, pero en vano, para libertarme, mis ojos quedaron fijos en aquella llamita que en cualquier momento me haría pedazos. La habitación daba vueltas a mi alrededor. Millares de velas encendidas bailaban ante mis ojos y vi docenas de valijas en mi delirio de horror.

Cada segundo parecía una hora. Creo que perdí el conocimiento al pensar en la terrible situación que aquellos brutos en su venganza me habían abandonado.

Todo lo que sé es que un tiempo después, no sé cuánto, oí claramente una voz que desde afuera gritaba:

— ¡M'sieur, M'sieur! ¿Está adentro?

Pero yo no podía contestar. El mucamo, cuya voz reconocí, repetía su pregunta desesperadamente; después, viendo que no había contestación, metió su llave duplicada en la cerradura y abrió la puerta.

— ¡Dios! — exclamó — ¡es cierto... cierto! — y abalanzándose sobre la vela la apagó de un soplo.

Después sacó su cortaplumas y en pocos segundos cortó las cuerdas que me sujetaban y me desató la mordaza.

— M'sieur — gesticuló pálido y tembloroso. — Una joven me dijo por teléfono hace un momento que usted estaba aquí amarrado y al lado de una carga de alto explosivo. Al principio creí que era un engaño, pero al venir vi la luz bajo la puerta. ¿Qué le ha pasado?... ¡Ha tenido una suerte milagrosa!

Le agradecí su ayuda y le pregunté quien le había dado el aviso.

— No sé. Alguien llamó al gerente y yo contesté. Era la voz de una muchacha y habló en francés. No me dijo el nombre, pero me rogó que viniera al instante en su ayuda.

Adiviné, y después se comprobó, que la persona que había dado el aviso era mademoiselle Leonie, quien durante la noche alcanzó a oir una conversación sobre la condición en que aquellos bárbaros me habían dejado.

Antes de que apareciera el sol, Galanos, Volf y Herrera estaban en manos de la policía de Madrid, mientras el otro individuo, que resultó ser el doctor Behrens, fué arrestado al día siguiente en la frontera de Irún, y el banquero Sacerio encerrado en Barcelona, a donde voló tan pronto supo de la inesperada detención de los conspiradores.

De Tucumán

El ministro de Guerra, coronel Justo, el gobernador, señor Octaviano Vera, y destacadas personalidades políticas durante la demostración ofrecida por el primero, al primer mandatario tucumano.



Fundada en
1853

Administración:
Lavalle 1302 al 1314

INAUGURACION

del nuevo ANEXO: **Lavalle y Talcahuano**
frente á los TRIBUNALES

Si el fuego destruye la estopa en cambio templa el acero.

Después de 70 años de vida nuestra casa, templada por el fuego, resurgirá de sus ruinas en un plazo brevísimo dispuesta a la magnífica lucha para el

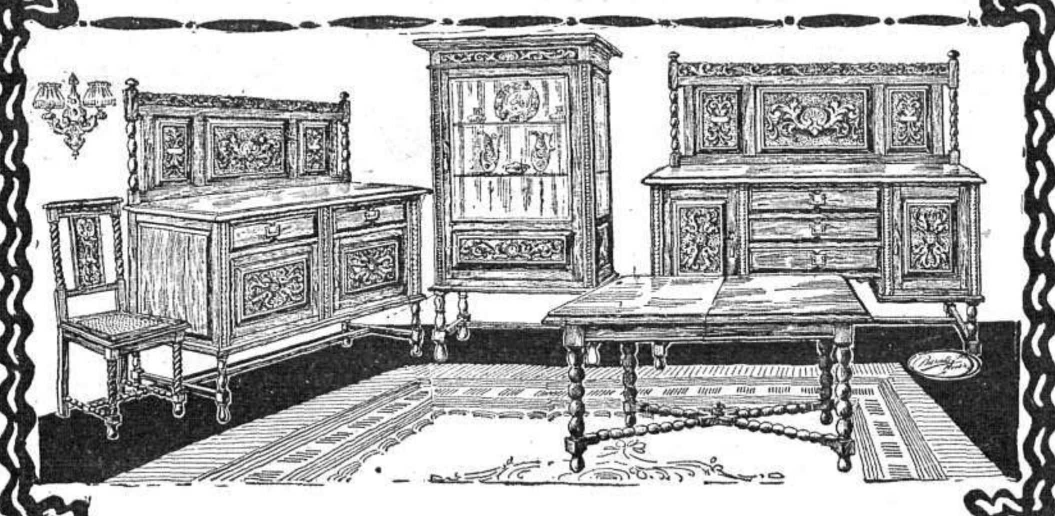
PROGRESO ARGENTINO

Entrega inmediata de nuestra fábrica.

Gratis: catálogo Nº 100

Descuentos extraordinarios para facilitar la venta.

CREDITOS



COMEDOR ANTIGUO patinado obscuro, talles finísimos, gran tamaño, aparador, trinchante, mesa de 1 tabla y vitrina . . . . $ **695**

De Tucumán



Grupo de distinguidas señoritas que integraron la comisión directiva a cuyo cargo estuvo la organización del Corso Vecinal Alsina.



Aspecto del salón de la Sociedad Española durante el gran baile ofrecido por la comisión directiva de la Sociedad Empleados Mayoristas en honor de las familias de sus asociados.

¿Que prefiere Vd. pino o cedro...?

Puerta para patio Nº 1

Ventana Nº 13

A menor precio que Vd. pagará por las de pino blanco norteamericano, nosotros vendemos sólidas **Puertas y Ventanas de cedro**, que entregamos en el acto de hacernos el pedido.



Tenemos existencia permanente de los siguientes números de nuestro catálogo:

1-2-3-4-13-14-15-16-17-18-19-20-21
22-23-24-25-26-27-35-36-47-48-51-52

Solicite catálogo

Puerta N.° 1		Ventana N.° 13	
De 300 × 110 c/u.	$ 94	De 240 × 100 c/u.	$ 78
» 280 × 110 »	» 92	» 220 × 90 »	» 72
» 260 × 100 »	» 89	» 200 × 80 »	» 68

Estos precios comprenden las aberturas con marco y herrajes colocados.

de cedro

de cedro

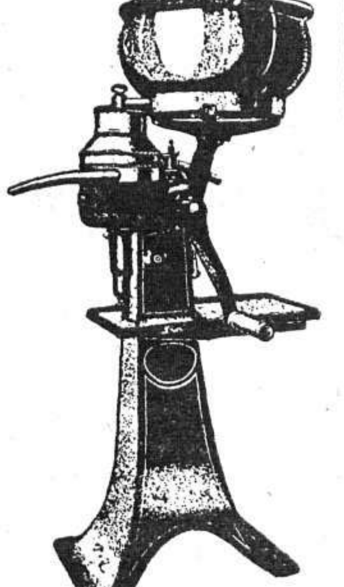
Acordamos 5 % de descuento



Escritorio: **Charcas 2941** – *Buenos Aires*







ALFA-LAVAL

Desnatadoras y Máquinas de Ordeñar

Instalaciones completas para Cremerías y Granjas.

Instalaciones para la elaboración de Caseína, etc.

SOLICITEN DATOS Y PRECIOS

Goldkuhl y Brostrom Ltda.

CHACABUCO, 199 — BUENOS AIRES

Sucursal en el Uruguay: URUGUAY, 986 — Montevideo.

ALFA-LAVAL

AGRICULTURA

ALTERNATIVA DE CULTIVOS

Aunque hay tierras en nuestro país que por su fertilidad natural elevada pueden soportar durante un largo período de años el mismo cultivo, sin embargo la mayor parte de los chacareros se aperciben y comprueban que explotando un mismo cultivo sobre la misma tierra, después de cierto número de años, los rendimientos disminuyen y la calidad de los productos desmejora un tanto.

Por otra parte, hay otros inconvenientes que derivan de la condición enunciada: las malezas que invaden las chacras se multiplican y extienden cada año más sembrando la misma clase de semilla; la distribución del tiempo en el año rural, con siembras de la misma época, se hace difícil por la acumulación de trabajo en un mismo período de tiempo; y, en fin, la condición aleatoria de la explotación de uno o dos cultivos solamente también indica al agricultor que su situación económica no puede estar sujeta al resultado de un reducido número de cultivos.

La necesidad de ampliar cuanto más sea posible el cuadro de la producción, dando una extensión proporcional a un mayor número de cultivos, queda, pues, demostrada suficientemente y de una manera irrefutable.

En cuanto a las reglas para establecer una buena rotación de cultivos, consisten en saber alternar convenientemente, sobre el mismo terreno, plantas de raíces superficiales con las de raíces profundas; gramíneas con leguminosas; las que se aporcan o rastrean y las que no, y, en fin, tratando de que las exigencias del suelo y del cultivo sean lo más diferente posible entre las plantas que se suceden sobre el mismo terreno.

Todas estas condiciones es difícil a veces ponerlas en práctica, porque hay zonas donde un cultivo determinado, como ser el trigo o el maíz, predominan; pero aun así hay que buscar la solución del problema y de aplicar una fórmula que concilie todas las exigencias y concuerde con los dictados de la ciencia; de modo que suponiendo, por ejemplo, una extensión de 100 hectáreas, si destinamos 25 hectáreas para trigo, 25 para lino, 25 para maíz y 25 para alfalfa, haciéndolos suceder sobre el mismo terreno en el orden con que están anotados, cada cultivo vendría a repetirse a los 3 años sobre el mismo terreno, y el alfalfar a los 8 ó 10 años podríase romper y entrar en rotación.

Con mayor número de cultivos es posible fraccionar más el terreno y trazar un plan de rotación más amplio, que asegura la conservación de la fertilidad del suelo, la facilidad de la ejecución de los trabajos en el año y el resultado económico final de la empresa de la explotación agrícola.

FLORICULTURA: EL JAZMIN DEL PAIS

Entre las numerosas especies y variedades de jazmín que se conocen, dos son las más vulgarizadas en su cultivo: el jazmín común o silvestre (*Jazmín oficinale*), de largos tallos sarmentosos que llegan a 4 y 5 metros, y el jazmín de España, o de Italia, o del país, de menor desarrollo y de flores más grandes y matizadas con un tinte rosado. Para formar zarzos, adornar paredes o glorietas, es más indicado el primero; para la producción copiosa de flores destinadas a la venta o a la perfumería, lo es el segundo.

Este requiere clima templado porque sufre las heladas y terrenos sueltos livianos y fértiles; el riego aumenta su producción en alto grado.

Se multiplica por estacas de jazmín común, que se injertan, en vivero, con jazmín de España; una vez prendido el injerto y con raíz, las estacas se plantan, en otoño, en tierra bien removida, en líneas distantes un metro entre sí y a 10 ó 20 centímetros en las filas; caben, pues, de 50 a 100 mil por hectáreas; esto para plantaciones industriales; en nuestro país podríanse reducir estas cifras a la mitad y menos aún.



La recolección de flores de jazmín.

Desde el segundo año se provee a las plantas de tutor: un alambrado simple o doble, con postes y varillas, al que se atan las ramas a medida que crecen. Como cuidados culturales: carpidas frecuentes; cubrir con tierra el pie de las plantas antes del invierno y descubrirlo en primavera; reponer las plantas muertas; podarlas en invierno, y riegos, si se dispone de ellos.

El jazmín entra en plena producción al cuarto año y puede durar hasta 12 años; florece desde noviembre hasta abril; la recolección de las flores se efectúa de mañana y de tarde, con el fresco, pero evitando el rocío; en Francia, en la región clásica para este cultivo, en Grasse, Cannes y Niza, se obtienen de 30 a 40 kilos de flores por cada 1000 plantas; un promedio de 3.000 kilos por hectárea; 8 a 9 mil flores pesan un kilo, que se pagaba, en tiempos normales, de 2 a 3 francos y hasta 5.

Aunque explotado en reducida escala y encontrando su producto aplicaciones industriales, trátase, como se ve, de un cultivo sumamente remunerador.

ENFERMEDADES DE LAS PLANTAS: EL CARBON DEL MAIZ

Es una enfermedad bastante conocida porque es muy difusa en todas partes; por lo general ataca las espigas, resultando esas deformaciones conocidas, esos engrosamientos redondeantes, que adquieren a veces tamaño regular y transforman toda la espiga en una masa negra, pulverulenta, de olor desagradable, cubierta por una película delgada, blanquecina y lustrosa, que se rompe más tarde.

Esta plaga aparece también algunas veces, en la flor masculina, el penacho, en las hojas y en el tallo; de modo que puede desarrollarse y atacar cualquier parte de la planta, aunque, repetimos, las más frecuentemente atacadas son las espigas.

Sus daños, en verdad, no son muy grandes ni sensibles, salvo casos excepcionales y años muy lluviosos.

Para combatir este carbón, el tratamiento preventivo de la semilla, su curación, como se dice vulgarmente, no tiene eficacia ninguna, aunque suele aconsejarse; lo único bueno y práctico, para evitar su difusión, es destruir por el fuego todas las partes atacadas, antes de que se desarrolle del todo el mal y se abran las masas rellenas del polvo negro que lo constituyen, esto es, los esporos, que cayendo al suelo lo infectan para el año siguiente.

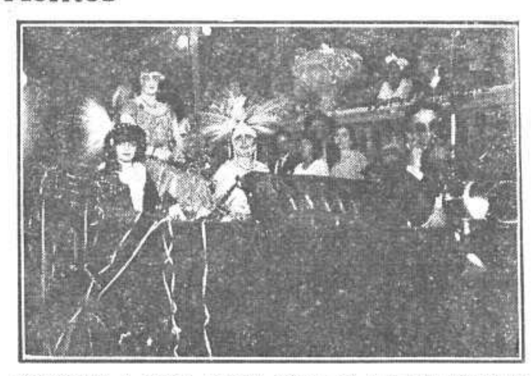
Ahora, pues, es la época oportuna para revisar los sembrados y practicar la destrucción mencionada.

HUGO MIATELLO,
Ing. Agrón.

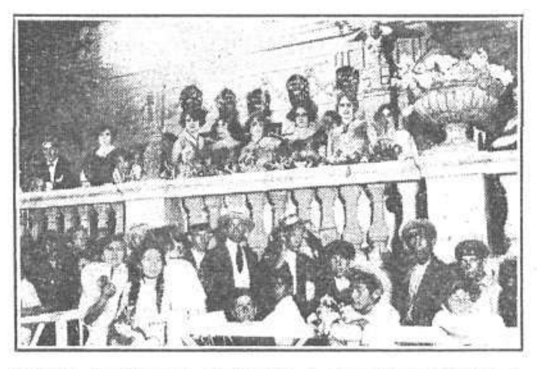
De Corrientes



Disfraces femeninos que merecieron premio en el concurso de Carnaval.



Señoritas M. A. Ceresi, E. Diaz Vivar y M. Ayere, la primera de las cuales fué declarada Reina del Corso.



Señoritas H. Catresano, C. Sancedo, L. Govi, M. I. Aguilar, A. Villamayor e I. Narisetti, también premiadas.



Comparsa "Los Pescadores", a la que la Comisión oficial de las fiestas concedió el primer premio.



La Duración de la vida humana depende del cuidado de la infancia

sobre todo si se tiene en cuenta que el desarrollo, salud y robustez de los niños se asegura con una alimentación natural de fácil asimilación y gran poder nutritivo.

Maltyl „Gehe"

El mejor extracto de malta puro, con entrado

constituye el alimento más sano, nutritivo y asimilable. Además protege la infancia contra el sinnúmero de enfermedades que hacen presa en los organismos débiles.

Lo mejor para madres e hijos.

De venta en las buenas farmacias y principales casas de alimentación.

Fabricantes:

Gehe & Co. A. G. - Dresden - Alemania

Concesionarios:

BENDINGER & Cía.

Viamonte, 1649 Buenos Aires







Elija Vd. uno:

Enseñamos por correspondencia, sin que usted se mueva de su casa, los siguientes cursos: **BACHILLER, CONTADOR, TENEDOR DE LIBROS, MECANICO, ELECTRICISTA, INGENIERO, DIBUJANTE, CALIGRAFO, INGLES, FRANCES, CASTELLANO, CALIGRAFIA, ORTOGRAFIA, ARITMETICA, DIBUJO LINEAL y DIBUJO NATURAL.** Otorgamos los diplomas correspondientes.

LLENE y MANDE este cupón. Díganos si quiere enseñanza oral o por correspondencia. Para cualquiera de los Establecimientos, diríjase al señor Secretario General. — Informamos personalmente en cada uno de los Establecimientos de enseñanza.

INSTITUCION AMERICANA de Enseñanza por Correspondencia. — Entre Ríos, 464. — Buenos Aires.

COLEGIO BRITANICO

para varones. Incorporado a los 5 años del Colegio Nacional. Enseñanza oral. Pupilos y externos, desde 5 años. Títulos oficiales.

BOLIVAR, 569 — Buenos Aires

COLEGIO NEGROTTO PARA SEÑORITAS

Incorporado a los 4 años de las Escuelas Normales y al Liceo Nacional de Señoritas. Enseñanza oral. Títulos oficiales.

BOLIVAR, 567 — Buenos Aires

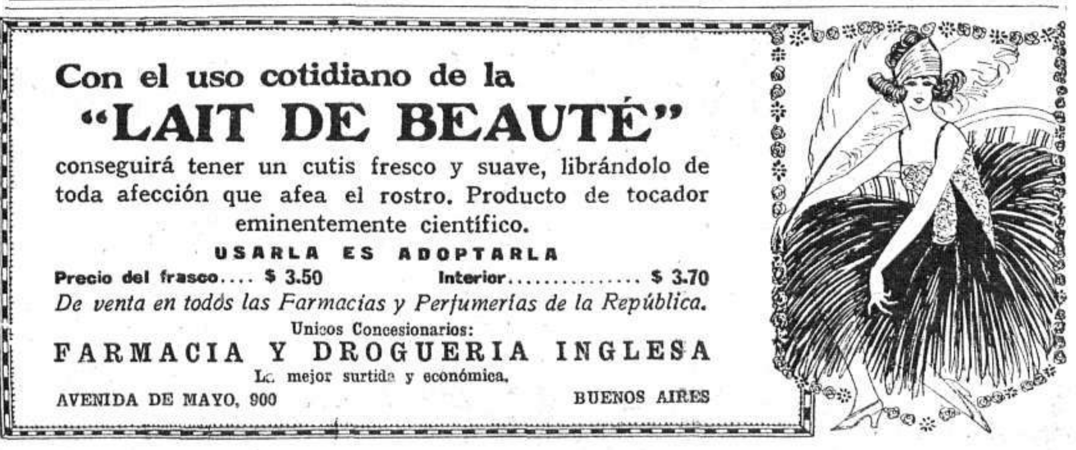
Señor Secretario General de la Institución de Enseñanza, doctor Sidney A. Smith. - Entre Ríos, 464 - Buenos Aires.

Le agradecería me envíe el folleto explicativo que esa Institución ofrece gratis. Me interesa el curso de......

....

Nombre..

Dirección...







LOS POLVOS DE TALCO MENNEN

CONTIENEN LAS ARMAS DE DEFENSA CONTRA

HUMEDAD — FRICCION — INFECCION

LOS TRES ENEMIGOS PRINCIPALES DE LA PIEL.

Cada partícula es absorbente en sumo grado, extrayendo de la piel las humedades nocivas y absorbiéndolas. Cubre la piel con una capa suave y lisa, que hace imposible la fricción por la ropa, etc. Contiene ingredientes de una naturaleza antiséptica, correctamente mezclados, que ayuda mucho a la piel en su lucha contra las infecciones.

Unicos Introductores: DONNELL & PALMER 554, MORENO, 572 Buenos Aires



NUESTRO OBSEQUIO para nuestros clientes **ALBUM CON LAS 100 RAZAS DISTINTAS DE AVES** en colores naturales que cultiva el **CRIADERO "EXCELSIOR"** el más importante de la América del Sud, a más Catálogo ilustrado de Incubadoras, Criaderos y Secadoras de Frutas. Lista de precios de Colmenas modernas, etc. Remitimos enviando pesos UNO moneda nacional.

EXPOSICION DE AVICULTURA

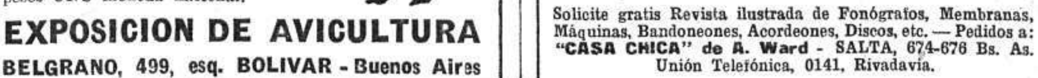
BELGRANO, 499, esq. BOLIVAR - Buenos Aires

Modelo "CASA CHICA" N.º 103

Es sin disputa alguna lo más nuevo, lo más sonoro y elegante que hasta la fecha se ha ofrecido por tan irrisorio precio. Con 6 piezas, 200 puas y esmerado embalaje..... $ **45**

CAJA roble claro, Mide 38x35x18 cms. de alto más o menos. Máquina doble cuerda (reforzada a dos tambores), funcionamiento silencioso a Sin-Fin.

Solicite gratis Revista ilustrada de Fonógrafos, Membranas, Máquinas, Bandoneones, Acordeones, Discos, etc. — Pedidos a: **"CASA CHICA" de A. Ward - SALTA, 674-676 Bs. As.** Unión Telefónica, 0141, Rivadavia.





A ALCOHOL CARBURADO

CADA LÁMPARA DA 70 BUJÍAS EFECTIVAS DE LUZ, CONSUMIENDO UN LITRO DE ALCOHOL EN 20 HORAS

PORTATIL
ECONOMICA
BRILLANTE



N.º 5231 bis.—Lámpara de mesa, de bronce pulido, completa, $ **12.30**

SOLICITEN CATALOGO — SE DAN A PRUEBA SIN COMPROMISO DE COMPRAR

Cía. ARGENTINA DE ALUMBRADO A ALCOHOL

DEFENSA, 429 - Buenos Aires — SUCURSAL MONTEVIDEO: 25 de Mayo, 724

EL HIJO PERDIDO

Al fin iba a ver realizado su tan deseado sueño!

Cuántos desasosiegos, cuántas noches en vela, pensando acaso en la posibilidad de que lo que ardientemente esperaba no se materializara nunca.

Allí, tendido en el diván mullido y cómodo de su despacho, mientras miraba al parecer fijamente las volutas azuladas del cigarro, su pensamiento estaba lejos, muy lejos...

Recordaba...

Recordaba la ansiedad inmensa con que había llegado temblando hasta la sala del célebre especialista, y con voz casi trémula le susurró la temida pregunta; luego otro día fué por la respuesta, y allí, en la sala de espera del afamado médico, padeció una angustia indescriptible. Comenzó a odiar a Pasteur desde esa tarde. Si parecía que en el gesto del retrato aquel que pendía de los severos muros le decía que no, que no...

Pero todavía podía ser feliz.

Llegó al nidito que desde hacía algunos meses era el lugar de su dicha, y sonriente, exuberante de placer, le contó a la mujercita que sus temores eran infundados.

Era menester celebrar el acontecimiento.

— Vamos, vístete, prontito; vamos a cenar afuera; luego iremos al teatro, después, a algún «cabaret» elegante. Aprovecha, porque después, cuando... no podrás hacerlo.

Ella, su mujercita encantadora, sonrió, y en esos labios tentadores por el carmín del lápiz que cuidadosa y hábilmente utilizaba, floreció algo así como un dejo de contrariedad que prontamente dió paso a otro de despreocupación.

Esa tarde, pocas horas antes de llegar a su «bureau», al levantarse de la mesa, notó que los ojos de Lilí miraban sin ver; flotaba su mirada violeta, casi negra, vagamente. Algo preocupaba a su muñeca, sí, y algo grave, por que la mimosa nunca se preocupaba por nada que no fueran sus vestidos de baile y los costosos sombreros que formaban pirámide en el cuarto de vestir.

¿Qué tendría su muñeca? Hizo memoria... ¿Habría acaso olvidado algún pedido de su reinecita? No. Trajo los bombones. El perfume oriental que desde hacia dos días deseaba lucía su elegante estuche en el «toilette». Y hasta el «pendentif» que creía poder adquirir sólo después de alguna transacción, un inesperado negocio hizo que en seguida éste luciera en el pecho blanquísimo de su mujercita.

¿Entonces?...

Miró los ojos de la chicuela, que así, en su «deshabillé», lo parecía Lilí. La observó larga y cuidadosamente. ¿Sería posible?... ¡Oh! ¡Qué dicha inmensa!

Había leído en la mirada perdida de su mujer lo que finalizó de observar en las ojeras lilas y pronunciadas que como una sombra acentuaban la belleza de los ojos divinamente hermosos.

La observó intensamente y adivinó la felicidad que llegaba a golpear su puerta.

Ella pareció darse cuenta del pensamiento que surcaba el cerebro de su esposo.

¿Novedades? Inquirió ansiosamente. Y ella afirmó con la cabeza, mientras un reproche, diríase fugazmente, nubló la limpidez de sus pupilas grandes y violetas.

— ¿Estás segura? ¿No te equivocas?

— Estoy segura. No me equivoco.

No hablaron más.

El la estrechó fuertemente, y salió de la habitación cerrando la puerta tras de sí.

Y cuando se caló el sombrero, a su pesar, tembla-

ba una lágrima de sus ojos. ¡Que tanta era la dicha que anidaba en su pecho!

Ahora, en el despacho, solo, se entregaba libremente a su pensamiento obsesionante. *¿Qué lindo será?* Porque debe ser varón... ¡Ah, sí! ¡Varón! ¡Qué tontería!... ¡Miren que un hombre serio preocupándose de tal manera por lo que llega! Pero... Era la felicidad que llegaba...

Debía ser buenito. No muy llorón. El le acunaría, y de vez en cuando le daría el biberón con su propia mano. ¡Y era un hombre serio! ¿Qué tontería, verdad? ¿Es que se estaría poniendo viejo?

Cerró los ojos. Comenzó a pensar en la promesa de aquella tarde.

« Pasaban meses, y el huésped era « recibido con todos los honores.

« ¡Qué de apresuramientos, Dios « mío! Que el agua no esté ni muy ca« liente ni muy fría... Chist, no hagan « ruido, que la madre descansa. A ver « tú, zopenca, corre, ¡no! ¡ven! trae, « lleva. ¡Ah! cada vez más inútiles es« tos domésticos...

« Después corrían dos años. Cami« naba ya perfectamente y charlaba « en su jerga pintoresca y entrecorta« da. Buscaba palabras difíciles para « soltarle la lengua. El había leído, no « recordaba en qué libro, que era ne« cesario, desde pequeños, a los niños « educarles la pronunciación.

« A ver, Bebé, di «Constantinopoli« zado». ¿Qué? ¿Qué te han agarrado? « No. A ver tontito. Cons-tan-ti-no-po« li-za-do. ¡Eso es! ¡Muy bien! Eres una « ricura, un encanto...

« Y él, el hombre serio, silabeaba « «Cons-tan-ti-no-po-li-za-do...»

«Cons...» El secretario que entró como de costumbre sin anunciarse le miraba absorto.

— Amigo mío, felicíteme. Hoy he tenido una gran alegría. Está usted franco. No se trabaja hoy. ¡Qué esperanza!...

Quedó solo nuevamente.

Bebé tenía siete años.

Había que mandarle a la escuela.

Ya era grandecito. ¡Qué pena sintió cuando su peluquero, con tijeras que se le antojaron homicidas, tronchó la rubia cabellera de su hijito... Recogió los bucles y a peso de oro compró las tijeras criminales...

¡Ah! Había que vigilar al niño. No fuera que se hiciera la «rabona» con algún desarrapado que le enseñara a decir palabrotas... El le llevaría al instituto y luego iría por él.

Después era un hombrecito. Quince años. ¡Cómo pasaba el tiempo! Los cabellos del padre eran casi blancos. Su «Bebé», que ya no quería que le dieran tal sobrenombre, debía elegir carrera.

¡Qué conflictos! ¡Qué de disputas y discusiones! Que ingeniero, que abogado, que médico, que militar, que marino, qué sé yo...

La madre de un lado, la abuela desconforme, el abuelo... las tías...

Vaya, vaya, que el niño elija que de él se trata...

Y el niño estaba por elegir, cuando el portero sacóle del ensueño, anunciándole respetuosamente que habían dado ya las siete...

¿Tanto?

Y todo había sido una simple ilusión... ¡Ah! no, pero una ilusión que se convertiría en realidad. ¡Claro es!

¿Iría al club a tomar como de costumbre el aperitivo? ¡Qué esperanza! A casita, y volando.

Lilí estaba en cama. El corazón le anunció que había pasado algo grave. Fué apresurado a la alcoba de ella, y entre encajes y tules, pálida, aunque sonriente, su mujercita le aguardaba.

— Estás enferma, querida, verdad; aquello...

— Por favor, calla, no me lo recuerdes. No hablemos más de ello. Al fin descanso de esa terrible pesadilla. Mira que no poder ir a los bailes, ni a las recepciones, y luego tan ridícula. Qué horror...

— ¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué dices?...

— Sí, tonto, puedes estar tranquilo, pues el pequeño accidente, que pudo ser grave, fué conjurado hábilmente por la señora que me atendió.

Y él, el hombre serio que había soñado toda la tarde, sintió que en su pecho se quebraba algo.

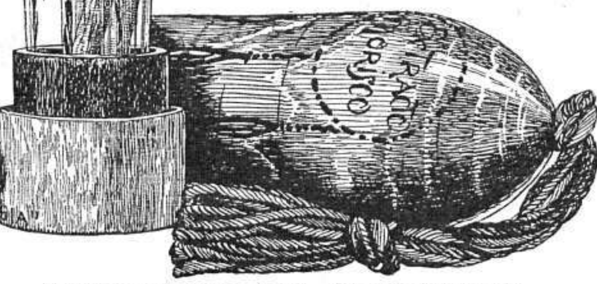
Había muerto su esperanza y con ella había muerto también su amor.

SAMUEL E.

DE MADRID

AL hacer sus compras de artículos de tocador, Lociones, Extractos, Polvos, Jabones, etc., le rogamos pida que sean marca MYRURGIA, pues son superiores a sus similares por su delicado perfume y esmerada preparación.





PERFUMERIA MYRURGIA

(ESPAÑA)

"MADERAS DE ORIENTE"
LOCION, EXTRACTO Y POLVOS

Para la moda actual
y para personas que no usan corsé.



CINTURA
ELASTICA
punto inglés, artículo de mucha duración; enteriza o abrochada con cordones.

MEDIDAS:
hasta 115 cms.

ANCHO:

	25	30	35	40	45	50
$	25	30	35	40	45	50

CASA PORTA
PIEDRAS, 341
BUENOS AIRES

Fajas de todas clases para Señoras y Caballeros. Bragueros, Vendas, Medias elásticas, etc.

PIDAN PRECIOS



LLAGAS DIABETICAS, INCURABLES, FISTULAS, PANADIZOS.

CURACIÓN SEGURA APLICANDO LA

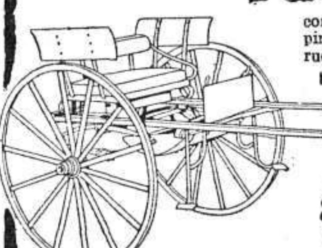
POMADA EXELSA

Aprobada por el C. N. de Higiene

PÍDALA EN LAS FARMACIAS BIEN SURTIDAS

Agentes Generales: **C. Codina Dalmau & Cía.** Rioja, 1748 ROSARIO

Sulky **"Fascista"**



con eje 1 ½.
pinceta de 4 hojas
ruedas de 1.40 × 1 ½.
Muy reforzado.

$165 m/l.

¡Pídalo con tiempo! a **Fco. Dichio & Cía.**
Callao 255 - Buenos Aires

Nuestros pequeños visitantes



Elsa Vicenta Pavetti, de bataclán.

Alberto Argüello, de billiken.

Totó M. Taradellas, de billiken.

Sara Fariña, de alsaciana.

Silvia Colucchio, de odalisca.

Florinda E. Castronuovo, de clavel.

Elsa Franchi, de ama de cría.









Ana A. Valencio, de fantasía árabe.

José M. Abal, de pierrot.

Celia Vaca, de pierrot.

María J. Berardo, de maja.

Manuel González de aragonés.

José Altman, de pierrot.

Aida Zulema Cuello, de margarita.









Emilio J. Vattuone, de fantasía.

Alicia Fabbio, de bolsa de tejido.

Celia R. Medina, de florista.

Ernesto Navarro, de fantasía.

Amalia R. Colombo, de dama antigua.

Mario A. López Arias, de boxeador.

Ariel Garbellini, de pierrot.









Delia Celestino, de pierrot.

Florcita Ríos, de cisne de polvera.

Alberto L. P. Fernández, de baturro.

Aidee Cuosmo, de dama antigua.

Isabel Alvarez, de trompo.

Aidee Sarillo, de maja.

Otilia V. Giacovine, de hada virtuosa.








Héctor O. Magiora, de baturro.

Juan E. Banks, de payaso.

Sebastián I. Ingratta, de pierrot.

Isaura Aves, de aldeana.

Carlitos Corrigar, de Cupido.

Hilda R. Pani, de florista

Ruth R. Calabresse, de dama de noche.

Especifica tal cosa

la receta y tal cosa ponemos. Esto es lo que respondimos al cliente que nos preguntó por qué médicos y enfermos

invariablemente

cuando se trata de hacer preparar recetas lo primero que nombran es cualquiera de nuestras dos farmacias: la de Defensa, 168, y la de Florida, 159.

Podemos agregar ahora lo que es bien sabido por nuestros clientes: que nuestros productos son siempre puros y frescos y que no cobramos nunca más de lo que realmente vale lo que se entrega.



FARMACIA Y DROGUERIA

DIEGO GIBSON

168, DEFENSA, 192

Unica Sucursal: FLORIDA, 159 (P. Güemes)

Unión Telef., del 5921 al 5925, Avenida

Nuestros pequeños visitantes



Hortensia Miravelli, de sultana. — Roberto Mussalini, de piel roja. — Nélida Auladeb, de fantasía. — Celina M. Bais, de holandesa. — María A. Castillo, de portuguesa. — Isabel Pierce, de holandesa. — Totó Mondini, de pierrot.








Ernesto L. Diana, de Cupido. — Elida A. Napi, de billiken. — Amalia Valenti, de napolitana. — Omar Saiz, de mariposa. — Juana M. Suárez, de aldeana. — Alberto F. Martínez, de locura. — Aurelio Gripi, de billiken.









Josefa A. Gripi, de billiken. — María L. Ortega, de pierrot. — Bernardo Monteverde, de baturro. — Norma Bornini, de cisne. — Ana M. Llorens, de odalisca. — María L. Braña, de billiken. — Carlos A. Mendiguibel, de baturro.








María E. F. Nuñez, de chula. — Nidia J. Mantero, de fado. — Nilda Delsanto, de árabe. — Mabel M. Delsanto, de holandesa. — Alfredo Rodríguez, de pierrot. — Beatriz Poggi, de marquesa. — Amalia E. De Bernardo, de campiñera.








Elena Garyulo, de billiken. — Salvador R. Papa, de holandés. — Elisa Vitlyn, de batalcán. — Aida Madina, de "Caras y Caretas". — Nidia N. Tallone, de duquesa. — Nélida Labruna, de Pompadour. — Alfredo Picera, de húngaro.